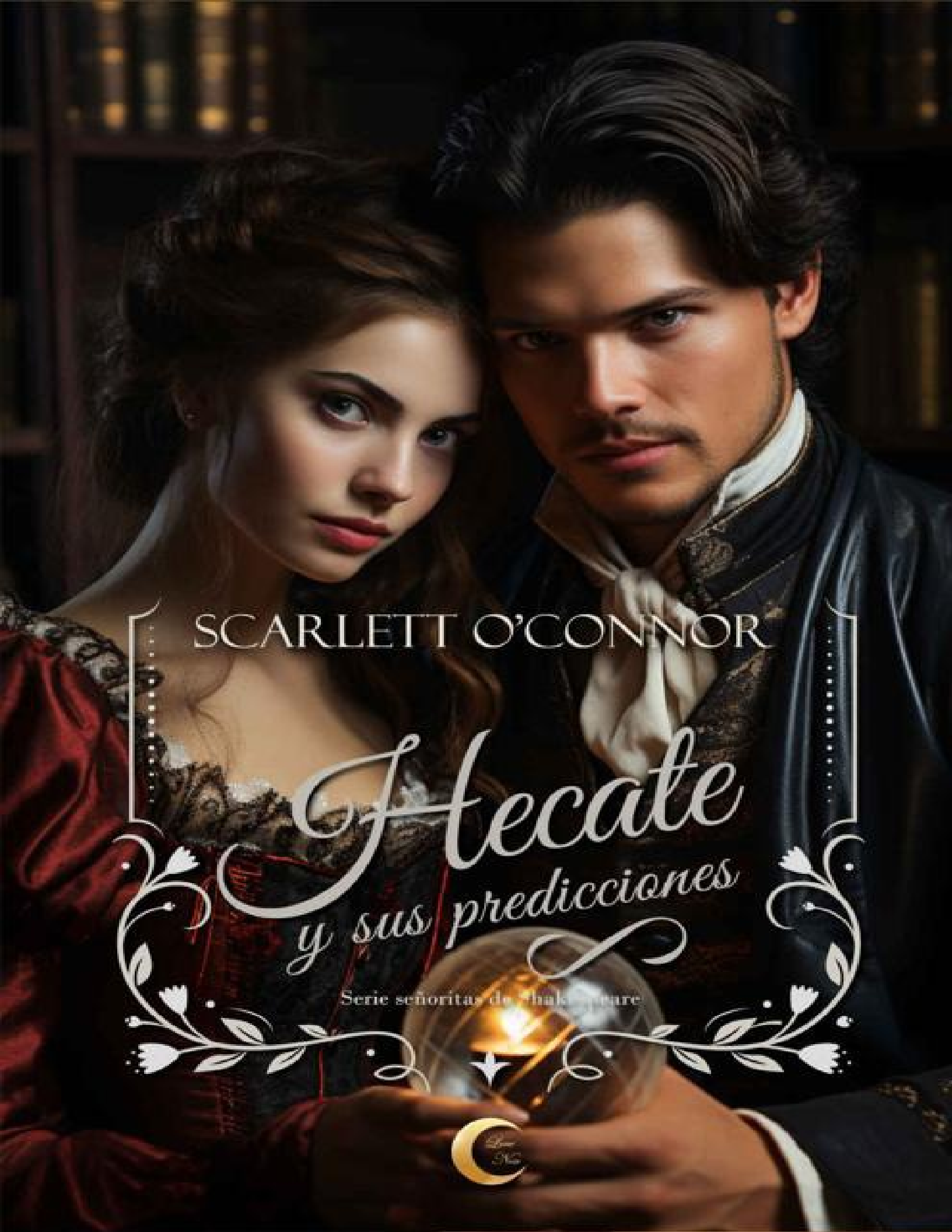


A promotional image for the series 'Stecate y sus predicciones'. It features a young woman, Scarlett O'Connor, with long brown hair and blue eyes, wearing a red and black lace dress. She is leaning her head against a young man with dark hair and a mustache, who is wearing a dark blue period jacket with a white cravat. They are both looking directly at the camera. The man is holding a crystal ball in his hands, which is glowing with a warm light. The background is dark and out of focus, suggesting an indoor setting with bookshelves. The text 'SCARLETT O'CONNOR' is written in a white, serif font across the middle. Below it, the title 'Stecate y sus predicciones' is written in a large, elegant, white script font. At the bottom, the text 'Serie señoritas de Chalk House' is written in a smaller, white, serif font. The entire text is framed by a decorative white border with floral and scrollwork elements. A small, circular logo with a crescent moon and the letters 'SNC' is visible in the bottom right corner.

SCARLETT O'CONNOR

Stecate
y sus predicciones

Serie señoritas de Chalk House





©Lune Noir, 2024

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

Si los hados quieren hacerme rey, lo harán sin que yo busque la corona.

Macbeth – William Shakespeare

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Serie señoritas de Shakespeare

Síguenos en las redes sociales

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor

Cuentas de Lune Noir

Otras obras de Scarlett O'Connor

Tú, mi deuda pendiente

Serie Señoritas Americanas

Serie Señoritas británicas

Serie Familia Evans

Serie Floreros y Canallas

Serie Caballeros desdeñados

Serie Corazones de Escocia

Contemporáneo

Serie Shell Island

Contemporáneo

Otras obras de La editorial Lune Noir

Capítulo 1



Inglaterra, 1873.

¡Vaya embrollo en el que estaba metida! Las capas de tela se enredaban sobre su vestido y el velo apenas le dejaba ver hacia los costados. Sin contar cuánto pesaba el resto de su vestuario. Una intrincada diadema de metal dejaba caer cadenas delicadas sobre su rostro, trenzadas como si se tratara de una malla medieval, pero con pedrería en cada vértice. Había diseñado aquel atuendo a modo de juego, mezclando mitologías, supersticiones y varias culturas. Tenía algo de monja medieval, otro tanto de atuendos hindúes, muchas referencias a la mitología griega, con algunos símbolos celtas y cartas del Tarot. La finalidad había sido una puesta en escena momentánea, ahora estaba enredada en ese traje tanto literal como figuradamente.

—Medea... pss, pss... —La voz de una mujer la llamó en el callejón detrás del club de caballeros Twins, un lugar de encuentro para hombres que por sus escándalos no alcanzaban a cumplir con los estándares del salón White. Lady Hecate Atenea Neville dio un paso al frente y abandonó las sombras, sabía lo que su imagen provocaba, el atuendo surtía ese efecto reverencial en la gente pese a ser tan histriónico. La mujer se quedó petrificada unos segundos al verla, luego se dirigió a ella de manera venerante—. Venga, pase, le mostraré el camino.

Hecate siguió a la empleada del club, los corredores se hallaban en las penumbras; el ambiente sombrío se ajustaba a sus clientes, hombres igualmente sombríos. Ella lo sabía muy bien, descubrir y revelar sus secretos era en lo que se había convertido su vida sin pretenderlo. Lady Hecate Atenea Neville para la sociedad, Attie para los amigos, Medea para los taimados. Su personalidad empezaba a diluirse en ese mar de confusiones en el que las circunstancias la habían hundido.

Sabía que el Twins era el sitio correcto para hallar la información que buscaba, el dueño del club era tan oscuro como sus clientes y solía, al igual que ella, contrabandear secretos. Solo que con fines distintos; mientras el señor Tower los vendía a cambio de favores económicos, ella lo hacía a cambio de favores sociales. Necesitaba manejar los hilos de la sociedad londinense por el bien de su familia, razón por la cual soportaba el traje, los embrollos y mucho más. Por su familia y amigos haría todo. La lealtad era su virtud y también su condena.

—Venga, Medea. Tiene que pegar el ojo aquí —le señaló la mujer—, al otro lado no la verán.

Ojalá fuera una tarea fácil, con su maldita malla metálica pegándose en su nariz.

—Gracias, el Hado la compensará —respondió imponente una voz profunda y gutural; agradeció a las clases de canto que le permitieron descubrir que era contralto, aunque sonara más

aguda en el hablar cotidiano. El Hado al que refería, por supuesto, era la familia Neville y su extensa influencia, influencia que Attie mantenía con esa farsa de Medea. Ya había tensado el hilo para ayudar a la mujer, mientras le leía la fortuna a la rica señora Jefferson, le sugirió que el Sino, el cual obraba de forma perfecta, le decía que debía contratar a cierta mujer que se presentaría con una carta sellada con cera morada. Por supuesto, rebuscó en sus bolsillos y dio con la carta en cuestión, la extendió a la mujer y le dijo—, en la próxima entrevista por un puesto mejor, presente a la dama esta misiva, ella verá la señal del Destino y usted podrá dejar este empleo mal pago y peligroso.

—Gracias, gracias. —Se inclinó hacia ella en una reverencia—. Mi prima Lottie me ha asegurado que ayudar a Medea compensa.

—No me ayuda a mí, ayuda al Destino a cumplirse —respondió en un tono de verdadera humildad. Creía en el destino, claro que sí, o al menos en el sentido de esta vida. A algo venimos y por algo las cosas suceden. No obstante, no creía en el misticismo o en la magia, ni mucho menos en que los seres humanos fueran capaces de comprender los designios.

Apoyó la nariz sobre la madera y observó el salón de caballeros. Quizá fuese porque hacía años que su mundo era mayoritariamente femenino, pero empezaba a hallar al sexo opuesto exasperante. Eran ruidosos y unos guarros cuando estaban a solas. Valoraba mucho a los hombres que no se comportaban de esa manera, el problema era que los pocos que conocía estaban casados con sus amigas, o eran su padre y su hermano. ¡Vaya problema! Un nombre más vino a su mente, un hombre que le había dado la impresión de pertenecer al grupo de varones en el buen sentido de la palabra, pero lo borró con un aspavento, como si se tratara de una mosca molesta volando demasiado cerca de su oído. Estaba allí por otra razón, estaba allí por esos hombres guarros y ruidosos que le caían tan antipáticos. Esos que parecían odiar a las mujeres, porque las hallaban tontas, inferiores, un incordio o un objeto de intercambio. Esos que solo deseaban impresionar a otros hombres, hincarse ante ellos y ganarse su admiración. Y para colmo, solía pensar Attie, con la experiencia de vida que su farsa le había otorgado, esos hombres —si era que la palabra les sentaba—, ansiosos de captar la admiración de sus congéneres, tenían el desparpajo de despreciar a aquellos otros que admitían amar a los de su mismo sexo. ¡Vaya hipocresía, solía pensar! El mundo masculino era un enigma para Attie, uno que ni Medea podía descifrar.

Pero había algo que unía a los géneros, y era que tanto hombres como mujeres podían ser buenos o viles. Generosos o avariciosos. Gentiles o envidiosos. El poder estaba en saber quién era quién detrás de las máscaras sociales, y para ello, Hecate debía usar una máscara real.

Lo vio. Lord Petre. Pese a la distancia y a la madera, Attie juró que podía oler su hedor a whisky barato y a falta de higiene. Los asuntos de lord Petre no tenían nada que ver con su familia, se había involucrado, sin pretenderlo, en un asunto ajeno. El mar de mentiras la empezaba a empujar al fondo y el traje pesaba demasiado para seguir a flote. Ya era tarde para desatenderse, al escuchar tantas historias, tantos problemas y penas, fue imposible para Medea, Attie, Lady Hecate, mantenerse al margen, limitarse a ese intercambio de favores sociales con el que pedía que le *pagasen* los servicios de adivinanza. Lady Gilly Yarrow dependía de Medea, y Medea no le fallaría.

¿Cuánto tiempo más tendría que espiar hasta hallar la prueba que librara a lady Gilly de ese horrible compromiso? Estar inactiva la llevaba a la meditación, y esta, a su vez, a analizar cada error de su vida. Oh, no, su mente era un lugar más sórdido que ese horrible club de caballeros.

Había iniciado ese juego para animar a su tía Polly tras la viudez. Su tía había amado a su esposo con un cariño sereno y compañero. Al perderlo, perdió también un amigo, y la solemnidad del luto no

le hacía justicia al verdadero duelo de su tía. Lord Dudley Dartrey no hubiese querido que su dulce Polly vistiera de negro opaco, dejara de sonreír y abandonara la vida social. La quería demasiado para eso. Pero las presiones sociales eran muy fuertes y lo que se esperaba de ella era que se recluyera mucho tiempo; más tiempo, más amor. Así lo veían. Polly se moría de aburrimiento, los tés solemnes, la compañía de otras viudas que no podían dejar el negro, el juicio de sus pares por no llorar lo suficiente, no lamentarse demasiado, no sufrir agónicamente hasta languidecer. ¡Cómo se le ocurría pretender ser feliz y viuda! De modo que Hecate, aprovechando esa misma presión social, se le ocurrió el juego del esoterismo. Estaba de moda, en especial el espiritismo. Pero como su tía sí había amado a Dudley, no se le ocurría jugar con algo tan serio; decidieron pues la adivinación. Ella se disfrazaba de Medea, usaba unas cartas con dibujos que había comprado en una feria, una bola de cristal y «adivinaba» el futuro de esas otras mujeres de negro.

Se le daba bien. No porque tuviera un don real, sino porque siendo una Neville, manejaba mucha información. Incluso financiera. Daba consejos o a veces se dedicaba solo a escuchar. Esas mujeres necesitaban que alguien las oyera, sus hijos las consideraban una carga, sus nueras una competencia... Obsoletas, viejas, marginadas... Hecate —o Medea— les brindaba consuelo, les otorgaba seguridad cuando les prometía que el Hado estaba de su lado en tal o cual decisión, las animaba a retomar su vida, vivirla, disfrutarla. Y nada pedía a cambio más que otro favor, que ayudara a una criada, que le presentara un sobrino a determinada dama, que le obsequiara un libro en especial a tal o cual institutriz. Así, la red de Medea se tejió, y por un tiempo fue a mejor.

Hasta que lord Neville enfermó y Medea debió convertir ese juego en un escudo para su familia. Comenzó a desviar cotilleos con sus *predicciones*, a asegurarse de que nadie conocía el problema que los aquejaba como familia y lo que eso implicaba. Los Neville eran muy poderosos, la debilidad del patriarca llamaría a los buitres y su hermano Eros no podía batallar todos los frentes del imperio por su cuenta. Era el único hombre de la familia, las mujeres, pese a que cada día ganaban más terreno, no eran tomadas en serio en asuntos económicos y de poder. La red ahora necesitaba sostener a su hermano y la lealtad de Hecate le impedía priorizar su bienestar por sobre el familiar.

Incluso si eso implicaba mentirle hasta a sus amigas, quienes desconocían que era ella quien se escondía detrás de la enigmática bruja.

—¡Demonios! —masculló cuando una espalda se posicionó en su campo visual. Debía ver por encima del hombro de ese caballero. Lord Petre se movió, Attie lo siguió con la mirada. Se acercaba a donde estaba ella. ¡Iba a hablar justo con el hombre que le daba la espalda! Eso era suerte... ¿o destino? Sonrió, iba a terminar por creerse su propio misticismo.

Un baño de realidad bastó. Los dos hombres se alejaron, lord Petre le obsequiaba una visión perfecta de su horrible perfil, el otro se mantenía de espaldas. Solo alcanzaba a ver un poco de cabello castaño claro y su sombrero, que no se había quitado. Prueba de que consideraba a Petre por debajo de su posición.

A la bruja Medea le había llegado el rumor de que lord Petre había recibido un sospechoso pago que le permitió salir de una peligrosa deuda de juego. Con esa deuda saldada, había limpiado su nombre —aparentemente era lo único que había limpiado, pensó Attie al ver su cabello sucio— y pretendía insistir en el compromiso con lady Gilly. Medea fue quien le habló a la madre de lady Gilly sobre la deuda de juego, y esta consiguió convencer a su marido de que postergara la unión. Por desgracia, lord Yarrow no estaba dispuesto a romperlo por completo, al hombre no le preocupaba ni la apariencia ni la fama de violento de Petre, solo le importaba su buen apellido, por lo que sin deuda de

por medio, el compromiso iba a retomarse.

Gilly necesitaba un escándalo más en torno a Petre para librarse y Medea lo iba a descubrir. Estaba segura de que los trapos sucios sobraban en la vida del lord y que quien fuera que le hubiese dado el dinero era uno de ellos. Luego volvería a concentrarse en su padre, en mantener la apariencia de que su cerebro no estaba perdiendo lucidez.

Siguió con la mirada al segundo hombre, con la esperanza de que se volviera hacia ella. Petre recibió un sobre de la mano enguantada del extraño, lo contabilizó y discutió el monto. Attie le leyó los labios: «¿una parte?», al parecer recibía un adelanto, bastante mísero, y la promesa de más. Vio a Petre irse, ofuscado, y aguardó en su sitio unos minutos más. Si pretendía sacar algo en claro que ayudase a Gilly, necesitaba saber quién le pagaba a Petre y por qué. Seguro era un negocio *non sancto* y eso bastaría.

—Cordelia —pensó en su amiga—, estoy segura de que admirarías mi paciencia —le dijo a la distancia. Estaba acalabrada, con la nariz adolorida de tenerla pegada contra la pared y empezaba a sentir agujetas en sus pies. Cordelia hubiese optado por secuestrar a Petre y obligarlo bajo amenazas a confesar, la sutileza no solía estar entre sus habilidades y Attie tuvo que reconocer que los métodos de su amiga eran más eficientes que los de ella.

Pensar en Cordelia le trajo otro nombre a la cabeza. ¡Vaya mosca más molesta!, la segunda vez que pensaba en él en lo que iba de la noche. Primero cuando lo comparó con esos hombres guarros y ahora a colación de sus amigas. ¿Es que no pensaba abandonar su mente?, ¿qué extraño poder ejercía ese caballero en ella? Si se habían visto en contadas ocasiones y no habían compartido más que un par de miradas cordiales. Cierto era que lo hallaba apuesto, de un modo rudo, salvaje. También podía ser que lo hubiese mirado más de la cuenta en esas pocas circunstancias. Y quizá no había ayudado que gracias a los rumores se mantuviese al tanto de los trabajos que cogía. Vale... contaría a su vez las ocasiones en que lo había soñado.

¡Pero nada más! No era motivo suficiente para pensarlo cada vez que estaba aburrida, o preocupada, o ansiosa, o angustiada, o...

—Luke —murmuró—. ¡Mierda! —Había dicho su nombre. Se aseguraba de no mencionarlo, porque temía delatarse. Ophelia había notado en una ocasión el interés que suscitaba en ella el guardaespaldas de su esposo, no había pasado por alto que cuando Cordelia les relató sus andanzas en la bolsa de valores, ella no dejaba de halagar el buen proceder del guardaespaldas, y lo bien que había hecho Cordelia en contratarlo, y lo eficiente que había resultado al salvar a su esposo también, como había hecho antes con Han... Mentirle al mundo era más fácil que mentirles a sus amigas. Pero ahora Luke estaba ahí, frente a ella en toda su esplendorosa verdad. ¡Era el hombre más salvajemente apuesto que hubiese visto en su vida! Tan alto, le llevaba una cabeza por lo menos a cada uno de los presentes. Tan ancho, su espalda apenas pasaba por los marcos de las puertas convencionales. Su piel dorada por el sol, su cabello oscuro, espeso por los prietos tirabuzones. Su mandíbula fuerte, ensombrecida por una barba que era en vano rasurar; asomaba sin piedad a las pocas horas. Lo que más le atraía a Attie de Luke, lo que hacía que lo mirase y se olvidara de que tenía que averiguar la identidad del extraño, era que, pese a su anatomía de gigante, era ágil como un gato. Sus pisadas nunca resonaban en el recinto, su andar fluía, como si pudiera convertirse en brisa. Poseía un aura animal y a la vez, más humana, más caballerosa, que la de todos esos mequetrefes allí reunidos. Era evidente que estaba allí protegiendo a lord Walsingham, porque tenía puesto sus ojos castaños en él y en cualquier amenaza contra el viejo decrepito. El anciano lord blandía su bastón mientras discutía

sobre el pago de una deuda usurera con el mismísimo señor Tower.

—Hizo bien en traer a Luke con usted, milord —le susurró a la distancia. Tower era un patán y contaba con matones. La mujer que la condujo hasta allí regresó y tiró de su hombro.

—Medea, debe irse. Tower ha llamado a sus matones...

—No... —soltó preocupada, regresó la vista al agujero, a Luke, y se olvidó del extraño, de lord Petre y de la pobre Gilly. Solo pensó en que los matones de Tower tendrían que pasar por sobre el cadáver de Luke para alcanzar a su víctima, lord Walsingham.

—Huya, Medea —rogó la mujer—, las personas como yo la necesitamos.

Attie miró el pavor de la mujer y su proclamación. «La necesitamos». Podía ser que esa farsa hubiese ido demasiado lejos, pero al menos había ayudado a mucha gente y eso tenía que contar, ¿verdad?

Además, su familia también la necesitaba. Seguramente, su madre y tía ya habían notado su ausencia y sospecharían de sus andanzas. Las mataría del disgusto. Asomó el ojo una última vez, Luke se movía ágil, sin perder por ello la destreza. Lo vio coger una silla y...

—Tiene usted razón, se vale solito —dijo, aún impresionada por el golpe horrible que le propició Luke al matón. Solo esperaba que ese crujido hubiera sido de la madera de la silla y no de los huesos del hombre.

Se marchó a paso apresurado por el corredor. La mujer conocía muy bien el camino y pudo recorrerlo pese a la penumbra. Hecate quedó rezagada, en un giro, perdió la silueta femenina y debió valerse de su instinto para hallar la salida. Tenía un buen sentido de la orientación, de modo que no tardó en encontrar la puerta por la que había entrado, la que daba al callejón del fondo del club.

Al abrirla, el destino esperaba por ella.

—Buenas noches, bruja Medea...

Lord Petre fumaba un puro en el callejón, intentaba serenarse ante la mala noche. Su contacto le había pagado mucho menos de lo acordado. La furia y la desesperación lo carcomía en partes iguales, pero no podía enfocar su enojo en él. Al fin de cuenta, los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Ambos tenían un contrincante en común, una persona —o deidad— a la cual culpabilizar de sus males: Medea. Y el pago era por deshacerse de ella. ¡Vaya fortuna que la misma bruja se presentara ante él!

Attie empezó a caminar hacia atrás lentamente, sin perder contacto visual. Como haría un intrépido explorador ante una fiera salvaje.

—¿Se marcha tan temprano, Medea? —Petre rio, su risa lanzó su aliento putrefacto al callejón. Estaban a solas, la contienda tenía lugar dentro del salón y terminaría, lo más probable, en la puerta de ingreso. Nadie la oiría si pedía ayuda, y peor aún, si alguien lo hacía, podían descubrir quién se escondía detrás de Medea. Ambas posibilidades significaban su muerte, con la salvedad que solo una era la muerte física. Ser desenmascarada sería su fin social y con él, arrastraría la felicidad de su hermano.

Ese pensamiento le infundió valor.

—Tengo lo que venía a buscar —respondió con su voz impostada.

—¿Cómo?, ¿acaso la gran Medea no *adivina*?, ¿acaso *espía*? —Volvió a reír—. Nadie lo hubiera imaginado. Eres una farsante.

—El único farsante es usted, lord Petre. Sin importar cuántas deudas salde, siempre habrá más. Por desgracia, mis acertadas adivinaciones requieren pruebas en el mundo material y a eso he venido,

a librar a lady Gilly de usted. Ya tengo lo que necesitaba. —Hizo una burlona reverencia—. Nada me retiene aquí.

Excepto este maldito vestido, pensó Hecate, al pisar un pedazo de tela. La distracción fue fatal, bajó la mirada, rompió el contacto visual con la fiera y esta se lanzó al ataque.

—Yo la retendré aquí, Medea o quien cojones seas. —Attie intentó correr, alzó sus faldas sin decoro y se dio a la carrera, pero Petre consiguió coger parte del velo y tiró de él hasta atrapar el cuerpo de la muchacha. Ella le propinó un fuerte codazo en las costillas que le hizo doblarse a la mitad, volvió a intentar huir. Petre asió a último momento su falda y la atrajo con tanta fuerza que la hizo caer de trasero contra el enlodado empedrado del callejón. Consiguió girarse antes de que el hombre tirase de su velo, el lord estaba furioso, quería saber a quién demonios le debía sus desgracias. Sin admitir, claro estaba, que él era el artífice de ellas. Era más fácil culpar a la bruja. Su afán le dio la ventaja a la muchacha de acertar una fuerte patada en su pecho, lo dejó unos instantes sin aliento y con ello fue capaz de recuperar la posición vertical. Petre no tardó en igualarla—. Me tienes hasta la coronilla —gruñó sin aliento—. No me importa quién demonios seas, te mataré primero y preguntaré después. Además de cobrar el resto de la paga, claro. —Mientras soltaba sus amenazas, buscó en su chaqueta su cuchillo. La hoja refulgió bajo la escasa luz plateada de la luna.

Hecate jamás había tenido tanto miedo. La situación había llegado demasiado lejos, su tía Polly le había advertido que debía ser precavida, no salir sola cuando vistiera de bruja, pero ¿a quién podía recurrir?, ¿quién la protegería sin delatar su identidad? Creyó que el corazón se le saldría por la boca a causa del terror que sentía. Petre avanzó hacia ella, Attie retrocedió. Un paso, otro. Él le buscaba la mirada, esos ojos enigmáticos ocultos bajo una malla metálica llena de pedrería. Quería saber la identidad de la malnacida.

—Petre, piense lo que hace. Se condenará... —intentó negociar. Recibió otra risa putrefacta en respuesta, el olor fue peor por tenerlo más cerca.

—¿Y quién se enterará de que yo la he matado?, ¿acaso ve testigos, Medea?, ¿o planea comunicarse desde el más allá? —carcajeó. Se lanzó hacia ella, Attie se hizo a un lado con buenos reflejos; sin embargo, no bastó. La hoja le rozó las costillas. La muchacha, pese al dolor, consiguió atrapar el brazo de Petre entre su costado herido y su propio brazo. Era curioso, no pensaba lo que hacía, respondía a través de una lógica inmediata. No analizaba ideas, consecuencias y daños, solo concluyó que debía usar su peso contra la articulación atrapada del lord y cuando escuchó el crac, entendió que el de más temprano, el que oyó cuando Luke propinó un golpe con la silla, era el de un hueso al romperse. ¿Cómo demonios una lady había aprendido a detectar ese sonido?

Claro. Porque iba seguido de un grito agónico.

Y de una maldición hacia ella y su completa prole.

Y de un golpe de defensa.

Petre le dio una bofetada con su brazo sano. El herido pendía inerte a su lado, el cuchillo había caído. Al ver a Medea aturdida, no perdió tiempo en recoger el arma, la lanzó al suelo, se montó a horcajadas sobre ella para inmovilizarla y con la mano que aún le funcionaba comenzó a apretar su cuello. Sintió con placer los pataleos de la dama, las uñas de ella clavarle en su carne, los ojos a través de la malla abrirse con desmesura. Si tuviese la otra mano funcional, pensaba, le quitaría esa jodida malla y le haría verme a los ojos mientras la mato. La sensación de placer lo excitó, sintió cómo su cuerpo respondía sexualmente al acto de asesinar. Se inclinó hacia ella, concentrado en eso no percibió la otra presencia hasta que fue demasiado tarde.

En la selva, el más fuerte es rey.

No había delicadeza ni caballerosidad en ese ataque a traición. Lo primero que sintió Petre fue una fuerte patada en su hígado que lo dejó sin aire, doblado a la mitad. El siguiente golpe lo hizo rodar por el empedrado, los ojos se le nublaron por las lágrimas agónicas. Entre esa neblina, pudo ver a Medea girarse, quedarse a gatas y toser hasta aclarar su garganta.

—M-maldita bru... —No terminó su juramento. Un rodillazo le sacó la mandíbula de lugar. Lo último que vio Petre no fue el rostro de la bruja, como quería, sino el de Luke Callaghan. El hombre lo cogió de los grasos cabellos, lo puso de pie y con un último golpe, le acomodó la mandíbula en su sitio a la vez que lo desmayó.

El rescatista se giró hacia la muchacha, observó con extrañeza su excéntrico atuendo. Su asombro fue aún mayor cuando esa extraña dama murmuró:

—Luke...

—¿Cómo sabes mi nombre?

Y antes de que pudiera hacer más preguntas, la mujer se dio a la fuga.

Unos minutos antes...

Cerró los ojos, tomó una gran bocanada de aire y lo soltó lentamente. Imaginó la brisa del mar en su rostro, el aroma salado mezclado con la grasa de los engranajes y la madera pulida de los camarotes. Casi pudo palpar el peso del dinero en sus bolsillos, el sueño de libertad materializado.

Abrió los ojos. Esquivó un puñetazo y pasó a la acción. Cualquier cosa valía, una silla, la mesa, la copa de coñac. Estrelló el vaso en la cabeza de uno de los maleantes, se agachó a tiempo para evitar el golpe del segundo, al incorporarse, se aseguró de que su cabeza golpeará el mentón del segundo agresor. Quedaba uno, cogió la silla, se la partió por la espalda, el hombre cayó contra el suelo. Sintió un tirón en su espalda, se volvió y por poco deja fuera de combate a su cliente, lord Walsingham.

—Milord, no vuelva a hacer eso —le advirtió. En el instante de combate, todos los blancos son enemigos. Cogió al decrepito noble en brazos y lo colgó sobre su hombro cual saco de patatas. Tower intentó detenerlo—. No lo vale —le dijo Luke, calmo—. Le costarán más caros los dientes nuevos que lo que pueda sacarle a lord Walsingham.

—¿Y si vamos a medias con el pago de lord Walsingham? —lo tentó Tower. Luke no se mentiría a sí mismo, por un instante, caviló la posibilidad. ¿Y si cogía el dinero y se iba de allí?, lo mismo daba si se lo pagaba un lord o un usurero, al fin de cuentas, entre ellos dos ninguno era honrado. Sacudió la cabeza para despejar la absurda idea.

—Lo siento, pero vengo acompañado. —Stephan aguardaba por él y el cliente en una calesa a las afueras del lugar.

—En tal caso, debo insistir —dijo Tower, tronándose los dedos. Luke rodó los ojos, antes de que pudiera convertirse en una amenaza, cogió la cabeza del dueño del club y la golpeó contra la pared más cercana, cambió a lord Walsingham de hombro y se dio a la retirada. Los matones recobraron el conocimiento y empezaba a temer que el anciano se hiciera en los pantalones, por consiguiente, sobre su pectoral.

—Estoy viejo para esto —se quejó.

—Si tú estás viejo, ¿qué queda para mí? —El anciano golpeó sin fuerza la espalda del hombre desde esa indigna posición. Luke ni se inmutó, salió a la calle y lanzó al lord sin más sobre el mullido

asiento de la calesa. A sus espaldas, los maleantes se acercaban.

—Luke, venga... —lo apremió Stephan. Luke suspiró, negó con la cabeza. Su amigo tenía una hermosa mujer en casa, un niño de dos años y otro retoño en camino, un ser vivo en el vientre materno al que Stephan ya pensaba como «su niña». Si se subían los tres a la calesa, tenían menos posibilidades de salir ilesos que si él permanecía a modo de escudo.

—Ve, Maggie te espera y prefiero esos matones antes que soportar a tu esposa si regresas con un moratón. —Le dio una palmada al anca del caballo y se volvió hacia los matones—. No aprenden, ¿verdad?

—Nos pagan, como a ti —dijeron los aludidos, poniéndose en posición.

—Pues no lo suficiente. —Lo rodearon, uno se le colgó de la espalda para intentar ahorcarlo, apenas conseguía presionar con su antebrazo el grueso cuello de Luke. Con ese encima, lanzó una patada frontal y se deshizo de uno de ellos, que cayó de nalgas al suelo. El segundo lanzó un golpe, el guardaespaldas se agachó y giró con rapidez, dejando la cabeza del que pendía a sus espaldas en la dirección del puñetazo. Oyó el crujir de mandíbula y se alivió del agarre.

—Mierda... —masculló el matón al darse cuenta de que había golpeado a uno de los suyos.

—Lo siento. —Con la disculpa, Luke le dio un golpe con el canto de la mano derecha en la carótida y lo dejó fuera de combate. El último lo miró desde el suelo y concluyó que no valía la pena ni la paga.

—Si se va por allí, Tower me hará seguirlo —Señaló con el mentón la dirección que cogió la calesa—, piérdase por los callejones y háganos un favor a todos.

—Bien. —Se encogió de hombros, acomodó su boina y su chaqueta, y se encaminó hacia el callejón aledaño al club. Se lamentó por la costura de la chaqueta tweed, tenía más remiendos que tela original. Pero un hombre debía cuidar su apariencia y él detestaba andar desaliñado. ¿Qué pensaría su madre, que en paz descansaba, si lo viera con ese aspecto?, pues que ella le había enseñado mejor, que ser pobre no era razón para descuidarse y que, dicho fuera, él ya no era pobre, sino un pujante emprendedor socio de un negocio de seguridad y pronto terrateniente. Con más razón, debía cuidar su apariencia.

Los banales pensamientos se desvanecieron cuando llegó a la salida trasera del club, allí una dama luchaba por su vida mientras un engendro de ser humano intentaba ahorcarla con su mano. En general mantenía la frialdad, sabía que la violencia era parte de su trabajo y se solía dar en los términos de minutos atrás. Hombres pagos contra hombres pagos. Entrenados contra entrenados, y que ganase el mejor. En cambio, eso...eso que sucedía frente a él...¿a una mujer?!

No le llevó más que un par de golpes liberar a la dama, él ni siquiera recibió un rasguño. Los cobardes no eran rivales para Luke Callaghan. Se volvió hacia la dama, con intención de socorrerla, entonces sintió sus ojos hipnóticos en él, más enigmáticos debido a esa extraña malla que le cubría el rostro.

—¿Luke?

Su nombre, esa voz...se convirtió en el primer impacto recibido de la noche, inesperado y letal. Tan letal que lo dejó sin aire.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó, estupefacto. ¿Quién demonios era esa dama?

Antes de conseguir una respuesta, la mujer se dio a la fuga.

Capítulo 2



La mujer estaba a salvo y eso era lo único que importaba, ¿verdad? Nada de pensar en la intensidad de esa mirada semioculta, ni la extraña sensación de que el reconocimiento era mutuo. Es que se trataba de un imposible, ¿cómo podía tratarse de la misma persona? Solo una dama en toda Inglaterra era capaz de semejante mirada y era inconcebible encontrarla en ese sórdido sitio, luchando con un patán, vestida de ¿qué?, ¿bruja?, ¿hechicera?, ¿diosa?

No. Sacudió la cabeza y se volvió hacia el cuerpo inerte del maleante. Lord Petre. ¡Vaya!, la apatía regresó a él. La especie humana no le reservaba sorpresas, lores, ricos, pobres... lo único que separaba al mundo en clases era la bondad o la falta de ella. En cada estrato podías hallar personas increíblemente bondadosas, éticas, y personas... como lord Petre. Se encogió de hombros y se dispuso a marcharse sin preocupación a cuestras, el hombre estaba vivo, respiraba y se despertaría con un espantoso dolor de cabeza, quizá náuseas y una condición que le obligara a consumir papilla por varias semanas. Fantástico. La mujer... ella había huido, lo que implicaba que también estaba bien. No le pagaban para preocuparse por extraños no-tan-extraños. Se dio la media vuelta y divisó que la única salida posible era la callejuela por la que la dama se había escapado. Siguió sus pasos sin premura, su noche había finalizado y Stephan estaría recibiendo la segunda mitad de la paga de manos de lord Walsingham, con ello conseguiría la suma que se había propuesto el día en que se aventuró a ese peligroso empleo. El monto de su nueva vida.

Sin más, avanzó silbando, despreocupado. Pero el famoso destino al que solía convocar Medea con sus juegos conjuraba en su contra (o a su favor, los hechos lo dirían) y en el instante en el que Luke entró en la estrecha callejuela, las nubes nocturnas se movieron y despejaron la luna. Su resplandor plateado iluminó las piedras de las paredes entre las construcciones, la suciedad, el hollín, pero, en especial, una marca: tres dedos deslizados en la rugosa superficie.

—¡Demonios! —masculló Luke. Demasiado tiempo en ese oficio para no reconocer la mancha, el modo particular en que la sangre brillaba a la luz de la luna. La palpó, solo porque ansiaba poder desechar la angustia y regresar a su postura pragmática respecto a la violencia: un medio para un fin. Sin víctimas inocentes de por medio.

Esa marca era la prueba de lo intolerable. Una víctima inocente. Porque llámenlo anticuado, Luke Callaghan era un hombre que consideraba el mundo de las mujeres lejano al ruin y cruel mundo de los hombres. Quizá fuese además de anticuado un poco ¿débil ante el sexo opuesto? Stephan solía ser de esa idea y reírse a su costa. «Mi Maggie es capaz de atrocidades y la amo por ello», solía bromear su amigo y socio; pero Luke veía a Maggie tan menuda, con sus rizos rubios y su rostro de mejillas llenas, cual muñeca de porcelana, y era incapaz de creerla capaz de vilezas. Más aún, le

despertaba una honda necesidad de protección que reprimía a costa de saber que Stephan era más que capaz de cuidarla y, por supuesto, le recordaría de modo poco agradable a quién le correspondía tal labor.

No eran sentimientos románticos hacia Maggie, siempre la vio como a una hermana pequeña, era...era su esencia. Proteger parecía ser su misión y desde que su madre había muerto, no sabía a quién abocar dicha vocación, por lo que crear una empresa de seguridad privada le pareció lo más apropiado. Canalizaba su naturaleza y ganaba dinero con ello.

Pero la naturaleza siempre predomina por sobre los negocios, y la necesidad de asegurarse de que la extraña dama estaba bien le despertaba un incómodo cosquilleo en la piel, un latido arrítmico en el corazón, una urgencia implacable.

Había un único camino posible, apresuró el paso sin llegar a correr; herida como estaba, la alcanzaría en un par de minutos. Justo cuando empezaba a verse el final de la callejuela, divisó la figura femenina. Los coloridos velos rompían con la oscuridad de la noche y su absurda malla metálica con pedrería refulgía con la luz de la luna. Luke reconoció que hallaba a la dama atrayente como la luz a los insectos; tentadora y mortífera.

Cualquier cavilación relacionada con su apariencia o el efecto que su enigmático atuendo generaba en él fue expulsado de su mente al verla doblarse sobre sí misma, cogiéndose las costillas. También abandonó su paso tranquilo y se dio a la carrera, alcanzándola justo en el instante en que la mujer se desplomaba. Su brazo impidió que el delicado cuerpo femenino tocara el sucio suelo.

—Joder, mujer...—se le escapó la maldición. En general era muy cuidadoso con sus formas, pero la desesperación ganó a los modos sociales—, ¿está usted loca?

—Déjeme ir, por favor.

—¿A dónde piensa llegar en ese estado? Apenas se sostiene de pie. —Attie hizo el esfuerzo de incorporarse, apretó los dientes para mantener entre ellos las maldiciones, y Luke entendió a qué se refería Stephan con su *dulce* Maggie. A veces los hombres olvidaban que esas *frágiles* criaturas traían vida al mundo, sangraban una vez al mes y podían subyugar a un hombre de su tamaño con una simple súplica entre labios. La admiró por su entereza a la vez que se enfureció con ella sin conocerla.

—Solo...—Extendió su mano en dirección a lo que esperaba que fuese su coche de alquiler, este se puso en marcha sin ella—. ¡Diantres!

Le había ordenado al cochero esperar hasta medianoche, si no aparecía, debía marcharse. El hombre respondía a su mandato, no podía culparlo. Esa noche el mundo complotaba en su contra, eso le pasaba por tomar el destino a la ligera. Cuando volvió la mirada hacia Luke, halló sus ojos ennegrecidos por la noche y la furia.

—¿Y ahora? —Antes de que pudiera replicar, él se inclinó ante ella y en un solo movimiento pasó un brazo por debajo de sus rodillas mientras el otro la sujetaba por la espalda. La cargó como si no pesara más que un par de libras. La situación era absurda, Attie sintió vértigo ante la increíble altura de Luke. ¿Cómo demonios andaba ese hombre por la vida sin sentir vértigo?

—Debe bajarme. ¡Bájeme ahora mismo! —Pataleó, sin conseguir inmutar al hombre.

Era una roca, una roca demasiado tentadora.

—No hará más que profundizar la herida, señora —la reprendió él—, ha perdido demasiada sangre para mostrarse tan insolente.

—Primero —Alzó el dedo con descaro—, no existe circunstancia que me quite la insolencia. Segundo, no es nada, apenas me rozó con el cuchillo —intentó desmerecer Attie, se hizo a un lado una

porción de velo y descubrió la herida. La palpó, podía sentir el surco que el cuchillo había dibujado en su piel—. Sangra, pero ni siquiera duele demasiado.

Mala elección de palabras.

—¡Joder! —Luke no pareció más tranquilo por su respuesta, por el contrario, se dio a la carrera. Unas manzanas más allá, había un apartado de coches de alquiler, cogió uno y le indicó una dirección, no sin enfatizar que se diera prisa. Attie no entendía el apremio y el bamboleo de la corrida la había dejado mareada, con un intenso dolor de cabeza, más apremiante que el de las costillas y un leve temblor en el cuerpo

—Déjeme en el coche, yo le indicaré al hombre mi dirección —O una cercana, pensó, de lo contrario me delataré— y usted podrá irse en... —Luke la posicionó en la butaca con delicadeza, se quitó la chaqueta y formó un pequeño cojín con ella. Lo colocó bajo la cabeza de Attie y se sentó a su lado, sin oír ninguna de sus réplicas.

—No la dejaré a solas en un coche con un extraño, herida y a punto de desmayarse. Si quiere ir a casa, será mejor que me diga dónde queda dicha casa. Algo que, adivino, no hará.

—No estoy a punto de desmayarme —mintió—, y...y usted es también un extraño —acrecentó la mentira.

—¿Lo soy?, ¿parecía conocerme muy bien?

«Ya quisiera», suspiró Attie, la pérdida de sangre le estaba haciendo pensar tonterías. ¡Era el guardaespaldas de sus amigas!, amigas que por fortuna ya no necesitaban de uno. No existía motivo por el cual sus caminos se cruzaran, salvo, claro, su nueva inclinación al peligro.

—Lo he adivinado —respondió Attie, imitando la voz de Medea. Luke soltó una carcajada carente de humor.

—No creo en brujas, señora, será mejor que me diga quién es, porque no pienso pagarle los servicios médicos, ¿sabe? —Él también podía mentir, ¡claro que le iba a pagar los servicios médicos!, hasta no asegurase de que la dama estuviera bien, sería incapaz de deshacerse de ella. Su afán protector sería su propia condena.

—¿Un médico? ¡No!, oh, no... —Hecate intentó abrir la portezuela del coche, lanzarse al empedrado, lo que fuese para salvar su vida o su reputación, que, siendo una lady, eran prácticamente lo mismo. Luke la detuvo aprisionándola contra su pecho.

—Debí suponerlo, con este atuendo usted está completamente loca.

—¡Claro que no estoy loca!

—Seguro vive en un manicomio, y por eso no quiere saber de médicos.

—Para su información, señor Callaghan, estoy en total uso de mis facultades mentales. Y respecto a las físicas, apenas un poco... imposibilitada. Pero ya le he dicho, apenas me duele... —Ante esa declaración, Luke reiteró la orden de premura al cochero—. ¿Acaso no entiende?, le dije que apenas me duele y usted...

—Si apenas siente ese corte, señora, es porque está en estado de conmoción. Lo que quiere decir que perdió más sangre de la que parece, ¿siente frío?

—Hace frío —respondió airada en un intento de defensa. Luke la rodeó con el brazo y la acercó más a su calor—. ¿Qué hace?

Pese a haber impostado un tono enfadado, no pretendía de verdad que Luke se alejara. ¿No podía una dama aprovechar las *oportunidades* que la vida le otorgaba?

Para mayor estupor de Attie, Luke bajó su rostro. Un centímetro, otro... Fue un instante, pero

pareció durar una eternidad. Ella alzó la mirada, clavó sus ojos en los de él y suspiró. Rendida en esa unión de miradas, no se dio cuenta de lo que el hombre pretendía. La mano de Luke estaba caliente, todo él emanaba calor, como un hogar a leña en pleno invierno. Su cuerpo era duro, firme, sin llegar a sentirse incómodo. Cuando los dedos masculinos se acercaron al mentón de Hecate, la muchacha no percibió la amenaza. La expectativa de ser rozada acalló cualquier alarma, también la debilidad por la combinación de pérdida de sangre con el descenso de la adrenalina. Tal vez por una vez el destino que tantas veces conjuraba para los demás jugaba a su favor, le obsequiaba eso que había pedido tantas veces sin atreverse jamás a verbalizar.

—Lamento no haberlo matado —gruñó Luke, al descubrir el cuello de Hecate y ver la marca que el ahorque de lord Petre había dejado. Acarició la rojez, que pronto sería morada y ascendió, palpando el frío creciente de la muchacha. Apartó poco a poco la malla metálica llena de pedrería, descubriendo una porción de piel clara, aunque no tan blanca como el de las damas inglesas. Tenía un leve deje dorado, apenas perceptible en la oscuridad del coche iluminado por el resplandor de la luna—. No hizo fiebre aún.

—Ya le he dicho, Luke, estoy bien.

Otra vez ese conocimiento, esa leve confianza en su voz, el uso de su nombre de pila. Lo conocía más que simplemente de nombre, sabía qué clase de hombre era, por eso no temía a la cercanía ni a que la condujera a un destino incierto.

—Estamos en desigualdad de condiciones... —No le brindó el tiempo de huir de nuevo, sin más dilataciones, elevó la malla develando el rostro de la dama. Ella se apartó espantada, demasiado tarde. Él la imitó, horrorizado ante el descubrimiento—. ¿Mi-milady?, ¿es usted?

—¡Demonios! —Bajó la malla con premura, Luke regresó a su estado de furia inicial. Esa dama había convulsionado su noche por completo, con su atuendo, su terquedad y ahora... su identidad.

—Lady Hecate, ¡qué demonios..! ¿Por qué me sorprende? —Posó su espalda en el respaldo y se pasó ambas manos por el rostro, lleno de frustración—. Debí suponerlo, cada vez que hay un problema, una de las famosas señoritas de Shakespeare está involucrada. Y la única que restaba por ponerse en peligro era usted.

La peor de todas, quiso agregar. La que me mira como si fuese un terrible incordio parado al final del salón, la mujer que, si puede ignorarme, me ignora. Me evita como si trajera la peste. Esa que es la más lady entre las ladies y me hace sentir el más bruto entre los brutos. No sabía qué demonios le había hecho a lady Hecate, pero en cada ocasión que coincidían, la joven lo calcinaba con sus ojos oscuros si es que osaba posarlos en él.

—Nunca tuvo que socorrer a Juliet...

—Por falta de tiempo, empiezo a sospechar. ¿No es a ella a quien secuestraron el día de su boda?

—*Touché.* —Suspiró Hecate—. En mi defensa, diré que yo no necesito ayuda, ni lo he contratado. Le dije una y mil veces que estaba bien.

—¡Pero no lo está! —la reprendió. Llamó al cochero, iba a decirle la dirección de la dama y dejarla en mano de los mejores médicos de Londres. Recordaba la dirección de la mansión Neville, porque había llevado allí a lady Ophelia en una ocasión. De hecho, fue en esa ocasión que la conoció y sintió por primera vez su ¿desprecio?

—¡No, aguarde! Nadie debe saber que yo soy Medea. —Lo detuvo tirando de su camisa. Lucía tan solo la camisa y un chaleco, pues la chaqueta hacía de cojín.

—¿Medea?, ¿eres la famosa bruja Medea de la que habla la sociedad?

—Si alguien lo sabe, estaré arruinada. Créame, para una lady su reputación lo es todo.

—Haberlo pensado antes —gruñó—. ¿Y cómo piensa mantener su identidad en secreto?, el médico tendrá que revisarla y...

—No habrá ningún médico, por favor, yo puedo atender mi herida... lo prometo... —El último ruego salió sin fuerza, Luke tenía razón, Attie estaba al límite de la conmoción. Quizá por ello sonaba menos altanera al dirigirse a él. Maldijo al notar el vahído de la dama, se quitó el chaleco, reemplazó la chaqueta por el chaleco a modo de cojín y usó esta como manta. La arropó y la guio de regreso a sus brazos, brindándole tanto calor corporal como pudo.

—No se desmaye —le ordenó con voz firme, como si su comando pudiera regir por sobre la naturaleza—, abra esa boca y cuénteme algo, cualquier cosa, lo que sea que la mantenga despierta. —Volvió a alzarle la malla, ahora que sabía su identidad, quería verle el rostro. Tal vez por simple valoración estética o quizá porque no se convencía de que fuese ella. La más distante del grupo de amigas, la más seria, quien siempre tenía un comentario atinado aunque mordaz... La gran lady...

¡Vaya si las apariencias engañaban!

—¿Me promete que no me llevará a casa?, nadie puede saberlo...

—Se lo prometo —respondió, no porque le gustase la idea, sino porque no había tiempo. Attie se desmayaría de un momento a otro y cambiar de dirección podía llegar a ser letal—. Ahora, hable... Seguro que con las amigas que tiene, temas interesantes no le deben faltar.

—¿Sabe usted que mi amiga Cordelia compró acciones en la bolsa de valores? —Attie rio, Luke le sonrió en la penumbra. Definitivamente, sangrar como una humana la volvía una persona más accesible.

—No me diga, ¿y cómo fue eso?

—Pues un enorme guardaespaldas que es incapaz de decirle que no a cualquier locura que se le cruce en el camino la protegió mientras una veintena de hombres empujaban, gritaban y... —Siguió hablando, cada vez más suave, más pausado, hasta que no pudo mantener los ojos abiertos. Luke la sacó del coche y la llevó a su pequeño apartamento, le había prometido no llamar a un médico, pero temía, por primera vez, no ser capaz de mantener su palabra.

Su apartamento de alquiler era diminuto. Se había mudado allí el último mes, con el fin de abaratar costos y ahorrar lo más posible. Solo con Atila, su perro; los dos contra el mundo, no necesitaban más que ese pequeño lugar con un diván para dormir, un escritorio que hacía las veces de mesa para comer y sus bártulos en baúles. Encendió una lámpara de aceite, le chistó al chucho para que se apartara y dejó a Attie en el diván.

—Iré a por un médico y que se vaya todo al diablo —masculló. La muchacha abrió los ojos, volvían a estar ocultos tras esa ridícula malla metálica.

—Aguarde, ya me siento mejor.

—Y un demonio, usted debe haber perdido más sangre de la que creo, porque está helada como un muerto y se desmaya al hablar.

—No, lo prometo. O sea... sí, me he sentido un poco débil, pero es por la impresión. Hace que...

—De pensarlo, volvió a sentir un vahído.

—¿Le impresiona la sangre?

—Solo cuando emana de una herida —respondió a modo de disculpa. No iba a admitir el resto,

que quizá había fingido un poco más de debilidad para apelar a su pena o Luke la mataría. Ya parecía querer reunirla con el Creador. ¿Cómo podía hallar tan apuesto a un ser tan amenazante?

—Dígame, entonces, ¿cómo piensa curarse la herida sin un médico? —Lukeladeó la cabeza, a sus espaldas, una bestia salida del inframundo lo imitó.

—¡Qué es eso! —chilló Hecate y se aupó sobre el diván, encogiéndose las piernas—. Auch —se quejó al sentir la herida.

—Eso es mi perro Atila, y tiene sentimientos, ¿sabe? —Como yo, quiso agregar, maldita lady mimada. Volvió a sentir sus ojos oscuros en él, sintió la apremiante necesidad de acomodarse la camisa arrugada y manchada con su sangre. ¡Qué demonios!

—Eso no es un perro, señor Callaghan, lo han engañado. Se trata de una cruce de lobo con caballo...

—Vuelvo a ser señor Callaghan —bufó Luke. Le pareció que Attie se sonrojaba, pero era imposible adivinarlo con ese atuendo que la cubría de pies a cabezas—. Es un lobero irlandés... o bueno, mitad lobero irlandés. ¿Quizá un cuarto de lobero irlandés? —conjeturó al ver al can, con su pelo lanudo enredado y su ojo tuerto—. Como sea, merece respeto.

—Tiene usted razón. —Bajó los pies lentamente del diván, se movió con cautela, Atila le brindó una mirada con su ojo sano y no le pareció gran cosa, empujó la mano de su amo en busca de una caricia antes de echarse en la alfombra frente al brasero. Attie, más tranquila, volvió a revisar su herida, y claro, casi se desmaya una vez más.

—¡Deje de hacer eso! O además se abrirá la cabeza de un golpe al caer.

—Pero es que tengo que coserla, ¿tiene hilo y aguja?

—Lo que tengo es sentido común, milady. ¿Acaso piensa coserse sola?

—¡No, claro que no! —replicó y pese a la malla, Luke fue capaz de jurar que había rodado los ojos—. Usted lo hará. Seguro no es la primera vez que cose una herida.

—Parecía la más comedida y resultó ser la más desquiciada —murmuró Luke—. Mire, buscaré un médico y ya. Puede hacer como hizo su amiga Cordelia y amenazarlo con que le arrancaré la cabeza si habla, prometo poner cara de malote y todo. ¿De acuerdo?

—No.

—Es usted insoportable y capaz de morir desangrada antes de dar el brazo a torcer.

—Mire... noto que nos vamos conociendo. Como ha dicho, yo soy una desquiciada y usted un hombre que no me dejará a merced de nadie, ¿quién cree que ganará la batalla de terquedad? —Atila alzó la cabeza y la regresó entre sus patas. Miró a su amo, pareció decirle: has perdido, ríndete... —No puedo correr el riesgo, señor Callaghan. ¿Sabe?, cuando Cordelia hizo esa amenaza también me pidió un favor a mí, que me asegurara por medio de mis contactos de que el rumor de la salud férrea de Fitzroy corriera como un río en su cauce. Esos contactos, ella ni nadie lo sabe, son Medea. Sin Medea, no hay garantía, no hay plan B, solo quedaría a merced de la buena voluntad del médico. ¿Puede asegurar usted eso, que no verá la oportunidad de chantajearme o vender esa información, como hace Tower en su club?

—¡Demonios! —siseó.

—¿Me va a ayudar con la herida, sí o no? —Attie enfureció más de lo que ameritaba la ocasión. Estaba cansada, herida, débil y... sí, enojada.

—Pero mire el descaro de la lady... —Luke no estaba menos frustrado.

—Le pagaré por los servicios, lo prometo.

—No es una cuestión de dinero.

—No, claramente —Attie se puso de pie, se tambaleó y él estuvo en un segundo a su lado—. Al parecer su negativa a ayudarme tiene que ver conmigo, con que yo no le agrado. Piénselo así, antes me ayuda, antes me iré.

—¿No agradarme usted, milady? Me parece adivinar que ese sentimiento es exactamente el que usted alberga por mí. Apenas puede mantenerme la mirada y se ha asegurado de dejar esa incómoda malla con tal de que no revelar su desprecio. Aun así, como no soy un patán, la ayudaré...

Hecate se quedó estupefacta por la percepción de Luke. ¿Que lo detestaba?, ¿de dónde había sacado semejante idea absurda? Claro que le esquivaba la mirada, porque no era correcto quedarse con los ojos clavados en un extraño fantaseando con ser rescatada de una torre o algo similar, y que en las ocasiones en las que era imposible no cruzarse intentaba por todos los medios mantener la distancia, por el bien de su salud mental, porque de lo contrario se la pasaría fingiendo vahídos para que él la cogiera en brazos... Pero, de ahí a pensar que lo despreciaba...

—G-gracias —logró articular.

—Me arrepentiré de esto mi vida entera —gruñó él y abandonó la habitación. El lugar rentado era ideal para un hombre soltero, contaba con una cocina compartida por los demás inquilinos y dos cuartos de baños también a compartir. Y lo mejor, disponía de retrete fuera del piso, de modo que nunca olierá mal en el interior. Claro que para orinar de noche podía recurrir a la bacinilla, pero rara vez la necesitaba. El problema era que en esa ocasión tendría que ir hasta abajo en busca de agua hervida para higienizar la herida de Hecate.

La muchacha quedó a solas con el perro. Intentó por todos los medios no mirarse la herida, Luke no estaba allí para ayudarla si volvía a descompensarse por la impresión. Se quitó varios velos y uno de ellos, el que había usado para hacer presión sobre el corte, lo anudó a su cintura para que siguiera cumpliendo la misión. Se quitó al fin la malla y soltó un suspiro de alivio. Atila la observó, la olfateó y soltó un suspiro agotado, como si hubiese estado trabajando en el puerto el día entero en lugar de echado en la alfombra.

—Eres más bueno de lo que pareces, ¿verdad? —Se acercó con cuidado, el perro no la consideraba amenaza, podía comerla de un bocado. Attie le acarició la cabeza, primero con miedo, luego con curiosidad y al final, con ternura—. Oh, pero si eres un buen chico. ¿Quién es un buen chico?, Atila es un buen chico. ¿Sabes lo absurdo que es lo dicho? Atila fue un guerrero temible y tú eres muy mono. El niño más mono del barrio, ¿a que sí?

Le dolía la cabeza, el cuello, la cintura... La confianza de Atila tendría que esperar. Soltó el moño de sus cabellos y hundió los dedos entre los espesos mechones, masajeando el cráneo. El cabello era tan abundante que pesaba muchísimo, si a eso le sumaba el resto del atuendo... pues cargaba media tonelada sobre su cuello. Bajó con las manos por la nuca, apartó el pelo a un lado y continuó con el masaje.

Luke se quedó petrificado en el umbral de la puerta y por poco suelta el cuenco con agua caliente cuando Hecate se volvió a él. ¡Joder con esa dama!, podía jugar a ser una bruja o tener un nombre mítico, pero la belleza de Attie era, sin lugar a duda, terrenal. El cabello le caía ondulado hasta la cadera, la piel tenía un suave dejo dorado en contraste con la blancura fría de las pieles inglesas, herencia de su lado griego. Los ojos grandes, de cuencas profundas, algo rasgados hacia arriba y una boca ancha, que insistía en formar rictus altaneros, cuando había sido diseñada para reír a carcajadas.

—Su perro es pura presencia, pero en el fondo es un santo.

—A ninguno de los dos nos gusta la violencia gratuita. He notado que los hombres somos como los perros —dijo y superó el umbral, cerró la puerta con el pie, no tenía intención que el resto de los inquilinos oyeran a Hecate—, mientras más grandes, menos agresivos, supongo que porque nos sentimos menos amenazados. Los pequeños son los más cascarrabias.

Attie rio; Luke tuvo una extraña sensación de éxito por esa risa.

—Tiene usted razón, de pequeña me obsequiaron un perro que entraba en mi bolso, se lo juro. Y era la reencarnación de Satán. Igual yo le quería, era un buen compañero.

El silencio que siguió fue pesado, incómodo. Attie casi ríe de nuevo al oír el croar de las ranas en el exterior, suspiraron a coro y le entraron más ganas de reír.

—No sé qué encuentra tan gracioso —la reprendió él—. Tengo que usar una aguja sobre su piel, ¿recuerda?

—No sea aguafiestas. Me rio porque creo que estoy histérica, pensé que moría, ¿sabe?, cuando lord Petre me ahorcaba y no conseguía librarme. El resto...el resto visto así es todo buena noticia.

—Visto así...—coincidió, poco convencido.

—No se preocupe —siguió Attie—, en mi extraño atuendo el corsé va por encima. No dañaré su virtud, lo prometo.

Luke masculló un juramento, ni siquiera había considerado esa parte del problema. Cuando Attie empezó a desatar los nudos del corsé, él juró que el infierno era un lugar más fresco que su apartamento de alquiler. Debajo llevaba una especie de vestido camisola, como la que les había visto una vez a unos árabes en el puerto. Era de algodón liso y ocultaba cualquier curva femenina, sin embargo, eso no conseguía aplacar la sensación de transgresión en Luke. Sabía que tanto si descubrían que Lady Hecate era Medea como si se sabía que había estado en su apartamento, la muchacha estaría arruinada. Y él...esa mancha no la podría solventar. Era un guardaespaldas, un plebeyo, mientras que los Neville eran los nobles entre los nobles. La casarían con lord Petre antes que con él. Mejor ponerse manos a la obra y evitar el escándalo a como diera lugar.

No pienses...no pienses...

—Acuéstate en el diván —ordenó y lo de no pensar se fue al garete. ¡Demonios!, cualquier cosa que dijera sonaba inapropiada en esa circunstancia. Y empeoraría, fue a por un vaso en su escritorio y cogió la bebida más fuerte que tenía. Un vodka ruso que le había obsequiado un cliente «especial». Sirvió una medida—. Bebe, hará que duela menos.

Attie olfateó el vaso, sin malla mediante, cada expresión de su rostro quedaba al descubierto. La de desconfianza, la de asco ante el fuerte olor a alcohol.

—O puedes soportar el dolor sin ayuda. —Atinó a quitarle el vaso.

—Hey, realmente no sé qué le sucede conmigo, señor Callaghan, mis amigas hablan maravillas de usted, empiezo a pensar que es como esa vieja historia que me contaba mi padre. —Bebió un sorbo, tosió y soltó vapor por la boca—. ¡Quema!

—Espere a sentir lo mismo en la herida que necesito desinfectar.

—Ya... —Terminó la medida de un trago, se le escaparon dos enormes lágrimas. Luke le sirvió otra medida.

—¿Qué historia?

—¿Qué historia de qué?

—Que su padre le contaba una historia.

—Ah, sí. —Se echó a reír. A Luke le causó gracia.

—¿No toma alcohol con frecuencia, verdad?

—Bebo champán de tanto en tanto y mi tía me convida jerez a escondidas de mi madre. Oh, y una vez probé... —Bajó la voz— el licor de huevo.

—¡Vaya!, está lista para asistir a los clubes de caballero.

Attie se dejó caer sobre el diván, el apartamento daba vueltas a su alrededor. Luke empapó un paño en vodka y lo pasó por la herida. La muchacha no pudo contener el quejido.

—Un trago más y suficiente —le dijo Luke y le dio la última dosis—. ¿La historia?

—¿Qué historia?

—Deje... —Luke rodó los ojos. El cuchillo de lord Petre había cortado la tela; él rasgó un poco más, para no desvestirla por completo. De pronto tuvo una visión perfecta de la piel suave de la muchacha y de un lunar grande, casi negro, que decoraba la última costilla.

—Mis amigas dicen que usted es bueno, va a ser como la historia que cuenta mi padre... —Luke carcajeó ante los pensamientos inconexos de la muchacha, la risa se le atoró cuando Hecate se apartó el cabello y lo dejó caer sobre el borde del diván—. Hace calor aquí, ¿verdad?

—Ni me lo menciones —gruñó.

—¿Qué?

—Que es el brasero.

—Ah.

Pasó el paño una vez más, la herida era poco profunda, pero extensa. Al menos, Petre había mantenido la hoja de su cuchillo más limpia de lo que se mantenía él. Hecate en esa ocasión apenas soltó un quejido, empezaba a sentir cómo se adormecían sus sentidos por el alcohol. Luke acercó la aguja a la llama de la lámpara para esterilizarla y sumergió el hilo en el vodka, tras lo cual, se encomendó a los dioses.

—Solo he cosido a Stephan y él es un saco de cuero seco, milady.

—Tampoco pretendo que me borde una flor, Luke... —Volvía a ser Luke—. No me mire así, siempre enojado, realmente no sé qué le he hecho. ¿Tan mala soy? —Hizo un mohín—. ¿Sabe?, con esto de Medea últimamente siento muchos remordimientos, lo hago con buenas intenciones, por mi familia y mi padre, pero le miento a todo el mundo. Mentir es agotador, llevo más máscaras cuando soy Hecate que cuando soy Medea.

—No sé por qué lo hace, milady, pero conozco a sus amigas y pese a ser perfectas candidatas para un manicomio, tienen buen corazón. No serían sus amigas si usted tampoco tuviera buen corazón. —Dio una puntada, Attie apretó los dientes, pero pudo soportar el dolor.

—Entonces, ¿por qué me desprecia?, ¿por qué no acepta que le pague por salvarme? Es su trabajo y es bueno en ello. Me ha salvado y ahora me cose y apenas me duele... —arrastró las palabras.

—Porque los tratos de negocios se hacen antes del encargo, no después. Si le cobro ahora parecerá que me aproveché de su infortunio, milady, y soy un hombre de códigos.

—Vale, entonces lo contrataré luego y así lo compensaré.

Luke hizo otra puntada, en esa ocasión con el ceño fruncido. No sabía por qué le irritaba tanto que lady Hecate insistiera en pagarle, ¿no era a eso a lo que se dedicaba acaso?

—Otra vez el ceño fruncido... —le recriminó ella.

—Hasta que estemos a mano, usted me mira con el ceño fruncido siempre. O al menos, siempre que no bebe alcohol.

La muchacha se sonrojó e hizo algo mucho peor, se mordió el labio con timidez. El gesto parecía

impropio en ese sensual rostro, a Luke le tembló el pulso y debió aguardar antes de dar la siguiente puntada.

—No lo miro con el ceño fruncido... ¡De verdad! —se defendió ante el gesto incrédulo de Luke—, es la expresión que se me pone en la cara cuando pienso.

—¿Y siempre que me ve piensa?, debo parecer fórmula matemática con los gestos que hace al verme —ironizó. Attie soltó una carcajada, Luke la sostuvo con fuerza desde la cintura, toda su palma ocupaba el vientre de la joven. El suspiro femenino no ayudó a serenarlo.

—No se mueva o le haré daño.

—Entonces no me haga reír. —Se apartó el cabello hacia el otro lado. Y usted no me haga sudar, quiso rogar Luke, pero se calló—. Es que parece romano, una estatua romana... —siguió ella, se dejó caer lánguida en el sillón, el hombre esperó a que se acomodara en la nueva posición para seguir con la labor de costura más complicada de su vida.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Mmm, ¿las dos? Luke... Luke... Luca... Luca... —Jugó con su nombre en los labios—. Luca le va mejor. Luca el legionario romano.

—No más vodka para usted —sentenció.

—¿Sabe que la forma de su nariz es tan legendaria que se le dice así, nariz romana?

—Supongo que los romanos se quebraban el tabique con frecuencia.

—¡No sea tonto! Miles de estatuas han inmortalizado su nariz. Y su cabello, con esos rizos. Parecen los pintados por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

—Milady, ha bebido demasiado. Ya casi termino y podrá regresar a casa, ¿sí? —Nunca creyó que tendría que salvar a alguien de él mismo, pero si Hecate seguía mirándolo así y diciendo esas cosas, él...él...

No, no se aprovecharía. Pero sí fantasearía un poco con hacerlo y eso alcanzaba para hacerlo sentir culpable. Estaba ebria, no sabía lo que decía.

Sin embargo, sus ojos oscuros en él, y...y el jodido ceño fruncido. Ahí estaba; esa mirada que él había creído de desprecio escondía algo mucho más repudiable. Atracción por un plebeyo.

—No es justo que sea tan apuesto, Luca. Parece una broma del destino, o quizá un castigo, por haberlo desafiado tanto. Es que la sociedad asegura que «podré casarme con quien quiera», «cualquier hombre está a mi disposición con mi dote y mis relaciones» y yo voy y pongo mi anhelo en un guardaespaldas.

—Vaya error más tonto —musitó, sintió que las palabras le raspaban la garganta.

—Y encima uno que parece romano, teniendo yo ascendencia griega —se lamentó. Lo miró de soslayo y Luke casi cae sobre su trasero al notar que Attie extendía la mano y le acariciaba el mentón.

—Si le sirve de consuelo, hasta donde conozco mi linaje, que es mi madre, somos ingleses.

—¿De Bath?

—¿Cómo lo supo? —preguntó desorientado. Attie solo rio, Bath había sido un importante asentamiento romano.

—No sé para qué digo esto, usted me desprecia y yo no puedo soñar con guardaespaldas que luzcan como legionarios romanos. —Exhaló y la exhalación se convirtió en bostezo—. Tendré que conformarme con un hombre más feo o la eterna soltería. Disculpe, Luca, creo que me estoy durmiendo.

—Ya terminé —anunció él, cortando el hilo.

—Tiene buena mano, apenas lo sentí. —Cerró los ojos—. Buenas noches, Luke... Luca..., prometo mantenerme lejos de su camino. No le generaré a usted más dolores de cabeza ni a mí más tentaciones indebidas. —Se ovilló en el diván y se durmió profundamente.

Capítulo 3



No habían pegado ni un ojo en toda la noche. Las consumía la preocupación y si contenían las palabras de malos augurios que tenían atoradas en la garganta, era porque creían que, de liberarlas, despertarían a la malaventura. No había que llamar a la desgracia. Pensarla era inevitable, pero llamarla... ¡Oh, no, ni una palabra, silencio absoluto!

Absoluto. Eterno. Agobiante.

La señora Foster, ama de llaves de los Neville, fue la emisaria. Ni bien hubo un atisbo de luz del amanecer, abandonó la mansión en busca de algún tipo de información que les permitiera dar con el paradero de la desaparecida. Lady Hecate Atenea Neville. Se había marchado cuando las primeras estrellas decoraron el firmamento con un destino cada vez más habitual: La casa de modas de Madame Leroy. Lo que sucedía entre esas paredes era un secreto que solo cinco mujeres conocían. Un secreto llamado Medea. Colette Leroy, una modista francesa que luchaba por abrirse paso en la sociedad londinense, se consagró como una de las primeras secuaces de la enigmática bruja. Fue ella quien se encomendó a la tarea de fabricar el atuendo que le permitiera ocultar su identidad a la joven lady. Su mayor logro y orgullo se encontraba en el diseño de malla con pedrería. Sin duda, una pequeña obra de arte, se recordaba cada vez que Lady Hecate abandonaba su recinto luciendo el traje de la mística bruja. Otra razón para su lealtad era que la hermana de Madame Leroy se vio librada de un asunto legal cuando Medea puso al descubierto la mentira de la lady que la había acusado de robo. Por amor al diseño de modas, al buen gusto y también por agradecimiento, la modista se mantendría fiel y cómplice. Sus otras eternas secuaces eran su madre, su tía Polly, la señora Foster y, desde hacía unas semanas, ese secreto familiar femenino fue compartido con Lady Priscilla, quien se convertiría en su cuñada si Medea lograba tejer un nuevo tapiz social que combinara a la perfección con el actual ambiente londinense. De lo contrario, la madre de la muchacha, Lady Olivia, rompería el compromiso con su hermano Eros, pactado de palabra tiempo atrás, para casarla con otro lord de menor renombre con el único fin de desvincularse de los Neville. Lady Olivia Cambridge albergaba un interno repudio y rechazo hacia la familia Neville, al punto tal, que no medía las consecuencias de sus pésimas decisiones, aunque éstas implicaran no tener consideración alguna por los sentimientos de su hija.

Nadie más conocía la verdad tras la máscara de la bruja Medea. Y así debía de continuar, por el bien de todos.

Lady Polly Dartrey mantenía la calma. ¡Pues alguien tenía que hacerlo! Lorraine Neville temblaba como una hoja seca en medio de una tormenta invernal. Estaba pálida de pies a cabeza. Sus manos tenían la temperatura de la laguna helada en plena temporada de patín. Lo paradójico del asunto era que no paraba, iba de una punta a la otra del salón principal, del salón comedor, del hall

central. Recorría cada uno de los corredores a paso ligero y veloz. Sí, tenía las mejillas ardidas, pero si rozabas sus manos, el frío te helaba los huesos. Por fuera, la desesperación. Por dentro, la más desconcertante de las incertidumbres.

—¡Stella está de regreso! —exclamó Polly luego de despegar la nariz del cristal vitral de la puerta principal. Así lograba mantener la calma, inmóvil, con la vista puesta en las escalinatas de ingreso a la casa. Por dentro albergaba un nivel de angustiante incertidumbre similar al de su cuñada. Quizá mayor, porque era innegable que ella era una de las motivadoras de su sobrina. Nunca había evaluado la posibilidad de riesgo. ¿Era un juego, no? Un juego que la sociedad londinense quería y necesitaba jugar. Medea era un entretenimiento, un espectáculo que se disfrutaba. Pensarlo de esa manera la inquietó más, el resultado variaba según el espectador, ¿verdad? A veces podías ser aplaudido y ovacionado; otras, repudiado, atacado con tomates podridos. Oh, no, su Attie no merecía tomates podridos. Abrió la puerta ni bien la señora Foster alcanzó el último peldaño—. Dime que traes buenas noticias —reclamó ni bien estuvieron frente a frente.

—No he traído malas noticias, ¿puede considerarse eso como una buena noticia? —La señora Foster estaba exhausta, había recorrido el centro londinense en menos de dos horas.

—Dada la situación, sí, lo tomaremos como una muy buena noticia. —Lady Neville se acercó a ellas y les compartió su primera exhalación de calma—. Sabemos que las malas noticias viajan a la velocidad de un rayo.

—Así es, milady. —Stella procuró sumar tranquilidad con el tono de sus palabras—. No he escuchado ni la sola mención de lady Attie ni de Medea. —Recorrió mercadillos nocturnos, callejones, teatros de clase media y la feria de atracciones ambulante.

—¿Has visitado a madame Leroy? —le consultó Polly.

—Sí, como siempre, hizo el cambio de vestuario y se marchó sin indicio de preocupación. En apariencia, fue una noche como cualquier otra. Aunque me reconoció que estaba sorprendida por la demora en su regreso... —Como era de esperarse, Attie retornaba al salón de Colette y cambiaba de atuendo. De lady Attie a Medea, y de Medea a lady Attie.

—¡Por los cielos y todos los dioses griegos!, ¿en dónde se ha metido mi pequeña? —La angustia fue palpable en la voz de lady Lorraine. Se encaminó hasta el ventanal de la sala de estar. Debía provocar al destino, confiaba en que, si se quedaba frente al cristal observando el exterior, tarde o temprano la figura de su hija aparecería. Una especie de invocación. ¡Regresa a casa, mi niña! ¡Regresa a casa! —Con esa plegaria mental se entregó a la espera.

—Stella, por favor, prepara té.

—¿Early grey, milady? —preguntó por puro convencionalismo, la señora Foster.

—No. El especial.

—¿Con brandy o coñac? —le susurró por lo bajo.

—Brandy, con una buena cantidad de brandy.

Como en los frentes de batalla, durante las siguientes dos horas se turnaron para realizar las guardias. Primero fue Polly, con taza en mano, de pie junto a la ventana con la cortina apenas corrida, observando a través de la tela el movimiento del exterior. El sol había abandonado su refugio en el horizonte, comenzaba su recorrido en el firmamento y teñía las calles de la ciudad con un delicado tono dorado. La realidad cotidiana londinense daba inicio. Los coches de alquiler recorrían las calles, los empleados de fábricas caminaban rumbo a su jornada y los vendedores ambulantes entregaban sus productos de puerta en puerta. En breve, el otro estrato social, la clase alta y la nobleza se sumarían a

la rutina diaria; y allí radicaba el verdadero problema, porque estos miembros notables de la sociedad eran los que distribuían los rumores de un lado al otro y, a la vez, sentenciaban los comportamientos ajenos en base a sus prejuicios. En resumen, eran los hacedores de la condena social.

—Milady, permítame... —Stella se acercó a reemplazarla. Ella había tenido su período de descanso, también había gozado de una taza de té con brandy junto a su señora. Al fin de cuentas, recorrió casi toda la ciudad a un ritmo frenético en busca de Attie, merecía el descanso. Así lo dictaminó lady Lorraine, y lo que su señora demandaba, ella lo llevaba a cabo sin cuestionamientos, aunque esto implicara cruzar la frontera de empleado-empleador—. Es mi turno, lady Polly.

—¿Tan pronto? —La pregunta fue más para sí misma que para la señora Foster. Treinta minutos mirando la monotonía diaria. Increíble, para ella tuvo la duración de un suspiro. ¿Quién hubiese imaginado que la vida citadina era más entretenida que una obra teatral?—. ¿Sabías tú que Lord Tomen hace ejercicios matutinos? —le preguntó aún con la sorpresa a flor de piel. El hombre estaba haciendo una especie de sentadillas en el jardín delantero de su mansión.

—Sí, milady, me atrevería a decir que todo Londres lo sabe —dijo con una sonrisa ladina. Se lo podía ver sin reparos ejercitándose.

—Teniendo un jardín trasero y privado tan grande... —balbuceó Polly de regreso junto a su cuñada. El hombre se acuchillaba y se estiraba en medio de los arbustos ornamentales. ¡Vaya que era incómodo!

—Es que Lord Tomen no solo ejercita sus músculos, Polly, también ejercita su vanidad —concluyó Lady Lorraine. Habló para calmar sus nervios. Miró de soslayo el reloj de pie. Las manecillas avanzaban sin piedad y continuaban sin noticias de su hija. No podía evitar pensar en lo peor. Algo como... ¿un secuestro? ¡Oh, por los cielos! Exhaló. Se incorporó de un salto, como si su trasero fuese catapultado del sillón—. ¡Le escribiré a sus amigas! Puede que ellas tengan noticias —exclamó como si fuese poseída por una maravillosa epifanía—. Ve en busca de Josh... —le solicitó a Polly, la señora Foster estaba cumpliendo con su turno, no la molestaría. Josh era el hijo del señor Monroe, el cochero de la familia. El muchacho recién había alcanzado los quince años, no podía cumplir con la labor del padre, pero sí era excelente a la hora de realizar recados.

—Lady Juliet, creo, se encuentra de visita en la casa de su hermano —le recordó Polly.

—Entonces solo será Lady Ophelia y Cordelia. Tú ve en busca de Josh mientras yo voy a por tinta y papel.

Las dos se pusieron en marcha, una para un lado, la otra para el otro. Se detuvieron, giraron sobres sus talones, se miraron y cambiaron de dirección. ¡Cielo santo, iban a enloquecer de preocupación!

—¡Esperen, un coche de alquiler! —vociferó la señora Foster—. ¡Un coche de alquiler se ha detenido en la puerta! —Las ladies corrieron a su lado, abrieron en su totalidad la cortina—. Alguien está por descender... —narraba Stella como si las damas no estuviesen observando lo mismo que ella—. Es... es... —Una pierna masculina fue lo primero que vieron una vez que la portezuela se abrió—, un caballero —finalizó cuando a la pierna le continuó la figura completa de un hombre. Uno muy corpulento... y alto. ¿Era un hombre o una montaña? Su vestimenta daba a suponer que pertenecía a la clase trabajadora, con suerte a una pequeña burguesía. Descartaron lo segundo, lucía bastante desarreglado, como si la noche no lo hubiese tratado muy bien—. Aunque, bueno, caballero... en el sentido social de la palabra, creo que no es. —Stella no pudo evitar emitir ese juicio de valor, así estaba establecido en la sociedad londinense.

El corazón de lady Lorraine se agitó, al parecer este había detectado con antelación lo que iba a suceder. Por eso estaba ansioso. Tanto Lorraine como su corazón se mantuvieron a la espera del siguiente movimiento del hombre. Una vez fuera del carruaje, se encomendó a la tarea de extraer del interior de la cabina una... ¿alfombra enrollada? ¡Qué demonios! La cargó sobre su hombro, cerró la portezuela del carro y despidió al conductor. Una vez que lo vio alejarse, se encaminó a la entrada de la mansión Neville, empujó la reja y, a paso firme y constante, llegó hasta la escalera principal.

—¿Es acaso un vendedor de alfombras? —comentó con estupefacción Polly. La escena era atípica, casi absurda.

—¡Lo que nos faltaba en un momento como este! —masculló la señora Foster camino a la puerta—. No se preocupe, milady, en segundos nos libraremos de este incordio. —Era una especialista a la hora de echar a los vendedores ambulantes insistentes o no deseados. Una vez en la puerta, la abrió con un movimiento brusco seguido de una profunda exhalación, todo era parte de la actuación titulada: no eres bien recibido, márchate—. ¡Lo siento, pero no requerimos ni de sus servicios ni de sus productos! Que tenga un buen día —sentenció dispuesta a cerrarle la puerta en su nariz.

—No tengo intenciones de ofrecerle mis servicios, señora. —Luke fue más rápido que la mujer, con su pie le impidió que cerrara la puerta—. Señora... —repitió en voz alta.

—Foster... señora Foster —La voz de Hecate se oyó como si proviniera de ultratumba. Y en cierta forma lo estaba, estar cubierta y enrollada por la alfombra resultaba similar a una tumba. Pero bueno, fue la única alternativa viable. ¡Maldito Lord Tomen y sus ejercicios matutinos! Luke carraspeó ante la mirada de sorpresa de la mujer.

—Señora Foster... —continuó él—. Tampoco vengo a venderles nada, de hecho, vengo a devolverles algo que les pertenece. ¡Esta única y problemática alfombra griega! —cabeceó en dirección de su hombro, justo en donde reposaba la pieza textil. La mujer no pareció entender. Luke estaba agotado. La noche que había vivido no estaba en sus planes, lady Hecate Atenea Neville tampoco. Ni en los planes de su noche ni en los planes de su vida. Sin ánimos de dar explicaciones o tener que buscar las palabras adecuadas para no afectar los oídos sensibles de las mujeres, palmeó la alfombra y esta, como era esperado, respondió:

—Auuuchhh... ¡Eso no fue muy agradable de tu parte, Luca! —gruñó Hecate, luego rio a carcajadas.

En cuestión de segundos, Lady Lorraine y lady Polly asomaron sus rostros tras la espalda de la señora Foster que todavía intentaba cerrarle la puerta en la nariz al pobre Luke Callaghan.

—¡Attie! —Lorraine reconocería la risa de su hija a leguas de distancia.

—Sí, señora, esta alfombra griega le pertenece a usted.

Ninguna de las mujeres fue capaz de negarlo. Imposible hacerlo con la evidencia que tenían ante sus ojos. ¡Al diablo el esnobismo inglés! Sin importar lo que la sociedad dijera, lo daban por confirmado, estaban ante un auténtico caballero. Uno sin brillante armadura, valía aclarar. Quizás sin fortuna. Sin trajes a medida. Carente de una educación formal y estándar. Con modales rústicos. ¡Pero modales al fin!

Durante el trayecto escaleras arriba solo pudieron apreciar su espalda. Tan grande era que la visión de las damas quedó reducida a ello.

—¡Cielo santo, Attie, no me atrevo a preguntar el motivo que te ha llevado a esto! —Lady

Lorraine le hablaba a la alfombra, el rostro de su hija todavía no estaba al descubierto, pero la voz de ultratumba emergía desde el interior.

—¡Pues no lo hagas, madre! —volvió a reír.

Cuando llegaron a la planta alta, Polly le indicó el camino a seguir al buen samaritano que la cargaba.

—Al finalizar el corredor, tome el camino de la derecha, por favor, ¿señor...? —lo interrogó. Menudo detalle se les había escapado. ¿Cómo era que Attie lo había llamado...? Mmmm. De todas formas, con el nombre de pila no bastaba.

—Callaghan —respondió sin más detalle. ¡Joder que estaba agotado! Aunque si era sincero, no estaba cansado por la riña acontecida en el salón de caballeros. No, lidiar con una dama como lady Hecate era más extenuante que enfrentar a un condenado ejército. Avanzó de acuerdo con la indicación recibida.

—La tercera puerta a la izquierda. —Polly le brindó la última aclaración.

Cuando llegaron a destino, Luke se detuvo, le parecía una descortesía abrir la puerta. También le había parecido una descortesía subir las escaleras con las mujeres por detrás, pero ellas se negaron a subir antes que él. Por supuesto que había un motivo para tal comportamiento, si iban por delante no podrían evaluarlo en silencio. Poco les sirvió hacerlo, la espalda del hombre no les permitió mucho análisis.

—Con... con su permiso —titubeó la señora Foster. Luke se hizo a un lado y le permitió el paso a la mujer. Stella era de contextura delgada y pequeña, apenas alcanzaba el metro sesenta, el hombre le ganaba en altura por unas cuantas cabezas. ¡No se atrevía ni a contarlas! Varias, sin duda. Finalmente, abrió la puerta y, tras su ingreso a la recámara de la joven, mantuvo la puerta abierta para brindarle el paso al extraño hombre. ¡Vaya herejía! Un hombre, un completo desconocido, entrando a la recámara de una dama. Inconcebible. Bastó una mirada cómplice entre la señora Foster y las ladies de la casa para que los juicios y prejuicios fuesen soterrados. En situaciones desesperadas, las decisiones desesperadas son justificadas.

—Milady, hemos llegado a destino —le susurró al bulto que cargaba a cuestas. Acto seguido, con toda la delicadeza que le fue posible, depositó la alfombra con cuerpo incluido sobre la cama. Suspiró con satisfacción, la inesperada aventura llegaba a su fin.

La pieza textil se abrió como un capullo en flor, de su interior brotó una lady con las mejillas enrojecidas, cabellos sueltos y revueltos, ojos entrecerrados, y una sonrisa repleta de picardía, muy inadecuada dada la circunstancia.

—¡Damas y caballeros... Medea está aquí! —exclamó entre risas y extendiendo los brazos a lo alto —. Auuuch... —se quejó al sentir un tirón en la herida. Bajó los brazos.

El pavor de las damas se escapó de sus bocas con una ahogada exhalación, tuvieron que cubrir sus labios con las manos para ocultar el espanto. Miraron a Attie. Luego a Luke. De nuevo a Attie. Otra vez a Luke.

—Podría decirse que está un tanto... —Luke carraspeó— ebria.

—¡¿Qué?! —Lorraine no podía creer lo que oía y veía. El estado de su hija era deplorable en todos los sentidos.

—Luca, ¿qué te he dicho? —protestó Attie llevándose el índice a los labios.

—Luke —la corrigió por trigésima cuarta vez en la noche. Resopló. Quería marcharse de inmediato y evitar tener que dar explicaciones que nada tenían que ver con él.

—Shhhh. Esto es un secreto entre tú y yo. —Llevó el tono de voz a susurro—, nadie tiene que enterarse.

—¡Hecate Atenea Neville! ¿Qué significa esto? —clamó Lady Neville.

—Esto es Luke, madre... —dijo por lo bajo, rehuyendo de la mirada del hombre en cuestión—. ¡Él me embriagó!

—¿Qué?! —exclamaron las tres mujeres al tiempo que lo fulminaron con sus miradas—. ¿Cómo se ha atrevido a tal barbaridad? —agregó Polly sumida en un mar revoltoso de ofensa.

Luke rodó los ojos. ¡Lo que le faltaba, más mujeres Neville!

—Shhhhh... ¡Me lo ha prometido, señor Callaghan! —le recriminó Attie. Ella le contaría los hechos a su familia, así lo habían pactado. Intentó encestarle un puñetazo en el vientre. Por supuesto, falló. El único agredido fue el aire. El movimiento la hizo caer de lado sobre la cama, allí quedó, rendida.

—¿Quiere una respuesta larga o una breve, milady? —dijo él con desgano.

—Larga —reconoció Polly, su intuición le decía que la historia detrás de la situación requería de una buena dosis de cuidado y creatividad. Conociendo a su sobrina, el impacto sería menor de esa manera.

—Breve —reclamó su madre.

—La embriagué con vodka para coser su herida. —La posición de Attie en la cama permitía un vistazo mejor al torso de la muchacha, tela rota, corsé rasgado y sangre. Lady Hecate Atenea Neville comenzó a roncar—. Se encuentra bien, hice lo mejor que pude... —Las mujeres lo miraban sin siquiera pestañear—, de todas maneras, requiere de atención médica lo antes posible.

—¡Por dios santo! —murmuró lady Lorraine y se desmayó. Polly hizo a tiempo de cogerla en brazos.

—¡Stella, ve a por las sales!

—De acuerdo... —La señora Foster se alzó la falda dispuesta a marcharse a la carrera.

—¡Y por el señor Monroe también, dile que venga!

—De acuerdo...

—No, no, que no venga... —Le dijo antes de que abandonara la habitación. La señora Foster se detuvo bajo el marco de la puerta, esperó la nueva indicación—. Dile que vaya a por el doctor Dupont.

—De acuerdo. —Se marchó.

Luke pretendía hacer lo mismo, seguir los pasos de la mujer. Conocía la salida, no requería que lo escoltaran. Adiós mujeres Neville. Caminó en dirección a la puerta.

—¡Señor Callaghan! —la voz de Lady Polly lo alcanzó antes de que pudiera desaparecer de su vista...

No la mires, Luke. Vete y no la mires, caerás en la trampa. Si la joven lady es una dulce y condenada hechicera, sus predecesoras serán peores aún. Lo que se hereda, no se roba, ¿recuerdas?

Una fuerza sobrenatural, propia de un embrujo, hizo que sus talones giraran sobre sí.

Una lady Neville en la cama, roncando como un borracho de taberna. Otra lady Neville inconsciente como consecuencia del espanto. Por último, una lady que suplicaba ayuda con su lánguida mirada. ¿Acaso es capaz de marcharse?, eso le decía con sus ojos parpadeantes.

¡Joder con esas mujeres! Después de ese día se alejaría de ellas. Eran sinónimo de problemas. Sí, se alejaría lo más lejos posible... al otro lado del océano.

Capítulo 4



El doctor Francis Dupont no salía de su asombro, sabía muy bien que lo que las mujeres le narraban eran puras patrañas. El hombre había sido compañero de colegio de Lord Claus Neville desde la juventud, tenían un centenar de anécdotas y otro centenar de secretos compartidos. Sin ir más lejos, él conocía la condición médica de su amigo, junto a un prestigioso especialista noruego, habían detectado los primeros signos de la enfermedad. Francis Dupont, en todo aquello que involucraba a los Neville, era una condenada tumba. Incluso acallaba rumores haciendo valer su título médico cuando las malas lenguas lanzaban rumores en torno a los motivos que llevaban al lord a refugiarse en el campo. Casi siempre alegaba problemas bronquiales, en alguna que otra oportunidad, utilizaba la fatiga mental como argumento. Las responsabilidades del lord para con la corona, su familia y la sociedad londinense eran muchas, y tarde o temprano agotaban a cualquiera. Solía ser la respuesta más satisfactoria para el público demandante de información.

Como fuese, que lady Lorraine y su hija intentaran hacerle creer semejante mentira, le ofendía. Evaluó la herida. Bufó y se cruzó de brazos.

—Déjeme hacerme a la idea. Necesito imaginarme la situación en mi mente y considerar las posibles contingencias. Repítalo, por favor.

La cabeza de Hecate se partía en mil pedazos, los efectos adversos del vodka la atacaban sin piedad luego de esa maravillosa etapa llamada ebriedad. En su lista de nuevas experiencias podría incluir la borrachera y, junto a esta, la inhibición social, la euforia y la pérdida de sensibilidad. Esta última fue la que le permitió tolerar ese procedimiento médico de la época de las cavernas. No, esperen, en la época de las cavernas no existía el hilo y la aguja. Fuego... todo se resolvía con fuego. En fin, mejor llamarle procedimiento rústico.

—Estaba dando un paseo por el jardín y me tropecé. —El doctor frunció el ceño.

—Daba un paseo mientras sostenía un libro y leía —intervino su madre—. Se lo he dicho varias veces, nadie en su sano juicio lee mientras camina.

—Verdad, nadie, solo lady Hecate —sentenció Dupont sin dejar de fruncir el ceño. Claramente lo estaban tomando por tonto.

—Exacto, solo yo... —Hizo un ademán al aire, gimió de dolor. Sin los efectos del alcohol, reconocía que la herida escocía. Si se movía mucho o con brusquedad veía estrellas imaginarias. Se acomodó en la cama en una posición más relajada. Exhaló al sentir el alivio en su torso—. Caminaba, leía y me tropecé... caí justo sobre una tijera de podar que había sido olvidada en el suelo.

—¿Una tijera de podar? Mmmmm... —Dupont se acarició la barbilla, miró de soslayo a Lady Lorraine. ¿En serio, otra historia más absurda no se les ocurría?

—¡Una tijera de podar cercos! —agregó la mujer al sentirse interrogada por la mirada del doctor.

—Ah, pues, haberlo dicho antes... una tijera de podar cercos —fue sarcástico. Por unos segundos sintió pena por su amigo Claus, rodeado de esas mujeres. De ahora en más se valdría de ese argumento para justificar las ausencias sociales del lord. El hombre se recluye en su casa de campo para alejarse del cotilleo femenino de su hogar, esposa, hija y su hermana viuda. ¡La excusa perfecta! Ningún hombre se atrevería a juzgarlo—. Ahora todo cobra otro sentido, sí... —se estaba burlando, era la única alternativa para sobrellevar la situación—, y allí mismo recibió asistencia, por lo que veo. —Quién había hecho esos puntos de sutura era todavía una incógnita—. De tal gravedad fue el asunto que no hicieron a tiempo de recurrir a personal médico capacitado. —Carraspeó con cierto grado de enfado. ¡Vaya locura!

—Sangraba mucho... —Attie debía ser convincente—. Mucho, mucho...

—Me imagino, no cualquiera cae sobre una tijera de podar...

—De podar cercos —le recordó Lorraine con un dejo de vergüenza en la voz.

—Y díganme, ¿quién fue el artífice de esos puntos de sutura?, ¿el jardinero?

—Sí... —respondieron a la par sin darse cuenta de lo que afirmaban. Las había tomado desprevenidas. O, mejor dicho, con la historia inventada a medio crear. Oh, pequeño detalle—. ¡No! —se retractaron.

—¿Sí o no? —insistió Dupont conteniendo la sonrisa ladina.

Se miraron. ¡Al diablo, otra cosa no se le ocurriría!

—Sí —finalizó Attie—, el jardinero...

—¿El señor Trevor? —Por poco los ojos del doctor se salen de sus cuencas. El jardinero de los Neville, el señor Trevor estaba por cumplir sesenta años y sus manos sufrían de temblores. Si continuaba desarrollando tareas en la casa era por cortesía y aprecio de los Neville.

—El jardinero de los Fitzroy... —agregó Attie a último momento. Suspiró. Se felicitó por su rápida jugada—. El accidente ocurrió en casa de mi amiga Cordelia.

—Entiendo, entiendo... no he tenido el gusto de conocer al jardinero de los Fitzroy. —El hombre fingió creer la mentira, continuar indagando para que confesaran la verdad no valía su tiempo. La muchacha estaba bien y, en apariencia, no había riesgo de infección ni daño interno. Extrajo la libreta de indicaciones médicas y su lápiz grafito del bolsillo interno de su chaqueta. Comenzó a anotar—. Me encantaría conocerlo... ha hecho un increíble trabajo.

—¡Es muy bueno en todo lo que hace! —aseveró Attie con el mentón en alto. Parecía muy orgullosa del jardinero con dotes de cirujano. Su madre carraspeó y le obsequió una mirada réproba.

—Pues, dígame de mi parte que si algún día quiere dejar la labor de jardinería y explorar nuevas posibilidades de trabajo... —Terminó de escribir, arrancó la hoja y se la entregó a lady Lorraine—, con gusto lo tomaré como un aprendiz de auxiliar médico. —Miró a Lady Hecate y le guiñó un ojo. Esta se sonrojó. Luego se dirigió a Lorraine—. Dele mis indicaciones al boticario, milady, le preparará un ungüento, colóquelo dos veces al día en la herida para facilitar la cicatrización. Por lo demás, mantenga la zona higienizada y cubierta... Ah, y descanse, por favor, milady —indicó con severidad—. Descansar significa esto, usted en la cama, nada de lecturas caminando por los jardines o aventuras similares, ¿de acuerdo? —Esperó su respuesta. No apartó su mirada de la de ella. La conocía desde recién nacida. ¡Era una diablilla con rostro de ángel!

—De acuerdo —dijo por lo bajo, pero con los dedos cruzados por debajo de la sábana.

—Me agrada oírlo —Cogió su maletín e hizo una reverencia—, con su permiso, milady.

—Ven, Francis, te acompañaré hasta la puerta. —Lorraine hizo a un lado los formalismos y enlazó su brazo al del viejo amigo de la familia—. ¿Quieres disfrutar de un té antes de marcharte? La señora Wílbur preparó un pastel de manzanas para ti...

—Oh, de ser así, lo acepto. Pastel de manzana, mi forma de pago favorita.

Attie quedó a solas, con dolor y aburrimiento. Ufff, no se le daba bien estar en la cama. Maldito Lord Petre.

—¡Me la pagarás, maldito! —masculló entre dientes. Jurar venganza contribuyó a su bienestar, sí, ya se sentía un poco mejor. Un día, dos como mucho y regresaría a sus andanzas.

—¿Te encuentras bien, Stella? —La interrogó con preocupación Lady Lorraine al verla caminar cabizbaja y con el ceño fruncido. ¡Dios santo, no deseaba más malas noticias!—, ¿qué ha sucedido?

—No ha sucedido nada —dijo una vez que estuvo frente a la lady. Para no inquietar a su señora, dejó de fruncir el ceño y se limitó a torcer los labios con una mueca—, la sugerencia del doctor Dupont me ha tomado por sorpresa, eso es todo.

—¿Qué te ha dicho? —Lorraine no estaba para más sustos, Polly sí, todavía podía con un par más, por eso no dudó en preguntar.

—Que mantenga a las ladies de la casa lejos de las herramientas de jardinería, y reiteró... todas las Neville, sin excepción.

—Pues por mí, puede despreocuparse, y lo sabe muy bien... —dijo extrañada por la sugerencia, Polly era alérgica al polen, así que desde pequeña se mantenía alejada de las flores y los jardines en general.

Lady Lorraine sacudió la cabeza para aliviar un poco la tensión muscular en su cuello y se reclinó contra el respaldo del sillón en una pose no muy elegante. Le importaba tres pimientos el protocolo de condesa cuando estaba en la intimidad del hogar. En especial, desde que su hija andaba haciendo actos de hechicería y adivinación ficticios en las casas de las ladies con las que solía compartir paseos y tardes de té. Tenía que fingir tanto cada vez que salía del hogar Neville que, cuando estaba en él, se olvidaba por completo del arte de las apariencias. Siendo sincera, la situación dio inicio cuando su esposo comenzó a no poder disimular sus neblinas mentales en público y ella debió de recurrir a su mayor actuación de lady. Con las aventuras nocturnas de Attie, su actuación alcanzó el límite. Por eso, allí estaba, despatarrada sobre el mullido mobiliario, dispuesta a apaciguar la angustia con una taza de chocolate caliente.

—No te preocupes, Stella, desestima lo que te ha dicho, solo es una tomada de pelo de su parte... —Cerró los ojos. Los primeros indicios de jaqueca tomaban posesión de ella—, y con justa razón, nos devuelve la jugada. —Estiró la mano en dirección a la mesa ratona, la señora Foster interpretó lo que deseaba, cogió la taza con chocolate caliente de la bandeja y la acercó a su mano. Lorraine gesticuló un gracias sin abrir sus ojos.

—Lorraine, puedes dejar la intriga a un lado. —Polly sabía que se había perdido información relevante al no haber estado presente en el momento de la evaluación del doctor, se vio relegada a atender la visita de lady Priscilla. Ahora debía de ser un mosquito zumbador en la oreja de su cuñada para que esta le contara los detalles.

—Puede que mi presencia evite la total franqueza en la condesa —susurró lady Priscilla,

dispuesta a abandonar su taza a medio beber en la bandeja para marcharse y dejarlas a solas—, y lo entiendo... son asuntos familiares. —Hizo ademán de incorporarse del sillón.

—¡Ay, muchacha, no digas tonterías! —Polly la cogió por la muñeca y la volvió a sentar a la fuerza.

—Reafirmo lo que dice, Polly —exclamó Lorraine luego de dar dos largos sorbos a su taza. ¡Oh, bendita infusión de los dioses! Ni el brandy en su té lograba ese efecto de placer inmediato. Finalmente, abrió los ojos y retomó la postura erguida—. No se trata de falta de franqueza ni de intención de intriga, es solo... —suspiró, recordó la conversación, se mordió el labio inferior—, es solo vergüenza. ¡No puedo creer que Francis haya dejado pasar semejante absurdo! —Las presentes la interrogaron con la mirada, al fin de cuentas, hablaba y hablaba sin decir nada en verdad—. Le hemos dicho que tropezó sobre una tijera de podar cercos cuando caminaba y leía a la par...

—Bueno, sucesos sin sentido como ese han ocurrido en realidad. —Polly quiso quitarle peso a su vergüenza... totalmente justificada.

—Cuando caminaba y leía... en el jardín de la casa de los Fitzroy —completó Lorraine. Lady Priscilla se atragantó con su saliva. La señora Foster carraspeó.

—Oh, de ser así, tiene sentido, he oído que el jardinero de los Fitzroy es muy descuidado. —Polly continuó justificando el hecho absurdo.

—Descuidado pero habilidoso —masculló la condesa entre dientes apretados—, comprendes mi querida Priscilla, por qué prefería guardar bajo siete llaves la anécdota.

—Comprendo, milady, y para hacerle compañía a su vergüenza, le entrego mi más sincera culpa.

—¿Culpa?, ¿tú? Cariño, la única que debe sentir culpa aquí soy yo. —Lorraine miró de soslayo a su cuñada. Polly agachó la cabeza con demasiado esmero para beber de su taza. Nadie estaba exento de culpa en esa casa. Lorraine, en primera instancia, por permitirle a su hija semejante locura. Polly, por incentivarla y colaborar. Y Attie, por supuesto, por actuar sin medir consecuencias. Pero bueno, ella no andaría señalando con el dedo a nadie. Cada cual con su remordimiento—. No debí aceptar este absurdo plan.

—Lo hubiese llevado a cabo de todas formas, con o sin tu permiso —dijo por lo bajo Polly. La culpa tenía menos peso cuando lo pensaba de esa manera. Su sobrina era una auténtica lady, su porte y modales eran imitados por la mayoría de las debutantes, todas aspiraban a ser como ella. Por suerte no conocían la otra faceta de Attie, aunque esta tuviese un propósito válido y, por momentos, altruista, no dejaba de ser un comportamiento impropio y tendencioso. Merecedor de la crítica y del escrutinio social. Si se llegara a saber que los pronósticos y predicciones de Medea habían nacido como una herramienta de manipulación para alejar la atención de la situación familiar de los Neville, estos serían desterrados de Inglaterra por la reina en persona.

—Pero si mi madre no hubiese atentado contra mi compromiso con Eros... —intervino Priscilla en defensa de su futura cuñada—, Medea podría resguardarse en las sombras. —Lady Olivia, sabedora de que Lord Neville se hallaba lejos por problemas de salud y, que su hijo, el futuro heredero del condado, se encontraba más lejos aún, resolviendo los asuntos que su padre dejó pendientes tras su retiro al campo, se encomendó a la traición inmediata. Halló otro candidato para su hija, y estaba dispuesta a casarla con él en menos de lo que cantaba un gallo, todo para demostrar con acciones su desprecio hacia la familia. Los detestaba, y pretendía hacerlo público de esa manera.

—Sabes que no se trata solo de ti y de Eros —Polly palmeó con suavidad la espalda de la muchacha. No, se trataba de Lord Claus Neville, responsable de uno de los condados más importantes

de Inglaterra. Se trataba del conde que se olvidaba que era conde. Que, cada tanto, no reconocía a su esposa, ni a su hermana, ni a sus hijos. Que, cada tanto, vagaba por los campos del condado sumido en la tristeza preguntando por Titán, su perro, un perro que llevaba muerto más de veinticinco años.

—No, se trata del legado familiar —completó con un susurro Lady Lorraine—. Stella, dile al señor Monroe que prepare el carro, voy a salir.

—De acuerdo, milady. Prepararé el resto de su atuendo también, si me lo permite. —Necesitaría de sombrero, guantes y capa. Lorraine asintió—. ¿Va a requerir de compañía? —La condesa solía salir en compañía de su cuñada, o en su defecto, una doncella. Lorraine respondió con otro gesto de cabeza, pero en esa ocasión, en negativo—. Con su permiso, entonces. —Hizo una reverencia y se marchó.

—¿Puedo preguntarte por tu destino? —Lady Polly regresó su taza a la bandeja. Que se marchara sola la inquietaba.

—Voy en busca de la información que tu sobrina se niega a compartir con nosotras. —Polly la interrogó con la mirada. No la comprendía—. ¿Recuerdas el nombre del amable caballero, verdad? —La fatiga mental le había jugado una mala pasada. Solo recordaba su letra inicial... ¿L de...Luca?

—¿Te refieres al guardaespaldas de los Gleeson? Oh, sí... Callaghan. Luke Callaghan.

—¡Cierto, el guardaespaldas de los Gleeson! —repitió con un dejo de alegría en la voz, no tendría que pasear por los barrios bajos de Londres para preguntar sobre el hombre—. Entonces, mi primer punto de parada será la casa de los Gleeson, bendita seas por recordármelo. —Le apretujó las mejillas, luego se incorporó. Polly la igualó en verticalidad al instante.

—Déjame ir contigo. —Si alguien tenía que asomar la nariz por fuera del carruaje en las zonas menos populares de la ciudad, que fuese ella, una viuda sin mucho prestigio que perder. No Lady Lorraine Neville, la condesa.

—No, no quiero que se sienta intimidado con nuestra presencia, ocúpate de Attie, que descanse, y si te pregunta por mí, ponte creativa, inventa lo que se te ocurra. —Lorraine no deseaba perder la oportunidad de tener a Luke bajo su ala, era el aliado perfecto, y para conseguirlo había que actuar con calma. Rápido, pero con calma. Tenía varios asuntos que resolver con Luke Callaghan, pagar por su información, por su silencio y por sus servicios.

Lady Priscila, en cuanto tuvo la oportunidad, hizo la pregunta fundamental. Esa que había quedado haciendo eco en su cabeza desde el momento en que la condesa se marchó.

—¿Quién es Luke Callaghan?

—Luke Callaghan es un enviado por los dioses... —A Polly se le daba bien exagerar—. Es nuestro As en la manga. El amuleto de suerte que necesitamos... ¡El futuro guardaespaldas de Medea! —Daba por hecho que ese monumento de hombre no le diría que no a la condesa. Mejor dicho, no le diría que no al dinero de los Neville.

—No.

La certeza en la voz de Luke Callaghan siempre tomaba por sorpresa a todos. Invitaba al silencio incómodo. Resultaba imprescindible reformular lo dicho para volver a captar la atención del hombre.

—Me han dicho que diría que no y que pasara por alto su negativa e insistiera.

—¿Quién le ha dicho eso, milady? —preguntó él por cortesía. Conocía la respuesta: las señoritas de Shakespeare. En ese instante lo único en lo que pudo pensar fue en los esposos de las muchachas,

les deseaba fortaleza para sobrellevar el matrimonio con ellas. Lograban sacarle canas prematuras a cualquiera con esa costumbre de ser las primeras en meterse en asuntos que no les correspondían.

—No viene al caso, señor Callaghan, porque la verdad es que no pienso marcharme hasta tener un sí de su parte. —Lady Lorraine destinó tres horas, quizás más, en la búsqueda del hombre que tenía ante sí. Debió de mentirle a Lady Ophelia y a la señora Fitzroy con respecto a los motivos que la llevaban a tal repentina expedición. Fue de una casa a la otra, porque el tal Callaghan era una como veleta, iba hacia donde lo llevaba el viento. Lo halló en las afueras de la fábrica textil de Neil Thorthon, por lo que le habían dicho, el empresario estaba recibiendo ataques por parte de un grupo de empleados que despedió en muy malos términos. Luke lo escoltaba cada tarde de regreso a su hogar.

—Puede intentarlo si quiere, milady, tiene unos... —Miró por la ventanilla del carruaje el reloj torre de la fábrica—, unos diez minutos para ser exacto. —Thorthon abandonaría la fábrica y él abandonaría a la lady para cumplir con su labor.

—¿Cuánto le paga Thorthon? —Para evitar sentimentalismos de madre, fue a lo concreto. Dinero. El mundo londinense se movía al ritmo del dinero.

—Eso no le incumbe, y saberlo no haría la diferencia. Repetiré un *no* todas las veces que sea necesario.

—Le pagaré el doble, señor Callaghan... —Al ver que Luke apretaba los labios, modificó lo dicho —, no, el triple.

Luke se masajeó la nuca. Exhaló con pausa. La tensión muscular que estaba sintiendo la pagaría caro cuando intentara dormir por la noche. Se auguraba a sí mismo una noche con posible insomnio. ¡Y jaqueca! Desde lo ocurrido con Lady Hécate la noche anterior, su cabeza no hacía una pausa, repetía los hechos una y otra vez. Lo que debió y no debió hacer. En especial lo último, no debió de llevar a la lady a su apartamento. Era como invitar al diablo a que formara parte de tus pesadillas. Había regresado a su humilde morada solo para higienizarse y cambiarse de ropa. ¡Y joder, todo parecía distinto! Siempre había sido solo él. Luego él y Atila. Ahora, la maldita imagen de esa muchacha tendida en su diván no se borraría jamás de su memoria. Por supuesto que le importaba el dinero, en otra circunstancia no hubiese siquiera pestañado antes de aceptar la propuesta. Pero no podía ni quería ser el perro faldero de lady Hecate.

—No es una cuestión de dinero, milady, sino de seguridad personal... yo conozco mis límites, el problema aquí es que usted pretende que le preste mis servicios a alguien que no conoce los suyos. —Con delicadeza, deslizó esas palabras para que la mujer cayera en cuenta de la realidad. Lo que su hija hacía era peligroso.

—Lo sé, y si estuviese a mi alcance la posibilidad de detenerla lo haría. —Lorraine entrelazó las manos sobre su falda, con disimulo retorció sus dedos, la preocupación la devoraba por dentro. De repente, la sensación de que la cabina de su carruaje se hacía más pequeña la inquietó. Le faltaba el aire. Las mejillas se le enrojecieron—. Quizás usted cree que actúa por capricho, que es una muchachita aburrida que decide ponerse en problemas... —Hizo una pausa para respirar con profundidad—, que... que decide ponerse en problemas para hacer que sus días sean más entretenidos.

—Hizo más que eso, puso su vida en riesgo. —La observó. Abrió el cristal de la ventanilla y, sin pedirle permiso, cogió el abanico que se encontraba sobre su falda y lo agitó cerca de su rostro—. ¿Se encuentra bien, milady?

—No, no lo estoy. —Detuvo su movimiento y se aferró a su muñeca con su mano—. ¿Qué sucedió anoche? Attie se niega a contarlo. Dígame, por favor, ¿qué sucedió?

—Viendo su estado, milady —La presión en su muñeca cedió y él retomó el movimiento con el abanico—, yo también me negaré. Por su bien, me negaré.

—No quiero que se preocupe por mi bien, sino por el de mi hija. —Los ojos de la condesa se posaron en los de él. Había súplica y desesperación. La peor clase de súplica, la de una madre. Luke tuvo que tragar saliva y apretar los dientes para evitar la catarata de *sí, está bien, sí, lo haré, cuente conmigo...* que intentaba salir de su boca. Una vez que acalló su voz interna, habló:

—Entonces, por el bien de su hija continuaré diciendo que no. ¿Sabe por qué? —Lady Lorraine negó en silencio—, porque si su hija tiene la certeza de que hay alguien que cuida su espalda, se lanzará a situaciones más peligrosas que la de anoche.

—Me sumo a su «entonces», señor Callaghan... entonces no se lo digamos, no le demos la certeza ni la seguridad —Le quitó el abanico, lo arrojó sobre la butaca y aprisionó sus manos con las de ella—, pero esté usted ahí para ella. ¡Por favor, esté en las sombras por mí! Pídamelo quiera, se lo daré... lo que sea necesario para convertirlo en su guardaespaldas o en su fantasma personal, da igual.

Malditas mujeres Neville. Tenían ese brillo único en sus ojos. Uno que lo encandilaba, lo enceguecía y lo hacía tomar el camino equivocado. Pero él estaba cansado de los caminos equivocados, tenía un destino, un norte que marcaba la brújula interna de su corazón. Lady Hecate, Medea, o como quisiera ser llamaba era un camino directo a un precipicio. Ella, su presencia y las palabras que quedarían flotando por siempre entre las cuatro paredes de su apartamento serían su ruina. *Parece una broma del destino, o quizá un castigo, por haberlo desafiado tanto. Es que la sociedad asegura que «podré casarme con quien quiera», «cualquier hombre está a mi disposición con mi dote y mis relaciones» y yo voy y pongo mi anhelo en un guardaespaldas.*

Estaban destinados al fracaso. No había posibilidad de trato alguno entre ambos. El agua y el aceite no pueden mezclarse. Es en vano intentarlo.

—Milady, si quiere puedo ponerla en contacto con otros hombres que le brindarán el mismo servicio.

—No, solo confío en usted.

—No me conoce lo suficiente para confiar en mí, milady. —Intentaba hacerla dudar. Quiso deshacer el agarre de sus manos, ella se lo impidió.

—Verdad, —apretó sus manos con más fuerza—, no lo conozco en lo absoluto y aun así estoy dispuesta a dejar lo más importante que tengo a su cuidado. Ahora la que hace la pregunta soy yo, ¿sabe por qué? —Fue el turno de Luke, negó en silencio—. Porque mi hija confió en usted, y mi hija no confía en nadie.

—Milady, su hija no tuvo más alternativa que confiar, era yo o nada... —Era yo o morir desangrada, quiso decir. Se llamó al silencio por el bien de la mujer, colapsaría de espanto ante él—. Y de hoy en adelante, elijo ser la segunda opción. —Hizo a un lado la delicadeza y se liberó de la prisión de sus manos—. Si me disculpa, creo que ya han pasado diez minutos. —Abrió la portezuela y descendió del carruaje. Hizo una reverencia—. Le deseo lo mejor a usted y a su hija, milady. Con su permiso. —Cerró la portezuela y se alejó a paso veloz, Thorthon lo esperaba. Thorthon era la clase de problemas que podía afrontar. Lady Hecate Atenea Neville era un gran NO.

Capítulo 5



Si alguien le preguntara a Luke Callaghan por qué demonios hacía eso, la primera respuesta que se le vendría a la mente sería por idiota. Completo idiota. No obstante, allí estaba, frente a los tres matones de Tower, tomando una pinta de cerveza de dudosa calidad y conversando como viejos amigos.

—Espero que no te moleste demasiado. —Luke señaló el ojo amoratado de Martin, uno de los hombres con los que se había enfrentado noches atrás.

—¡Qué va!, he tenido peores. Pretendes hacerte el duro, pero eres un caballero —bromeó. El que se llamaba John escondió la risa tras los labios estirados. Había perdido un diente en la trifulca y su ego había resultado más herido que su boca. Conan se mantenía serio, no parecía contar con todas las luces y pese a su actitud parca, en él se adivinaba una bondad que no se condecía con la forma de vida que le había tocado llevar en suerte—. Veo borroso hacia la derecha, peor fue esa noche, puedo jurar que escuchaba borroso —se mofó—. Y ahora es cuando tú nos dices que nosotros también te hemos dado duro.

—Pues claro...

—Gracias por la mentira. —Martin brindó—. Dudo que las cervezas sean por los buenos recuerdos, así que suelta, hombre, dinos de qué querías hablar.

—De otro asunto que se coció en el club de Tower. Lord Petre... —Hasta Conan gruñó ante la mención del hombre—. Cuando escapaba por las callejuelas, lo encontré intentando matar a... —El inconsciente le trajo el nombre de Hecate, peor aún, el de Attie. Así, como le decían sus amigas. Carraspeó—. ¿Medea? La bruja de la que habla la alta sociedad.

—¡Joder! —John olvidó esconder su agujero dental—. ¿Se atrevió a meterse con la bruja? Dicen que tiene el poder de conjurar el destino, yo no bromearía con esas cosas.

—A Lord Petre ya se lo folló el destino —Martin sorbió su cerveza— y culpa a Medea porque eso hacen los hombres inútiles y desesperados, buscar culpables en lugar de soluciones.

—Estoy de acuerdo, pero me gustaría saber por qué quería matarla.

—¿Has salvado a Medea? —Conan lo miró con adoración, admiraba a la bruja. La sonrisa aniñada del hombre enterneció a Luke.

—Oh, es que Medea puso en descubierto al jefe de su hermana —Martin explicó la reacción dichosa de su compañero de andanzas—, era uno de esos que creen que pueden meterse bajo las faldas de las criadas con total indiscreción. En fin, será furor en la alta sociedad, pero no es menos popular entre nosotros, ¿sabes? Para mí son patrañas, no creo que tenga poderes mágicos... —Luke asintió—, aun así, ha conseguido que hasta los miserables piensen que alguna vez el destino estará a su favor y eso se agradece. Si lord Petre ha intentado matarla...

—Correremos el rumor —completó John.

—La próxima vez que pise estos lados...

—Será hombre muerto —gruñó Conan y aferró su jarra de cerveza con fuerza.

A Luke la declaración le trajo un incomprensible alivio. Medea se había forjado muchos enemigos poderosos, pero no menos amigos entusiastas.

—Termina el chisme —pidió Callaghan.

—No te hacía un chismoso —carcajeó—. Vale, que Medea «predijo» que lord Petre tendría cuantiosas deudas, lo que puso en pausa el compromiso con una lady. El hombre puede ser lord Loquequiera, pero en este mundo, el dinero es rey y él es un pobre diablo. Quería la dote de la mujer para evitar la prisión de deudores, Medea se interpuso en su camino. Aunque jamás lo creí capaz de ir a por ella, es un cobarde después de todo.

—Alguien le pagó. —John se limpió la espuma de la cerveza con el puño de su camisa.

—¿Quién? —preguntaron Luke y Conan al unísono, con las mismas intenciones asesinas.

—Oh, eso no lo sé. Tower seguro que sí, pero no saldrá barato ni será confiable su información.

Luke lo imaginaba, motivo por el cual había optado por conseguir la información con los matones y no con su jefe. Esos tres hombres eran como él, se dedicaban al mundo de la violencia porque alguien debía hacerlo, ¿verdad? No hallaban placer en el asunto y tenían códigos, se diferenciaban así de simples maleantes o de crápulas como Tower o lord Petre... o quien fuera el extraño que pagó para que matara a Attie. Le rechinaron los dientes.

—Me gustaría que presten oídos, les pagaré si consiguen averiguar quién está detrás del intento de asesinato de Medea.

—No tendrás que pagar por ello, quizá solo por el privilegio de ser tú el que se lo carga a ese malnacido —gruñó John, los demás estuvieron de acuerdo con similares sonidos guturales—. Por lo que sí tendrás que pagar es por lo otro... —John se inclinó y con un movimiento tosco posicionó un gran paquete en medio de la mesa—. Una libra, tres chelines.

—¡Vaya! Y luego dicen que la industrialización hará que bajen los precios —se quejó Luke y extendió el dinero. John volvió a mostrar el hueco entre sus dientes.

—Lo único que bajan son los salarios, hombre. Por eso nos dedicamos a esto, prefiero un ojo amoratado cada tanto que trabajar dieciséis horas en una fábrica para que me paguen en vales que solo puedo usar en la misma fábrica. No van a alcanzar las Medeas para poner en orden tanta injusticia.

Luke bebió un gran sorbo de su cerveza, deshizo la extraña sensación atravesada en su garganta. Empezaba a rearmar el rompecabezas que representaba Lady Hecate Atenea Neville y el resultado era desconcertante. La joven dama había confesado bajo los efectos del vodka —lo que otorgaba veracidad a su declaración— que hacía aquello por su familia, aunque no había explicado cómo ni con qué fin, sin embargo, según recopilaba información, había ayudado a muchos en el camino. A lady Gilly, a la hermana de Conan y por la fama que cargaba, la lista era más extensa. Attie tenía el dinero y la influencia para desentenderse de los problemas mundanos, por desgracia, había sido honesta cuando declaró que podía casarse con cualquier hombre. Era la realidad, podía hacerse con un marido tan rico como ella, vivir holgadamente y nunca dedicar ni medio segundo en pensar en los desvalidos. Que lo hiciera se debía a su naturaleza bondadosa o a su férreo concepto de justicia, dos aspectos que Luke admiraba en las personas más que el dinero o la belleza. Esta última *demasiado* presente en Hecate para su gusto.

La había juzgado fría, distante, incluso esnob por sus miradas esquivas. Resultaba que era cálida, comprometida y... ¿hallaba atractivo a un mero guardaespaldas?

—Gracias por la información —dijo, poniéndose de pie. Cogió el paquete y lo cargó sin esfuerzo sobre su espalda—, y por esto.

—Bon appetit —respondió Martin, elevó la jarra con el último trago de cerveza pago por Luke y empinó el codo con ganas. Había comprado una enorme horma de queso, porque necesitaba compensar a Stephan por preocuparlo y la única forma de llegarle al hombre era por el estómago.

Una batalla por vez. Mejor era ir a pie y despejar la cabeza. Stephan lo conocía demasiado bien y entre lo esquivo que se había mostrado los últimos días y lo hermético respecto a lo sucedido, su amigo iba a descubrir que algo extraño le sucedía. Algo que aún no era capaz de explicar ni siquiera para sí: ¿Por qué demonios le importaba Hecate?

Creyó falsamente que aclarar lo sucedido con lord Petre lo serenaría y le permitiría quitarse de la cabeza la preocupación de lady Lorraine. Nada más lejos de la realidad. Ahora era consciente de los peligros que acechaban a lady Hecate y de la necesidad apremiante de protección. Solo que no sería él quien se encargara de eso. No, señor. Luke Callaghan tenía planes, su trabajo era un medio para un fin, no un fin en sí mismo. Era hora de que cogiera las riendas de su vida y la hiciera girar ciento ochenta grados como tenía previsto.

Intentó despejar la mente antes de llamar a la puerta, el griterío se oía a media manzana y le hizo sonreír.

—No hay sitio para un grandulón como tú —oyó la voz de Maggie al otro lado.

—Entonces me comeré este enorme queso yo solo.

—Hay palabras que abren todas las puertas... —Maggie corrió el pestillo y lo invitó a pasar. Luke le hizo una formal reverencia que hizo a la mujer reír. Lucía un delantal sobre un vestido de tarde floreado muy bonito. Stephan no escatimaba en gastos cuando de su esposa e hijo se trataba, la misma cantidad que Callaghan llevaba ahorrados para su futura nueva vida, Stephan la llevaba invertida en su actual. A veces a Luke lo embargaba una sensación de sana envidia, hallaba la existencia de su amigo idílica y tan lejana a él que lo sumía en una extraña pena. ¿Se podía tener nostalgia de algo jamás experimentado?

Dejó el queso en la alta mesa de madera dispuesta cerca de la estufa. Bobby, el hijo de Stephan corrió a sus brazos y reemplazó a la horma, aunque pesaba menos que esta.

—Hey, pequeñín. Me romperás la espalda.

—He crecido así —señaló, marcando una exagerada distancia con sus manos.

—Ya casi igualas a tu padre. —Lo regresó al suelo.

El aludido se abrió camino entre la multitud, lo saludó con una palmada en la espalda y lo instó a acercarse al gran barril de cerveza. La falta de agua en condiciones de ser bebida hacía de la cerveza la opción más segura, incluso los más jóvenes la bebían, lo que los alborotaba primero y los dormía después. Los más pequeños, como Bobby, aún se deleitaban con leche, solo que alimentar a base de leche a semejante prole sería un presupuesto incluso para la reina Victoria.

—Hasta que al fin apareces —le recriminó Stephan. A medida que caminaban, los y las hermanas de su amigo con sus respectivos cónyuges lo saludaban animados. También estaba una de las

hermanas de Maggie y la madre de esta. Él conocía a todos, eran una extensión de su propia familia. O el reemplazo, si consideraba que él no contaba con parientes próximos.

—Estaba ocupado —respondió, evadiendo el asunto. Se sirvió una jarra de cerveza y buscó un lugar en donde apoyar el trasero. Fracasó, por lo que optó por alejarse un poco del gentío y posarse sobre el marco de la ventana que daba al oscuro pulmón interno. Dejó vagar su mirada por el lugar, las demás ventanas también confluían allí y se podía atisbar retazos de vida cotidiana de aquella clase social entre obrera y emergente.

—A otro con ese cuento. Si ni siquiera has venido con Atila, lo que me indica que no has pasado por tu apartamento.

—Pasas demasiado tiempo con tus amigos de Scotland Yard.

—¿Celoso?

—Claro —bromeó Luke—. Sabes que no soportaría tener que compartir tu atención —ironizó. Señaló con el mentón el gentío en su casa. Stephan rio.

—No puedo evitarlo, soy un lobo solitario.

Luke rio también. Se mantuvieron los dos en silencio unos minutos, compartiendo la comunión de tantos años de hermandad. Los dos pensaban lo mismo, en que no podían ser más distintos y a la vez, partes de la misma cosa. Se habían conocido de pequeños, los dos eran del sur y llegaron a Londres escapando del hambre rural y en busca de oportunidades en la ciudad industrial. La familia de Stephan, los Ferguson, eran numerosos. Padre, madre y ocho hermanos. Debieron ser doce, pero cuatro murieron. Una pequeña de muerte súbita, otra de escarlatina, un niño de polio y otro de un accidente laboral. Los Callaghan, en cambio, eran dos. Luke y su madre. En aquel entonces no se entendían, Stephan ansiaba la paz de la que gozaba Luke y la unión que tenía con su madre —era solo suya, un privilegio—, mientras que Luke no entendía cómo Stephan renegaba de tener tantos hermanos, cuando él ansiaba al menos uno. De modo que hicieron lo que resultó natural, Luke le compartía su soledad a cambio de que Stephan le prestara un poquito de su abultada compañía.

Juntos descubrieron que sí tenían algo en común, los dos crecían por encima de la media y detestaban a los matones. Desde muy temprana edad encontraron en la defensa de los débiles una vocación y no tardaron en darse cuenta de que, además, era una vocación muy bien remunerada.

En el presente, viéndose así, uno al lado del otro, ya no pensaban en lo que los diferenciaba, sino en lo que los acercaba. Aunque Luke no pudo evitar contemplar los aspectos dispares, ahora que Attie lo había descrito como un legionario romano. Stephan, en cambio, lucía como un vikingo.

—¿Y?, ¿me dirás en qué andas metido? ¡Tobby, baja de ahí! Joder con este crío, prefiero cuidar a un estafador que a este niño que intenta matarse a cada paso. No te recomiendo encariñarte con los potenciales suicidas —se burló, sin imaginar que tocaba una fibra sensible. Él solo se mofaba de que su niño se pusiera en peligro a cada paso que daba—. Aquí es cuando te ríes, ¿recuerdas? Yo hago un chiste, tú me haces creer que soy gracioso. Para eso están los amigos.

—Ja-ja. —Fue a por Tobby, lo cargó en su hombro y regresó—. Asunto resuelto. —El niño pataleó risueño hasta que lo dejaron volver a sus andanzas. No caminaba hacia demasiado y sus pasos eran torpes, no había sacado la destreza física de su padre, sino la inteligencia de su madre. A esa corta edad hablaba de manera entendible y sorprendía con su ingenio.

—Ya conocerás a una gran mujer americana y tendrás los tuyos —lo animó Stephan, al ver la nostalgia en la mirada de su amigo—. Y verás también por qué te digo que las familias numerosas no son buena idea. —Luke carcajeó—. No te ríes cuando bromeo y lo haces cuando hablo en serio.

—Stephan, tu idea de familia pequeña es...mmm...¿demasiado laxa?

—En mi defensa, es Maggie quien insiste en que tener hijos en números pares es mala idea porque generan alianzas.

—Pero es que no piensan en tener tres, ¡piensan en cinco!

—Cinco es un buen número —se defendió Stephan sin comprender por qué Luke pensaba que cinco hijos hacían a una familia numerosa.

—No pienso discutir al respecto.

—¿Qué discuten? —Maggie se acercó a ellos, Stephan la rodeó con el brazo.

—Dice que cinco hijos sería una familia numerosa —explicó su esposo.

—Tendrá el primero y querrá otros cuatro —dijo Maggie, convencida de que así sería. Luke bebió de su cerveza, en un intento de dejar el tema, pero lo que Stephan no conseguía adivinar, Maggie sí lo hacía—. Oh, Stephan, cariño, lo estamos asustando con este tema. Y es que nuestro gran amigo ya piensa en una dama en particular acarreando esos niños...

—Conque eso era... —Stephan abrió los ojos—. Suelta, ¿quién?, ¿la conocemos?

—Dilo en voz baja, o le romperás el corazón a mi hermana —agregó Maggie.

—Tu hermana está casada. —Luke dio un rodeo.

—Empujaría a su esposo al Támesis por ti. —Le hicieron sonrojar—. ¿Entonces?

—No hay dama, nada de eso. Iré a América como planeé, ya he adquirido tierras allí y luego...el destino proveerá. —Al mencionar al destino, no pudo más que pensar en Attie. Se sonrojó. Stephan y Maggie compartieron miradas, se hicieron gestos y fruncieron el ceño.

—¿Casada? —preguntó su amigo.

—Que no hay tal mujer.

—Rica... —concluyó Maggie.

—¡No! —exclamó Stephan.

—¿Sí? —preguntó su esposa.

—¡Eres un idiota! —soltaron a coro.

—¡Que no hay tal dama! —insistió. Maggie y Stephan negaron con la cabeza.

—Dime que no es lady —interrogó la mujer a su marido. Él soltó el aire, rendido.

—¿Pueden dejar de hacer eso? No estoy enamorado de ninguna mujer, nada de eso sucede, no estoy soñando con una casa llena de críos a su lado ni mucho menos. ¿Suficiente? —Ante la mirada inquisidora de la pareja, se explicó—. Lo único *extraño* que pasó es que el día del trabajo de lord Walsingham, cuando me alejaba del sitio, hallé a una dama en apuros y la socorrí. Luego...ustedes me conocen, me costó dejar el asunto hasta asegurarme de que estaba a salvo.

—¿Y lo está? —Stephan arqueó las cejas. Luke bebió su cerveza, como si tal pregunta nunca hubiera sido hecha—. Responde otra cosa, ¿conocías a esa dama de antes? —Las cejas pasaron de arqueadas a fruncidas.

—Mmm, solo por trabajos aquí y allí, nada especial.

—Y ahora no te puedes desatender del asunto...¿Le cobras por las molestias? —Ante el sonrojo de Luke, la rendición de Stephan fue total.

—Ya sabes quién es, ¿verdad, cariño? —Maggie estaba ansiosa por conocer el nombre de la dama en cuestión—. ¡Oh, realmente Scotland Yard se pierde al mejor detective al no contratarte!

—¿Quieres cinco niños o un marido detective?, porque créeme que con lo que pagan allí, apenas podríamos comer nosotros dos.

—Prefiero mis cinco niños. —Stephan le sonrió y la besó en la frente.

—Bueno, esto se puso demasiado personal. Me voy a...

—Lady Hecate —soltó su amigo. Luke se detuvo como si se hubiera dado las narices con un muro invisible.

—¿Disculpa?

—Lady Hecate es la mujer que salvaste y con la que no sueñas, claro que no, tener un número impar de niños porque los pares generan alianzas entre ellos.

—La cerveza debe estar contaminada —respondió Luke y fingió estudiar su jarra.

—Las famosas señoritas de Shakespeare han tocado una fibra sensible en ti, Luke. Recuerda, yo cuidé a lady Ophelia, tras lo cual, decidí que no cogería un trabajo más de esa desquiciada muchacha. Lord Gleeson me caía bien, de verdad, era un gusto trabajar con él. Pero luego de tener que salvar a su esposa del fuego...—Rodó los ojos.

—Por si no lo recuerdas, yo estaba corriendo a un asesino a sueldo por los techos de los bajos fondos.

—¡Y cómo te envidio por ello! Pero luego de mi mala experiencia, tú cogiste por tu cuenta otro trabajo, uno al que yo dije rotundamente que no.

—Cordelia Fitzroy...

—Son tu debilidad, Luke. Esas jovencitas son tu debilidad —repitió—. Tres están casadas y me consta que te quitarías los ojos antes de mirar a una mujer casada...

—Mi hermana lo lamenta a diario —acotó Maggie.

—Por lo que todo parece indicar que has cruzado camino con la única soltera del grupo.

—Pues te equivocas por completo —mintió, Stephan lo supo al mirarlo. Luke nunca podría mentirle a su amigo—. Te lo he dicho, he comprado tierras en América y en pocas semanas cogeré un barco y cruzaré el océano. No hay más señoritas de Shakespeare para mí, ni trabajos de protección, ni nada de eso. Me espera una nueva vida, así que, si no les molesta, ¿podemos disfrutar esta noche? —Apeló a la emoción, sabiendo que no podrían negarse—. Los extrañaré cuando esté solo en la salvaje América.

—Eso fue un golpe bajo. —Maggie lo abrazó sin previo aviso, también lo extrañaría. Stephan le palmeó la espalda.

—Venga, disfruta de este alboroto que tanto te gusta, que el corazón no elige qué lo hace palpar.

—Stephan...—advirtió.

—Me refería a la familia y a los amigos, hombre. —Sonrió—. ¿Por qué?, ¿pensaste en alguien más?

Sin esperar respuesta, fue a por la olla de hierro del estofado. Maggie debía cuidar su estado para conseguir la no numerosa meta de cinco hijos.

Capítulo 6



El paso apurado de la señora Foster, acompañado de su amplia sonrisa, podía significar una única cosa: Carta de lord Eros Neville. Su hermano era, como la mayoría de los lores, un niño mimado. Con la salvedad de que Eros compensaba ese cariño en la misma intensidad. Ambos hermanos habían crecido contenidos, amados... La enfermedad de Claus Neville había golpeado fuerte, tanto porque perdían un padre amoroso, como porque la virulencia de esta le había arrebatado la lucidez a gran velocidad. Los jóvenes Neville debieron coger las riendas de su vida y la responsabilidad familiar a muy temprana edad; Eros en el frente de los negocios y las relaciones, pues era el hombre y heredero, y Attie... Attie como engrudo que mantenía los pilares hogareños.

Y los dos, a su manera, sostenían la fachada de que todo estaba en orden, de que el patriarca seguía siendo Claus. El motivo era claro, hasta que Eros no pudiera asentarse, demostrar estar listo, la debilidad de la casa Neville podía conducirlos a perder el poder por años ostentado. Los lores ya no se bastaban con los vínculos de sangre —aunque estos eran importantes—, necesitaban también las relaciones comerciales. Europa bullía, Francia se elevaba con la tercera república, las grandes casas temían su inminente caída. De hecho, Eros se hallaba en esos momentos en Austria, donde los conflictos hacían tambalear al mundo. Que tras la guerra franco-prusiana no hubiese asistido Lord Claus Neville en persona y lo hiciera su hijo podía interpretarse de dos modos terribles: debilidad o desinterés.

Caminaban por la cuerda floja.

Pero si su relación con Franz Joseph I se mantenía tras este viaje y los Neville conservaban la fuerza en ese frente, lo cual implicaba una buena relación entre Inglaterra y Austria que trajera prosperidad y estabilidad, entonces Eros tendría la prueba de su valía y podrían empezar a ceder en vida las responsabilidades del padre.

La función de Attie podía, a simple vista, considerarse un juego, una banalidad. Sin dudas, de no haberse dado en esas circunstancias, hubiese ideado otro plan para mantener los rumores a raya. Sin embargo, lo que estaba haciendo para sostener el *fuerte* en Inglaterra era fundamental para la familia, la felicidad y, la historia lo diría, la influencia de Inglaterra en el continente.

—Uff —soltó Attie, agobiada por sus propios pensamientos. Necesitaba juntar coraje para abrir el sobre, podía tratarse de un sinfín de deseos amorosos de parte de su hermano o problemas... más problemas... muchos más problemas.

—¿Te duele? —preguntó tía Polly.

—En absoluto. —Le habían quitado los puntos sin mayor problema, Luke había hecho un trabajo excepcional. Luca...sus manos...—. Uff...

—¿Tienes calor?

—No.

—Pues deja de bufar como oveja cansada que me pones los pelos de punta —exclamó Polly. Hecate rio, por supuesto, soltó un último:

—Uff...

—Ay, con ese carácter...

—Venga, que seguro son buenas noticias —manifestó. La señora Foster le entregó la abultada carta a Lady Lorraine y fue con premura a por el té. Tenían lectura para rato, si algo caracterizaba a Eros era el poder de la palabra. Sus cartas nunca se limitaban a lo esencial, solía enriquecerlas con descripciones de los lugares, impresiones de las personas y hasta comentarios de moda. Sabía que eran bien recibidas y que, muchas veces, se trataba de la única distracción de su madre, tan agobiada por la enfermedad de su amado esposo.

—Envía a un lacayo a por lady Priscilla, señora Foster. Este sobre es entero para ella —comentó Lorraine sacando un sobre de dentro de otro. Hecate rodó los ojos al verlo, su hermano había empleado un sello rojo y empeñado su caligrafía. Era un romántico, como su padre—. ¿Cuándo será el día que lady Olivia olvide los rencores? —suspiró la dama.

—Madre, tú le has quitado el pretendiente, ¿recuerdas? —Attie hizo sonrojar a su madre. Lady Polly rio.

—Oh, eso de *robar* pretendientes son patrañas. Cosas que nos enseñan a las mujeres para que nos culpabilicemos entre nosotras en lugar de responsabilizar a los hombres —expresó su tía con gran sabiduría—. Mi hermano eligió a lady Lorraine, rompiendo un compromiso de años con lady Olivia.

—Y la compensó por ello —gruñó lady Lorraine.

—Poniendo condiciones —insistió Polly.

—¿Por qué haces de abogado del diablo? —se enfadó la madre de Attie. Se puso de pie, abrió la ventana y dejó que la brisa fría entrase. Lo hizo, con una dosis importante de agua de lluvia.

—Porque si pensamos que lady Olivia Cambridge actúa solo por maldad la subestimaremos y es un lujo que no nos podemos dar, querida. ¿No estás de acuerdo, Attie?

—Ay, a mí no me metan en esos asuntos, se los suplico. Yo soy solo una hoja arrastrada por el viento del destino —dijo con dramatismo. Consiguió su cometido, que las mujeres dejaran de discutir y se enfocaran en ella, apelando a la máxima tolerancia ante sus ocurrencias.

Lorraine cerró la ventana, la lluvia empezaba a salpicarle el rostro y el viento le pegaba la cortina a la cara. Encendió una vela, porque la tormenta había oscurecido el cielo antes de tiempo y se dispuso a leer la misiva de Eros que iba dirigida a ellos.

Hecate escuchó a medias, reparando en lo importante, luego la leería a solas, con mayor atención. Dejó que su mente vagara al problema central que debía hacer frente, mantener las apariencias. Años atrás, el romanticismo había prevalecido en ella adoptando la misma postura que su madre, la de pensar a lady Olivia como una mujer rencorosa y cruel.

Sí, lo era. El rencor que les guardaba a los Neville era palpable y en busca de hacérselas pagar era capaz de sacrificar a su propia hija.

Por otro lado, pensó Attie, tía Polly tenía parte de razón. Claus había fallado a una promesa y otorgando a cambio una compensación atada a condiciones. A una condición que podía salir muy mal: la unión de Eros con Priscilla. ¿Y si su hijo no se hubiese enamorado de la hija de Olivia?, ¿o a la inversa? El problema, Olivia, Polly y ahora Hecate sabían muy bien, era que Claus hubiese estado

dispuesto a romper ese nuevo pacto también si la felicidad de su hijo estaba en juego.

Los enamorados solían pensar que todo valía por amor, a veces podían ser muy egoístas.

Apartó la mirada, la dejó vagar en la cortina de agua que caía al otro lado de la ventana. A Claus le había salido bien, porque Eros amaba a Priscilla con locura y Priscilla había caído rendida a los encantos de Eros sin esfuerzo. Eran, juntos, asquerosamente hermosos, pensó Attie con sorna. Los dos bellos hasta rayar lo absurdo, jóvenes y sanos, ricos como cresos...

—Puaj.

—¿El té se ha enfriado? —preguntó Polly.

—Sí, lo siento, no debí expresarlo de ese modo —mintió. Se sirvió más té para disimular, impostó una expresión aburrida, escondiendo así el mundo de ideas que bullía en su interior. Recordó a Luke, a que él pensaba que detrás de sus gestos había desprecio. Contuvo el suspiro a la fuerza.

Luca... Él era la razón por la que había empezado a considerar el punto de vista de tía Polly. Sus padres se habían casado por amor, su hermano haría lo mismo. ¿Y ella? Siempre había alguien que sacrificaba su felicidad para que los demás fuesen felices, y cuando ese alguien empezaba a amargarse, se lo juzgaba.

Saber que lady Priscilla vendría incluso bajo la lluvia, desafiando a su madre, solo para leer las palabras de Eros dejó de parecerle dulce para... para...

Soy una persona horrible, pensó y sacudió la cabeza, eliminando a Luke de su mente.

—¿Has oído, Attie?

—Sí, ¡vaya lujo! —expresó, respecto a la descripción de Eros de los lujos del emperador.

—Al parecer debe ir con cautela, porque si bien su presencia no ha sido tomada como una afrenta de tu padre, sí la han considerado una posible unión matrimonial. ¿Cómo no lo hemos pensado? —se lamentó Lorraine—. Enviamos a un joven guapísimo, ¡claro que contemplarían la intención de unir casas!

—Un joven comprometido por promesas del pasado —recomenzó Polly.

—Eros ama a Priscilla, Polly, ¡por Dios!

—Pero los hombres en la posición de mi hermano y mi sobrino tienen responsabilidades.

—¡Yo no puedo creer esto! Jamás has sido una esnob.

—Y no lo soy —se defendió Polly—, solo digo que no se puede tener el pan y la tajada de pastel. ¿Quieren amarse?, quizá pierdan poder en el camino. ¿Quieren poder?, quizá pierdan amor en el camino. —Alzó las manos e imitó platillos de las balanzas.

—Luego estamos las mujeres —se le escapó a Attie—, que no elegimos en absoluto.

Su amargura llamó la atención de las dos mujeres. Hecate sonrió, bebió su té y aclaró:

—Solo bromeaba. Lady Priscilla podía elegir no venir bajo la lluvia, pero aquí está, optando lucir como un pollo ahogado antes de renunciar a un segundo más sin noticias de mi hermano.

La joven se detuvo en el umbral del salón de damas y no pudo más que reír por la ocurrencia de su futura cuñada.

—¿Tan mal luzco?

—Como si eso fuera posible —respondió Hecate, se puso de pie y le brindó un cálido abrazo, además de un asiento y una taza de té humeante—. Quítate los zapatos, que estamos en confianza —le propuso y colocó una piedra a calentar en el brasero para luego deslizarse bajo los pies de la invitada.

—¡Qué clima! —exclamó la joven—. No veo la hora de que llegue el verano.

—¿Por el clima o por mi hermano?

Lady Priscilla se sonrojó, Attie volvió a desplegar su encanto y esconder, como una experta, el bullicio de sus emociones. Amaba a su hermano y lo ansiaba feliz, por eso, pese a coincidir con la mirada realista de su tía, optaba por un proceder más romántico. Se seguiría disfrazando de Medea, desviando la atención, hasta que Eros y Priscilla pasasen por el altar. Más ahora que la carta de Eros era clara, la amenaza se elevaba por dos flancos. Lady Olivia, quien intentaba quedarse con las tierras dadas en aquel viejo pacto, a la vez que castigar a Eros en nombre de su padre, y el resto del mundo, que podía ver en la necesidad de mantener las fuerzas, la posibilidad de nuevas alianzas con la familia Neville.

Las tres mujeres permanecieron en silencio mientras los ojos celestes de lady Priscilla leían las palabras de Eros, sabían que, si entre ellas comentaba algo que fuera de interés para todas, la muchacha lo compartiría. La primera lectura era superficial, una vez en su casa releería con mayor atención, bebiendo cada frase. Protegiendo esos pensamientos del acecho de su madre, que podía usar cualquier detalle en su contra.

—Oh...—exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntaron las tres a la vez.

—Eros se ha enterado de la intención de mi madre de casarme con Lord Godwin Mountbatten — se lamentó—, intenta mostrarse optimista, pero mal me temo que está preocupado. —La joven se mordió el labio, alzó su clara mirada a las mujeres—. Jamás me miente, me ha contado que en Austria creen que ha ido en busca de una alianza matrimonial. Necesita permanecer el tiempo suficiente para no ofender a nadie, pero huir pronto con el fin de no ser cazado. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Porque somos ricos, cariño —dijo Attie, Lorraine se abanicó con lo primero que halló, las demás cartas sin leer, Polly rio—. Podemos tener estos problemas o los de lord Godwin Mountbatten.

—¿A qué te refieres?

—Oh, ¿no lo sabían? No, claro que no lo sabían, es información Medea...—explicó Attie, muchas veces no comentaba todo lo que se enteraba, porque la información importante se revelaba solo ante la manifestación de los hechos. Jamás había pensado que la situación financiera de lord Godwin tuviese algo que ver con ellos—. Pues lord Godwin Mountbatten había invertido en la naviera falsa, en aquella estafa a Fitzroy. No como partícipe del fraude, sino como incauto. Aún están en juicio y de momento no ha cobrado la indemnización. Eso no quiere decir que sus acreedores le tengan paciencia. No me sorprende que esté interesado en tu dote, Priscilla.

—Y mi madre en venderme ahora que Eros está lejos para evitarlo. —Bajó la mirada apenada, antes de agregar algo más—: Sospecha de que algo raro se cuece...

—¿Cómo?! —indagaron las mujeres mayores.

—Dice, no de buen modo, que lord Claus Neville nunca se hubiese separado de su esposa si no sucediese algo grave. Intenta con ello convencerme de que rompa el compromiso con Eros, pero más aún, quiere que me enamore de lord Godwin.

—¡Vaya!, ¿ahora me darán la razón? —preguntó lady Lorraine en dirección a su hija y cuñada—. Ven cómo sí es puro rencor. Quiere mancillar el amor, para aleccionarnos a Claus y a mí, y no le importa arrastrar con la felicidad de su hija ni de mi hijo.

Las aludidas guardaron silencio. Lorraine tenía un punto irrefutable allí, el odio, como contrapuesto del amor, también era cruelmente egoísta. Tal vez más.

—Priscilla —dijo Attie, le cogió las manos, las sintió heladas—, tu madre puede estar un poco

enfadada, pero ¿sabes qué no es?, idiota. Medea ya ha hablado de lord Godwin Mountbatten, pero ahora puedo ser más clara. Lady Olivia puede vengarse de nosotros con un pobre diablo caído en desgracia o con otro gran hombre rico, que sea una amenaza real para Eros.

—Pero yo no quiero que se vengue de nadie, solo que me deje ser feliz con Eros.

—Lo sé, lo que digo es que, si quitamos a lord Godwin, tu madre tendrá que buscar otro candidato. —Priscilla era bella, pero ni por cerca tan astuta como su madre o su futura cuñada, no entendía el punto.

Polly perdió la paciencia.

—Que tendrás tiempo, cariño. Ganaremos tiempo hasta que Eros regrese y se case contigo.

—Oh, claro.

—No —manifestó Lorraine, tajante—. Basta de Medea, no más ponerse en peligro. ¿Acaso no has tenido suficiente con el último *corte con una tijera de podar*?

—Madre, ¿se te ocurre otra forma de correr un rumor explícito que no nos deje atado a él y por lo tanto que no nos revele más aún como debilitados? —La pregunta era retórica, si se sabía que dichos cotilleos se gestaban en la casa Neville sería muy sencillo adivinar, como había dicho lady Olivia, que algo funcionaba mal tras esas paredes—. No andaré por la noche, será en un evento privado, cuidado. Tía Polly se encargará, ¿verdad?

Polly se mostraba un poco dubitativa, pero conocía a su sobrina, nada le impediría hacer hasta lo imposible por quienes amaba. Al fin de cuentas, Medea había nacido para animarla a ella.

—Si no me encargo yo, lo harás por tu cuenta y te pondrás en más peligro —soltó, rendida la mujer.

—¡Pero es la última vez! —decretó Lorraine—. De ahora en más, pensaremos un nuevo plan. Y no me tomes de tonta, jovencita, que te noto nostálgica y no me dices por qué. Yo soy tu madre y quiero tu dicha tanto como la de tu hermano, no sacrificarás tu felicidad por la de los demás. ¿Fui clara?

Su orden le recordó a tía Polly por qué, pese a las diferencias, adoraba a su cuñada. No podía estar más de acuerdo.

—Bien... —suspiró Attie—. Una última vez.

Dejaron el tema estar, hablaron sobre los detalles de las cartas de Eros y tomaron el té. Attie solo pudo pensar en una cosa, que, si no corría más riesgos, no necesitaría más un guardaespaldas. ¿De qué otra forma podría su vida cruzarse con la de un legionario romano? *Lo siento, madre*, respondió sin hablar, *mi felicidad es bastante esquiva y ya dejó en claro que no quiere saber nada con una imprudente lady, que, malpiensa, lo desprecia*.

El lugar elegido fue el encuentro de té en casa de lady Warwick. La mujer era reconocida en sociedad por darle espacio a las debutantes *de segunda*, disfrutaba de considerarse una madrina. Lo cierto era que sacaba una importante tajada de ello, su reconocimiento social y aliados para su esposo. Cada vez era más habitual que las mujeres fuesen conscientes de lo que se tejía; no se trataba más de dulces damas inocentes casadas a los dieciséis años, sino de astutas mujeres que empezaban a comprender las reglas del juego. No podían ser quienes cogieran las riendas, pero si se las apañaban, podían ser quien le dijera al cochero cuándo y hacia dónde tirar.

Lady Warwick era una de ellas, y como tal, se aseguraba de no enemistarse con nadie; conocía los entresijos entre lady Lorraine y lady Olivia, tenía más simpatía por la segunda, pero más envidia por la primera. Se aseguraba de permanecer allí, brindando amistad a ambas y oyendo los chismes de primera mano.

Y si de chismes se trataba, ¿cómo podría no brindar ella un té con la famosa Medea?

Madame Leroy jugaba de intermediaria, aunque lo hacía mediante lady Polly. De ese modo, se aseguraban de que no asociaran a la bruja con la familia Neville, a la vez que le pagaban a Leroy por su fidelidad llevando clientas. Las damas de alcurnia que deseaban conocer a Medea asistían a la tienda de la mujer y claro que, si no invertían, las probabilidades de que *el Hado* las eligiera serían muy bajas.

Casi todas las mujeres sospechaban que Medea era una modista o tal vez una costurera sagaz. ¿Quién mejor que esas trabajadoras para enterarse de los rumores? Sabían hasta cuándo las damas tenían la regla o se les había retirado por completo. Nada escapaba a la mujer que te cosía la ropa interior. No sospechaban la verdad detrás de aquel personaje, una dama de sociedad que parecía esquiva y altanera y, en realidad, con su expresión de aburrimiento, seguía cada jugoso detalle social.

Como fuera, el Hado había hablado. Madame Leroy le dijo a lady Warwick las palabras mágicas: «Medea me ha dicho que por su elevada paz espiritual estos días ha atraído el portal que une los tiempos, no sabe cuánto durará, pero si desea aprovecharlo sabe lo que debe hacer».

—¡Cómo había ansiado este momento! —exclamó la lady, corriendo de lado a lado y ultimando detalles. Al fin la bruja la había elegido, no podían ser ellos quienes la convocaban, nadie tenía tanto poder sobre tal enigmático personaje. Eso la había hecho aún más famosa, no era una cuestión de dinero, y no había cosa que los ricos quisieran comprar más que aquello que no estaba a la venta.

Medea podía no ser seducida por el dinero, pero lady Warwick sí, y se aseguró de invitar a su té con la bruja a la *crème de la crème* de la sociedad. Entre quienes estaba lady Polly, por supuesto.

—No, pon las sillas así, he visto como la señora Robinson generaba un espacio místico y fue felicitada por ello. ¡Vieras cómo exclamaban las damas! Y asegúrate de que haya algo más que solo té, que no seremos niñas —ordenó la lady a la criada.

—Y tú, hija —Miró a la muchacha rodando los ojos, era tan poco agraciada, pensó—, asegúrate de tocar algo lúgubre, pero que no lo sea demasiado. Por fin veremos tus dotes en acción.

—Sí, madre —accedió la joven. Joven no la definía bien, tenía ya treinta años y ningún prospecto. Pese a las relaciones forjadas por la madre, había sido imposible casar a esa dama de baja autoestima y rasgos demasiado comunes.

—Es el problema con esta vida —se quejó, sin importarle que su hija la oyera—, la hija que se queda a cuidarla a una en la vejez siempre es la más tonta. Si fuese lista, hubiera encontrado marido. —La aludida se sonrojó, quizá de vergüenza, tal vez de ira—. Una podría pagar una dama de compañía y tener el honor de casar a todas las hijas, si hasta fingiría lamentarme. ¡Oh, quien me cuidará en la vejez!, pero Dios me ha dado el obsequio y el castigo de que todas mis hijas fuesen demasiado bellas para permanecer a mi lado... —Actuó lo que diría en tales circunstancias—. Ahora en cambio tengo que soportar los comentarios contrarios. ¡Qué afortunada!, por desgracia mis hijas se han casado todas —imitó el tono horrendo de la señora Russell.

Hizo a un lado los lamentos cuando la criada anunció la primera invitada. Una a una las grandes matronas de la sociedad comenzaron a llegar, entre ellas la señora Russell. Y lady Polly, por supuesto.

—Tú eres la experta —dijo lady Warwick—, has estado en más presentaciones de Medea que nadie. —Polly palideció—. ¿Crees que así se abrirá el portal?

—Pocas veces he asistido a un té más místico que este, milady.

La adulación opacó las sospechas. Polly escondió su rostro tras un abanico que no necesitaba y se dispuso a hablar con otra dama sobre el clima, y lo lluvioso que había resultado ese invierno.

—Pero mire nada más, si ha comenzado a lloviznar. En cuanto tengamos que regresar, Londres será un fangal.

Le siguieron conversaciones similares. Palabras vacías que podían mantenerse sin necesidad de pensar, porque la mente de la dama estaba puesta en su sobrina, en las peripecias que debía hacer para cambiarse de atuendo en lo de madame Leroy, salir sin ser vista y llegar siendo la gran Medea. El juego de «generar un ambiente propicio» y «el Hado indica que puedes generar el portal» habían surgido de evitar las sospechas sobre Hecate. Disfrazaron en una ocasión a la misma madame Leroy y en otra, increíblemente, a lady Priscilla; por supuesto, en ambas ocasiones el evento no tuvo lugar porque las energías no eran apropiadas. La pobre Priscilla casi se desmaya del espanto y necesitó tomar té de hierbas una semana para recomponerse de la osadía.

Pero hoy vendría Attie, ella, que ya había salido herida, que tenía enemigos y las personas buscaban su cabeza. El abanico pasó de ser un accesorio a una necesidad a medida que el reloj marcaba los minutos.

Empezó el espectáculo. Las criadas dejaron solo las velas, apagando lámparas de aceite y cerrando las cortinas. Medea entró a la sala, su presencia generaba un gran impacto incluso en quienes no creían en ella. Su traje era imponente y el porte de Attie ayudaba. Era alta, delgada y sabía muy bien cómo andar. Además de que impostaba su voz grave, de contralto, que vibraba, sutil, en los oídos.

La sentaron en un sillón, de espaldas a las presentes. Hablaba una a una con ellas, *aprovechando el portal* generado por la energía de lady Warwick. La primera fue lady Diana, una mujer anciana que estaba a merced de un sobrino.

Attie le cogió la mano, la suya estaba pintada y cubierta también por una media malla parecida a la del rostro. Bajó la voz, consiguió su tono ronco y le aconsejó:

—El Hado me ha dicho que su situación mejorará en breve, en cuanto invite a la señora Jackson a tomar el té en presencia de su sobrino.

—¿La señora Jackson?, pero si esa mujer...—Es una pérdida, quiso completar la señora. Medea la detuvo, nunca podía revelar ni ser clara, o perdería el misticismo. Sí, la señora Jackson era muy amiga de los maridos ajenos, le excitaba lo prohibido y elevarse sobre otras mujeres como la más bella, la más irresistible. No era una buena compañía, pero, sobre todo, ya había pasado por la cama del sobrino de lady Diana. Su esposa lo sabría al verlo y solo por despecho, se aliaría con la tía de su esposo. Así conseguiría la anciana mujer al fin una amiga que la ayudara a mantener su estándar de vida.

—El Hado ha hablado. Confíe, sus caminos son extraños, pero siempre llegan a donde deben llegar.

—Gracias, Medea. ¿Cómo puedo pagarle?

—Cuando su situación mejore, necesitará una dama de compañía, esa que ahora su sobrino se niega a propiciarle pese a su edad. La dama en cuestión, me dice el Hado, se presentará ante usted con una carta de recomendación particular, la misma tendrá un pequeño error en la fecha, dirá de 1773 en lugar de 1873, así sabrá que es la persona que envió el Hado como la indicada para usted. —Se trataba ni más ni menos que de la hermana de Conan, el matón del club Twins.

Lady Diana se marchó tras una reverencia. Las mujeres siguieron acercándose, todas ellas con problemas de diversa índole. Entre ellas pudo aludir a la penosa situación financiera de lord Godwin,

sabía que lo harían correr. Hasta que fue el turno de lady Warwick al fin. La mujer no creía necesitar nada, Attie lo sabía. Solo ansiaba pertenecer y ella le había otorgado ese privilegio con su presencia. Sin embargo, y no había que ser una bruja para adivinarlo, la dama aprovecharía la presencia de Medea para cotillear. El cotilleo en cuestión lo había sembrado lady Olivia, pese a no estar en el evento, según ella por hallarlo banal. La realidad, porque no soportaba enfrentar a lady Polly, con quien había crecido, propiedad lindante con propiedad. Esa amistad entre los Cambridge y los Neville que se había roto junto al compromiso y el subsiguiente rencor que había alcanzado a todos en ambas familias. Existieron intentos de solventar la distancia, el amor entre Eros y Priscilla era prueba de ello, se habían criado con la misma cercanía que sus respectivos padres, con el resultado esperado; pero por desgracia ante el profundo sentimiento de sus vástagos, la inquina de lady Olivia renació. Verlos enamorados fue como remover un cuchillo incrustado por demasiado tiempo, abrir la vieja herida y exponer lo que ella sentía como la peor de las traiciones.

Lady Warwick no desaprovecharía la oportunidad. Sería popular por Medea y por el cotilleo que generaría después.

—Medea, le agradezco su presencia.

—No es necesario, el Hado ha elegido y jamás se equivoca.

—¿Y por qué me ha elegido?

Attie contuvo su expresión pese a saber que la malla la protegía. Era la costumbre, había aprendido a aparentar. Tanto que Luke la pensaba esquiva, recordó, y se distrajo del papel. No recordaba nada después de beber vodka, solo la imagen borrosa del hombre, su mano delicada intentando no herirla, su rostro masculino, de mandíbula marcada y oscurecida por una barba naciente, de nariz romana y tirabuzones rebeldes. Luca...su legionario.

—¿Medea? —insistió la dama.

Mierda.

—Lo siento, el portal es muy fuerte aquí. Recibo demasiada información de futuros posibles —mintió. Carraspeó, para conseguir su voz más honda—. Y el destino me informa que usted ansía información sobre una amiga...

—¿Sí?, ¿quién?

Fingió que intentaba captar el nombre, lanzó su cabeza hacia atrás.

—Solo consigo una O, ¿o es una C? No, ambas. Una O y una C... A usted le interesa preguntar algo que aqueja a esa dama. —Se lanzó con fuerza sobre el respaldar, lady Warwick se asustó ante el brusco movimiento. Medea se sacudió—. ¡Vaya!, el Hado está furioso, usted ha escapado al destino demasiado tiempo.

—¿Qué?, ¿cómo? —Al demonio lo de no creer, lady Warwick era cautiva de Medea—. ¿Qué destino?

—Todos los caminos se unen en usted. ¡Es usted el Hado personificado!

—¿Yo? —La mujer estaba extasiada. ¡Era importante!, no solo era popular, ¡era el Hado personificado!

—Sí... —Attie extendió las manos, como si tocara objetos que solo ella podía ver—. Sí, usted. Usted tiene todas las respuestas. Debe escribir una carta a la casa de campo de...de... Con N, veo una N...

Lady Warwick estaba tan centrada en ella que olvidó los cotilleos. Attie quería estrangularla. Joder, que si decía O y C, y luego N, era evidente que hablaba de lady Olivia y lord Claus Neville. Volvió

a convulsionar.

—¡Medea! —Se escuchó el quejido ahogado de las damas en la sala—. ¡Medea!

—Su amiga. Una N... Es mucha información, es muy importante. —Dejó caer la cabeza hacia adelante, como si se hubiera desmayado.

—¡Neville! —gritó la señora Russell, desde las espaldas de Medea—. Estabas preocupada por lo de lady Olivia y su presunción de que algo grave le sucede a lord Claus Neville.

Las miradas fueron hacia Polly, su hermana. Ella formó parte de la actuación.

—¡Oh! No, ¿qué le sucede a mi hermano? ¿Le pasará algo? ¡Por favor, Medea..! ¿Es él?, ¿es mi hermano?

—¿Lord Claus? —preguntó Warwick y sacudió la mano de Attie, ansiosa. Attie se irguió de golpe y volvió a caer sobre el sillón.

—Sí, es él. Lord Claus, debe escribirle una carta a su residencia de campo informándole la visita de su hija.

—¿Cuál hija?

—La única soltera... —La aludida olvidó su rol en el evento, que era pasar desapercibida y tocar música lúgubre.

—Pero...pero entonces lord Claus no está enfermo.

—No, no lo está. Las dulces preocupaciones de su amiga son bien recibidas por el Hado, pues cuando nos preocupamos por los demás, el destino nos ilumina... —Warwick se mostró escéptica. Attie necesitó de todas sus dotes actorales para no chasquear la lengua ante tamaña mentira. Lady Olivia tenía todo menos una noble preocupación por su viejo prometido.

—Si usted lo dice...

—El Hado... —insistió Medea. Lady Polly volvió a esconder su rostro tras el abanico—. Pero antes de llegar a la residencia rural de lord Claus Neville, su hija debe llevarle una canasta repleta de frascos de dulce de higos al señor Thomas. Es muy importante, recuerde que el destino funciona de maneras misteriosas.

—Bien, organizaré...

—¡Usted no debe ir! —Le cogió las manos con fuerza—. Usted debe quedarse, su vida podría correr riesgo si se interpone en los caminos del destino. —Warwick tembló, asintió y miró a sus invitadas, solicitando asistencia. Más aún, aprobación. Quería que ellas supieran que respondería al excéntrico pedido del destino.

Lo que no sabía era que el señor Thomas era adicto a los dulces de higos, que Attie conocía ese detalle porque era un vecino de su padre, además de que buscaba esposa, pero no tenía paciencia para las jovencitas ni para la vida social. Su existencia se limitaba al estudio de las mariposas y a la ingesta de dulce de higos. En cuanto viera a la hija de Warwick, le propondría matrimonio sin dilataciones, *sacándose el asunto de encima*.

Libertad para la no-tan-joven hija de la lady, esposa para Thomas y rumor disipado para Neville. ¡Una noche perfecta! Nada había salido mal, ¿ves, mamá?, te has preocupado en vano, pensó, abandonando la sala.

Pero Attie se había adelantado a contar sus triunfos. Juega con el destino y el destino jugará contigo.

Capítulo 7



Lanzó la bola de tela que Maggie había cosido especialmente para Atila. El perro la siguió con su único ojo y decidió que era demasiado esfuerzo. Si su amo le apetecía, que fuera él mismo por la dichosa cosa. Se echó en el pasto del Greenwich Park, dejó que la gente que pasara lo mirase con pavor y se alejasen de él.

—Tienes que mover el trasero, un perro que no caza es como un hombre que no trabaja, pierden el sentido de la vida —dijo Luke. Fue él a por la pelota, las personas lo juzgaron por dejar semejante animal solo y sin correa. Atila era pura presencia, aún tuerto y viejo. Su tamaño de lobero irlandés impresionaba. Su amo sabía que era inofensivo, lo había salvado años atrás de una trampa para zorros en los bosques del sur. Nadie quería acercarse al animal, socorrerlo, por miedo a perder un brazo. Pero Luke no temió, vio en el único ojo del animal que era lo suficientemente sabio para diferenciar amigos de enemigos, y pese al dolor, entendió que ese hombretón, tan impresionante en tamaño como él, solo deseaba ayudarlo.

Desde entonces, iban a la par. Hombre y perro.

Regresó junto al animal, este se extendió a lo largo, demandando caricias en la barriga.

—Necesitas ejercicio —insistió. En realidad, el que lo necesitaba era él. Ocuparse cada hora del día hasta caer rendido sobre su diván. La meta: no pensar en lady Hecate.

Y lo venía logrando muy bien. Por ejemplo, a la mañana empezó el día proponiéndose a viva voz: «hoy no pensaré en Hecate». Mientras hacía el café, pues solía preferirlo ante el té, se dijo «no tengo idea si ella bebe café, ¿lo ves, Luke?, no piensas en ella». Luego se dispuso a leer con la convicción de que era una excelente actividad, «cuando uno lee, no piensa en Hecate». Tras lo cual, se marchó al mercado antes de que cerrara, siempre iba a última hora. Aunque hubiese menos cosas, estas estaban más económicas y él no era un hombre quisquilloso. «Exactamente lo contrario de lo que debe ser una dama como Hecate». Al regresar, se hizo algo frugal de comer, «porque soy un hombre soltero, que pretende seguir siéndolo, y ni Hecate cambiaría eso», para por último repasar la lista de posibles clientes que los agentes de Scotland Yard le habían hecho llegar a Stephan. «Ja, no estaba Hecate». Entonces sí, pasada una jornada exitosa de ¡no haberla pensado ni una sola vez!, se dispuso a ir con Atila al Greenwich Park donde seguro no estaba Hecate.

—Es una cuestión de disciplina —explicó al perro—, y yo soy muy disciplinado. Fíjate qué bien me ha ido hoy sin pensar en lady Hecate. Ni siquiera ahora la estoy pensando. ¡En absoluto!, mi vida sigue igual que siempre. —Lanzó la bola con excesiva fuerza, por poco le vuela el sombrero a una dama—. Lo siento... —se disculpó y corrió a por ella.

Cuando se volvió dispuesto a regresar, vio a Conan junto a Atila. El hombretón no le tenía

miedo, le cogió la cabeza con las dos manos y lo sacudió con fuerza, un juego que al can le encantaba.

—Me ha dicho tu casera que te podía encontrar aquí, que buscase un perro que parecía un caballo chamuscado —explicó Conan.

—Nadie piensa en los pobres sentimientos de Atila. ¿Qué te trae por aquí?

—Nos has pedido que mantengamos la oreja atenta...

—He...¿Medea? —se corrigió con premura. Conan asintió.

—Mi hermana ha oído que un criado de la casa de lord Warwick ha recibido una paga por descubrir la identidad de Medea.

—¡Mierda! —Cogió el collar de Atila y lo instó a ponerse en guardia.

—¿Sabes dónde queda esa casa? Si quieres te ayudo a arrancarle la cabeza —se ofreció Conan—, pero no sé cómo llegar al lugar.

—No te preocupes, Conan —Luke le dio una palmada en el hombro, animándolo—, yo me encargo desde aquí. Pero le diré a Medea que tú la ayudaste, ¿vale? —La mirada se le iluminó, y el señor Callaghan supo que su día de *no pensar a Hecate* se había ido por la borda.

Al demonio, estaba grabada a fuego en su cabeza y en su pecho. La necesidad de salvarla del peligro era tan apremiante que apenas le dejaba respirar. Sin más dilataciones, se dio a la carrera y fue a por su arma, su cuchillo y dinero, por si necesitaba extorsionar a alguien. Atila no se quiso quedar a solas, lo cual podía ser un engorro o una gran ayuda. Empezó siendo lo segundo, por donde iba, la gente abría el paso. Llegó a la zona de coches de alquiler en tiempo récord y las personas que esperaban no dudaron en cederle el primer coche con tal de que se fuera.

Una vez su trasero estuvo en el asiento, la cabeza se inundó de Hecate y lo obligó a reconocer que había fracasado, no podía dejar de pensarla. Iba más allá de su incapacidad para hacerse a un lado ante la injusticia o ese rasgo de su carácter que lo condujo a ser guardaespaldas. Se trataba, debía reconocerlo, de que ella le hubiese confesado que lo hallaba apuesto. No por vanidad o por deseo, sino porque esa mera confesión bañada de alcohol era una gran grieta en el verdadero disfraz de Attie. No era Medea quien usaba una máscara, sino Lady Hecate Atenea Neville. Y lo poco que Luke había atisbado de la verdadera dama, la oculta, le fascinaba.

Esa confesión era como la pintura descascarada que te invita a rascar, a tirar, a seguir hurgando. Porque Attie podía tenerlo, podía «comprar» a Luke Callaghan, obligarlo a permanecer a su lado y utilizarlo como un juguete para su entretenimiento personal. Tenía el dinero, el poder, las relaciones... Pero no la maldad, ni el egoísmo.

Llevaba demasiado tiempo en ese negocio para saber que pocos de sus clientes le aceptaban un no por respuesta. Eran lores o ricos, estaban acostumbrados a que su dinero pudiera comprar lo que desearan. Sin embargo, tanto ella como su madre habían aceptado su negativa sin chistar y no porque él tuviera un secreto para blandirlo como defensa, sino por simple respeto. El que no parecía aceptar su negativa era él mismo, que estaba en la puerta de servicio de lady Warwick, con Atila a su lado, agudizando el oído. Le pidió al cochero que aguardara a por él, no quería imaginar a Hecate herida una vez más.

Mil escenarios pasaron por su mente, uno más fatídico que el otro. Maldijo y se adentró sin permiso en la casa de la lady. Que sus amigos de Scotland Yard lo salvaran si lo pillaban.

—¿Qué es esa bestia?! —chilló una mujer. Pobre Atila.

—Busco a Medea, puede estar en peligro —respondió sin aclarar la imagen de su pobre chuchó. ¡Iban a generar baja autoestima en el animal!

—¿Cómo? No, jamás. Si le sucede algo a Medea, lady Warwick nos matará.

—En tal caso, mejor será que me ayuden. Alguien ha recibido una paga por atacarla —mintió a medias. Era por develar su identidad, pero en el caso de Attie ambas cosas eran lo mismo. Su reputación estaría por los suelos, la sociedad la condenaría y la familia quedaría debilitada ante el frente que deseaban combatir.

Otra muchacha asomó sus narices con temor y vergüenza. Fue incapaz de mirarlo a los ojos, se dirigió a la primera mujer.

—Tim —confesó.

—¡Oh, ese muchacho! Se enamoró de una lady y no deja de hacerle obsequios costosos. La lady se le burla en la cara y él sigue gastando hasta los peniques que no tiene en ella. —Negó con la cabeza, Luke sintió la historia como un puñetazo en el estómago.

—¿Medea? —retomó lo importante, la voz le sonó ronca.

—Saldrá por la segunda puerta, la que da a las caballerizas. Ven...

Antes de que pudiera indicarle el camino, un juramento masculino resonó en los corredores de la casa de lord Warwick.

—E-ese es Tim —explicó la muchacha tímida. Luke no lo sabría nunca, pero se trataba de la hermana del aludido y a eso debía su abrumadora vergüenza, junto a la lucha de lealtades. Él no estaba ahí para indagar en historias personales, mucho menos en las pruebas fehacientes de que sus motivos de admiración ante Attie eran reales, ella no era de las que sacaban partido de sus privilegios, y si continuaba con sus reflexiones sobre la muchacha se ahogaría en un pozo de autocompasión, pena y, probablemente alcohol, como estilaban los románticos. Estaba ahí para salvarla y luego sí, ¡no pensar en ella ni un segundo más!

Otro grito de Tim. El sonido de un jarrón al romperse. Un golpe seco.

—Maldita bruja del demonio.

Cristal roto. Otro juramento, en esa ocasión, ahogado.

—La mataré primero y la desenmascararé después —juró Tim en el mismo instante en que Luke llegaba al corredor. El atacante se volvió hacia él, se paralizó ante la presencia imponente de perro y hombre, cuando regresó la mirada hacia Medea, la tenía cargada de pavor.

—¿Qué es esa bestia?! —clamó el hombre.

—Eso es un perro, se llama Atila, y tiene sentimientos —aclaró Attie, antes de coger el último jarrón y partírselo por la cabeza a Tim. El muchacho cayó desmayado en el suelo.

—Gracias por la defensa a mi perro —murmuró Luke, pasmado por la escena. Medea le hizo una reverencia, las dos mujeres intentaban ver por sobre el hombro del guardaespaldas, sin conseguirlo del todo.

—No hay de qué. La situación está bajo control, si no le importa... —Se dio media vuelta y empezó a correr. Luke tardó en reaccionar, ¿tenía que ir tras ella?, ¿quedarse ahí plantado?

Tim intentó incorporarse. Luke pasó por sobre su cuerpo y fue tras los pasos de Medea. La encontró en las caballerizas, mirando desesperada hacia ambos lados.

—¡Otra vez mi cochero! —se quejó, con los brazos en jarra.

—Probablemente Tim se haya deshecho de él.

—Ahhhh... —De pronto, ante sus ojos, Attie dejó caer su máscara figurada. Seguía portando la malla sobre su rostro, y los velos, y los adornos. Pero no su porte ni su frialdad emocional. Luke atestiguó un...

—¿Berrinche?

Attie zapateaba el suelo, mientras blandía los brazos a los lados y gruñía, conteniendo el grito, pero no el gesto.

—¡Ahhhh!

—¿Se encuentra bien?

—No. No me encuentro bien. Estoy cansada. Estoy cansada, y frustrada, y agotada... Y siento que el mundo me aplasta y que yo solita me puse bajo el mundo y que me lo merezco. ¡Me lo merezco por idiota! Y... —El berrinche tuvo un final tan abrupto como su inicio, dejando a Luke desorientado—. Ya está —agregó Attie, con la solemnidad de un monje tibetano—, todo tiene solución en la vida. No ha pasado nada, ¿verdad?, no he sido descubierta, esta es mi última intervención y ha salido muy bien. Solo he perdido mi coche. —Tomó aire, lo soltó en un gruñido—. ¡Otra vez! Maldito cochero del demo... —Respiró hondo—. Encontraré otra forma de regresar.

—Si le comento que me parece que tiene un ataque de nervios, ¿me romperá un jarrón por la cabeza?

Attie lo miró, Luke pudo sentir el fuego de esa mirada furiosa. Pero entonces la muchacha se dobló por la cintura y se echó a reír a carcajadas. Sí, estaba histérica. No era para menos, era la segunda vez en dos semanas que su vida corría peligro. Quizá esta vez no lo había necesitado en el momento de la agresión, pero lo necesitaba ahora, porque Tim venía a por ellos.

—Corre, Attie —le ordenó en voz baja—. Ven, tengo un coche esperando por mí.

—No debe decirme Attie cuando visto así —lo reprendió ella, al tiempo que seguía sus pasos. Se detuvo en seco—. De hecho, no debería decirme Attie nunca.

—Lo siento, ¡corre!

—Y debería dirigirse a mí con trato formal. No corre, corra... No Attie, milady... No...

Tim iba a alcanzarlos, y él tendría que golpear a un pobre muchacho enamorado de una lady que lo utilizaba para su entretenimiento personal. No, Luke no estaba para perder el tiempo ni usar la violencia; la cogió de la cintura, la cargó como saco de patatas y corrió en dirección al coche de alquiler. Attie no pudo quejarse, no solo por la sorpresa o el estado de conmoción que le impedía pensar con claridad, sino porque desde esa indecorosa posición, la malla caía por su propio peso y revelaba su rostro. A lo único que atinaba era a cubrirse hasta estar al resguardo. Atila le seguía los pasos, movía la cola, muy contento con la acción.

De pronto, el animal se volvió bruscamente. Tim resultó ser mejor corredor de lo que se podía imaginar; pese a que Luke tenía las piernas más largas, contaba con la desventaja del peso de Attie, y el joven estaba impulsado por el amor. O lo que creía que era el amor.

—Medea... —Se detuvo al darse cuenta de su error. El gran perro se interpuso y Tim quedó petrificado—. Yo... solo... —dijo alzando las manos en señal de paz. Luke se volvió, apoyó a Attie en el suelo e intentó alcanzar a Atila. El animal se lanzó sobre Tim. Los gritos del joven resonaron entre las callejuelas, haciendo que varios criados de casas aledañas se asomaran. ¡Joder!—. Por favor, por favor no me mate. No así, al menos. Noooo... —Tim se cubrió con el antebrazo. Luke evaluó la situación, Hecate estaba paralizada, no por la turbación de casi morir una vez más, sino por el espanto ante el gran perro. Sentía pena por Tim, por su atacante, y eso despertó una sensación extraña en el pecho de Luke.

Sensación que analizaría más tarde. Porque de momento, aprovecharía la situación.

—¿Por qué quieres matar a Medea? —interrogó Callaghan.

—¡Yo no quiero matar a Medea! Solo quiero saber quién es... quién está detrás de la máscara. Por favor, sáqueme al animal de encima, por favor...—rogó. Tim tenía los ojos cerrados, no se atrevía a mirar siquiera entre los párpados entornados. De hacerlo, se encontraría con las terribles fauces de Atila, sí, pero también con su mirada curiosa de un solo ojo y la ausencia de violencia. Para el animal, aquello era un juego. Uno mucho más entretenido y acorde a su tamaño que el lanzamiento de bolas de tela.

—¿Para qué quieres saber quién soy? —¡Al fin Attie recuperaba la compostura!, Luke la mantuvo detrás de su cuerpo. Ella buscaba resquicios por los cuales mirar a su agresor, por debajo del brazo de Luke, dando saltitos por encima de su hombro, intentando rodearlo.

—Me han pagado y necesito el dinero, ¿sabe?

—Tú eres el juguete de lady Camile, ¿verdad? —Attie rodó los ojos tras la máscara, estaba al tanto de esa aventura, solo que jamás pensó que se conectaría con el resto de los sucesos sociales entrelazados. Cada vez más, el destino se mostraba como un plan perfecto, en que cada detalle cumplía un papel importante.

—Es usted adivina...—dijo, Tim, maravillado. Abrió los ojos, se encontró con la mirada tuerta de Atila y volvió a retorcerse bajo el animal. Fue el turno de Luke de bufar, era increíble cómo la gente ajustaba la lectura de los hechos a lo que quería creer.

—Lady Camile se casará con el señor Harrison, un americano con dinero. Solo juega contigo, ¿cómo te llamas? —La voz fue en el tono de Medea, pero con un deje de compasión propio de Hecate.

—Tim. Soy Tim.

—Tim —intervino Luke, quería poner al resguardo a Attie lo antes posible. Esa muchacha no parecía medir los peligros que la asechaban—, ¿quién te pagó para develar la identidad de Medea?

—Lord Godwin Mountbatten. Por favor, que no me destruya el animal. Mi rostro le gusta a lady Camile.

—Como si bastara gustarle a una lady para poder tenerla —murmuró Luke, Attie lo oyó y el hombre sintió su mirada cargada de pánico a través de la malla. Quedó desconcertado por su reacción, ¿acaso no recordaba su confesión bañada en alcohol?, ¿acaso...?—. Mierda.

—Diantres —maldijo Hecate, saliendo del estupor ante las palabras de Luke. ¿Él sabía..., cómo...? No recordaba mucho después del primer trago de vodka, pero estaba segura de no haber dicho nada que la incriminara. Lo que Luke despertaba en ella era un secreto tan hondo que muchas veces ni se atrevía a pensarlo.

—¿Qué? —preguntó Luke, ya tenían la información, mantener a Atila sobre el muchacho resultaba una crueldad.

—Si Lord Godwin Mountbatten quería mi cabeza cuando yo solo había revelado su participación en la estafa Fitzroy, ahora, que he... que he revelado cuán desesperada es su situación...

—Joder, usted no deja de ganarse enemigos.

—¿Puede alguien sacarme el perro de encima? —rogó Tim.

—Yo no me «gano» enemigos —se defendió Attie—, ellos estafan gente y se enfadan cuando los descubren.

—¿Y tiene que ser usted quien los descubra?

—¿Y quién si no?, ¿sus amigos de Scotland Yard? Ja-ja..

—El perro...—Tim no se atrevía a moverse.

—¿Insinúa que no son honestos?

—Yo no insinúo nada, pero veo que usted arriba a ciertas conclusiones en base a los indicios dados... —Luke pudo jurar que Attie tenía una expresión soberbia en su rostro, de «mira cómo me las sé todas». Gruñó.

—Si es deshonesto el oficial que se vende, más deshonesto es el lord que lo compra —rebatía él. Le había tocado una fibra sensible, la de asumir que solo los pobres eran corruptos. Sin embargo, le había dado la razón a Attie con ello. La sonrisa era tan amplia bajo la malla que pudo ver su refulgir blanquecino.

—¡El perro! —Tim iba a llorar.

—Y descubrir a los lores podridos es lo que hago. No me «gano» enemigos, ellos ya son mis enemigos.

—¿Alguien, por favor?

—¡Atila! —dijeron Attie y Luke al unísono, al recordar la situación y el lugar en donde discutían. El perro no tenía ninguna intención de destruir a su presa, sino de...

—No mire —ordenó Luke, sonrojado como un niño. Hecate se echó a reír al ver el rumbo que había tomado el juego de Atila.

—Debería buscarle una novia a su perro.

—Esto es del todo inapropiado.

—¡Pueden dejar de discutir y sacarme al perro de encima! —lloriqueó Tim. Atila movía su cadera sobre el joven muchacho con bastante entusiasmo. Luke moría de vergüenza por el comportamiento del can, y Hecate pensó que perecería por la falta de aire producto de la risa.

—Atila, ven. —El perro miró a su amo, luego a su ¿novio?, y decidió que prefería las relaciones consensuales. Soltó a Tim y siguió a Luke—. Imagino que ha aprendido la lección, Tim, y no nos seguirá.

—Lo prometo... —El muchacho se incorporó, tan avergonzado como el guardaespaldas—. Lady Camile me dejará. —Se puso a llorar, Attie sintió pena y se acercó a consolarlo. Luke la detuvo interponiendo su antebrazo a la altura de su cintura, ese movimiento se convirtió en un abrazo cuando ella insistió y él también, cada uno en su dirección.

—Vamos, Medea —le susurró al oído y usó las palabras mágicas—, su madre debe haberse enterado, hemos montado un gran espectáculo aquí.

—¡Mi madre! —balbuceó. Y sin más pérdida de tiempo, cogieron el coche en el que Luke había llegado.

Una vez en el coche de alquiler, la conversación se mantuvo en murmullos, para que el cochero no pudiera oírlos. Delimitaron el plan de acción, irían a lo de madame Leroy, como hacía siempre Medea, y de allí Luke se «iría», lo haría de una manera muy evidente, para que a todos les quedara claro que él no conocía la identidad de la bruja y que no lo asociaran luego, al verlo con Attie. Daría un rodeo, mientras la muchacha se cambiaba y se escabullía como siempre, por un pasadizo que madame Leroy tenía en su tienda. Este era de la época en que su tienda —antes de la intervención de Medea— no era redituable y vendía prendas para damas y alcohol de contrabando para caballeros.

Media hora después, un coche de la familia Neville esperaría cerca de las tiendas Evans. Luke se subiría a este y aguardaría a lady Hecate, para asegurarse el sano regreso a casa. Él no estaba de acuerdo con dejarla sola ni un momento, el plan no le agradaba ni un ápice. ¿Y si el tal lord Godwin

había pagado a alguien más?, ¿y si madame Leroy la traicionaba?

—Lord Godwin no tiene más dinero, señor Callaghan. —Volvía a ser señor Callaghan y ella, lady Hecate. La altanería con la que se dirigía a él le irritaba, a la vez que le confirmaba lo sospechado: la muchacha no recordaba su confesión. ¡Pues claro, imbécil!, se dijo, ¡nunca había tomado vodka antes! Luke contenía el hondo deseo de obligarla a reconocer sus sentimientos, sin máscara que le escondiera el rostro, ni alcohol que la escudara. Pero ¿para qué?, se preguntaba un segundo después. Sus sentimientos no tenían lugar, la sociedad no le perdonaría jamás a lady Hecate caer tan bajo de enamorarse de un plebeyo, ¡ni siquiera un burgués adinerado!, un pobre diablo que se ganaba el pan con los puños.

Hacía bien en ocultar sus emociones. Attie era inteligente, su decisión era la más sabia. Correcta. Indiscutible. Perfecta.

Entonces, ¿por qué demonios dolía tanto?

—No se puede dar el lujo de gastar más en develar mi identidad. Bajo la luz de los nuevos hechos, entiendo que es él el hombre que vi con lord Petre. Y lord Petre...

—Que por fortuna se pudre en la prisión —masculló Luke—, y no por agredirla a usted, sino por deberle dinero a otros ricachones.

—Veo que mantiene un hondo resentimiento hacia los de mi clase... —dijo Attie, con su tono de lady más rancio. Luke quiso besarla hasta quitarle ese porte que sabía fingido. Besarla hasta obligarle a reconocer que, piel con piel, todos eran iguales. Besarla hasta... ¡Luke!

—Solo los describo, si le suena a rencor, será porque quizá sería eso lo que usted sentiría en mi lugar... milady.

—Lo importante, lord Petre está en prisión porque, como supe esa noche, lord Godwin no le pagó lo acordado, sino menos. Lo que sostiene mi teoría, de que lord Godwin no tiene un penique de más. Gastó en Tim, porque un criado es más económico que otro lord, y logramos —acaricié a Atila, incluyéndolo en su triunfo— impedirlo.

—Pues le agradecería, si no es mucha molestia, que intente no hacer enfadar a uno con más presupuesto.

—¿Por qué le importa? ¡oh, cierto!, porque mi madre le ha contratado para mi custodia. No se preocupe, señor Callaghan, esta fue la última intervención de Medea. —Attie giró el rostro en dirección a la ventanilla, la misma tenía la cortina desplegada, de modo que nadie viera el interior en donde la bruja viajaba. Era un gesto que buscaba esconder sus emociones, temerosa de que la malla no fuera suficiente—. Y-ya —se aclaró la garganta— ya no nos necesitaremos mutuamente. Hoy podrá pedirle la paga a mi madre.

—¿De dónde ha sacado que su madre me contrató?

—Lady Priscilla lo ha oído, no necesita mostrarse desinteresado, señor Callaghan. ¿Por qué otra razón estaría usted aquí, con su perro, arriesgando la vida por mí?

Luke abrió la boca y la cerró, como pez fuera del agua. Attie no podía mantenerle la mirada, le dolía el supuesto contrato comercial. ¿Por qué?, porque la unión era por dinero, porque le recordaba que ella era una lady y él, un guardaespaldas, porque le ponía fecha de caducidad a sus encuentros. Porque no quería a Luke Callaghan a su lado, quería a su Luca...

—Sí —murmuró él—, ¿por qué otra razón estaría yo aquí?

Cada uno volvió la cabeza en dirección contraria. Era mejor así, actuar. Que ella insistiera en su papel de lady altanera, que él lo haría en el de guardaespaldas cabezota. Las máscaras no protegen los

rostros, protegen los corazones.

Capítulo 8



Entre los empleados los rumores corrían rápido. Por supuesto, todos contenían el estupor y actuaban como si nada hubiese sucedido. Si se sabía que la bruja Medea fue atacada bajo el techo de lady Warwick, serían despedidos luego de atestiguar el ataque de cólera de la lady en cuestión. ¡Ella, la elegida por el Hado, puso en riesgo la vida de la emisaria del destino! Cuando encontrara a Tim lo haría despellejar vivo y lo convertiría en abono para la tierra.

La velada se dio por terminada gracias a la maravillosa actuación de la hija de lady Warwick, a pedido de su madre fingió un desmayo ante la mirada de las matronas. Ni bien fue asistida por los empleados y retirada a su recámara a la espera del doctor de la familia, las invitadas se marcharon sin ser despedidas por la anfitriona, dada la circunstancia era entendible. Tía Polly fue el último soldado en abandonar el fuerte, resultaba sospechoso el comportamiento de lady Warwick. Ni mención hacer que el vahído de la muchacha fue propio de una obra teatral de bajo presupuesto.

—Me gustaría brindarle mi apreciación personal a la cocinera que nos ha agasajado esta noche, ¿será posible, señora Morton? —preguntó al ama de llaves. Los buenos modales de Tía Polly resultaban ser siempre una caricia para el alma de los empleados, tan acostumbrados a recibir órdenes y llamados de atención.

—Por supuesto, Lady Dartrey, la señora Toole estará encantada, voy a por ella... —El ama de llaves se tomaría el permiso de quebrar la orden de su señora y extendería unos minutos más la estadía de la última invitada que todavía quedaba en la casa.

—Oh, no, déjeme acompañarla, invadiremos juntas su terreno personal —bromeó y se adelantó a los pasos de la mujer. No era la primera vez que Polly visitaba la casona Warwick, conocía el camino a la cocina. Y también conocía a la señora Toole, compañera de orfanato de la señora Wilbur, la cocinera de los Neville. Ni bien la mujer la vio entrar a la cocina, se acercó a ella y le murmuró:

—¿No ha venido a felicitarme por mis petit four, verdad?

—Por supuesto que he venido para felicitarla, y también para llevarme unos tentempiés para el camino —le guiñó un ojo. ¡Vaya tentempié que se llevó! Tres en realidad, uno llamado Tim, otro llamado Medea y un último sin nombre, pero con una descripción perfecta. Tan perfecto como un legionario romano.

Prométeme que no te desmayarás...

Decir eso era una invitación al desmayo.

Tía Polly era la primera emisaria de la noche. El regreso de Attie demoraría mucho más considerando su cambio de vestuario en la tienda de madame Leroy. Que su cuñada regresara con la premisa de evitar un desmayo, indicaba mal augurio. Lady Lorraine palideció. La señora Foster le acercó a la nariz el frasco de sales abierto. Dada la última expedición de la joven lady de la casa, el ama de llaves tomó todos los recaudos. Había que estar preparada para cualquier posible escenario, y eso incluía sales, brandy, agua hervida y paños limpios. Ah, y por supuesto, una importante dosis de calma para no sucumbir a la crisis.

—Me sorprende que con tu elocuencia hayas considerado esas palabras como las adecuadas. —Lorraine aspiró profundo, la fragancia intensa de las sales le atravesó las fosas nasales y siguieron su despiadado camino hasta el centro mismo de su cerebro. La sensación de que le clavaban agujas en la frente y las sienes fue tan fuerte que la sensación de angustia desapareció al instante. Apartó la mano de la señora Foster, si aspiraba más estaba de que vería duendes de colores corriendo por su salón comedor—. Gracias, Stella. —Le brindó una sonrisa de agradecimiento. Luego tensó los labios y clavó su mirada en los ojos de su cuñada—. Habla, Polly, dime que Hecate está bien. —La condenada reunión se había llevado a cabo en la casa de lady Warwick, ¿qué podría haber salido mal?

—Está bien... —Tanto Lady Lorraine como la señora Foster exhalaban con fuerza—. Podría no haberlo estado, pero lo está. —Alzó las cejas, se masajeó la barbilla—. Gracias a él...

—¿A quién?

—Me pregunto qué hacía allí...

—¿Allí...dónde?, ¿quién? —Lorraine caería de nuevo en la desesperación a causa del divague mental de su cuñada.

—Creí haber entendido que él se había negado... —Se quitó los guantes con lentitud. Continuaba en un estado de aislamiento mental profundo. Intentaba sacar conclusiones insustanciales en vez de narrar los hechos.

Lorraine le hizo un gesto de cabeza a la señora Foster. Esta comprendió de inmediato la solicitud silenciosa de su señora. Cogió el frasco de sales, fue hasta lady Polly y se lo incrustó en la nariz. No había tiempo para buenos modales. Polly regresó a la realidad cuando la fragancia de las sales activó la corteza prefrontal de su cerebro.

—Milady, vuelva en sí, por favor. —Stella apartó el frasco cuando los ojos de la lady parpadearon frenéticos. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Sí, las sales podían lograr ese efecto también—. Eso es, así... con calma. —Polly exhaló con calma.

—¿En qué estaba? —intentó hacer memoria—. Oh, sí, ¿al final, le has pagado por sus servicios?

—¿Servicios de quién?! —estalló Lorraine.

—¿De Callaghan! —finalmente dijo lo más importante.

—¡No!

Como si de un eco se tratase, el «no» de Lorraine fue correspondido por otro:

—¡No! —Un «no» masculino, intransigente, rotundo.

Las mujeres giraron sus rostros, seguido de cuerpo y talones. Parecían marionetas movidas al ritmo de los deseos de su titiritero. ¿Qué demonios sucedía en el vestíbulo de esa casa? Se mantuvieron quietas y atentas. Claramente era una discusión... Mmm, o un intercambio de opiniones, entre Attie y... y...

—No sé si se lo han dicho, pero tiene que erradicar de usted esa costumbre de decirle que no a todo, señor Callaghan.

—No le digo no a todo, milady, solo se lo digo a usted y a sus disparates.

—¿Callaghan? —susurró Lorraine al reconocer la voz del hombre.

—Sí, Callaghan, es lo que te he dicho. —Polly mantuvo el tono susurrante—. ¿Le has pagado?

—Te he dicho que no.

De pronto, una sombra se proyectó sobre el piso de mármol. Una sombra que no correspondía a una figura humana. Sintieron un gruñido. La piel se les erizó. La figura tenebrosa avanzaba hacia ellas. Los cuerpos de las tres mujeres se pegaron la una a la otra, conformaron una masa femenina indistinguible de faldas, brazos y cabezas.

Una cabeza peluda, un ojo que refulgía gracias a la luz de la fogata que ardía en la chimenea, cuatro patas... y más pelo, encrespado, gris. Las fauces del animal se abrieron ni bien estuvo ante las mujeres. ¡Por todos los santos del cielo!

—¡Regresa al inframundo, engendro de satán! —La única capaz de reaccionar fue la señora Foster, que luego de elaborar una breve oración de exorcismo, le arrojó el frasco de sales al pobre animal. Y este... este estornudó.

Prométeme que no te desmayarás...

Se desmayaron las tres.

Una vez realizadas las presentaciones correspondientes: Atila, mujeres Neville. Mujeres Neville, Atila. Una vez narrados los sucesos ocurridos bajo el techo de lady Warwick. Y por supuesto, una vez que las mujeres recobraron el conocimiento —lo cual, por supuesto, ocurrió en primera instancia—, la calma reinó en el hogar. Todos estaban a salvo. Hecate. Luke. El tal Tim. Y ellas, considerando que no fueron devoradas por una bestia del inframundo. Sí, todo estaba bien. En consecuencia, congraciarse con Luke Callaghan parecía ser el único asunto pendiente de la noche.

—Ven aquí, muchacho, toma asiento. —Tía Polly palmeó el lugar vacío a su lado, lo invitaba a tomar asiento en el sofá.

Luke casi se atraganta con la saliva. Tosió. No pasaron ni...cuatro, cinco segundos, y *voilà*, la señora Foster estuvo a su lado con un vaso de limonada. Lo instó a beber. Luke bebió un sorbo, pero la mujer fue más insistente aún, motivada por la lady Lorraine, empinó el vaso y lo hizo beber a la fuerza. Luke volvió a toser, casi se atraganta.

—Creo que el señor Callaghan necesita algo más fuerte que un vaso de limonada, señora Foster. —Lidiar con Hecate no era sencillo, el buen hombre se merecía lo mejor—. Ve a por el coñac de Claus, una copa le sentará mejor —sugirió Lorraine. Su cuñada asintió satisfecha, compartir el coñac del lord de la casa se daba en ocasiones excepcionales. Excelente jugada, pensó tía Polly al descifrar las intenciones de Lorraine.

—No, no, no es necesario, milady —respondió Luke en cuanto su garganta fue libre de molestias y líquidos.

—Ahora entiendo a mi sobrina, señor Callaghan, y esa costumbre de decirle a todo que no.

—Tengo mis motivos, milady.

Lorraine se levantó de su sillón, fue hasta él, lo cogió del brazo y lo forzó a ir junto a Polly. Fue esta la encargada de continuar con la labor, se incorporó, reemplazó el brazo de Lorraine con el suyo y arrastró el cuerpo del hombre hasta la comodidad del sofá. El trasero de Luke impactó en el lugar que ella había indicado segundos atrás.

—Dados los sucesos de la noche, sus motivos de negación pueden ser puestos en pausa —insistió lady Neville mientras regresaba a su sillón individual, enfrentado al sofá—. ¿No lo cree así? Además, se lo ve agotado.

¡Joder con ese sofá, era como estar sentado en una mullida nube de algodón! Al trasero de Luke le agradó. También a su espalda que se reclinó contra el respaldo ni bien sintió la comodidad del cojín que Polly colocó para brindarle una mejor postura. Exhaló. Si cerraba los ojos, podría dormirse.

—Sí, se lo ve agotado, a usted y a su... —Tía Polly observó de reojo al peludo can que descansaba junto a la chimenea—, chuchó. ¡Extraño y maravilloso ejemplar! —El perro ladeó la cabeza y los observó.

—Parece que te ha escuchado, pero no con agrado —bromeó Lorraine. Comenzaba a acostumbrarse al animal. Era como su dueño. Parecía una cosa, pero era lo opuesto.

—No le gusta que se refieran a él como chuchó —alegó Luke en defensa—, tiene nombre.

—Y uno muy bueno, veo que tu amo es creativo y sabe de historia, Atila —Lorraine le habló al animal—. ¿Tienes hambre? —El perro bufó—. Por supuesto que tienes hambre, quién no lo tendría luego de semejante aventura.

—Por lo que veo, usted está en igual circunstancia, señor Callaghan —Polly le apretó el antebrazo—, esta musculatura no se sostiene a base de aire, ¿verdad?

La señora Foster retornó al salón trayendo consigo una bandeja con una botella de coñac y una copa. La apoyó en la mesa de patas bajas frente a él. La botella tenía una etiqueta francesa. Luke no quería ni pensar en el valor de esta. Estaba acostumbrado a la cerveza y a la ginebra barata... y a algún que otro vodka que le regalase un cliente.

—Me imagino que ha cenado, ¿no es así? —consultó la señora Foster—. No es bueno beber con el estómago vacío.

—Pues entonces no beberé, gracias. —Había degustado un emparedado a tempranas horas de la tarde, con eso le bastaba. Pero no daría esas explicaciones a las mujeres, se valdría de ese argumento para rechazar la bebida. Una parte de él deseaba degustarla, otra la consideraba como un atrevimiento. ¿Qué pensaría el lord de la casa cuando se enterara que un hombre como él profanó su bebida más preciada?

—¡No sé diga más! —exclamó Polly—, señora Foster, infórmale a la señora Wilbur que tenemos un invitado de honor...

—No, uno no... ¡dos! —agregó Lorraine señalando a Atila.

¿Invitado?, ¿honor?, ¿quién era la señora Wilbur?, ¿qué demonios pretendían esas mujeres? No sabía cómo enfrentarse a esa batalla, a esos soldados. Estaba acostumbrado a resolver los conflictos a fuerza de puños. Pero ¿ahí?

Ahí solo quedaba la resignación como método de supervivencia.

Un baño tibio, oler a lilas y lavanda, cambiarse de ropa. Esa era la rutina que realizaba para olvidarse de Medea. Pues, si la malla con pedrería que usaba en su rostro pesaba, el juego de manipulación y mentiras piadosas pesaban aún más. Le resultaba difícil volver a ser lady Hecate. Tanto se valía del «Hado» que comenzaba a sentir que la fuerza invisible de este la consumía por dentro como forma de pago. *Si juegas conmigo, acepta las consecuencias.*

Bajó la escalera de un peldaño a la vez, con lentitud. Estaba cansada, de cuerpo y de alma. Y lo

peor de reconocer ese agobio era su contraparte: Luke Callaghan. Con él se sentía segura. Con él desaparecía el agotamiento, porque cuando la cargaba en sus brazos, cuando la cogía de la mano y la arrastraba lejos del peligro, ella recuperaba las fuerzas perdidas. Porque... porque no se sentía sola. En su compañía todo era más tolerable, reconfortante. Pese a la rudeza que él mostraba, a su lado, todo era calidez. Sin importar el peligro externo. Sin importar el enemigo interno. Con él estaba a salvo. Por eso, peldaño a peldaño, se preguntaba, pensaba... ideaba. ¿Cómo lo mantengo a mi lado? Si el dinero no parecía ser un factor de decisión en él, ¿cómo? Peor aún, ¿para qué?, ¿con qué fin más que el de la auto tortura?

Dentro de su cabeza los pensamientos iban de un lado al otro como cometas fugaces. Perdió la noción del entorno, caminó como un autómatas hasta el salón principal, con suerte él no se habría marchado. Con suerte él...

¡Qué demonios!

Él, en el sofá sentado junto a tía Polly. Con los hombros cubiertos por una manta bordada por su madre. Una bandeja sobre sus piernas, con sopa y panecillos que parecían recién horneados. En la mesa ratona, dos bandejas más, con un despliegue culinario nunca antes visto a esas horas de la noche. Pavo, tocino y toda la variedad de quesos existentes en Inglaterra. Patata blanca y patata dulce horneada, habas y zanahorias salteadas en mantequilla y, para darle más color al plato, el vegetal infaltable en el menú de todo hogar sofisticado: coles de bruselas. ¿Algo más?, ¿para un solo hombre? Oh, sí. El coñac de su padre, el licor de naranjas favorito de su madre, una tetera humeante, tarta de frambuesas y tarta de damascos. Por supuesto, Atila no fue la excepción, el can disfrutaba de una pata de cordero, la masticaba con ganas junto a la chimenea. Desde una legua de distancia se podía ver como la baba y la grasa de la carne se mezclaban y chorreaban sobre la alfombra turca. ¡La alfombra turca! ¿Acaso importaba? No, claramente no si se trataba del chucho de Callaghan. Ah, eso sí, durante años ella y su hermano tuvieron vedada toda actividad infantil sobre la pieza textil importada. ¡Nada de sus sucios pies sobre mi alfombra!

Luke comía, con discreción. Casi a la fuerza se podía decir, porque la mano de Tía Polly actuaba como propulsor de la cuchara. Ni bien alzó la mirada y vio a Attie, parpadeó en señal de... ¡Socorro!

—Por lo visto, a la única que le dice que no, señor Callaghan, es a mí. —Hecate puso los brazos en jarra. Estaba ofendida. También encantada. Verlo sonrojarse cuando su tía le limpió la mejilla con la servilleta fue un espectáculo que valía oro.

—Les he dicho que no... una vez, y otra, y otra... —Polly le tapó la boca con un panecillo.

—Pruebe esto, señor Callaghan, a la señora Wilbur le encanta experimentar, creo que este panecillo tiene hierbas.

—Tomillo para ser exactas, ideal para acompañar esa sopa de calabaza —agregó Lorraine que asumió el rol de directora de puesta en escena en la obra titulada: Tomemos de rehén al legionario romano—. Está deliciosa, ¿verdad? —Sin más alternativa, Luke asintió—. Coma pavo, por favor —Le acercó un platillo en dónde ella misma había cortado pequeñas lonjas de la carne para él como si fuese un niño de cinco años—. Un hombretón como usted necesita de buena carne...—Miró de soslayo a su hija, ¿por qué? Ni siquiera Lorraine lo sabía, fue una reacción intuitiva, carraspeó— para mantenerse fuerte. —Luke se sonrojó como nunca en su vida.

—¡Madre! —la reprendió Attie igual de sonrojada que Luke.

—¿Qué? —alegó para salir del embrollo verbal.

—El doctor Dupont lo dice...—Polly contribuyó al alegato de su cuñada. Porque en esa casa, las

palabras de Francis Dupont eran palabras santas, se respetaban a rajatabla. Si el hombre recomendaba a diario el consumo de carnes para una buena salud, debía de tener un sustento académico.

—Señor Callaghan, ¿usted qué opina? —Hecate intentó tomar las riendas de la conversación, empezaría con eso, luego la desviaría.

—No puedo contradecir a la ciencia, solo puedo decir que soy más dado a la avena y a los vegetales. —La realidad era que los diferentes cortes de carne que se conseguían en el mercado londinense solían ser para los privilegiados. No gastaba su dinero en comida de lujo, compraba huesos e hígado de ave para Atila, no más.

—¿Has oído, madre? —le dijo con dientes apretados para que alejara el plato del pavo del rostro de Callaghan.

—Sí, lo he oído, le gusta la avena.

—¡Señora Foster! —Polly convocó al ama de llaves, ni bien atravesó la arcada del salón hizo su solicitud—. Avena para el señor Callaghan, por favor.

—Dígame su preferencia, señor Callaghan. —Stella se dirigió al hombre con una amabilidad tal que lo hizo sentir como el rey de... Escocia. Prefería Escocia—. ¿Tibia, bien caliente...con caldo de huesos o con leche y miel?

—¡Caldo de huesos! —dijeron a la par Lorraine y Polly.

—¡Suficiente! —Attie elevó tanto la voz que hasta Atila se paralizó por un instante. Gimió y ladeó la cabeza en dirección a la muchacha.

—Sí, suficiente... —Luke se incorporó con cuidado sosteniendo en sus manos la bandeja, no quería derramar la sopa. La apoyó sobre la mesa auxiliar contigua al sofá. Se quitó la manta bordada y la devolvió a su dueña—. Les agradezco todas estas atenciones... —Innecesarias, dijo para sí—, pero cómo prefiero la avena es un asunto irrelevante en este momento. —Miró a Hecate, el intercambio de miradas fue suficiente para que ella comprendiera lo que estaba a punto de decir. Los labios de Attie se abrieron, y así se quedaron cuando el dedo índice de Luke la invitó al silencio. No lo alzó al aire, mantuvo sus brazos al costado del cuerpo y, desde ese lugar llevó a cabo el gesto haciendo de la situación un intercambio íntimo entre ambos. La verdad no podía continuar silenciada. La falsa tranquilidad debía de ser derrumbada. La realidad debía caer con su peso sobre las cabezas de las mujeres Neville. No más juegos. Si en esa casa no había una figura de autoridad que las detuviera, él asumiría ese rol por unos minutos—. Esta noche, su hija fue atacada bajo un techo seguro. El afán por descubrir su identidad ha escalado muy alto, al punto tal que han utilizado las debilidades de uno de los empleados de la casa Warwick para cumplir con su cometido. Su hija o Medea, como usted lo prefiera, tiene un listado extenso de enemigos, pero el peor de todos, el que no tiene problemas en atravesar la barrera de lo moral e ilícito es Lord Godwin Mountbatten. —A excepción de Hecate, el resto de las mujeres, con Stella Foster incluida, ahogaron un gemido. Pensaban que el lord solo era una piedra en el zapato y que con solo sacudir el calzado se iría—. Le pagó a un empleado de la casa Warwick para que descubriera su identidad a como diera lugar, no sucedió porque llegué a tiempo... al igual que la otra noche, en el callejón trasero del bar Twins, si la casualidad no me hubiese llevado hasta allí, su hija estaría... —Vio como el rostro de lady Lorraine palidecía. ¡Al diablo, si tenía que lidiar con otro desmayo lo haría, pero esas mujeres tenían que comprender la magnitud de los hechos!—, su hija no estaría aquí... —Omitió el resto de los detalles y el nombre de lord Petre. Al fin de cuentas, solo fue el ejecutor del mandato de Mountbatten. Quizás, el resentimiento personal fue lo que lo llevó al descontrol y la violencia extrema. Eso no le restaba culpa, pero mencionarlo solo contribuiría a

alimentar una crisis emocional en la condesa.

—Hecate... Hecate —balbuceó Lorraine en estado de conmoción, se incorporó del sofá con dificultad, como si sus brazos hubiesen perdido fuerza. Caminó hasta su hija, se tambaleó en más de una ocasión— Hecate... —le cogió el rostro con sus manos, la obligó al contacto visual—, ¿dime que no es verdad?, ¿dime que es solo una exageración?, ¿dime que no eres capaz de someterte a tal riesgo por este condenado mandato de salvación familiar que te has impuesto? ¡Dímelo! —gritó y la sacudió al interpretar la respuesta en los ojos de su hija—. ¡Dímelo, maldición!

Tía Polly abandonó su estado de estupor y se interpuso entre los cuerpos de ambas.

—Detente, Lorraine. Tranquilízate.

—¡Cierra tu boca, Polly, tú la has motivado a esto! —Empujó a su cuñada sin querer. Polly perdió el equilibrio y cayó de nalgas al piso.

Luke fue a socorrerla. Cuando estuvo junto a las mujeres, vio lo que en la distancia no pudo ver, los ojos de Hecate brillaban porque luchaban por contener las lágrimas. Verla de esa manera, frágil, mitad niña, mitad mujer, hizo que ese cuerpo de hombretón —tal como decían las mujeres—, también se tambaleara por dentro. Muy lejos estaba la actitud desafiante de la muchacha o su común altanería. Enterrado estaba el hecho de creerse inmune a la maldad y a la vejación humana. Posiblemente, caía en cuenta de la situación por la que había pasado. Posiblemente, por primera vez, se sentía aterrada. Si la circunstancia fuese otra, la hubiese cargado en brazos una vez más para llevarla lejos de ahí, a salvo del peligro y del dolor.

Él quería resguardarla del dolor del físico y de aquel que la hacía contener el estallido de sus lágrimas con el mentón en lo alto. Él quería...

—Milady... —Se tomó el atrevimiento de apoyar su mano sobre el hombro de la condesa—. No se sometió al riesgo por elección, este la tomó desprevenida, eso es todo.

—¿Qué sería de mi hija sin ti, muchacho? —Lorraine colocó su mano sobre la de Luke—. Por favor, dime lo que quieres para mantenerte a su lado, para protegerla.

—Si su hija se mantiene a resguardo, no necesita protección. —Si él cedía, Medea se perpetuaría en el tiempo. No, eso no sucedería jamás bajo su guardia.

—No es tan sencillo... —Attie tragó saliva, enjugó sus lágrimas apenas nacidas con el dorso de la manga de su vestido.

—Esa es la mentira más grande que he oído en mi vida, lady Hecate. —Apretó los puños de sus manos para controlar el deseo de acariciar sus mejillas sonrojadas. Protegerla, consolarla, ¿qué más pretendes, imbécil? Se reprendió a sí mismo—. Es tan sencillo como detenerse de una vez por todas.

—El señor Callaghan tiene razón... —Tía Polly habló, sí, se sentía responsable. Por eso mismo, tenía que ser la encargada de hallar una solución. Lógica y posible—. Es sencillo. Solo tenemos que sacar a Medea de la mira de Lord Mountbatten y colocar otro objetivo. —Miró a Luke.

Miró a Luca y sonrió.

Capítulo 9



Traiciones y amores al mejor estilo tragedia shakesperiana. Recién ahora caía en cuenta del porqué del nombre de las muchachitas. ¡Vaya que el mote estaba acertado! Parecía que tentaban a la suerte adrede. Luke se preguntaba si esos conflictos estaban vinculados al poder, al dinero y las consecuencias de provenir de una familia de clase alta, porque de ser así, por primera vez en su vida, agradecía haber nacido en la pobreza. Sus preocupaciones siempre fueron las mismas, tener un techo donde guarecerse y descansar, uno o dos platos de comida al día, carbón o leña para las noches heladas. A eso se reducía todo. ¿Mirar por sobre su hombro, temeroso de recibir una puñalada por la espalda de alguien que se hacía llamar tu amigo? No. ¿Ser el objeto de deseo de venganza? Tampoco. ¿Que quieran apoderarse de tus bienes materiales o de tu título nobiliario? Menos. ¿Ser forzado a casarte? ¡Por los cielos! ¿Vivir a expensas de las opiniones ajenas? Deplorable. ¿Fingir ser lo que no eres cada día de tu vida? Asfixiante.

Uffff... prefería continuar siendo pobre. Libre y pobre. Pero a gusto consigo mismo.

La cabeza le iba a estallar tratando de entender el entramado de conflictos Neville. Todo empezó años atrás, cuando lord Claus rompió su compromiso con lady Olivia para desposar a la mujer que amaba, lady Lorraine. Unas tierras a modo de compensación y... ¡voilà! Asunto solucionado para el conde. Pero no para lady Olivia Cambridge. Reconocía que la mujer había tenido la paciencia de un cazador. Esperó el momento oportuno, aceptó lo que se le dio, estableció una futura alianza matrimonial con su hija y el joven lord y, en cuanto pudo lanzar su estocada de ataque, lo hizo. El conde recluso en el campo. Lord Eros Neville, futuro esposo, en Austria. La mujer salió al mercado de pretendientes, buscó al más desesperado de todos y estableció una nueva unión. Lady Priscilla Cambridge y Lord Godwin Mountbatten. Pésimo enlace. La madre lo sabía, mas no le importaba. Ni siquiera le resultaba importante considerar los sentimientos de su hija. Divulgó rumores sobre la salud del conde, compartió su preocupación por el destino del condado —el joven Eros no estaba capacitado para asumir la responsabilidad— y la mayoría de las matronas de Londres coincidieron con ella, lo mejor era hallar otro esposo para lady Priscilla. Si los Neville caían en el desprestigio o en la desgracia, la jovencita estaría a salvo.

¡Claro, porque Lord Mountbatten era el noble perfecto! Si este hubiese nacido en los bajos fondos sería considerado un maleante de poca monta. Un hombre sin códigos morales, capaz de cometer las peores atrocidades con tal de mantener su cabeza por fuera del agua. Pero allí, en los barrios señoriales londinenses, era un lord. Y con eso bastaba. El título bastaba. El mal nacido solo quería casarse, hacerse con la cuantiosa dote y apropiarse de los terrenos Cambridge. Lady Olivia estaba dispuesta a entregarle eso y más, sin duda, la pobre mujer continuaba alimentando su

resentimiento personal con demasiado esmero.

Podía entender que las mujeres Neville sintieran pena por la muchacha, pero... ¿fue necesario llegar a tanto solo por... amor? En nombre de ese amor, Hecate personificada en Medea, echó sobre la cabeza de Mountbatten una montaña de barro. Con justa razón, no era trigo limpio. Nada de lo que la bruja dijo era mentira, su inminente ruina, su adicción a las apuestas clandestinas, su comportamiento disruptivo, su tendencia a frecuentar salones con mujerzuelas. Este ansiaba desenmascararla o, en su defecto, eliminarla de la faz de la tierra para que su compromiso se llevara a cabo a la brevedad.

Uno podría preguntarse, de todos los candidatos posibles, ¿Lady Olivia eligió a ese?, ¿acaso no había más pretendientes? Sí, los había, pero estos estaban a la espera de Lord Eros Neville. Querían oír de boca de este que el pacto matrimonial establecido había perdido validez y que eran libres de actuar. No se atrevían a hacerle una jugarreta al heredero del condado. Enemistarse con los Neville no era una buena idea, los vínculos de estos se extendían a lo largo de todo el continente. En resumen, si deseaban borrar a lord Mountbatten del mapa, necesitaban de...

—¡Otro candidato! —En la mente de Polly el plan era perfecto—. Necesitamos otro candidato que la corteje. Un candidato que dé a todos que hablar y que cautive la atención de Lady Olivia. —Lorraine y Hecate la escuchaban con atención, evaluaban las contingencias del nuevo plan. Luke, bueno, él la escuchaba con el ceño fruncido porque se preguntaba qué demonios tenía que ver él con ese asunto.

—¿Y dónde pretendes hallar a ese candidato? —Lorraine dudaba de la solvencia del plan. No había mucho candidato disponible—. Te recuerdo que, si Lord Mountbatten es la opción de Olivia, es porque no halló a otro.

—Es verdad, no lo hay... aquí, en Londres. No lo hay, aquí en Inglaterra —exageró. Tenía un hombre en mente, los ojos le brillaban.

—Ah, ya entiendo, pretendes importar un candidato —bromeó Attie—. ¿Tienes alguna nacionalidad en mente?

Atila, que había masticado la pata de cordero hasta sacarle el más mínimo trozo de carne, comenzó a mordisquear el hueso. Podía escucharse el... *crac, crac* de sus dientes. Luke se preocupó, el can estaba en sus últimos años de vida, tanto sus dientes como su mandíbula habían perdido fuerza y dureza. Había perdido uno de sus dientes por roer un hueso de la calle. Antes de que se lastimara fue hasta el animal. Sacarle el hueso requirió de toda su atención, el parloteo de las mujeres fue como una molesta música de fondo para sus oídos.

—Por supuesto que la tengo. Italia —alzó el mentón, satisfecha por su idea. Todo encajaría a la perfección.

—¿Piensas ir en busca de un italiano que esté dispuesto a casarse con una lady inglesa? —Polly divagaba, pensó Lorraine. Buscó complicidad en su hija, rieron con pena. La idea, en primera instancia, había parecido buena. En segunda instancia, era un disparate.

—No pienso ir en su búsqueda, él vendrá a nosotras. —Sonrió de par en par. ¡Sí, excelente plan!

—¿De qué hablas, tía?

—De qué, no... de quién —la corrigió—. Hablo del hijo del íntimo amigo de Claus. Hablo del hijo del exitoso empresario italiano que heredará la fortuna familiar. —Giró sobre sus talones. Luke estaba en cuclillas frente al chuchito peludo—. Hablo del señor Sforza...

—Suficiente por hoy... —Logró sacarle el hueso al animal y, con la pata de cordero roída en mano, recobró la verticalidad, se volvió y se enfrentó a las mujeres. Las tres lo miraban. Lo miraban con detenimiento. De pies a cabeza. De cabeza a los pies. Y sonreían—. ¿Qué? —atinó a balbucear luego

de unos minutos de acoso visual.

—¡Sforza... el *signor* Luca Sforza! —finalizó Polly. Hizo una reverencia ante Luke, y continuó—. Es un honor recibirlo en nuestra casa. ¡Bienvenido!

—Oh, no... no, no, y no —sacudió la pata de cordero al aire. Retrocedió lentamente, con cada paso que daba, repetía un «no».

Attie susurró al oído de su madre algo inentendible para él. La condesa apretó los labios, contuvo la sonrisa, respiró profundo por la nariz, y habló:

—Señor Callaghan, solo tenemos dos alternativas: Medea o Sforza.

No había duda alguna, Callaghan velaba por el bienestar de Hecate y no lo hacía por dinero. La raíz de su preocupación era algo en lo que no querían indagar. No indagarían, pero se valdrían de ello. Fue una jugarreta sucia la de Lorraine. Ponerlo a él como héroe o como verdugo.

—¡Medea no! —dijo casi con un gruñido.

—¿Luca Sforza? —preguntó Tía Polly.

Luke observó a lady Hecate. ¡Joder con esa dama! Lo haría envejecer diez años en un día. Y un «sí», se escapó por entre sus labios.

Algún día, no ese, tampoco el siguiente... ni el siguiente a este, pero algún día recordaría el momento exacto en el que aprendió que decirle «sí» a una mujer podía ser muy peligroso. ¿Por qué? Porque cogían ese «sí», lo extendían como una masa y la moldeaban a su antojo. Era como levantar todas las barreras existentes. Esa única afirmación les daba el permiso de traspasar todos los límites posibles. Una afirmación y se creían las conquistadoras del mundo. Por lo menos, del suyo.

Como fuese, sin siquiera darse cuenta, pasó de ser Luke Callaghan a Luca Sforza en un chasquido de dedos.

Ni él podía reconocerse en el espejo luego del corte de cabello y la ausencia absoluta de barba — fue rasurado por el mejor barbero de Londres—, y ahora que contemplaba su nariz con esmero comenzaba a creerse eso de... nariz romana, legionario. El nuevo papel que pretendían que interpretara se apoderaba de él más rápido de lo esperado.

—Madame Leroy, confiamos en su criterio, haga de él un auténtico caballero italiano.

La modista había ido en persona a tomar las medidas de Luke, era imprescindible confeccionar un atuendo acorde a su nuevo estatus y origen.

—Oh, italiano —exclamó con gusto Colette Leroy, su mente hizo un recorrido por el stock de telas importadas disponibles en su tienda. Hacía tiempo que esperaba ese momento, muy pocos hombres se acercaban a su tienda, casi todos tenían sastres de su predilección. Por fin podía dejar aflorar su creatividad entre puntadas, botones y pliegues de camisa masculina. Sin contar que estaba ante un ejemplar único, el cuerpo de ese hombretón nació para lucir trajes lujosos y a medida. Estaba feliz—. *Piacere di conoscerla, signore* —dijo con una perfecta pronunciación italiana. Se le daban muy bien los idiomas, dominaba el inglés, italiano y, por supuesto, el francés. Con metro en mano, lo instó a que abriera los brazos en cruz.

—¿Disculpe? —La cara de espanto en Luke puso en evidencia un pequeño fragmento de realidad que no habían contemplado en el plan. A él no se le daban bien los idiomas, con suerte hablaba bien el inglés gracias a la insistencia de su madre. Seremos pobres, pero eso no nos impide tener un buen vocabulario y una apariencia pulcra.

—No se preocupe, *signor* Sforza —Polly le palmeó el hombro para tranquilizarlo—, no creo que el

idioma sea un obstáculo.

—Pues, siendo yo el que tiene que hablarlo, creo que sí, milady —dijo dominado por unos nervios sin precedentes en él. Desde temprana edad se había enfrentado a situaciones en las que su vida estuvo en peligro, en ninguna de ellas sintió miedo ni fue preso del nerviosismo previo. Hasta ese maldito día.

—Levante la barbilla, por favor, *signor*... —Madame Leroy fue en busca de la mirada de lady Polly para que le recordara el apellido con el que había sido bautizado.

—*Signor Sforza*... Luca Sforza —completó ella.

—Perfecto, levante la barbilla, *signor Sforza*, si desea que el cuello de la camisa sea acorde a sus dimensiones y no le quite el aire.

—No, lo que me quitará el aire será otra cosa —masculló entre dientes mientras la mujer medía el contorno de su cuello. Tuvo el atrevimiento de clavar su mirada en la tía de Hecate, a falta de esta, liberaba su fastidio con otra Neville.

—Confíe en mí, *signore* —Polly volvió a palpearlo—. Le he dicho que el idioma no es un obstáculo, no tiene que hablar para pertenecer a la élite, con aparentar es suficiente. Las apariencias importan más que lo que salga de su boca. ¿No es así, madame Leroy?

—Abra las piernas, por favor —indicó esta al tiempo que se acucilló. El rostro de la modista quedó a la altura de la entrepierna de Luke. Rodó los ojos al notar la marcada masculinidad oculta del hombre—. Con esta apariencia, todo lo demás pasará a segundo plano —afirmó. Haría los pantalones un poco más ajustados de lo habitual. Las miradas irían directo a la evaluación de su anatomía. Si hablaba italiano, alemán, inglés o alguna lengua ancestral, daría igual. ¡Joder con ese monumento de hombre!

Mientras Polly se ocupaba de la estética. Lorraine se ocupaba del área social, en un abrir y cerrar de ojos convenció a lady Dermiere a que hiciera un encuentro de té en su casa. Hablarían de moda, de debutantes, de lords caídos en desgracia y, en medio de todo ese cotilleo, ella comentaría al pasar sobre la visita que albergaría en su casa: el hijo del empresario italiano. ¡Rico hasta la médula!

¡Rico y joven! Las palabras claves que abrían cualquier puerta en Londres. El éxito de Luca Sforza estaba garantizado.

Lo que no estaba garantizado era el bienestar emocional de Hecate. La presencia de Stephan en la mansión Neville hizo que el cielo gris plomizo cayera sobre su cabeza. O así lo sintió ella. El peso de la desesperanza cayendo sobre su cuerpo, peor aún, sobre su corazón.

En cámara lenta, así ocurrió. Primero recibió el impacto en su pecho. Luego, comenzó a sentir cómo el dolor se apoderaba de su corazón, un dolor tan punzante que ese órgano fundamental de vida parecía próximo a fragmentarse por culpa de unas palabras... ¡Unas malditas y condenadas palabras!

Sí, milady, estas son las pertenencias de Luke...

Pertenencias que cabían en un pequeño bolso de mano. Tan solo un condenado bolso. Indagar en la escasez de bienes y necesidades personales de su legionario romano fue el golpe inesperado que inició la catástrofe interna.

Se suele decir que ojos que no ven, corazón que no siente. Y si los oídos tampoco escuchan, denlo por hecho, el corazón siente menos aún. En resumen, no hay que ver ni oír, ni solicitar información de ningún tipo. A veces, vivir en la ignorancia, resulta beneficioso.

—¿A..mé...rica? —dijo poniendo todo de sí para no palidecer o desmayarse ante el hombre.

Porque sí, pensar a Luke en otro continente la tomó por sorpresa. Demasiada. Había cogido el bolso y este, de la nada, impactó contra el piso.

—¿Le resulta pesado, milady?, ¿quiere qué...?

—No, no es pesado, puedo con él sin problemas. —Se apresuró a recoger el equipaje, lo sostuvo con sus dos manos. Se aferró al bolso como si este fuese Luke. No lo dejaría caer de nuevo, no lo dejaría... ¿marcharse?—. En qué estábamos...—carraspeó. Le sonrió a la fuerza—. Oh, sí, me decía algo sobre América, ¿verdad?

—Norteamérica, Pensilvania para ser exacto... —Se cubrió la boca con la mano y le susurró—, pero si preguntan, no lo supo por mí —bromeó. Rio solo. Attie lo imitó, se cubrió la boca y también susurró:

—No lo supe ni por usted ni por nadie, no se preocupe, Stephan, soy una tumba.

—Pues se lo agradezco, Luke es muy reservado con su vida personal. De hecho, esto me ha sorprendido, pensé que lord Walsingham había sido su último trabajo. Veo que me equivoqué. —Se masajeó la nuca, sabía muy bien que estaba hablando de más, pero creía hacer lo correcto. Eso era más que un trabajo, el rostro de la lady lo ponía en evidencia—. Usted será la última. Y se lo agradezco, milady, puedo gozar de la compañía de mi amigo un tiempo más.

—Un tiempo más —repitió ella por lo bajo. Un suspiro se escapó de su boca—. Lamento decepcionarlo, pero creo que ese tiempo más será breve... —Cuando ella estuviera a salvo, cuando su vida no estuviera en peligro, Luke no se consideraría necesario y continuaría con sus planes de vida. No más planes Neville. Planes Callaghan.

—Tiene las tierras, tiene el anhelo de una nueva vida, solo le resta subir su trasero a un barco y partir sin mirar atrás. Breve o no, este tiempo de más vale cada minuto, milady. —Hizo una sutil reverencia y se marchó.

Vale cada minuto...

Reconocer que el tiempo que tenía a su lado era limitado fue como recibir una fuerte bofetada. ¡Espabílate, Hecate Atenea Neville, ponte en primer lugar de una buena vez por todas! ¿Qué quieres?, ¿a quién quieres? ¿Era tan valiente para responder a esas preguntas?

Capítulo 10



Ser el *signor* Luca era peligroso. No porque alguno de sus antiguos clientes pudiera reconocerlo, no porque jugaba con la alta sociedad, la cual podía ser muy rencorosa, no por la posible acusación de estafa que recaería en él si alguien lo descubría —¿quién se creería ese absurdo plan de las ladies?, pensarían que había estafado a esas tres damas—. No, era peligroso porque la farsa lo ponía de igual a igual con lady Hecate. Ya no la observaba desde un rincón, lo hacía desde un privilegiado sillón. Ni la trataba como a un ser vivo al cual proteger, sino como a una dama que bien podía cortejar.

Las mismas reglas sociales que protegían el decoro convertían su relación en un juego de seducción. Antes nunca se había preocupado por estar a solas con ella en un carruaje, ni por socorrerla con su cuerpo como escudo, ni siquiera en hablarle y buscar su mirada esquiva con el descaro de desafiarla a mirar a un plebeyo. Ahora el intercambio cobraba un nuevo matiz, y en su ambiente natural, las miradas furtivas de Hecate tenían el significado que Luke jamás le atrevió a darle: el de virginal deseo.

Sintió un incómodo fuego apoderarse de su cuerpo.

—Está muy cerca del fuego, *signor* Sforza —Tía Polly encontraba la situación bastante divertida, en especial porque era la alternativa a que su sobrina volviera a estar en peligro de muerte. De modo que le decía *signore* la mayor parte del tiempo, incluso ese día, en que las reglas eran más laxas.

—Tiene usted razón. —Se puso de pie y buscó otro sitio. Atila no se movería de junto al hogar, prefería rostizarse los bigotes antes de renunciar al lujo del fuego prendido el día entero.

—Venga junto a la ventana —lo invitó Lorraine—, el día es frío, pero ha decidido obsequiarnos un poco de sol.

Luke dudó, no conseguía acostumbrarse a que un grupo de ladies lo trataran con tal cortesía. Y no se trataba de la farsa, de una puesta en escena para los sirvientes, porque esa tarde estaban solo los de confianza. Tanto así que hasta a él se le había brindado la deferencia de prescindir del aceite de macasar y de rasurarse, ya no soportaba sentir su cabello tirante y pringoso, por fin los rizos volvían a formarse libres en su cabeza. La piel era otro asunto, estaba irritada por la navaja dos veces al día. Su barba era demasiado tupida; de ser un caballero real, posiblemente luciera una de esas perillas con tupido bigote a la moda, pero no habían contado con el tiempo para llevar el cambio de imagen en esa dirección y habían optado por la opuesta, dejarle el mentón tan suave como trasero de bebé.

Esa tarde descansaba. La sombra de su barba, rasgo habitual en él, volvía a oscurecer su mandíbula y a ocultar el pequeño hoyuelo en su mentón. Los rizos se habían rebelado, y tras días en cautiverio, se mostraban díscolos, indomables. La mezcla de su atuendo refinado con su apariencia salvaje le otorgaba un aspecto exótico, no le quedaba más remedio que darle la razón a Hecate. Parecía

italiano.

Le llamó con el pensamiento, la dueña de sus cavilaciones bajó la gran escalera de mármol con paso apresurado, justo en el instante en que él apartaba la silla para sentarse. Se quedó petrificado, viéndola, y ella interpretó que le sostenía la silla por caballerosidad. Le regaló una amplia sonrisa de boca ancha y dientes blancos, que le impidió explicar la equivocación cuando el trasero de Attie se depositó con gracia sobre la mullida superficie.

—Allí se iba a sentar Luke —corrigió su madre.

—¡Oh!, disculpe, *signore*. —Se puso de pie y le hizo una reverencia. Los labios de Luke se curvaron con una sonrisa tonta. Cambió el gesto al caer en cuenta de la reacción ante la muchacha.

—No se preocupe, milady, aún no decido dónde sentarme. En Italia no tenemos tantas sillas —bromeó, dado que Italia, al parecer, quedaba en su pequeño apartamento en la zona obrera de Londres.

—Pues hágalo aquí, yo dudo poder mantenerme quieta un segundo más. —Alzó el periódico, la razón de su excitación. O una de ellas, porque la otra era el retorno de lord Claus Neville a Londres.

Verla eufórica, feliz, nerviosa, en ese espacio de intimidad le permitía a Luke divisar a la Attie detrás de lady Hecate. A la joven tras la dama. A la mujer de carne y hueso detrás de la imagen impoluta que impostaba para la sociedad...

El verdadero peligro detrás de ese juego.

Porque esa imagen lo encandilaba. Optó por sentarse en el sofá más alejado, lo más parecido a volver a ser guardaespaldas de lo que fue capaz. Un observador mudo y casi invisible. Desde ese nuevo lugar, estudió a Attie, y se maldijo por su debilidad.

Debió decir no. Mil veces no.

Porque Attie era más imponente que lady Hecate y Medea juntas. Llevaba el cabello recogido con un intrincado moño lleno de trenzas y sostenido por una peineta en forma de mariposa. Su traje de tarde contaba de una camisa blanca, con volados en el centro rematados con bordado inglés y abotonada con diminutas perlas. La falda era a rayas verdes, de tres tonalidades distintas, que se abullonaba en el trasero con la ayuda de un polisón y varios moños. Era una falda *corta*, dejaba ver sus botines blancos por debajo del ruedo.

Botines que empezaron a deambular por el salón, repiqueteando nerviosos y contagiando su exaltación.

—¿Nos dirás qué ha sucedido o nos tendrás en ascuas? —increpó lady Lorraine.

—Pues... ¡que hoy es un día maravilloso! —La sonrisa competía con la luz del sol. Lorraine y Polly la igualaron en gesto. Aunque el regreso del lord de la casa las tenía nerviosas, temían por su salud y las habladurías que suscitaría si salía a la luz, el amor prevalecía y el deseo de tenerlo cerca era más fuerte que todo—. Y las noticias son como las arañas, cuando ves una, hay otra oculta.

—¿No podías usar otra metáfora? —la reprendió Polly, Attie rio.

—A mí me gustan las arañas.

—¡Ni me lo digas! —se quejó su madre. Se volvió hacia Luke—. Cría una araña en la enredadera de su ventana.

—¡No la crío!, ella eligió ese lugar y yo no tengo corazón para quitarla. Además, mi habitación es la que menos insectos tiene gracias a ella.

—¡Las arañas son insectos! —sostuvo Lorraine. Attie rodó los ojos en dirección a Luke, haciéndole notar que le dolían las mejillas de sonreír. ¡Qué demonios le pasaba!, desde que ella había

bajado las escaleras que sus labios se mantenían curvos.

—Como sea. Hay *otra* buena noticia y es que... —Dio una vuelta completa, Luke apreció cada centímetro.

—¡Dilo ya! —ordenaron las dos mujeres.

—La última intervención de Medea fue un éxito rotundo. ¡Estamos a salvo! Justo cuando viene padre. —Alzó el periódico, triunfal.

—No hablemos de Medea —masculló tía Polly, aún se le aceleraba el corazón al recordar la última intervención.

—Pues no lo hagamos. Hablemos de que la hija de lady Warwick se ha casado con nuestro vecino, el señor Thomas.

—¿Las nupcias no son un poco...apresuradas?

Attie soltó una carcajada. Su sonido fue música para los oídos de Luke, para empeorar su bochorno, ella lo hizo partícipe. Dejó caer su trasero justo a su lado en el sofá, a prudencial y decorosa distancia, eso sí. Le brindó una mirada de lado.

—Por eso mismo, lady Warwick le cuenta a quien quiera oírlo que su hija conoció al señor Thomas *en* la casa de campo de los Neville, y no *de camino* a la casa de campo de los Neville. *Bajo* la supervisión de lord Claus, y no *ante el asombroso desconocimiento* de lord Claus. Y que las nupcias apresuradas nada tienen que ver con lo que haría el señor Thomas ante una hermosa dama que le obsequiara dulce de higos, sino que es el resultado evidente del apruebo de un respetado lord inglés que los instó a no perder tiempo en asuntos del amor. ¿No es romántico?

—No sé cómo lo haces, hija —dijo Lorraine, sorprendida—. Tú dices que no adivinas, pero empiezo a caer en el influjo de Medea.

—Madre...no existe lo esotérico o el destino, solo las decisiones lógicas de las mentes racionales con consecuencias medibles.

—¿No puedes leer novelas románticas en lugar de filósofos positivistas? —lady Polly suspiró, resignada.

—Leo ambas, tía. Por eso sé que el amor es el resultado lógico de dos personas compatibles. —Volvió a ponerse de pie y depositó el periódico con el resto de las misivas. Las repasó una a una, con una energía desbordante. Lorraine buscó la mirada de Luke e intentó transmitir una disculpa por el carácter vigoroso de su hija. Hasta la mujer a veces olvidaba que él era un mero guardaespaldas y no el *signor* Luca Sforza.

Ni Luke ni el *signor* Luca tenían nada que disculpar. Le resultaba enternecedor el entusiasmo de Attie ante el regreso de su padre. La observó, se tocaba la oreja y regresaba a las misivas, con una mezcla de ansiedad y miedo de hallar allí una nota del ayudante de su padre diciendo que su salud había empeorado y que no emprenderían el regreso.

Otro toque en su oreja. Seguido del ruido de un metal contra el piso y una maldición ahogada.

—¿Qué sucede, hija?

—Oh, nada. Mi pendiente... —Abrió la mano y reveló la delicada joya. Una perla sostenida con un ganchillo de oro. Aunque algunas mujeres empezaban a perforarse el lóbulo, el de Attie estaba intacto. Los pendientes contaban con un sistema de resorte delicado que presionaban su oreja al cerrarse. Se lo colocó de nuevo y volvió a desprenderse.

Luke se puso de pie. Extendió la mano.

—¿Me permite?

Attie le entregó el pendiente, sus dedos apenas rozaron la palma de Luke. Él sintió el calor que permanecía en el oro del ganchillo, cerró la mano instintivamente, reteniendo la tibieza. Rebuscó con la otra mano en sus bolsillos hasta dar con la navaja, al fin de cuentas no era el *signor* Luca, sino un guardaespaldas. Los ojos de Attie siguieron cada uno de sus movimientos, se percató de cada detalle. De los rizos que volvían a aflorar, de la sombra de su barba, de esa aura salvaje que no podía controlarse con aceite de macasar. Sintió un panal de abejas despertar en la boca de su estómago, como siempre le sucedía cuando apreciaba la magnética belleza de su legionario romano. Las mejillas se le colorearon, el corazón le latía más rápido cuando lo tenía cerca.

Lo vio maniobrar el delicado pendiente. La punta de la hoja del acero se incrustó en la ranura de oro, los dos experimentaron la extraña sensación de significancia oculta en el acto. Ellos eran acero y oro; él, un arma, una herramienta; ella, una joya. Metales de distinta cantera.

Ajustó el tornillo, abrió el pendiente y lo acercó a su oreja, dispuesto a regresarlo al sitio al que correspondía. El lóbulo de Attie. Ella lo detuvo, posó su mano en la de él justo a la altura de su oreja, antes de que la tocara. Era impropio. Ni Luke ni Luca podían rozarla de ese modo. Pero su mano sobre la de él fue caricia suficiente para hacerlos estremecer. Los dedos de Luke fallaron; él, que jamás era torpe, soltó el pendiente incapaz de realizar la básica acción de retenerlo. Cayó pesado sobre la alfombra, con un sonido ahogado, pero aturdidor. Se volvieron, sintieron las miradas de lady Lorraine y tía Polly en ellos.

—Disculpe. —Luke se agachó apresurado a recoger el pendiente. Lo regresó a la mano de Attie.

—Disculpe usted. Y ustedes, madre, tía. No me siento bien... —se dio media vuelta y corrió escalera arriba, con el corazón acelerado y unas inusitadas ganas de gritar ante la injusticia—. Luke... —soltó su nombre en el instante en que cerró la puerta.

Luke utilizó a Atila de excusa para dar un paseo por el jardín, no era capaz de explicar la reacción de Attie ni la suya, y permanecer bajo el escrutinio de las dos damas mayores lo pondría en evidencia. Sintió los ojos de Hecate puestos en él desde la ventana de su habitación, cuando se volvió, apenas consiguió percibir el movimiento de la cortina al correrse.

Le brindaría el espacio, pero no se atrevería a sentirse culpable. Ella había insistido en ese absurdo plan, ella lo había obligado a mudarse a la casa y se había puesto bajo la presión de batallar con las emociones que no admitía tener. Él... él debería recordarse eso. Que Hecate pensaba en la atracción sentida como un problema, y lo era. Sumar esas nuevas sensaciones de su parte, que empezaban a ser más que mera apreciación de su belleza, no ayudaba en nada.

Su trabajo era ayudar. Era un guardaespaldas, aunque no le pagaran ni un penique por ello. Era su esencia, lo que lo definía. Complicar las cosas no le sentaba bien.

Al regresar a la casa, vio cómo Attie volvía a ser *Lady Hecate*. Estaba nerviosa, miraba el reloj a cada rato y no se estaba quieta.

—A padre le gustan las flores silvestres —dijo, cogiendo las tijeras y disponiéndose a armar los ramos ella misma. Eso no le impedía ordenar más tareas—. Por favor, el té debe ser de la variedad Earl Grey. *Papa* —como le decía cariñosamente— nunca ha soportado el English breakfast. Asegúrate de que sea del que me ha regalado lady Ophelia. —Cortó otra flor, y la sumó a un ramillete con flores de diferentes colores y texturas para armonizar el ramo—. Oh, no, no —se disculpó con la señora Foster—, he cometido un error. No debe ser la manta de lana gris, sino la escocesa. Esa es la preferida de *papa*.

¿Deberíamos regresar el sillón de piel a su sitio original? —Evaluó la distribución de los muebles, ella había movido el sillón cerca de la ventana, porque desde que su padre se había mudado al campo, Attie se sentaba en él. La reconfortaba leer allí, le recordaba a su padre cuando no estaba. Pero ahora regresaría y todo tenía que ser perfecto—. Sí, lo regresaremos a su sitio. Luca... —Alzó la vista hacia él, abochornada por el trato—. Disculpe, señor Callaghan. *Signor*. —Mordió un juramento entre labios por su torpeza.

—Sí, milady.

—¿Me ayudaría? Ya sabe, estamos escasos de personal. No quisiera... Tal vez... —Los brazos parecieron caer rendidos a los lados del cuerpo—. Tal vez será mejor esa disposición. No lo sé, ¿madre?

Lorraine tenía la vista perdida en la ventana, le dolía el corazón por su marido y por su hija. Por el esfuerzo y los nervios de Attie ante el encuentro. Le faltaron las palabras. Polly salió a su rescate, sin tener tampoco la fuerza de voluntad de hacer a su sobrina enfrentar la realidad: No dependía de la disposición de los muebles o del sabor del té, la reacción de Claus estaba sujeta a su caprichosa enfermedad. Sin embargo, ¿qué hacer ante la impotencia? ¿permanecer estáticos es mejor que actuar, aunque sea en vano?

—Regrésalo junto al hogar, a mi hermano le encantará volver a sentarse allí a leer. —Hecate sonrió, una sonrisa dulce, de niña. Con entusiasmo se volvió hacia Luke, pidiendo su ayuda. A él ese gesto le generó esa recurrente sensación de cosquilleo, que empezaba en el estómago y terminaba en la yema de los dedos. Una reacción molesta, porque se diferenciaba demasiado de la mera atracción física. Mientras pensara en Hecate en términos objetivos, estaría a salvo. Si dejaba entrar la ternura, la simpatía, la admiración... estaría jodido.

Estaba jodido.

Hecate miró el reloj por milésima vez ese día. Fue hacia el sillón de piel y Luke la acompañó. Le enterneció que ella se agachara para hacer fuerza, como si él se lo fuese a permitir.

—¿Dónde? —preguntó con el mueble a treinta centímetros del suelo, Attie sostenía el apoyabrazos como un gesto simbólico.

—Junto al hogar. La luz tiene que llegar desde detrás, pero sin que le haga sombra al leer. Oh... —exclamó—, entonces tendré que armar un nuevo ramo para la mesa auxiliar. ¿Cómo va a leer en un espacio tan... aséptico?

Luke dejó el sillón y no supo qué más hacer. Atila no tenía ganas de más paseos, Lorraine lucía callada y frágil. Polly, nerviosa, expectante. Ninguna presta a la conversación, solo restaba sumarse a la vorágine de Attie, ese ir y venir constante. Fragancias, flores, libros, bebidas... Nada escapaba de su evaluación, de su repentina obsesión por la perfección.

—Preparemos la recepción en el jardín —propuso Attie, al ver que las nubes se habían desplazado y asomaba el sol—. Le sentará bien y padre ama el aire libre.

Polly y Lorraine permanecieron adentro. Le daban el espacio, al igual que había hecho Luke, sabedor de que la forma de actuar de Attie era un grito mudo de pura vulnerabilidad. Y mientras más la observaba, porque ella no permitía otra intervención, sentía su dolor más hondo. Y más. Y más. Hasta ser un puñal insoportable incrustado en el pecho.

Attie, que se disfrazaba de Medea para disipar los rumores y de lady Hecate para deleite de la sociedad, lloraba lágrimas mudas. Se desvivía por su familia, sostenía entre sus delgados brazos cada extremo de aquella cerámica resquebrajada, temiendo que, si aflojaba, se terminara de romper. Luchaba, incansable, inagotable...y, en algunos aspectos, sola.

Porque, entendió Luke al ver a esas tres mujeres, cada una de ellas cargaba a su manera con ese mismo dolor. El de un padre, el de un marido, el de un hermano enfermo. No tenían más fuerzas para ayudar a la otra a cargar con la pena. Solo que Attie y él compartían un rasgo en común, eran en esencia guardaespaldas. No podían dejar de serlo, ni dependía de una paga. Los dos protegían por naturaleza a los demás, él ponía el cuerpo. Attie el corazón.

¿Y a ella, quién la cuidaba?

Antes de arribar a la aterradora respuesta obvia, a la razón detrás de su incapacidad de decir que no a ese absurdo plan, llegó lord Claus Neville.

El lacayo lo anunció y Luke vio la ilusión y el pánico atravesar la mirada de Attie. La oyó murmurar:

—Está aquí...—Sonrió como una niña.

El ayudante de Claus lo condujo, bajo órdenes de la señora Foster, al jardín. Lorraine y Polly siguieron sus pasos. Luke se apartó, otorgando el espacio de intimidad a la familia.

Claus divisó a Hecate y la sonrisa amplia del hombre fue duplicada en el rostro de la muchacha. El lord no perdió tiempo, fue hacia su hija y la abrazó con fuerza. Attie devolvió el abrazo, entonces él se separó, la observó de pies a cabeza, con la mirada rebosante de orgullo y dijo:

—¡Polly, pero mira qué bella estás! Dudley te secuestrará si no me apresuro con los papeles de tu dote.

—Papa, soy yo, Hecate.

—Polly, mira que eres graciosa.

—Claus, yo soy Polly —le dijo su hermana, haciéndole volverse a ella. Claus la miró.

—¿Quién es usted?

—Papa, ¿quieres té? Verás qué delicioso está, es Earl Grey —le dijo Attie y lo invitó a sentarse, Luke oyó la voz quebrada de la muchacha y dio un paso al frente. Por desgracia, la confusión puso a Claus de mal humor, y empezó a mirar a su alrededor, desorientado.

—¿Por qué me dices «papa», Polly? Yo no soy *papa* y nunca hemos llamado a nuestro padre así, nos hubiese dejado el trasero rojo. ¡Y no permitas que ese hombre de allí te mire como lo hace! A Dudley no le gustará, y sabes que es muy capaz de retarse a duelo.

—Es que no soy Polly, soy Hecate, *pa..* padre. —Los ojos oscuros de Attie, profundos, brillaban por las emociones contenidas. Se volvió un segundo hacia Luke, un instante de debilidad, que intentó disfrazar elevando el mentón. El cual tembló, tirando por tierra su paupérrima actuación.

—Hecate... Si un día tengo una hija le pondré así. Hecate, ¡qué bello nombre!

Attie tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta. Intentó acompañarlo a la silla, Claus se resistió.

—¿Quiénes son todas estas personas?, ¿y quién es esa mujer? —preguntó en voz baja, en dirección a su hermana.

—Es tía Polly.

—¿La tía de quién? —Se soltó del agarre de Attie con más violencia de la esperada—. ¡No me gustan las bromas! Saben que no me gustan las bromas. Señor Jeff —llamó al viejo mayordomo, que llevaba diez años muerto—. Señor Jeff, saque a esta gente de mi jardín.

—Padre...

—¡Que no soy tu padre, Polly!

—Claus —lo llamó Lorraine, el hombre se calmó de inmediato.

—Lady Lorraine... —Miró a su hija, aún pensando que era su hermana y le preguntó—. ¿Me veo bien?, es lady Lorraine, se acerca. —Se pasó las manos por el chaleco, alisando arrugas imaginarias y se peinó con los dedos. Luego sopló en su palma, se aseguró de que no le apestara el aliento.

—Sí, es... es lady Lorraine.

—Que padre me perdone, pero me casaré con ella. Si me acepta, claro.

—Seguro te acepta —murmuró Attie, casi sin voz.

—Claus, querido, por qué no me acompañas. Me parece que necesitas descansar.

—No deberías llamarme por mi nombre de pila delante de extraños —le susurró él, cogiendo la mano de su esposa. Caminaron a la par—. Pero estoy seguro de que Polly nos guardará el secreto. Oh, Titán, ven aquí —dijo en dirección a Atila, el perro se le acercó de inmediato, acompañó a la pareja dentro de la casa—. Creo que me ha extrañado.

—Estoy segura de que sí.

—Lo siento, niña —le dijo Polly, cogiéndole las manos a Attie.

—En su defensa, nos parecemos demasiado. Es un halago su confusión. —Intentó sonreír, sus labios temblaron—. Ve con padre, yo recogeré aquí, ¿sí?

Polly aceptó el pedido de intimidad, Luke se enfadó por ello. ¿No veían que estaba a punto de romperse en mil pedazos?, había visto a Attie enfrentar la muerte, un cuchillo y hasta puntadas, y nunca la vio tan frágil como en ese momento. Se acercó, a él no podría echarlo tan fácilmente.

—Deja, por favor —le ordenó a una criada—, yo me encargo de recoger. Deja... deja... —Le quitó la bandeja de las manos. La joven hizo una reverencia nerviosa antes de marcharse; al igual que los pocos sirvientes presentes, eran de la confianza suficiente para mantener la boca cerrada ante lo acontecido.

—Milady... —la llamó él. Attie apilaba las tazas sin mirarlo—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. —Cogió la tetera sin cuidado, se quemó y la soltó de inmediato. El impacto de esta al golpear en la mesa derribó el jarrón con el ramo de gerberas que había armado—. Mierda —gruñó. Jamás maldecía frente a la gente, esa era una señal. Luke empezó a recoger los pequeños fragmentos de cerámica del jarrón roto—. No es necesario, lo recojo yo.

—Milady.

—Es solo un jarrón. Un maldito jarrón, nada más. Nada más.

—Míreme. —Nada—. ¡Mírame, Attie! —le ordenó, con firmeza. Vio que se había cortado el dedo índice con uno de los pedazos rotos, le cogió la mano y evaluó la herida. Ella seguía sin hacer contacto visual, tensa como una cuerda de violín, al borde de la ruptura—. Te has herido.

—No es nada. —Buscó sacar la mano, él se la retuvo.

—Deja que te ayuden.

—¿En qué? —preguntó, sardónica. El dolor estaba colándose por su voz—. ¿Cómo me ayudará, señor Callaghan?, ¿me protegerá de mi padre?, ¿de sus olvidos?, ¿de su enfermedad? ¿Cómo me ayudará, señor Callaghan?

—Primero, siendo Luke. Solo Luke. Y luego, tendrás que decirme tú, Attie. —Reforzó el trato informal, la ofrenda explícita de amistad—. ¿Qué necesitas?, además de desinfectar la herida. —Recordó que a la joven le daban impresión las heridas. Se llevó el dedo a la boca, dejó que el sabor metálico de su sangre lo inundara. Luego estudió el daño, era menor. Lo envolvió con su pañuelo e hizo presión. Repitió su pregunta—. ¿Qué necesitas, Attie?

Ella dudó, buscó escapar una vez más, esconder su fragilidad de él. Luke se lo impidió. No, basta

de *darle espacio* como excusa para huir del espectáculo cruel de su dolor.

—Una tontería...—la voz sonó baja, rasposa por la angustia.

—Lo que sea.

—¿Me abrazarías? —pidió en un susurro tan bajo que Luke creyó haberlo imaginado.

La atrajo hacia él, despacio, con cuidado. Dejó que los brazos se movieran por instinto y la rodearan, acercándola más a su pecho. Attie hizo lo mismo, lo envolvió por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho. Su oreja buscó naturalmente los latidos del corazón masculino. Cerró los ojos y lo apretó un poco más.

Entonces lo supo. Lady Hecate Atenea Neville comprendió que nunca fue mera atracción por Luke, fue reconocimiento. Era él, y solo sería él. No por su apariencia de legionario, sino porque en sus brazos podía llorar. Y eso era libertad.

Capítulo 11



Los roles estaban cambiados. No era un caballero enamorado el que aguardaba por su amada en el vestíbulo, nervioso por verla resplandecer. Era ella, Attie, quien ocupaba ese ansioso lugar. Caminaba de punta a punta, arrastrando el borde de su vestido lila por la alfombra. El fru-frú de la muselina se unía al algodón almidonado de sus enaguas y al molesto roce de los alambres de su polisón. Tan solo le faltaba colocarse los guantes, que eran un manojo en su palma.

—Tendríamos que cancelarlo —murmuró—, Medea era más segura. —Dio otro rodeo, el aroma de las flores silvestres se unía con el de la cera derretida, incrementando su fragancia. No había criados en las inmediaciones, la mayoría de ellos estaban a disposición de lord Claus Neville, y los pocos que sobraban, que no eran muchos debido a la necesidad de discreción, se hallaban inmersos en la hercúlea tarea de convertir a Luke en el *signor* Luca Sforza.

Dio otro rodeo, se detuvo en seco y alzó la mirada al descanso de la escalera. El sonido de la puerta al abrirse era la señal de la pronta llegada. El estómago le dio un vuelco, tenía un mal presentimiento. Ese plan... ese maldito plan... parecía mil veces más peligroso que los anteriores. Porque en ese no estaba en riesgo su cuerpo, sino su corazón. Este latió desbocado a cada paso amortiguado. La voz de tía Polly, los halagos de Lorraine.

Attie quiso gritar, llorar, echar todo por la borda. Hasta que lo vio, y el cerebro se le hizo papilla.

Frunció el ceño, un rictus de desagrado surcó su rostro e intentó fingir indiferencia. Los ojos marrones de Luke se fijaron en ella, y supo leer en esa expresión que sí, en efecto, le desagradaba el resultado, pero no por hallarlo feo, inferior o despreciable, como supo pensar en un pasado, sino porque había dejado de ser él, y era él, Luke Callaghan quien hacía al corazón de la joven latir.

—Milady... —la saludó, pomposo. La comisura izquierda de Attie se tensó con una leve sonrisa.

—*Signor* Sforza —le devolvió una reverencia. ¿Y ahora?, ¿no era mejor dar por terminada esa absurda farsa y aceptar las consecuencias? Abrió la boca, las palabras no le salieron.

—No le tenía fe a este plan —intervino lady Lorraine—, empiezo a cambiar de parecer. Solo la distracción de Luke podrá acallar el reclamo de lady Aldridge.

Los labios de Attie se cerraron de golpe, fue el turno de Luke de fruncir el ceño. Estaba más allá del bien y del mal, si le preguntaban, él sería el primero en remarcar lo absurdo de esa farsa, y, aun así, se prestaba a ella como el más dócil de los criados. Lo que fuera con tal de que Hecate no volviese a ponerse en riesgo como Medea, y esas palabras de Lorraine eran un abierto desafío hacia su hija.

—¡Por Dios!, ¿qué ha dicho lady Aldridge ahora? —Attie estrujó más sus guantes.

—Pues lo esperable, que, si lord Claus estaba en casa, ¿por qué no asistía a su evento? Sabes que tu padre jamás ha desestimado a su vieja amiga, quien ha sido siempre defensora de nuestro

matrimonio. Pero se sentirá compensada por el encanto de nuestro Luca...¿A qué sí?

Lady Polly no dijo nada, buscó la mirada de su sobrina, quien la evitó a como diera lugar. Se comenzó a colocar los guantes con ademanes bruscos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Luke en un susurro, apartándola de las dos mujeres que buscaban sus abrigos—. Sé que soy un bruto, pero prometo comportarme.

También a él le esquivó la mirada, se mostró muy compenetrada en encajar cada dedo en su respectivo lugar.

—Tú no eres un bruto —respondió, desapasionadamente. No quería que sonara a un halago—, el plan es bueno. Mis nervios nada tienen que ver con...

—Patrañas. —Consiguió que lo mirase, la verdad se reflejaba transparente en la superficie de sus ojos profundos y oscuros. Prefería ponerse en riesgo ella que ponerlo en riesgo a él.

—Si alguien te descubre, pagarás más caro tú que nosotras. A nosotras nos otorgarán el papel de idiotas, tres féminas tontas y desesperadas, solas, engañadas por una bestia descorazonada. Te despedazarán, perderás los clientes...

—Me iré a América, ¿recuerdas? No hay riesgo —intentó animarla. Estaba al tanto de que Stephan había abierto su boca, como también de las intenciones de su amigo al hacerlo.

—De todos modos, si sucede, yo viviré con la culpa de haber arruinado tu vida por no querer poner en riesgo la mía.

—Y yo estaré feliz de que lo hayas hecho, ¿acaso vale más la reputación que la vida?

—¿En esta sociedad? —ironizó ella. Luke cogió su abrigo de lana y se lo pasó por sobre los hombros antes de responder:

—En este mundo, lady Hecate. La sociedad es solo una parte de él.

El carruaje con el escudo familiar aguardaba a por ellos, Luke, como un buen caballero, ayudó a subir a las damas antes de auparse. Quedó sentado junto a tía Polly, en el transcurso del viaje no dejaron de repasar el plan.

—*Buona sera... Mi scusi... non parlo bene l'inglese... Sono Luca Sforza... piacere di conoscerti* —repitió como un buen alumno—. *Non capisco... ¿Puoi aiutarmi, Lady Hecate? Grazie.*

—Pues ya hablas mejor que la mayoría —lo felicitó tía Polly.

—*Grazie, io hago lo que poddo...*

Hecate no pudo contener la carcajada.

—Realmente has conseguido sonar italiano, lo llevas en la sangre.

—Eso me han dicho. —Attie no se acordaba de sus palabras, Luke se las recordó sin sutileza—. Creo que la expresión que han usado era que le recordaba a un legionario romano.

El sonrojo de la muchacha fue evidente, lo intentó ocultar sin éxito. Cada vez que simulaba frialdad, más al descubierto quedaba con él. Polly y Lorraine continuaron con los pormenores, poniéndolo al corriente de los invitados de esa noche. Lady Aldridge era una mujer poco dada al cotilleo, le gustaban las viejas formas y detestaba la modernidad. No asistirían burgueses, lo que limitaba ampliamente la posibilidad de encontrarse con clientes habituales de Luke. Attie aprovechó su falta de participación para observar a *Luca Sforza*. No le gustaba ni un ápice, ¿dónde estaban sus rizos rebeldes?, ¿y la sombra de su barba? ¿Quién se había atrevido a tapar con vulgares perfumes el aroma varonil que lo caracterizaba?, ¿y a reemplazar su ropa de tweed por un horrible frac?

Sintió una extraña ira calentarle la sangre, se dio cuenta de que odiaba el cuento de la cenicienta, de aquel superficial príncipe que solo la vio porque ella vestía de seda y no la reconoció hasta que no le puso un maldito zapato. ¿Qué clase de mensaje tenía esa historia?

—¿Te saldrán arrugas, niña? —la reprendió tía Polly.

—Si sonrío mucho también me saldrán, tal parece que el único gesto válido es el de total pasividad —lo impostó con éxito.

—Vaya acritud... —Lorraine cruzó mirada con su cuñada. Luke le sonrió a Attie y consiguió que rompiera su postura de estatua. Era mejor así, con arrugas de pensar, de reír, de llorar, que una simple piedra moldeada por los demás.

Las conversaciones divertidas finalizaron. Arribaron a la mansión de lady Aldridge, y Luke necesitó buscar el apoyo de Attie para atreverse. Recordarse que lo hacía por ella, de lo contrario, saldría huyendo ante tanta ostentación. Farolas en el camino, los jardines iluminados, la gran araña de cristal en la entrada, bajo la cual dos lacayos vestidos de rojo daban la bienvenida a los invitados.

—¿Y esto es un evento reducido?

—Ya lo verás, sobraré espacio —lo animó Lorraine.

—Eso es mérito de la casa, no de la organización —murmuró Luke. Ayudó a las damas a descender, él a un lado, uno de los lacayos de rojo al otro. La puerta principal estaba abierta de par en par, por la que se veía el colorido abanico de vestidos femeninos.

—Lady Lorraine —se aproximó la anfitriona. Era una mujer imponente, cabello cano, en un intrincado peinado alto, figura de reloj de arena a fuerza de corsé y una piel tersa pese a la edad—, qué gusto, querida. Tanto tiempo sin vernos. ¿Cómo está lord Claus?

—Muy bien, gracias, milady.

—No tan bien como para asistir a mi evento —recreó sin demoras. Observó al resto de la comitiva—. Lady Polly, te encuentras fantástica. Me alegro de que hayas dejado el luto, el negro no te sentaba. Lady Hecate...mmm...

—Milady —saludó con una reverencia, a sabiendas de que estaba siendo evaluada.

—No deberías usar ese color, querida, resalta demasiado... todo... —Hizo un ademán con la mano. Luke no pudo evitar elevar las cejas ante la crítica despiadada de la mujer.

—¿No se supone que es lo que debemos hacer las damas solteras?, ¿intentar captar la atención de un caballero?

—Con tu insolencia y tu apariencia, dudo que captes la de un caballero, ese es el problema, querida. —La dejó con la boca abierta, se dirigió a Luke—. Usted debe ser el famoso y nunca antes mencionado *signor Luca Sforza*.

—Milady... —pronunció deteniéndose un poco en la d, como había practicado, e hizo una reverencia—. *Piacere di conoscerti*.

—No hablo italiano, *signor*, pero sea bienvenido. —Los instó a pasar y se dirigió a la siguiente pareja. Nada más y nada menos que lady Olivia Cambridge y su hija, Priscilla.

—¡Vaya que nos la ha hecho pagar! —Lorraine cogió el primer vaso de limonada que pasó delante de sus narices y bebió un sorbo. Tía Polly se abanicó con ahínco. Luke no pudo contener su réplica.

—A Lady Hecate le cobró la deuda.

—No te preocupes —Attie elevó el mentón con altanería—, estoy acostumbrada.

—Eso no lo hace mejor —rebatía él.

—Pero ayuda.

—No.

—¡Claro! —Se volvió hacia él.

—¡Claro que no! —insistió Luke. Polly y Lorraine iniciaron una danza de aspavientos disimulados, no querían que llamasen la atención y de más estaba decir que hablaban en perfecto inglés—. ¿Qué demonios insinuó con su apariencia?, ¿que no luce como una dama?

—Pues sí, eso mismo insinuó.

—¿Y no piensa hacer nada? —Luke estaba ofendido.

—¿Seducir a su hijo con mi apariencia exótica? —bromeó, su broma fue tan graciosa como un funeral para Luke.

—Si puede acercarse a usted, milady. ¿Quién es el hijo de lady Víbora? —Callaghan escrutó el salón.

—No se lo diré. Y dejaremos esta absurda conversación aquí, que lo último que queremos es llamar la atención. Allí está lady Priscilla, recuerde que es en ella en quien tiene que fijar su atención. ¡Oh, ha llegado lord Godwin!, perfecto. Todo está saliendo a la perfección.

—¿Quién es el hijo? —insistió Luke, ahora en dirección a su única posible aliada, lady Polly.

—Oh, no se preocupe, el hijo de lady Aldridge es todo un caballero, jamás le faltaría el respeto a Attie. Además, nuestra niña tiene un don para espantar candidatos. Bueno, no será necesario... —agregó Polly, riendo—, si sigue junto a lord Clapton, por contraste, perderá toda atención femenina.

—¿Lord Clapton? —dijeron al unísono Luke y Attie.

Lady Lorraine y Polly cayeron en cuenta de posible inconveniente al que se enfrentaban.

—¡No debería estar aquí! —murmuró Lorraine.

—Si está él, está...—continuó Polly.

—¡Juliet! —Attie intentó sonreír, le salió una mueca de espanto—. Querida, ¿qué haces aquí?

—Attie, esperaba que te alegraras al verme... No llegué a enviar una misiva avisando de mi visita a Londres, llegaríamos antes nosotros que la carta. —Juliet rodeó a Attie con sus brazos, se apartó y observó a su amiga—. Te ves pálida.

—Para agrado de lady Aldridge, que ya aludió a mi aspecto exótico. ¿Qué haces aquí? —repitió.

—Vinimos en reemplazo del marqués, lord Baskerville no deja pasar oportunidad de hacernos ocupar su lugar a ver si la sociedad nos acepta nuevamente. Ya sabes...

—Oh, sí, lord Baskerville, ¡no podría por una vez no ser tan amable! Maldito hombre...—gruñó Attie.

—¿Tienes fiebre?, ¿te encuentras bien? He oído que tu padre tampoco pudo asistir, pero envió como reemplazo al enigmático hijo de su amigo Sforza. ¿No piensas present..? ¡Oh!, ohhh. ¡Oh! Vaya... Oh... —Juliet abrió la boca, la cerró, alzó las cejas, las bajó, se sonrojó, palideció, volvió a sonrojarse—. Pero si es... —Todas las señoritas de Shakespeare conocían a Callaghan. Sí, lucía extrañamente diferente, por no decir sorpresivamente atractivo, pero sin dudas era... ¡Callaghan!

—¡Luca Sforza! Habla solo italiano, lady Juliet Clapton, y esta es la primera vez que lo ves —presentó Attie, con premura.

—P...pero...

Luke clavó sus ojos en la joven lady. Attie era un fuego de miradas insinuantes, el resto de los invitados empezaban a notar el extraño intercambio. Juliet carraspeó, sonrió.

—*Signor Sforza*... —saludó elevando la voz al nivel de grito, los presentes se volvieron en su

dirección—, un gusto conocerle.

—*Piacere. Mi scusi...non parlo bene l'inglese...*

Juliet contuvo la risa. Siguió la farsa sin preguntas, habría tiempo más tarde. Así era esa amistad, se ayudaban para escapar de tragedias Shakesperianas, y muchas veces, la tarea consistía en convertir el drama en comedia.

—*Certe Romani in multis oppidis praesidia habebant et bonis armis pugnabant...*

—Eso es latín, Juliet —masculló Attie. Rodó los ojos. Luke le siguió el juego, con las pocas palabras que conocía.

—*Bene, grazie. Sono io.*

—*Romani non ingrati eran.*

—Acabas de decir que los romanos no son ingratos, Juliet. —Puso los brazos en posición de jarra en torno a su cintura e inclinó la cabeza, su amiga la volvería loca.

—*Prego.*

—Ha sido un gusto conocerlo, *signor Sforza*. —Exageró una reverencia—. Espero pronto compartir un té con usted, sin duda tendrá grandiosas anécdotas sobre Italia. —La sonrisa inocente de Juliet merecía un premio—. Que disfrute de la velada, si no le importa, le robaré a su dulce compañera unos segundos. —Amplió aún más la sonrisa y tiró de Attie. Si se resistía, llamaría más la atención, de modo que la muchacha siguió a su amiga—. ¿Qué demonios sucede, lady Hecate Atenea Neville?

—Es...complicado.

—¿Y por qué no estamos al tanto? Somos tus amigas. —La expresión mutó de falsa alegría a honda preocupación, no había que ser un genio para darse cuenta de que solo las situaciones desesperadas conducían a tamañas acciones desesperadas.

—Porque tú has sido madre hace poco, Ophelia está embarazada y Cordelia maneja un imperio financiero...¿Cómo podría molestarlas con mis nimiedades?

—Te conozco, Attie —Tiró de ella más lejos, hasta alcanzar los jardines, lejos de cualquier oído curioso—, cuando dices «nimiedades» hablas de catástrofes. Y tú, justo tú, no correrías jamás el riesgo de un escándalo.

—Juliet... —Quiso postergar la conversación, sentía culpa de haberles ocultado cosas a sus amigas. Siempre había creído que sus problemas eran de menor peso que el de ellas; al fin de cuentas, la vida de Juliet estaba plagada de escándalos, como si los llamase; Ophelia tenía un padre ausente y Cordelia, uno manipulador. En ese contexto, su vida siempre había sido idílica. Con un padre amoroso, casado con una madre por amor, una familia unida...Y cuando la desgracia golpeó a su puerta, creyó que podría sola o que no era justo hacerles cargar a las muchachas, que ya mucho tenían, con sus problemas.

Attie siempre había estado para ellas, y sin quererlo, intentando ser buena, les había arrebatado la posibilidad de retribuirle.

—El rumor de que tu padre está enfermo es cierto —adivinó Juliet con pesar.

—Sí. —Sobraron las palabras. Juliet la abrazó, lo demás no requería explicación. Entendía lo vulnerable que quedaría su familia si se sabía, con Eros lejos, que solo mujeres estaban a cargo de las responsabilidades del condado. La sociedad era injusta.

—También es cierto que lady Olivia quiere cancelar el compromiso, ¿verdad?

—Sí. —Tragó saliva—. Y casarla con lord Godwin. Salvo que surja un candidato mejor...

—Un italiano apuesto y con relaciones. Entiendo. Y dime, hay otro rumor, uno que jamás ha

abandonado la selecta mesa de las señoritas de Shakespeare...

—¿Cuál? —Attie lució confundida.

—Pues que Ophelia dice que un valiente guardaespaldas capturó tu atención y a eso se debe la frialdad de tu trato, mientras que Cordelia piensa lo opuesto, que tú nunca mirarías a un guardaespaldas porque eres demasiado pragmática...

—Veo que han hablado de mí a mis espaldas. —No estaba ofendida, las amigas necesitaban debatir sus impresiones antes de salir al rescate de una de ellas. Se llamaba preocupación y amistad—. ¿Y tú, tienes una teoría?

—Yo pienso que el corazón no es pragmático, Attie.

—Tiene razón Cordelia —mintió. Juliet no le creyó—. O quizá las tres, sí capturó mi atención, es verdad que el corazón no sigue razones, pero el cerebro sí, y es el que maneja los actos.

A su amiga no le quedó más remedio que decir:

—Las tonterías más interesantes siempre vienen de las personas más inteligentes, ¿puedes creerlo? ¡Y tú eres brillante, Attie! —La aludida rodó los ojos—. Pero ya tengo mi respuesta.

—Lo dudo. —Buscó a Luke a través del cristal, hablaba con alguien bajo la supervisión de su madre y tía, la puesta en escena surtía efecto, los invitados no lo reconocían ni sospechaban. La gente solía ver lo que quería ver, y ninguno deseaba ver a un plebeyo tomándolos de tontos. El momento de debilidad fue captado por Juliet.

—Tu corazón ya eligió, Attie, lo miras como yo miraba a Roman.

—¿Con esa cara de tonta? —Recibió un golpe sin fuerza en el hombro.

—Todo parece imposible hasta que se hace posible, Attie. Mi hermano está casado con una plebeya...

—Pero educada en una casa de alcurnia.

—La hermana de mi esposo está casada con un plebeyo...

—Y el marqués los envía a los eventos para obligar a la sociedad a aceptarlos —remarcó lo evidente. El precio por pagar al romper las reglas en la alta sociedad era demasiado elevado.

—Vale la pena, Attie. Incluso si el único lugar que pudiéramos habitar fuese el campo, valdría la pena solo por ver el amor que se profesan. La sociedad no lo es todo. —Era la segunda persona que se lo decía esa noche.

—No soy tan esnob... No es la sociedad a la que no quiero ofender... —Se mordió el labio para contener el temblor—. O al menos, no por mi tonta reputación. Odiaría herir a mi familia, hago esto por ellos, por su felicidad. Mi desgracia social recaería en ellos.

—¿Crees que ellos querrían su felicidad a cambio de tu infelicidad? Attie, así como yo estoy enfadada contigo porque no nos has dicho lo de tu padre, dándonos la oportunidad de estar allí para ti, aunque solo fuese para abrazarte o distraerte, ¿le negarás a tu familia la ocasión de demostrarte que también están por encima de los prejuicios?

—Es más que eso, lo sabes. Recuerda que usamos un escándalo para impartir justicia —aludió a lord Murdoch, a la historia detrás del felices por siempre de Juliet—. Un escándalo puede arruinar una vida.

—O librarla. Te diré algo que no te gustará... —Enredó su brazo en el de ella, dispuesta a regresar al salón—. Tu corazón ya eligió y el destino está en marcha, no llevas las riendas de esta situación. Eso es lo que te aterra, porque tú siempre llevas las riendas.

—Si es así, ¿a qué espera el destino? —preguntó, escéptica.

—A él... —Señaló con el mentón a Luke—. Es él quien no se decide a tenerte, porque también teme arrastrarte, ser tu perdición, estar por debajo de tu condición.

—Jamás —murmuró.

—¿Se lo has dicho?, ¿o te muestras fría con él, distante, altanera? ¡Qué terrible es tener amigas que te conozcan tan bien!, ¿verdad? —rio—. No importa cuánto finjas, la verdad tiene la capacidad de siempre salir a la luz y él descubrirá lo que sientes. —Hizo una pausa dramática, miró a Luke vestido de Luca y sonrió—. Y no luce como un hombre que te vaya a dejar escapar. Quizá por eso, y justo por eso, es el indicado para ti.

Una vez dentro de la casa, se separó de ella, no necesitaba indicaciones para conocer su rol en esa comedia. Contarles a los invitados lo increíblemente amable que era el enigmático *signor* Luca Sforza.

—¿Todo bien? —preguntó Lorraine al regreso de Attie.

—Por supuesto, Juliet jamás haría algo que nos pusiera en riesgo. De hecho... —Dejó la frase inconclusa, miró a su amiga y esta le devolvió la mirada con completo entendimiento. Attie se sonrojó, evitó dirigir sus ojos a Luke.

—¿De hecho...? —la instó su madre.

—Lamento no haberles contado de padre, sé que me hubiesen ayudado. —Compuso el gesto, de ese modo tan suyo, elevando el mentón y borrando de sus facciones cualquier rastro de emotividad. Dejó entrever que lady Hecate Atenea Neville era puro pragmatismo, una persona que evaluaba un error propio con la misma objetividad que empleaba en los ajenos—. Minimicé nuestros problemas —reconoció, sin matices en la voz—, pensé tontamente que si no admitía cuán grave era el estado de papá o cuán vulnerable era nuestra situación con Eros lejos, moldearía la realidad a mi conveniencia. Pero no, la realidad es la que es, por mucho que nos empeñemos en negarla.

Luke no pudo mantenerse impávido ante su discurso, la observó de soslayo. Era evidente que Juliet le había dicho algo, le había obligado a enfrentar un hecho y allí estaba Attie, tratando de recomponer su armadura. Pero entre las grietas asomaba una luz imposible de apagar.

—Attie... —Su madre le cogió la mano, le dio una palmada antes de librarla; la joven dibujó una sonrisa en sus labios. Le dolía el cuello por el esfuerzo de no girarlo en dirección a Luke, no pedirle un abrazo que la recompusiera, como el del jardín. No dejaba de pensar en lo dicho por Juliet, ¿y si el sentimiento era recíproco?

Cogió una copa de champán, Lorraine y tía Polly se encargaban de los curiosos y de «traducirle» a Luca Sforza lo que estos comentaban. Sonrió al oír a Luke decir palabras inconexas en italiano. *Ragni, casa, mi lavo...* Se atrevió a mirarlo, pensando que él no lo notaría. Se equivocó, los ojos castaños del hombre estaban puestos en ella, era una capacidad entrenada como guardaespaldas, la de poder poner atención a más de un asunto a la vez. Se sonrojó y bajó la vista a la burbujeante bebida.

No se había planteado jamás que Luke pudiera sentirse atraído hacia ella, esa sería la peor de las tragedias. Un amor no correspondido era preferible a un amor correspondido pero imposible. Entendía que quizá la hallase bella; vanidad aparte, era consciente de que poseía una belleza *peculiar*. Las palabras de lady Aldridge, aunque cargadas de rencor por el desplante de lord Claus, no carecían de verdad. Attie no era dueña de una apariencia angelical, como lady Priscilla, ni de una belleza clásica como la de Juliet. Su apariencia exótica, más griega que inglesa, llamaba la atención de los hombres de

una manera... ¿*non sancta*? Claro que su título los mantenía a raya, no obstante, no faltaban miradas lascivas dirigidas a su boca ancha o a sus ojos profundos y negros... o a sus senos que la moda hacía resaltar. Podía Luke no ser inmune a tales atributos, claro, y debido a eso era que Attie llevaba semanas de trato altanero, esnob, frío... ¿Qué sentido tenía alimentar su vanidad con las atenciones de Luke si nunca podría tenerlo?

Sin embargo, cada día se convencía más de que su engaño no surtía efecto. Él había aprendido a ver a través de su máscara, tanto así que el simple hecho de usarla le confirmaba la verdad. ¿Por qué escondería sus emociones si eran puras e inocentes?, actuar era lo mismo que reconocer.

Se estremeció, no solo por saberse descubierta, sino porque... si Luke se había fijado en ella como Juliet creía, y no había caído en la trampa de sus máscaras, ¿en quién se había fijado?, ¿por quién tenía sentimientos?, ¿acaso por la verdadera Attie que ella mantenía oculta bajo mil llaves?

—Lady Hecate, está usted radiante. —El saludo de lady Priscilla la hizo pasar a la acción, como si en su mundo interior no bullera una tormenta, sonrió y se posicionó junto a Luca Sforza. Lo pisó con disimulo, para que dejara de mirarla a ella y se concentrara en Priscilla.

—Gracias, lo mismo digo, milady, pero sería resaltar lo evidente, está usted siempre magnífica. —Efectuaron las correspondientes reverencias—. Lady Olivia. —Hizo lo mismo en dirección a su madre. La mujer escrutaba a Luke, no dejaba escapar detalles, desde su apariencia *italiana* hasta su atuendo elegante. Pareció aprobarlo tras el saludo formal, aunque sus palabras pusieron a las cuatro mujeres presentes a temblar.

—No se parece en nada a su padre, *signor Sforza*.

—*Mi scusi, non parlo bene l'inglese...*

—Y yo no hablo italiano, mal me temo que he aprendido francés.

Luke fingió no entender, frunció el ceño e hizo un pedido sutil a Hecate de que tradujera. Se inclinó hacia ella, y Attie susurró:

—Ya sabes, bla, bla, bla... —Luke asintió, se acercó más a ella, casi hasta rozarle el oído y respondió en el mismo tono.

—A mí no me engañas, te sucede algo... —Cogió aire y soltó su nombre con un susurro—: Attie.

Una corriente la recorrió de pies a cabeza, sintió que se quedaba sin respiración, el corsé apretaba demasiado, el calor era agobiante y, pese a ello, no había sensación más agradable en el mundo.

—Dice —carraspeó, sonrojada—, que ha sacado su inusual belleza de su madre. ¿Acaso no son siempre las damas quienes aportan tal atributo? —Volvió a pisarlo, para que dirigiera esa mirada de «eres el postre más apetecible del menú» hacia Priscilla. Cuando lo hizo, su expresión solo revelaba un simpático encanto. Una prueba más de la acertada evaluación de Juliet, era Attie la única en despertar ese fuego en él.

—¡Vaya!, el encanto italiano no era un mito —sentenció Olivia. Attie fingió traducir sus palabras al oído de Luke, en esa ocasión, aprovechó la cercanía para picarlo con el dedo.

—Deja de hacer eso —susurró él, mientras ella simulaba prestar atención a extrañas palabras en italiano.

—Invita a lady Priscilla a bailar —le respondió.

—A cambio de que tú también bailes conmigo. ¿*Capito*?

—¿Estás loco? —El susurro de Attie hizo lo correspondiente en Luke, le erizó los pelos de la nuca. No solo ella afrontaba el íntimo y secreto intercambio con sensaciones corporales imperceptibles para

los demás, el *signor* Sforza la igualaba en sensaciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia, suspicaz, estaba casi segura de que los labios de Attie se movían formando palabras en inglés.

—El *signor* Sforza desea bailar con lady Priscilla, pero desconoce los formalismos.

—Oh, no estamos para formalismos, *signor*. Al fin de cuentas es amigo de mis amigos —respondió Olivia, soltando una dosis justa de veneno en dirección a Lorraine y Polly, las dos traidoras según la dama; las dos antiguas amigas que le habían arrebatado a su prometido, una como nueva prometida y la otra como cómplice.

—Será un placer, *signor* —respondió Priscilla, con su sonrisa angelical. Consiguió captar la atención de su madre; podía ser menos osada que Hecate, pero entendía que, si no se unía al juego, sus posibilidades con Eros se derrumbarían y sería desdichada el resto de su vida. Podía simular atracción por otro hombre, y que su amado la perdonara.

La pareja se encaminó hacia la pista, Attie bebió champán para darse valor, no habían enseñado a Luke a bailar, el tiempo fue escaso. Acusarían al choque cultural, se dijo, y no pudo analizar su miedo en mayor profundidad, porque lord Godwin estaba a su lado.

—¿Me permite esta pieza? —la invitó. El desprecio se apoderó de ella, le costó no manifestarlo. Agradeció su habilidad camaleónica, la cual, por lo visto, al único que no engañaba era a Luke Callaghan. Sonrió, pestañeó con virginal timidez y aceptó la mano del lord que había intentado matarla.

—Será un placer, milord.

Se dirigieron a la pista, los ojos de Luke la seguían con recelo. Estos no traslucían el juguetón deseo de segundos atrás, ahora refulgían de pura protección. Si Godwin intentaba herirla de cualquier modo, sus sesos decorarían el piso de Lady Aldridge. La orquesta comenzó a tocar una cuadrilla y los bailarines se desplazaron perfectamente por las baldosas negras y blancas.

Luke resultó ser un eximio bailarín, ¿cómo podía ser de otro modo?, pensó Attie. La destreza corporal era su mayor talento, contaba con la capacidad de desplazarse con gracia por la pista como por los bajos fondos, sus pies eran ágiles y su cuerpo, nada torpe.

—¡Vaya hombre más *exótico* el amigo de su padre, milady! —comentó Godwin.

—¿Conoce Italia, milord?, tal vez allí sea de lo más ordinario.

—Sí, conozco Italia, eso es lo curioso, milady, su amigo luce más como un italiano del sur que como un florentino.

—Pues nunca me guiaría por las apariencias, yo no luzco inglesa, me lo han dicho a menudo y, no obstante, soy tan inglesa como el té de las cinco. —Dio una vuelta más, se alejó de la suspicacia de Godwin. Este no dejaba de mirar a Luke, ni Luke a él, solo que el tenor de las miradas era distinto. En Godwin brillaba la desconfianza, en Luke la ira. La pareja regresó al centro para una última reverencia.

—Perdone usted mi desconfianza, últimamente me ando con cuidado, hay demasiados secretos en esta sociedad.

—No tiene usted de qué preocuparse —mintió Attie—, si de algo me enorgullezco es de no prestar oído a los cotilleos. —Casi se atraganta con sus palabras.

—Es usted muy sabia, milady, pero permítame compartirle uno. Lady Olivia intentará por todos los medios echar el guante a Sforza si es tan rico como dicen, y una rápida lectura de la situación me dice que eso es contrario a nuestros intereses.

—¿Nuestros? Milord, por respeto a su inteligencia no lo insultaré haciéndome la tonta, sé que

usted anhela la prometida de mi hermano. Eso no es cotilleo, es un hecho tangible. Nuestros intereses no son comunes.

—¿Por qué habla en nombre de su hermano, milady? —La mirada de Godwin se intensificó, Attie se estremeció ante la desesperada osadía del hombre, se evidenciaba que estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguir a Priscilla y así salvarse de la bancarrota—. Yo hablo de nosotros, de usted y de mí.

—No entiendo a qué se refiere. —Intentó alejarse de él.

—A que es evidente que tiene un interés por Sforza y yo, por lady Priscilla. Tal vez si dejara de pensar en su hermano y se concentrara en usted, hallaría en mí a un aliado. Más aún, a un amigo... — Le hizo una reverencia y se alejó, dejando a Attie con la horrible sensación de que habían subestimado al enemigo.

Capítulo 12



Hecate huía de él. Luke no se lo permitiría. Era tonto, lo sabía. Soñar con una noche de cuento de hadas, dejarse seducir por la farsa y pretender, por una vez, que Attie estaba a su alcance.

—Me lo has prometido —le dijo en uno de esos intercambios susurrantes que pretendían ser traducción—, no te creía una cobarde.

—No es cobardía, es...

—¿Sensatez? Siempre escondes en la razón lo que es puro sentimiento. Y el sentimiento es miedo.

—Dice que extraña el calor de Italia —tradujo para lord Shaw. El hombre se dio por satisfecho, siguió con su conversación, más pegado de sí mismo que con intención de conocer al excéntrico italiano.

—El miedo es a que Godwin Mountbatten nos descubra. Me temo que no se ha rendido con la desaparición de Medea, sospecha de todos y sospecha de usted.

—Pero no estamos aquí por él, ¿verdad?, permítame compartir con usted mi sabiduría de bajos fondos: cuando la atacan de a muchos, no puede defenderse de todos a la vez. Proteja su espalda y elija a uno, vaya a por ese antes de pasar al siguiente.

—Dice que tiene razón, lord Shaw —respondió en dirección al hombre. Este lució confundido, ¿tantas palabras empleaba el idioma italiano para decir «*tiene razón*»? Se encogió de hombros, mientras lo adularan, estaría contento. Continuó con su soliloquio.

—Hoy su enemiga es lady Olivia y ella se sentirá más tentada de poner su atención en mí si, además de arruinarle la vida a su hermano, se la arruina a usted.

—*Touché*.

—¿Eso no es francés, milady? —preguntó lord Shaw.

—Lo siento, creo que se me mezclan los idiomas. Es que su conversación, milord, es tan profunda y compleja que mi delicado cerebro femenino no puede con ella.

—Lo entiendo, milady. Me disculpo, tiene usted toda la razón, mi disertación sobre la evolución de las langostas es demasiado elevada para una dama. Quizá el *signor* Sforza acepte recibirme y conversar con un traductor de por medio.

—*Bene*... —respondió Luke, tras un simulacro de italiano. Shaw se marchó y Attie buscó huir una vez más, él la detuvo extendiendo la mano—. Última pieza de la noche.

—Luke... —murmuró, rogó, suplicó. Pero Juliet tenía razón, no era de los que la dejarían ir. Asió sus dedos, con firme delicadeza y la condujo a la pista. Se trataba de un vals con el que cerrarían la velada, casi todas las parejas se agolpaban en el lugar y las matronas tenían los ojos en ellas. Priscilla

había evitado a Godwin, estaba en brazos de lord Clapton, lo que no era casual. Juliet había capturado a Mountbatten y le hizo un gesto de «lo tengo bajo control». ¿Podía dejarse llevar?

En eso su amiga también había estado en lo cierto, el destino estaba echado y las riendas las llevaba Luke. La hizo girar y la capturó en sus brazos.

El corazón de Luke se aceleró; la sensación de tenerla en brazos no porque estuviera en riesgo, no porque necesitase un abrazo, solo por el placer de danzar era provocador. Estaba jodido, bajó la vista y la unió a los ojos oscuros de Attie. Estaba muy jodido, porque mientras la hacía girar, el mundo daba vueltas y él pensaba...¿qué tal si...?

¿Qué tal si nos atrevemos al escándalo?

¿Qué tal si cambio mi sueño americano por un sueño inglés?

¿Qué tal si prometo cuidarla, respetarla...amarla...hasta la muerte?

¿Qué tal si no necesitamos la bendición de nadie, ni la aprobación social, solo el uno al otro?

Cuando la orquesta tocó el último acorde, Luke sintió el peso de la realidad caer en sus hombros y pudo jurar que también en los de Attie. Tenía los ojos acuosos y le tembló el mentón al alzarlo desafiante, debió parpadear para imposter su expresión fría y morderse el labio para no gritar de impotencia.

—Seguro será un desafío para lady Olivia —dijo con desafecto.

—Descansa, Attie, por un instante, descansa... —Se contuvo de acariciarle el mentón—. Quítate la armadura un segundo, que debe pesar como mil demonios, joder.

Una única lágrima fue la respuesta, antes de aprovechar el tumulto para alejarse de él y de la amenaza que representaba para su corazón.

El camino de regreso a casa fue tenso. Attie puso al corriente a Lorraine y Polly sobre la advertencia vedada de lord Mountbatten. Igualmente, intentó alivianar el momento agregando que, respecto a lady Olivia, el éxito había sido rotundo.

—Ayudó mucho su actuación, *signor* —le dijo Lorraine a Luke, con cariño—, fue un atino, además, mostrarse distante e interesado en nuestra Attie. Eso la invitará a la competencia y olvidará por lo pronto sus intentos con lord Godwin.

—*Grazie*... —respondió con una leve mueca. No había actuado, Attie lo sabía. La muchacha le apartó la mirada y él experimentó una extraña punzada en su pecho. Las emociones empezaban a enredarse y la razón dejaba de plantar bandera de triunfo, sabía que era una tontería hacerse ilusiones...y, sin embargo, allí estaban las muy malditas. En cada gesto altivo de Hecate, en sus huidas, en su miedo a enfrentarlo. Cada gesto de la muchacha era una prueba más de que lo que sentía por él no era mera atracción, no se trataba de un capricho.

Siguieron la conversación sobre los asuntos de la noche, la sociedad hablaría de Sforza, y la presencia de Juliet había sido de gran ayuda. Había otorgado espontaneidad y veracidad a la puesta en escena.

Era tarde cuando llegaron a la casa, la señora Foster era la única en pie. La pusieron al corriente de las novedades mientras dejaban los abrigos en el armario de ingreso.

—¿Por aquí, cómo ha ido? —preguntó lady Lorraine. No pasó ni un solo minuto de la noche sin pensar en su esposo.

—Ha tenido una noche tranquila —respondió la mujer, sabiendo que preguntaban por el lord—.

Está desorientado respecto al año, pero no ha sufrido exabruptos. —Se refería a que muchas veces, al darse cuenta de que estaba desorientado, Claus se ponía violento.

—¿En qué año se halla, Stella? —La ternura se coló en su voz.

—En el '52, cree que usted se fue a descansar porque está en estado de nuestra Attie. No deja de hablar de que la llamará Hecate Atenea. —Sonrió, la nostalgia alcanzó a los presentes.

—Bien, tendré que ponerme firme si quiero salvar a mi niña de la condena de un nombre Shakesperiano. —Acarició la mejilla fría de su hija.

—Siempre has sido débil con él —respondió la aludida. Polly dio las buenas noches, demasiado extenuada para abordar el presente cargado de pasado. Lorraine subió las escaleras y Stella se dispuso a preparar una infusión caliente para la larga noche que le esperaba al matrimonio. En medio de ese escenario de tareas prácticas, Luke y Attie quedaron al margen, sintiéndose inútiles.

—Saldré al jardín con Atila para que haga sus necesidades —dijo Luke, incómodo. Se mesó el cabello, empezando por la nuca y los rizos empezaron a formarse—. ¿Me acompaña? —Hecate dudó, la vacilación de ella volvió a despertar el incómodo sentimiento en Luke—. No se preocupe, fue una tontería de mi parte —contestó más brusco de lo que esperaba. Silbó, y Atila apareció ante ellos. Luke abrió la puerta, el frío húmedo de la noche se coló por ella, junto con el resplandor plata de la luna tras la niebla. Abandonaron la casa hombre y perro, dejando a Attie de pie, desconcertada.

Observó la amplia espalda, los pasos ágiles, detuvo la puerta antes de que se cerrara por completo y salió tras los pasos de Luke. En su interior la ira bullía, una ira que no tenía explicación, sino que era el cúmulo de emociones enredadas, inmanejables.

Su padre desorientado. El peligro de Godwin. Lady Olivia, por quien empezaba a sentir furia y pena en partes iguales. Comenzaba a comprender lo mucho que hería el amor imposible, la frustración inmensa que despertaba y las ganas de hacérselas pagar al mundo, justos por pecadores, lo mismo daba.

Frente a ella había un hombre justo, eso no le importó. Porque también era el causal de su desdicha, y de su dicha. De su desesperación y de su esperanza.

—Luke —lo detuvo. Él se volvió; por un instante, en su rostro se traslució la ilusión y eso le rompió el corazón en mil pedazos—. No vuelva a hacer lo de esta noche, señor Callaghan —puso distancia en el trato—, no vuelva a salirse del plan. Debía mostrar interés por Priscilla y solo por ella.

—¿Por qué debería seguir sus órdenes, milady? —la enfrentó, con la misma dosis de furia nacida de la frustración.

—Porque para eso le pagan. —Sus ojos negros refulgieron en la noche, no sintió el frío, el inexplicable enojo ardía como una hoguera en su interior. La risa sarcástica de Luke no ayudó a serenarla.

—Nadie me paga, lady Hecate. —Vio la sorpresa en ella—. Es cierto que su madre me ofreció dinero, pero me negué.

Attie quedó paralizada en el medio del jardín, con la boca semiabierta llena de preguntas que no se atrevía a formular. ¿Por qué entonces está aquí?, conocía la respuesta. Pensó que moriría allí mismo, con su corazón atravesado por lanzas invisibles. Se dio la media vuelta, dispuesta a huir.

—¡Joder, Attie! —la detuvo él—. Joder, joder, joder. Deja de hacer eso... —La alcanzó, la asió de la muñeca y la hizo girar hasta enfrentarlo—. Deja de escapar y dime la verdad de frente, dime por qué demonios te molestan mis atenciones. Dilo de una maldita vez, suelta «porque no eres suficiente para mí» y obligame a recoger mi orgullo, el poco que me queda, y marcharme de aquí.

—¿Eso crees que siento?

—Sí, ¿por qué si no te enfadas conmigo? ¿Sabes?, esa noche, cuando bebiste vodka, hablaste de más. Sé que es un castigo para ti hallarme apuesto, una burla del destino. Así que dilo, dime que por eso te enfadas conmigo. Reconoce que te molesta haberte fijado en mí...de todos, en mí.

—¡Por supuesto que me molesta! ¡Por supuesto que estoy enfadada contigo por no seguir el plan! —Lo golpeó en el pecho, sin poder moverlo ni un centímetro—. ¿Por qué insistes en hacerme soñar que es posible? ¡Es una crueldad! ¿Por qué me prestas tu pecho para abrazar?, ¿por qué bailas conmigo? ¿No ves que me arruinas?, ¿no te das cuenta de que nadie, jamás, podrá llenar tus zapatos? ¿Qué demonios haré cuando te marches?, ¿cómo haré para retenerte sin ser cruel contigo o conmigo o con mi familia? ¡Eres un maldito! Un maldito que debía actuar como yo, a que no nos queríamos, a que no nos soportábamos. Pero no, has decidido romper el plan y ahora no dejo de pensar en qué estúpido problema puedo meterme para retenerte a mi lado y extender la tortura de tenerte a un paso de distancia física y a mil leguas de distancia emocional.

Las manos de Attie le aferraban las solapas de ese ridículo frac, eran la prueba de su encrucijada, lo retenían a la vez que lo mantenía a un palmo. Luke se sintió fatal, la había obligado a reconocer sus sentimientos en un exabrupto de orgullo herido, y ahora no podía hacer nada con eso. Porque no era ella quien hería su orgullo, sino la sociedad que decía que un guardaespaldas, un plebeyo, no le llegaba al botín a una dama como lady Hecate.

—Lo siento, Attie. —La voz le raspó las cuerdas vocales—. Siento no estar a la altura. —Le acarició el mentón, recorrió con el pulgar su boca ancha que soñaba besar—. Ojalá pudiera hacer algo para cambiarlo, para ser suficiente.

—No eres suficiente —respondió ella, y el corazón de Luke se detuvo ante la declaración, para luego acelerarse—, rebalsas las expectativas. Soy yo quien está atrapada y mis sentimientos son lo bastante puros para no desearte esta jaula de oro.

Luke bajó la cabeza, quería beber esa declaración de sus labios, la sinceridad de ese querer que lo prefería libre antes que suyo. Se detuvo antes de concretar, recordó las palabras de Attie, era una crueldad soñar. Sus alientos dibujaron un vaho en la noche, el frío se colaba entre los cuerpos que ansiaban tocarse. Iba a alejarse, ella enredó sus dedos en los rizos de la nuca y lo atrajo hacia sí.

Solo un beso, un guiño al destino que planeaba poner un océano entre ellos. Los labios se rozaron una vez, dos, tres... hasta destruir las últimas barreras de sentido común, de autoconservación. Se dejaron llevar por la desesperación, él rodeándola por la cintura, ella cogiéndose de sus hombros. Las lenguas se enredaron junto a los alientos tibios, respiraron uno del otro; en ese beso estaba la prueba de que eran suficientes y libres, y que el corazón no conoce de barreras sociales ni de prejuicios.

Un resplandor iluminó a la pareja, un estruendo retumbó en los jardines y la lluvia helada se desplomó sobre ellos, obligándolos a separarse. Él la cubrió con la chaqueta del frac, silbó a Atila y regresaron al vestíbulo, donde la realidad aguardaba por ellos.

Attie se detuvo en la escalera, con el vestido pegado a su cuerpo, miró a Luke, la lluvia había barrido con el peinado y los rizos cubrían su cabeza. Le sonrió, bajó los peldaños que los separaban y se puso de puntitas de pie para robarle un último beso.

—Buenas noches, Luca.

—¿Luca Sforza? —preguntó él, dudoso de seguir atrapado en su propio cuento de cenicienta. Ella negó con la cabeza. Ahora sabía que se había delatado esa noche de vodka, de nada valía seguir

actuando.

—Luca, mi legionario romano. —Y se marchó, con el corazón acelerado y la piel erizada, pero sin máscaras, más ella que nunca... más liviana de lo que se había sentido en años.

Capítulo 13



Desarmar el rompecabezas. Sí, eso tenía que hacer. Desarmarlo y volverlo a armar con la nueva pieza que había aparecido. Por supuesto que la imagen que conformaría sería otra, pero quizás de mayor agrado. Siendo sincera, detestaba tener que poner en manos de Lord Mountbatten a su única joya. Si contemplaba esa posibilidad era porque Godwin era un bueno para nada, bueno para gastar dinero, no para generarlo. Viviría de las rentas que producía la baronía sin mover un dedo y se mantendría lejos de la responsabilidad administrativa. Perfecto para los planes de lady Olivia, ella continuaría en las sombras actuando como la gestora de su patrimonio hasta que su hijo Jeffrey alcanzara la edad y madurez suficiente para ejecutar el cargo. Como debía de ser, el único heredero. Les agradecía a los cielos el bendito regalo que el viejo Cambridge le había hecho antes de partir: una semilla en su vientre. ¡Vaya que eres trillada, querida buenaventura! Priscilla, la primogénita, fue una tarea titánica. Años de tolerancia, de intimidad no deseada, en pos de traer descendencia a este mundo. ¡Y nació mujer! Oh, condena. Por suerte nació con rasgos agradados, lo que la convirtió en la futura joya familiar a empeñar. ¿Quién hubiese imaginado que diez años después, otro retoño florecería en su interior? Nadie. Ni el viejo Cambridge. Es más, tal era la duda del hombre que, pese a estar más cerca del más allá que del más acá, invirtió cada uno de sus latidos y respiros para verlo nacer. El crío nació, y luego de certificar que era suyo, pues la nariz Cambridge era distintiva y singular, estiró la pata. Adiós mundo, para él. Bienvenida vida, para Lady Olivia Cambridge. Finalmente se sintió libre. Algo que no siempre es bueno.

El problema con la libertad radica en lo que llevas dentro. Si dentro tienes una inagotable fuente de amor, plenitud y armonía, la libertad se expresa en su punto más alto y mágico. Hasta ver el revoloteo de una mariposa hace que tu vida valga la pena. Pero si lo que tienes dentro es resentimiento, asuntos no resueltos o una batalla interna interminable, la soledad es un eterno calvario. Y cuando vives en ese estado de oscura decepción y vacío, la mente te juega en contra. Hace planes. Quiere que otros sientan lo mismo. Pretende saldar cuentas del pasado a como dé lugar. Por desgracia, una mente inquieta y dolida no puede nunca dejar ir el pasado. Lo abraza y sobrevive gracias a él a costa de envenenarse la sangre con el resentimiento.

Lady Olivia estaba intoxicada por completo. No había claridad en sus pensamientos, solo nuevas versiones de su plan original. Los Neville no eran los únicos con planes secretos. Ella también los tenía y los suyos se caracterizaban por destruir la felicidad de esa familia. La felicidad que le habían robado más de dos décadas atrás.

Las tierras que le habían dado en compensación nunca serían suficientes para superar el ultraje

recibido durante su matrimonio. Un matrimonio con un hombre que la doblaba en edad, un hombre que ella no amó ni hubiese podido amar jamás porque su corazón había sido adiestrado para amar a un solo amo: Claus Neville. Sí, el pacto de matrimonio entre familias comenzó en la más temprana niñez. Lady Olivia fue educada, preparada, pulida en modales y estilo para ser la futura condesa. ¿Qué obtuvo en cambio? Una baronía sin pena ni gloria. El título baronesa le quedaba pequeño. Y lo detestaba. Como detestaba a la condesa. Como detestaba al hombre que se había forzado a amar desde la niñez. Tanto era el rencor que no podía ver lo absurdo de su comportamiento. Su hija sería la futura condesa. ¡Al demonio! Que se metieran el prestigio del título donde no les tocaba el sol. No les entregaría ni a su hija ni a las tierras. Porque de eso se trataba, con la unión entre lady Priscilla y lord Eros, las tierras regresarían a los Neville a modo de dote, así fue establecido. ¡Al demonio! Una y mil veces, al demonio.

De todas formas, la necedad y el resentimiento no le nublaba tanto el pensamiento. Reconocía una nueva pieza de rompecabezas cuando la veía. No cualquier pieza, sino esa que te permite unir las demás, la que da el indicio de la imagen. Sobre ella agregas y agregas más piezas...

Esa pieza era Luca Sforza. Atractivo y adinerado, según lo que había oído. Todas las amistades de los Neville solían ser obscenamente ricos. Los Sforza no serían la excepción. Además, a su hija pareció agradaarle. A él también, eso le dijeron. Porque siendo realista, el hombre pasó gran parte de la noche pegado como una babosa de jardín a la falda de Lady Hecate. ¡Otra vez los Neville metiendo narices en plato ajeno!

Pero bueno, considerando que su hija recibió una invitación por parte de los Neville para que compartiera un almuerzo junto al hombre en cuestión, las habladurías que ponían como centro de atención a Lady Priscilla parecían tener sustento. Lord Eros seguía lejos, muy lejos... Luca Sforza, estaba cerca, bien cerca. Accedió a que su hija aceptara la invitación. A lo que no accedió fue al hecho de que su endiablada hija se marchara sola. ¡Ja! Tendría cara de ángel, pero muy en el fondo, se comportaba como lo opuesto. Lady Olivia estaba hasta la coronilla de las escapadas de su hija con el mismo destino de siempre: Mansión Neville. ¡Como si ellos fueran su familia! No lo eran, ni lo serían. ¡Demonios, su hija no conocía el honor ni el significado del legado!

—Señora Pons, voy a valirme de su criterio personal. —Lady Olivia tenía un apego especial hacia su ama de llaves. Pese a la diferencia de clase social, la consideraba como una igual en los momentos en los que estaban a solas. Quizás porque la mujer también había padecido las demandas forzadas por parte del difunto Cambridge. En palabras más directas, fue víctima del acoso y abuso del muy desgraciado en su juventud. En aquel entonces, toleró todo por la necesidad del trabajo, el jornal que mantenía a su familia, madre y hermanos pequeños. Luego de la muerte del hombre, Lady Olivia le triplicó la paga y le cambió el puesto de trabajo. De simple empleada doméstica a ama de llaves en un abrir y cerrar de ojos. La mujer, a cambio, le entregó su más ciega fidelidad. La acompañaba en el resentimiento y en el odio. En la salud y en la enfermedad. En sus planes nefastos o solidarios. Estos últimos no solían darse muy a menudo. No importaba, Elba Pons era su mano derecha en todo.

—No necesita de mi criterio, milady, el suyo siempre es correcto y acertado.

—Lo sé —Sonrieron a la par mientras sus miradas coincidían en el espejo. Pons le estaba acomodando el tul del sombrero. Si alguien evaluaba la extraña dinámica de las mujeres, diría que eran una serpiente con dos cabezas—, de todas maneras, me gustaría oírlo de otros labios. No soy la que está equivocada, ¿verdad? Es mi deber ser la compañía de mi hija.

—Por supuesto que no está equivocada y es su deber estar presente. Que no se haya

contemplado eso en la invitación habla de la pésima actitud de los anfitriones. —Hablar mal de los Neville era la especialidad de la señora Pons. Terminó con el sombrero y fue a por los guantes.

—Podría tomarlo hasta como una afrenta personal, ¿no lo crees? —Lady Olivia estiró un brazo. El ama de llaves deslizó la pieza de raso en la mano, encajó uno a uno sus dedos con gran delicadeza.

—Todo lo que proviene de esa familia puede considerarse una afrenta personal, milady. —Continuó con el otro brazo—. Pareciera que tienen una extraña obsesión con lady Priscilla.

—Supongo que quieren compensar el pasado arrastrando a mi hija con ellos.

—Supongo... —coincidió con su señora cuando finalizó con su labor—. Por suerte, lady Priscilla tiene una madre dispuesta a velar por su bienestar.

—Y su bienestar está... —Esperó a que la señora Pons finalizara por ella la oración.

—Lejos de esa familia y, viendo la nueva situación, quizás su bienestar se encuentre fuera de Inglaterra, milady —dijo trayendo a colación la aparición de cierto caballero italiano.

—Reconozco que el nuevo panorama que se alza en el horizonte es bastante... —Dejó de contemplar su imagen en el espejo cuando se dio a sí misma el visto bueno de su vestuario. Vestido verde musgo con bordados en negro y oro. Perfecto. Todavía conservaba su buena figura, tenía el mismo peso que a los veinte años. No como Lady Lorraine. Las caderas se le habían duplicado— llamativo y un tanto... refrescante. Como recibir una bocanada de aire fresco en medio de una tarde de calor tediosa.

—Lo nuevo y diferente siempre es reconfortante, milady.

—Al principio sí, siempre lo es. —Giró sobre sí y enfrentó al ama de llaves—. Luego cae la noche, y todo aquello que estaba oculto porque no tolera el brillo de la luz emerge de la oscuridad para hacer de las suyas. Nadie escapa de los demonios de la madrugada, señora Pons.

El ama de llaves fue a por la capa de la lady.

—Así es, milady, nadie escapa. Pero no es lo mismo enfrentar esos demonios bajo el techo de una mansión con todos los privilegios, que bajo el techo de una habitación solitaria sin calor y con el estómago vacío.

—Has visto cómo tu criterio siempre es importante para mí. —Flexionó sus rodillas para que la señora Pons pudiera colocarle la capa sin problemas. Lady Olivia era una mujer alta, el ama de llaves no—. Una vez más, tienes razón, yo he librado las batallas con mi demonio personal con el estómago repleto de estofado de cordero y trucha asada —Mencionó sus platos favoritos—. Con solo pan duro no lo hubiese soportado. —Soportó a Lord Cambridge sabedora de las comodidades y lujos.

—Ni yo, milady. —Ella también soportó al mismo demonio por una paga y un techo calefaccionado para ella y su familia—. Con respecto al señor Sforza, he oído que tiene toda la apariencia de un demonio —Sensual demonio, esas fueron las palabras exactas que llegaron a sus oídos —, y en mi experiencia, los que lucen como demonios rara vez lo son. Hay que temerles a los que aparentan ser mansos corderos, esos suelen ser los peores.

Como Lord Mountbatten. Lores impolutos y perfectos por fuera, podredumbre por dentro. En el caso particular de este cabía destacar una particularidad, era movido por el dinero más que por los instintos. Los bajos instintos. No podría dejar en manos de un libidinoso a su hija. No la haría padecer lo mismo que ella. Sin pelos en la lengua se lo había manifestado a Mountbatten, sé delicado con mi hija, de lo contrario, lo que tienes entre tus piernas irá a parar al fuego de mi chimenea.

—Lo sé, por eso mismo, el tal *signor* Sforza —fingió el tono de Lady Lorraine he hizo un mohín de fastidio—, parece demasiado bueno para ser verdad. —Torció los labios con una mueca—. No lo sé,

me da mala espina. Fue muy repentino... —Desde la fiesta en casa de Lady Aldrigde que no dejaba de pensar en los hechos. Muy convenientes, como si de repente, el reino poderoso de los cielos comenzara a jugar a su favor. El italiano solo bailó con dos damas en toda la noche, Lady Priscilla y Lady Hecate. Los rumores del interés del hombre se balanceaban como un péndulo de una muchacha a la otra.

—Puede ser que haya sido repentino, milady, y lo haya sido por una razón. —Se encaminaron juntas fuera de la habitación.

—¿Cuál? Por lo visto tienes información que te reservas.

—Me la reservé para el momento preciso, milady. —Descendieron por la escalera de un escalón a la vez—. Ha comenzado a circular otro rumor, uno que está relacionado a lord Eros Neville, al parecer —Pons carraspeó y miró de soslayo a su señora—, una jovencita austríaca ha capturado la atención del futuro conde, es por eso que su regreso se ha demorado más de lo planeado.

—¡No! —Lady Olivia se llevó la mano a la boca para cubrir su ruidosa exhalación—. ¡Ese malnacido! —Chasqueó la lengua—. No me sorprende, la manzana no cae lejos del árbol. ¡Te has dado cuenta, Elba!, ¿qué sería de Priscilla sin mí? —Pons asintió con un frenético movimiento de mentón—. Me aseguraré de unirlos en nupcias con otro antes de que ese desgraciado rompa el compromiso y la haga quedar mal ante la sociedad londinense. ¡Él cargará con el estigma del abandono, no mi niña! —Estaba satisfecha con su comportamiento y decisiones más que nunca. A veces, el resentimiento nos lleva por el camino que debemos tomar, ¿verdad?

—Por eso creo que la presencia repentina del *signor* Sforza no es casual, milady. —Una vez en el corredor de la planta baja se detuvieron y se enfrentaron. Dos cabezas pensaban mejor que una. Eran la mejor serpiente de todas cuando estaban juntas—. Piense, milady, el prestigio de los Neville también se vería empañado si Lord Eros decide romper el compromiso...

—Porque no sería la primera vez que lo hacen... —masculló entre dientes Lady Olivia. Ella fue la primera.

—Exacto, milady, lo que nos lleva de nuevo a considerar sus acciones como una afrenta personal. Otra vez los Neville contra las mujeres Cambridge. No creo que todos se tomen a la ligera la consecuente falta de palabra de la familia.

—Sin duda, qué nos queda como sociedad con personas como los Neville, hoy te dan su palabra y mañana te la quitan. —Sonrió con aires de triunfo. Le encantaría verlos destruidos, le encantaría pasar por sobre sus cuerpos en el barro.

—¿Sabe qué creo, milady?

—¿Qué?

—Que han traído al italiano como premio consuelo.

—¡Vaya punto de vista el tuyo, Elba! —Lady Olivia se cruzó de brazos—. Viéndolo desde ese lado, todo tiene mucho más sentido. En especial, mi presencia en esa casa.

—Su presencia es fundamental, milady —Caminaron hasta la puerta, al otro lado, el cochero familiar esperaba a por ella—. No se demore más.

—No lo haré... —Se despidieron con un intercambio de miradas y un movimiento de cabeza.

Había esperado más de veinte años por ese momento... y no, no se demoraría más.

Cuando uno disfruta del privilegio del silencio una sinfonía inesperada de vida resuena en nuestros

oídos. El batir de las alas de las aves, sus cantos, el cri-cri de los grillos que se atreven a enfrentar la luz del día, el movimiento de las ardillas en las copas de los árboles. La naturaleza debe ser considerada la orquesta más grande y maravillosa de la faz de la tierra.

Pero en esa ocasión. En ese momento. En esa casa... ¡Por los cielos! El silencio fue el enemigo.

Las respiraciones agitadas. El latido de corazones frenéticos que resonaban como tambores en los pechos. La saliva atascada en la garganta siendo tragada a la fuerza. ¡Y joder, el sudor! El sudor que perlaba las sienes, recorría el rostro, llegaba hasta la mandíbula y, desde allí, se lanzaba al abismo. Donde fuese que cayera, piso de mármol, manga de vestido, punta del zapato...*boom*, se oía.

La pregunta del millón de libras era: ¿Quién sería el primero en romper el silencio?

Lorraine quería hacerlo. No podía. No dejaba de pensar en la cercanía de Claus.

Attie, aunque quisiera hacerlo, tampoco podía. Pensaba en la cercanía de su padre y en el escaso repertorio de Luke. *Mi scusi, non parlo bene l'inglese... Bene... Bene... Sono io.*

Luke no quería hacerlo. Mejor dicho, Luca Sforza no quería hacerlo. ¿Qué demonios diría? Los nervios solo le permitían recordar: *Piacere...*

Lady Priscilla tenía la lengua entumecida, su madre la había tomado por sorpresa. Jamás de los jamases la hubiese imaginado en esa casa. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que puso un pie en territorio Neville?

Lady Olivia no hablaría hasta que otro no iniciara la conversación. Era por demás evidente que su presencia no era ni esperada ni bienvenida.

Para suerte de todos, Lady Polly, cuyo lema de vida era: ante los sucesos de la vida no hay que preocuparse, sino ocuparse. Se ocupó del asunto con su mejor sonrisa.

—¡Estupefactos, así nos ha dejado, Lady Cambridge! Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que nos concedió el privilegio de su presencia. —La señora Foster, que también se había forzado a la mudez luego de anunciar la visita, carraspeó—. Me pregunto, cuánto tiempo habrá pasado. —Fingió hacer cuentas mentales—. Más de veinte años, ¿no? —Miró a Lorraine. Sus ojos le decían, querida cuñada, vuelve a la vida y habla.

—Veintiocho años, once meses, y catorce días... —respondió Lady Olivia—, para ser exacta.

—Oh, va...vaya...—titubeó Lady Lorraine una vez que recuperó la capacidad de articular palabras —, veo que llevas la cuenta. Tienes una memoria envidiable, lady Cambridge.

—Es verdad, lady Neville, tengo muy buena memoria, por eso recuerdo todo y llevo la cuenta de todo... De absolutamente todo.

Que nadie acercara leña a esa mujer, pues esta ardería al instante y se convertiría en fogata que provocaría un incendio forestal.

Esas mujeres se arrancarían los ojos como hienas hambrientas, mientras Attie colapsaba ante el espectáculo pues era la única que se mantenía inamovible. Luke se preguntó si estaba siquiera respirando. Por la falta de movimiento en su pecho, diría que no. ¡Al demonio!

—¡*Piacere!* —exclamó. Caminó hasta lady Olivia, hizo una reverencia, le cogió la mano y depositó un beso en el dorso de su palma. Su comportamiento sacó de eje a la mujer. No estaba acostumbrada a ese tipo de caballeros. Punto a favor para Luke...Luca. Evitó el posible incendio.

—Por lo menos un caballero tiene la cortesía de darme la bienvenida —masculló entre dientes Lady Cambridge apartando su mano de Luke. Que besara la mano de su hija, no la suya. Para ocultar su desagrado, simuló una sonrisa—, considerando que el Lord de la casa no se ha tomado la molestia de hacerse presente.

—El lord de la casa tiene responsabilidades, milady. —Attie regresó en sí. Sonó tajante. El fastidio en su voz fue palpable para todos.

—Me imagino que las tiene, considerando que ha pasado los últimos meses descansando en el campo evadiéndolas por completo...

—Madre, suficiente —masculló Lady Priscilla cuando se acercó a ella. Intentó reprenderla, su actitud estaba muy fuera de lugar. La miró de soslayo. Sabía que la consecuencia de su reprimenda le valdría una perorata por parte de su madre cuando estuvieran de regreso en la casa.

—Problemas leves de salud, Olivia... —Lady Lorraine finalmente tomó las riendas del asunto e hizo a un lado los formalismos para recordarle a la recién llegada quién era la dueña de la casa—. El aire del campo es el mejor para los malestares respiratorios, incluso los que lucen inocuos. Cuidar su salud es parte de las responsabilidades del condado, ¿no lo crees así?

—¡Titán! ¡Titán, ven aquí! —La voz de Claus proveniente del jardín interrumpió la conversación que se estaba llevando a cabo en el salón principal. Una vez más el silencio les hizo compañía y, en esa ocasión, la sinfonía que se repetía una y otra vez era—: *ven aquí, Titán, pequeño travieso, deja esa rama ¡Titán!*

Lady Olivia no pudo evitar reaccionar ante la voz de Claus. Como Ícaro con sus alas pegadas con cera volando hacia el sol, atravesó el salón al ritmo de furiosas zancadas y llegó hasta el gran ventanal. No le importaba perecer en el camino, los cuerpos de las mujeres no serían un obstáculo. Quería verlo con sus propios ojos, tanto esfuerzo había puesto en hacer correr los rumores sobre su supuesta enfermedad, sobre su imposibilidad de ocuparse del condado si continuaba en las mismas condiciones... Sí, mucho esfuerzo. Y allí estaba él, deambulando a paso lento porque el cuerpo agotado no le permitía más. Allí estaba, tras un perro que tenía la misma lenta y torpe destreza que él. Por momentos fruncía el ceño cuando el perro no le hacía caso. En otros, cuando el chuchó se le acercaba y lo acariciaba, sonreía ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio?, ¿cuánto? Por supuesto que lo sabía, podría decir la cantidad exacta de años, meses, días y horas, pero en ese momento en su mente solo resonó una palabra...*eternidad*.

Una eternidad es la que ella podría pasar allí, tras ese cristal, observándolo.

—Titán... —repitió luego de escuchar a Claus repetir ese nombre—. La vejez le ha quitado la creatividad, ¿acaso llama a todos sus perros de la misma manera? —se burló con desgano. Titán, así había bautizado Claus al cachorro mastín inglés que ella le había regalado en su natalicio número trece.

La premisa era alejarla de la ventana, los comportamientos erráticos y disruptivos de Claus sucedían de forma intempestiva. Todo era demencial azar con él, bastaba observar un par de minutos al lord para darse cuenta de que algo andaba mal. Lorraine y Hecate estaban dispuestas a arrastrarla de los cabellos de ser necesario. Una vez más Polly fue la diplomática anfitriona del momento. Las detuvo con un gesto de su mano antes de que se abalanzaran sobre ella.

—Supongo que su primer perro fue tan importante para él que todos los que le han seguido le rinden honor con su nombre... —Polly recordaba muy bien que Lady Olivia había sido quien se lo regaló. Jugó con las emociones enterradas del pasado pues esa era la única carta a favor que tenían—. Los primeros amores nunca se olvidan, ¿verdad?

—Verdad, el primer amor nunca se olvida. No se olvida para el que en verdad amó —Vio cómo Claus se detuvo a mitad de una caricia en la cabeza del chuchó y, de repente, se alejó de él. Caminó de un lado al otro, buscando vaya a saber qué cosa. Olivia respiró profundo, cerró los ojos, no quería ver

más, lo sabía, los Neville ocultaban algo que Claus no podía disimular—, la parte que no albergó sentimientos reales lo olvida en un abrir y cerrar de ojos... —Si hurgaba en su memoria un sinfín de recuerdos compartidos en ese jardín cobraban vida en ella. Si le preguntaban sobre los mejores momentos de su vida, Lady Olivia solo podría mencionar los que había compartido junto a Claus. Desde que tuvo uso de razón, siempre estuvo a su lado, como compañera de juegos, de estudios junto a la institutriz Scheffer y como futura prometida. Tonta ella por haberse creído su propia mentira, nunca te amé, me forzaron a amarte. ¡Patrañas! Lo odiaba por no haberla amado como ella lo amó. Lo odiaba con toda su alma... Tanto lo odiaba que una lágrima se escapó de su ojo. La deslizó por su mejilla con la yema de su dedo antes de volverse hacia el público silencioso que se encontraba detrás de ella. La duda que albergaba dentro fue confirmada en las expresiones de las mujeres Neville. Se esforzaban por mantener una fachada que, en breve, se haría trizas—. *Signor Sforza*... dígame, ¿ha tenido la oportunidad de visitar el Hyde Park? —Olivia ideó rápido una excusa para marcharse. Eso sí, no lo haría con las manos vacías.

—*No, milady*... —respondió con el mejor tono italiano posible. Todos entendieron al instante la intención de Cambridge. Miró a Attie de soslayo, esta no podía disimular la negativa en su rostro. Frunció el ceño, torció los labios con una mueca, para ella era un gran ¡No!

—¿Le gustaría conocerlo en nuestra compañía?

—*Mio inglese non é fluente* —repitió una de sus oraciones de cabecera. La frase salvadora. Coincidió con lady Polly en miradas. Si continuaban con la premisa del plan se encontraban ante una magnífica oportunidad, una con doble beneficio. Hacerle creer a Lady Olivia que Luca Sforza estaba dispuesto a cortejar a su hija y, a la vez, alejarla de la casa Neville de inmediato, antes de que Lady Attie le saltara a la yugular. La única en condiciones de ayudarlo era Polly.

—Mi italiano tampoco, el paisaje se disfruta con la vista no con las palabras, *signor Sforza*.

—*Piacere*... —dijo y tragó saliva, no sabía qué más decir.

—*Di accompagnarli* —completó lady Polly luego de enredar su brazo al de él—. Me sentará de maravilla un paseo por el parque también. Además, oficiaré de traductora, ¿qué les parece?

—Excelente idea —Lady Priscilla se sumó a la nueva puesta en escena y enredó su brazo al brazo libre de Luke—. ¿Vienes con nosotros, madre? —Sin darle posibilidad de desacuerdo se encaminaron a la puerta.

—Por supuesto que sí, es una tarde perfecta para un paseo. Lady Lorraine, Lady Hecate, ¿gustan acompañarnos? —dijo con falsa cortesía.

—No, gracias, más de cuatro son multitud —dijo entre dientes apretados Attie.

—Lo sé, pero la nobleza obliga. —Hizo una reverencia de despedida—. Ha sido un gusto verlas.

—Lo mismo digo, lady Cambridge. —Lorraine se subió al tren de la falsedad. Sonrió feliz de saber que en minutos estaría lejos de su casa. Le correspondió con otra reverencia.

Lady Olivia les dio la espalda y, luego de comprobar que solo quedaban ellas en el salón, sin volverse a las mujeres, les brindó sus últimas palabras.

—Con respecto a Lord Claus, díganle... díganle de mi parte que me alegro de verlo bien y que deseo que su salud continúe igual de férrea que hasta ahora —carraspeó para hacerles entender que ni ella se creía sus palabras. Pese a ello, les permitiría continuar con la fachada que habían construido.

¿Acaso les estaba dando una tregua? Pensaron madre e hija ni bien estuvieron solas. No, imposible. O sí, había intención de tregua, pero no hacia ellas. La única tregua de Lady Olivia era para Lord Claus. ¿Cuánto duraría? Posiblemente lo que dura un suspiro de un corazón herido.

Capítulo 14



El humo invadía el ambiente, apenas se podía ver más allá de la nariz. Era un espacio diseñado para el hedonismo de caballeros; pese a prestarse a los más bajos instintos masculinos, se trataba de un lugar *respectable*. Siendo este término un adjetivo para describir que las prostitutas no tenían sífilis, el alcohol era aceptable y los puros de calidad promedio.

La razón que llevaba a lord Godwin Mountbatten no era el placer o la necesidad de distensión, sino que allí se hallaban sus amigos y contactos. Debido a su situación económica, el salón White era un espacio vedado. Por fortuna, no era el centro real del poder masculino. Se trataba de un lugar de buena apariencia, donde un caballero deseaba ser visto. Allí, en cambio, era lo contrario. Las esposas no conocían dónde estaban sus maridos, las madres ignoraban siquiera las inclinaciones de sus hijos y las matronas enviarían a sus hijas a los conventos si supiesen a qué se dedicaban los prometidos antes de pasar por el altar. Por eso, era el sitio propicio para Godwin, no solo porque aún no lo echaban de allí por pobre, sino que además era la verdadera fuente de información.

—*Signor* Orsini —saludó ni bien consiguió divisar al italiano entre las nubes de tabaco. Una mujer voluptuosa estaba en su regazo y su mano se movía rítmicamente por debajo del pantalón. Él apartó el rostro de entre los senos de la dama.

—Milord... —El único gesto de respeto fue mover a la prostituta para cubrir con su trasero la protuberancia de su excitación y, a la vez, poder mirarlo a la cara—. *Bella*, ¿tienes alguna recomendación para nuestro amigo? La casa invita —dijo, conocedor de la situación financiera de su amigo—, te sentará bien.

—Antes de aliviar mi cuerpo, necesito aliviar mi mente. —Se sentó en una silla libre. Miró derredor, la nueva generación de hombres británicos importantes se hallaba presente. Entre ellos, varios amigos de lord Eros Neville. Caviló silencioso, ignorando que Orsini continuaba con su desahogo. Aceptó un puro, mientras reevaluaba el motivo que lo había conducido allí. En otro momento, la excitación de su amigo hubiese sido una libre invitación a una orgía, pero en esos instantes estaba tan obsesionado con lady Priscilla que hasta le era fiel. ¡Vaya candidato te pierdes!, pensó, irónico. Claro que su fidelidad se debía a asuntos económicos y solo a eso, aunque reconocía que sería de lo más placentero yacer con la muchacha. Entendía a lord Eros, quien le era fiel por la estúpida razón que lo eran los románticos. En su caso, lo sabía muy bien, en cuanto hubiese echado el guante a la dote y hubiese saciado la curiosidad con ese cuerpo virginal, nada lo podría alejar de los placeres exóticos de los salones de caballeros.

Dio una calada al cigarro y mantuvo la vista apartada, hasta que el gruñido le indicara que la faena había terminado. Lady Priscilla era su única salida. Lo suficientemente rica para salvarlo y con la

madre lo bastante loca para casarla con él pese a los rumores de su quiebra. Rumores que había hecho correr la maldita bruja Medea. Porque lady Olivia, a diferencia de las demás matronas de sociedad, no estaba impulsada por la avaricia, sino por la venganza. En ese sentido, estaban los dos igual de desesperados, porque ¿quién se interpondría entre un Neville y su felicidad?, había que estar loco para granjearse la enemistad de uno de ellos, el poder venía asociado a su nombre. De hecho, la ausencia de Eros se debía a que el poder de la familia era tan basto que alcanzaba al imperio Austrohúngaro.

Lady Olivia no encontraría otro candidato tan agobiado, y él no hallaría otra mujer tan engeguedada. Por eso, la abrupta aparición de Luca Sforza era sospechosa, más cuando él salía a la luz justo después de la misteriosa desaparición de la bruja Medea. Solo había que atar cabos para saber que ambos sucesos estaban vinculados y tenían como fin arruinarlo. O tal vez, salvar a lady Priscilla, con el mismo resultado: su ruina.

Un único detalle le impedía atar cabos, un detalle que lo torturaba y lo llevó a soportar ser espectador y no partícipe de una orgía. La forma en que lady Hecate miraba al tal Luca Sforza y viceversa. Ella... ella lo miraba como si de verdad fuese un hombre a su altura, lo que lo instaba a pensar o bien que el hombre era quien decía ser o bien que la muchacha desconocía la farsa.

—Toma...—le tendió el pañuelo a Orsi—, ni se te ocurra devolverlo.

El italiano rio, se limpió los restos de su desahogo y guardó el trapo en su bolsillo. No apartó a la prostituta, le agradaba sentir el cuerpo femenino sobre el suyo y pagaba para ello. Godwin ignoró a la mujer y fue a lo suyo.

—¿Conoces a Luca Sforza?

—Oh, eso. El rumor de que está en casa Neville ha recorrido Londres como pólvora. —Se prendió un cigarro, que compartió con la prostituta.

—¿Entonces?

—Conozco a los Sforza, claro, pero no estoy muy seguro de quién es Luca. ¿El hijo de Pablo?, ¿de Stefano? —Se encogió de hombros—. Los Sforza son numerosos, como nosotros, los Orsini. ¿Por qué?, ¿quieres hacer negocios con él?

—Porque creo que es un farsante que se está aprovechando de las damas Neville.

Sus palabras resonaron en el salón, los amigos de Eros pusieron atención en la conversación. Sabían que Godwin quería arrebatarse la prometida al joven lord, pero no lo tomaban como una afrenta personal, eran las reglas del juego. Además, no creían que Mountbatten fuese una amenaza para Neville, ni en dinero, ni en relaciones, ni en atractivo.

—Vaya, y ahora eres amigo de los Neville —dijo lord Henry, uno de los más cercanos amigos de Eros.

—¿Crees que si salvo a lady Hecate de un estafador, lord Eros me permita casarme con su hermana? —preguntó Godwin, mitad en broma, mitad en serio. La noche anterior, cuando bailó con ella y la vio fijar su vista en el italiano, lo pensó. Si fallaba con lady Priscilla, quizá podía apuntar a la herida lady Hecate. No había analizado la posibilidad antes porque la hermana de Eros era fría como un témpano, lista como un zorro y sensata como una vieja sabia de ciento treinta años. Jamás se fijaría en un donjuán al borde de la quiebra. Pero si un estafador le rompía el corazón... La idea empezaba a tomar forma de un interesante plan B, lo cual era mucho mejor que tener un único plan y que este fuese completamente desesperado y dependiente del rencor de lady Olivia. Sonrió.

Sonrió no solo por su futuro prometedor, sino porque su excusa convenció a los presentes. Lo conocían, sabían que era capaz de echar el guante a la hermana de Eros.

—Lord Eros te cortará los cojones si te acercas a su hermanita.

—Ni tan hermanita, que he sido testigo de cómo miraba al estafador.

—¿Cómo sabes que es un estafador? —preguntó lord Henry.

—Eso me lo dirá mi buen amigo Orsini. Describe a los Sforza...

—Mi buen amigo, lamento decepcionarte, pero los Sforza son como el resto de nosotros. Increíblemente apuestos —bromeó. Mountbatten no estaba para gracias, lo fulminó con la mirada—. Los ingleses son más honestos, tienden a ser feos desde pequeños. Los *ragazzi* y las *ragazze* son *bellissimo*, solo los adultos se diferencian los unos de los otros, la vejez saca los verdaderos rasgos familiares, ¿qué edad tiene este Sforza?

—Rondará los treinta.

—¿Tiene nariz romana? —Mountbatten asintió, decepcionado—. ¿Y barriga prominente?

—No.

—¿No tiene barriga y ronda los treinta? Mmm, en tal caso, *mio amico*, puede que estés en lo cierto. Puede que sea un farsante. Mira —bromeó, tocándose el vientre—, yo tengo veintinueve y ya empieza a asomar.

Los amigos festejaron la gracia. Le preguntaron si la regla alcanzaba a las mujeres italianas, si ellas también eran bellas cuando eran *ragazze* y luego mostraban su esencia. Orsini rio.

—Si una italiana es bella a los treinta, lo será hasta los noventa. Pero no estamos aquí para hablar de las bondades de mi tierra, que son muchas y tentadoras, sino de los engaños de Inglaterra. ¿Por qué este hombre se haría pasar por Luca Sforza? —inquirió.

—Pienso que es parte del plan de Medea. Esa mujer nos maneja con sus hilos, pero como estuve a punto de descubrirla, debió hallar otro modo de hacerse con nuestros secretos. Ese nuevo modo, no tengo dudas, es Luca Sforza.

Los presentes analizaron las palabras de Mountbatten y empezaron a murmurar, muchos de ellos habían sido alcanzados por las *predicciones* de Medea, aunque pocos tan afectados como Godwin. Compromisos rotos, estafas descubiertas, amoríos develados...

—Hasta ahora, Godwin —dijo lord Henry—, eres tú el centro de su saña. ¿No será alguna amante desechada? Primero devela tu situación respecto a la estafa Fitzroy...

—Vaya —intervino otro—, a eso no me lo tomaría personal. De hecho, tú no luchas por evadir la prisión, como los verdaderos involucrados.

—Más de uno hemos sido engañados —dijo un tercero— y nuestros nombres han salido de Medea.

—Con más razón, hoy viene a por mí, mañana irá a por ustedes —expuso Mountbatten. Los presentes analizaron la amenaza, el lord tenía un punto.

—Pero sigue yendo a por ti. Ahora parece ensañada con que te alejes de lady Priscilla, insisto, ¿no será una amante desechada?

—¿O un Neville? —conjeturó Orsini.

—Lo pensé —reconoció Godwin—, y por lo único que lo descarto es porque... —Dudó en compartir la información, ¿y si otro se aprovechaba y se lanzaba a por lady Hecate al verla vulnerable?, lo dejarían sin plan B. Por fortuna, lord Henry tomó la palabra.

—Patrañas —Rodó los ojos—. No lo tomes a mal, Godwin, pero lord Eros no necesita recurrir a tonterías para destruirte.

—Salvo que lord Eros no está aquí —insistió Orsini—. Está lejos...

—Lo que afirma mi hipótesis de que este Luca se aprovecha de la fragilidad de lady Hecate — finalizó Godwin—. Y, en especial, lo que nos conduce a nosotros, a los presentes, a obrar en base a nuestra responsabilidad moral.

Los presentes alzaron las cejas. ¿Responsabilidad moral?, estaban entre prostitutas, alcohol de contrabando y juego clandestino. ¿De qué demonios hablaba?

—¿Qué dices?

—Puede que lord Eros y yo estemos enfrentados por lady Priscilla, puede que mis secretos financieros me condenen, pero esto va más allá. ¿Qué clase de caballeros seríamos si hiciéramos la vista gorda a un amigo que nos necesita o a una dama en peligro? —Rebuscó en sus bolsillos, no tenía más que una libra, pero bastaría—. Esta es una apuesta simbólica, un desafío de caballeros. Que gane esta libra el hombre que libre a la nobleza de la amenaza de Medea. Sin ella no habrá Luca Sforza, ni riesgo para lady Hecate, y lord Eros y yo nos podremos enfrentar como siempre hicimos, limpiamente, por el corazón...

—¿O la dote? —comentó uno. Godwin carraspeó.

—Por el corazón de lady Priscilla. Como muestra de mi buena voluntad, porque como dije, esta apuesta es moral, compartiré con ustedes un dato primordial. Madame Leroy, ella es el contacto. La apuesta se extiende a todo hombre de buena fe que desee hacer justicia —finalizó con solemnidad.

Pese a las risas, la apuesta fue aceptada. Una broma, una simple libra por descubrir a Medea, pero en una sociedad hedonista, dada al aburrimiento, era aquella causa el aliciente necesario. Godwin había hecho bien en agregarle la mítica de caballero, la causa justa que convertía a esos lores ociosos en héroes románticos.

El rumor tardaría un par de días en correr por la alta sociedad, primero como una brisa, pero que terminaría tarde o temprano en un vendaval. ¿Llegaría la advertencia a casa Neville antes de que fuese demasiado tarde?

Era un día hermoso. El sol asomaba por entre las nubes, entibiando el ambiente. El rumor de la apuesta de lord Godwin era apenas una brisa, les había llegado por boca de madame Leroy. La prostituta en el regazo del italiano no había tardado en advertirla, pero esperaban que no pasara a mayores. En especial porque Mountbatten parecía más obsesionado con Medea que con Luca. Attie sabía por qué, los hombres detestaban ser tomados por tontos por las mujeres, no así por otros hombres. Podía aceptar que Luca fuera un engaño, pero era inadmisible que una dama lo hubiera vencido. Mientras se enfocase en Medea —quien estaba fuera de acción— y dejara en paz a Luca, ella no temería. De todos modos, mantenía el traje de bruja a mano, porque jamás permitiría que Luke pagase las consecuencias de las maquinaciones Neville.

Por lo pronto, gozarían de ese buen día. Claus estaba lúcido, de bastante buen humor. Había sido idea suya salir al jardín y aprovechar la brisa agradable y el sol que no llegaba a quemar.

—Los meses buenos en Inglaterra son como mis días lúcidos, pocos y esporádicos —bromeó.

—¡Claus! —lo reprendió Lorraine por su humor negro. Attie rio, el humor siempre era una herramienta para afrontar la tragedia. Luke lucía feliz también, desde el beso su humor había estado insondable. A veces dichoso, a veces nostálgico. Se debatía qué hacer, quedarse o marcharse, y cada vez el hilo que lo ataba a Hecate era más fuerte, le hacía pensar que, de romperlo, se rompería él también. Le arrancaría una parte de sí que siempre quedaría junto a esa muchacha.

—No se me puede acusar de ser poco inglés. —Se puso de pie, quería aprovechar que su mente estaba lúcida para brindarle a su cuerpo las atenciones que necesitaba. Una caminata le vendría bien, las damas se pusieron de pie y él hizo un gesto—. Nada de eso, aprovechen que necesitan el descanso. —Rodeó la mesa y besó a su esposa en la frente—. Cuando mi cabeza funciona, sé muy bien lo que les hago padecer. —Acarició a su hija y le dio un apretón en el hombro a su hermana—. Chitón —las silenció, cuando estas iban a soltar una amable mentira. «No, cariño, cuidarte es un placer», sabía que no lo era, le dolía el corazón de reconocerlo.

Se alejó a paso firme, sus músculos empezaron a recordar que pertenecían a un hombre de mediana edad, pese a que padeciera una enfermedad común en adultos mayores a él. Atila se unió al paseo sin demora, habían congeniado con el animal. Antes de alejarse más, se volvió una última vez en dirección a la mesa con el té.

—*Signor Sforza*, venga, acompáñeme. Dejemos que las damas nos critiquen en paz. —Luke se incorporó, hizo una reverencia y siguió al lord de la casa. Se alejaron varios pasos más, hasta asegurarse de que nadie los escuchaba—. ¿Cómo te llamas realmente?

—Disculpe...

—Venga, hombre, que cuando no estoy senil soy bastante lúcido. Mi amigo Sforza es feo como toser con diarrea... —Luke no pudo contener la carcajada, jamás se hubiera imaginado ese humor en el lord—. Tú no eres su hijo y las mujeres lo saben, así que se trata de algún engaño diseñado por ellas. Las conozco, son mi mundo, y mi mundo es el caos que merezco. —Sonrió con ternura—. Entonces...

—Luke Callaghan, a sus servicios.

—Callaghan, mmm...—El administrador le había proveído esa información; intentaba mantenerse al tanto, pese a la nebulosa de su mente—. ¿Y a qué se dedica, señor Callaghan?

—Seguridad. La mayoría de las veces, soy guardaespaldas. Pero en ocasiones también traslado cargas de valor o hago pesquisas en lugares en los que la policía no se involucra.

Bien, pensó Claus, entonces el misterioso guardaespaldas de los informes era el mismo que se hacía pasar por el hijo de su amigo. Era probable que ya lo supiera y lo hubiera olvidado, del mismo modo que volvería a perderse en su memoria días más tarde. Debía aprovechar esa conversación al máximo, por el bien de las mujeres que amaba.

—¿Y cuidas a Medea o a Attie? —Luke lo miró pasmado. Claus carcajeó—. Claro que sé que Medea es Attie, ¿quién más podría ser? Además, fui yo el que le inculcó la mitología griega, Dios y Zeus me perdonen. —Elevó una plegaria al cielo.

—A Attie —respondió Luke—, mal me temo, milord, que protejo a Attie.

Claus suspiró, una exhalación llena de entendimiento. Comprendía lo que englobaba ese *mal me temo*. Estaba enamorado de su hija, ¿podía culparlo? Claro que no. Es más, como padre, le parecía absurdo que existiera un ser en la tierra inmune a su hija. Eso no lo eximía de entender los pormenores. Llegaron a un banco de hierro entre los rosadales. Atila se echó en el suelo y los hombres se sentaron, relajados, a disfrutar del sol en los rostros.

—Dígame, señor Callaghan, ¿entiende lo que sucede aquí?, ¿o solo sigue la corriente porque espera que el agua lo lleve junto a ella?

Luke se mantuvo en silencio, era en vano responder, la verdad era demasiado evidente.

—Sé que lo nuestro es imposible, si a eso se refiere, y soy un caballero —dijo a la defensiva.

—Imposible es volar, imposible es hallar una cura a mi enfermedad, señor Callaghan. Amar y ser amado no es imposible, pero sí es, en ocasiones, difícil. No pretendo hacer advertencias, sino quitarle la

venda. Uno no puede encontrar el camino a la felicidad si va con los ojos tapados de mandatos externos, prejuicios y miedos.

—¿Acaso me está dando el visto bueno para cortejar a su hija? —Luke lo miró confundido. Claus volvió a reír.

—¿Acaso me lo está pidiendo? —Aguardó hasta que el joven sonriera con él—. Eso está mejor, yo mañana estaré perdido en el tiempo de nuevo, señor Callaghan, no esperará que su romance dependa de mi aprobación cambiante, ¿verdad? De todos modos, le pregunto si sabe en qué está metido, para confiar en que hallará una solución satisfactoria. Y por satisfactoria me refiero a que mi hija no sufra.

—No puedo decirle que la hallaré, pero sí puedo prometerle que la felicidad de Attie es mi prioridad y prefiero renunciar a ella antes que hacerla desdichada.

—Ya tiene medio camino andado, ahora observemos el mapa del que le falta recorrer. ¿Sabe por qué Attie se disfrazó de Medea?, ¿por qué es tan importante desviar la atención de mi enfermedad? Es probable que a usted todo esto le resulte un sinsentido. —Luke soltó el aire, lo cierto era que sí, se lo parecía. Claus carcajeó—. Pues tiene sentido, aunque hubiese esperado un plan menos... estrambótico. El hijo de Sforza suena mejor.

—Al menos seré yo el que pague y no ella —murmuró.

—¿Cuánto sabe de historia? —Luke lució confundido, Claus lo tranquilizó—. No, no estoy desvariando. Detrás de todo esto hay años de historia y, pese a que nos estudiamos las fechas y los nombres de los reyes, la historia la hacen hombres como usted, señor Callaghan. Hombres que se levantan a las cinco de la mañana y trabajan hasta que se pone el sol. Los de mi clase, mal me temo, hemos olvidado que así se hacen los cambios. No todos, claro. Mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre, yo...y espero, mi hijo Eros entendemos esta premisa y gracias a ella nos mantenemos a flote.

—No lo sigo, milord.

—Los Neville somos nobles desde hace siglos. Un ancestro fue a una guerra, venció, se hizo con un caballo y allí empezó. Luchó para otro lord, se ganó un título y unas parcelas de tierra, las cuales trabajó, hasta que pudo tener campesinos que trabajasen para él a cambio de protección. Y así, por años y años, hasta forjar todo esto. Muchos empezaron igual, pero muchos también se perdieron por el camino. Cuando los franceses se levantaron, algunos ingleses, como mi bisabuelo, leyeron la época y dijeron: si no hacemos negocios con los burgueses, nos cortarán la cabeza. Y luego vino Napoleón, y mi abuelo dijo: si no peleamos contra Napoleón, nos cortarán la cabeza. Y luego los nobles recuperaron terreno, y mi padre dijo: si no hacemos alianzas entre nosotros, nos cortarán la cabeza.

—De momento, no les han cortado la cabeza...

—Pero las ganas no se han ido. En el camino, nos fuimos granjeando muchos enemigos. Cuando hicimos negocios con los burgueses, los nobles más conservadores nos odiaron y...

—Quisieron cortarles las cabezas por traidores.

—Ya vas cogiendo el truquillo... —Claus le dio una palmada y Luke rio—. Y cuando los burgueses se dieron cuenta de que aún teníamos poder... pues, lo mismo. Muchos de ellos descubrieron que no los inspiraba el lema *liberte, egalite, fraternite*, sino rencor, envidia y avaricia, y que no querían un mundo más justo, sino uno en el que los tiranos fueran ellos. Desde entonces, los hombres, tanto burgueses como lores, que hemos buscado mantener la paz y, por qué negarlo, nuestro poder, hemos caminado sobre senderos fangosos. Los Neville ayudamos a los austriacos contra las revueltas, y con ello, ayudamos a la unión de Inglaterra con el imperio. Otros, como la familia de lady Olivia, hicieron otro tanto con los reinos del norte: Suecia, Dinamarca, Noruega. Todo esto en busca de un equilibrio,

advertimos desde la cámara de lores que, si no le damos derechos a los trabajadores, se sublevarán como hicieron antes los franceses. Que, si no cedemos poder a las nuevas formas democráticas, pasaremos por la guillotina. Que, si no nos aliamos con los vecinos, las guerras nos despedazarán. Como imaginará, señor Callaghan —Acarició la cabeza de Atila de manera rítmica—, hay quienes no comparten nuestra visión del mundo. Hay quienes quieren que los trabajadores se subleven y hay quienes desean que los nobles nos extingamos, y yo he hecho enojar a ambos. No conforme, en mi juventud tomé una decisión: en lugar de casarme con lady Olivia, quien provenía de una familia con la misma visión que la mía, y hacer una alianza de poder, que uniría en lazos diplomáticos Austria, Inglaterra y los reinos del norte, me casé por amor con lady Lorraine, quien viene de una familia ultraconservadora, una familia que me ve como un traidor. Desde entonces, mi estimado señor, todos ellos están esperando mi caída para despedazarme. Los burgueses ansían recuperar las acciones de las empresas que yo he comprado para gestionarlas de manera política y no económica, como harían ellos. Los políticos antimonárquicos aguardan la ruptura de mis lazos diplomáticos para poder barrer con las cámaras y establecer un gobierno completamente civil. Los conservadores desean ver mi caída por el simple placer de vengarse de un traidor. Mi hija, mi esposa y mi hermana están manteniendo el fuerte seguro, como hacían aquellas valientes mujeres medievales, mientras mi hijo lucha una cruzada en el extranjero. Eso es Medea, y es aquí donde usted está, señor Callaghan, en un castillo sitiado hasta que regrese el caballero de la guerra.

—No es un panorama muy alentador. —La situación cobraba real sentido, cuando Attie decía que lo hacía por su familia no se refería a perder dinero o a no poder asistir a bailes, se refería a que los enemigos los despedazarían. Eros podía perder a su prometida, sí, pero no era el peor de los escenarios. Si se daba una revuelta en uno de esos países aliados, ¿los acusarían de traición?; si una empresa colapsaba por las decisiones políticas de Claus, ¿los acusarían de estafa? Comprendía ahora por qué las mujeres insistían en que todo volvería a la normalidad cuando Eros regresara de Austria. Eros ocuparía el espacio de su padre, uniría la familia Neville con la Cambridge, afianzando la situación diplomática a la vez que se podría encargarse de los negocios, los cuales seguían vedados para las damas.

—Pero hay esperanzas, Eros no tarda en regresar y las noticias de Austria son buenas. Lo importante es que sea consciente, señor Callaghan, de lo que implicará socialmente que lady Hecate se enamore de un plebeyo. La sociedad no se lo perdonará. Los burgueses que siempre ansiaron casarse con una lady se sentirán desairados, los lores conservadores... no le digo. ¡Será un escándalo! Pocas personas le volverán a abrir las puertas, las matronas contarán su historia como ejemplo de los peligros de seguir al corazón...

—Lo entiendo. —La voz le sonó rasposa.

—Claro que, si mi hijo regresa y consigue su cometido, se casa con lady Priscilla y defiende a la familia de los ataques, entonces el daño será manejable... Tarde o temprano, aunque nunca nos perdonen la osadía de desafiar las normas, terminarán por ceder ante los beneficios de un amigo bien relacionado. —Se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que Eros lo conseguirá, sin dudas, aquí Attie está haciendo una labor increíble defendiendo el castillo.

—No lo dudo, y ha conseguido un buen caballero que la secunde. —Se puso de pie—. Así que lo primero que debemos hacer es despejar las dudas sobre mi salud y su buen nombre, Luca Sforza, ganar tiempo... —Luke se puso de pie—. Tal vez dar un paseo con este chuchito guapo por el parque,

aprovechando el buen tiempo y mi buen ánimo.

—¿Está seguro?

Claus se encogió de hombros. Correría el riesgo, sabía que, si no funcionaba lo de Luca Sforza, Attie volvería a ser Medea, porque derramaría su sangre por la familia antes de rendirse, y su función de padre era impedirlo.

—Lo segundo correrá por su cuenta, señor Callaghan. Usted me prometió que la felicidad de mi hija era su prioridad y yo le expliqué lo que le sucederá si se enamora de un plebeyo... —Luke asintió, aceptó la *sugerencia* de lord Neville, por eso le sorprendió la media sonrisa que atravesó el rostro del hombre—, tendrá que protegerla de esas víboras y de esas carroñas. Tendrá que cuidarla mucho y hacerla muy, muy feliz, en ¿dónde?, ¿dónde es que se ha comprado esas tierras? Mmm, estoy seguro de que mi administrador me lo ha dicho, pero ya sabe que mi cabeza no es la de antes.

—Pensilvania. —¿Realmente sugería que... que se llevara a Attie a Pensilvania? El corazón se le aceleró, un mundo de ilusiones y sueños se formó en un segundo.

—Pensilvania... hasta suena exótico. Solo le pido un favor, que el orgullo no lo ciegue o, al menos, no el orgullo tonto. El amor de mi hija es razón suficiente para hincharle el pecho a uno de una soberbia asquerosa, ¿a que sí? —Luke no podía responder, tenía la garganta atenazada por la emoción. Logró articular un ahogado «sí»—. Entonces no deje que eso de no querer ser menos que una dama le enturbie el cerebro. —No necesitó aclaraciones, lo que Claus le decía era evidente. Le daba el visto bueno, su aprobación de padre, a sabiendas que sería un escándalo y le rogaba que la cuidara, la llevara lejos y que no se negara a la dote o al dinero que los Neville seguirían otorgando a su hija—. Veo que le han comido la lengua los ratones. Venga, demos un paseo donde todos nos vean y deje de soñar despierto, que mi aprobación no sirve de nada si Attie se niega. Tendrá que convencerla a ella de que no sacrifique su felicidad por nosotros y créame, será una ardua batalla. Mi niña...

Luke la buscó con la mirada, Attie reía con su madre y su tía. Por fin gozaba de un día plácido y carente de preocupaciones, se imaginó que así sería el resto de su vida y no vio la hora de empezar a vivirla a su lado.

Capítulo 15



Decidieron que Atila se quedase, no había forma de convertirlo en un refinado perro de la nobleza. El animal estaba conforme con el cambio, pese a que el día era cálido, nunca despreciaba un brasero y una manta. Se quedó dentro, junto con Polly y Lorraine, a supervisar con su único ojo el tejido de las damas. Attie, Claus y Luke, o Luca, subieron a una calesa abierta, dispuestos a dar un paseo y que el mundo los viese.

Luke ayudó a Attie a subir junto a su padre, la notó estremecerse con ese suave contacto. Desde que habían reconocido sus sentimientos, de nada valía la farsa de su fingido desprecio o el trato de hielo. La lucha interna de la muchacha se transparentaba en cada acto; en la forma en que lo miraba, en el modo en que se sonrojaba, en la intención de buscar un tema de conversación para mantenerse a su lado, para dudar luego si podría soportar la tentación de estar cerca y no probar sus labios una vez más.

Había pasado a ser Luke quien construyera el muro entre los dos, el que hacía el esfuerzo inhumano de mantener sus plebeyas manos lejos de ella. Pero las palabras de lord Neville habían cambiado eso, y aquella tarde no tenía ninguna intención de apartar la vista de su figura perfecta ni de contener la dicha que le provocaba su simple presencia. Daba gracias, eso sí, a la presencia de su padre, porque hasta los caballeros caían en la tentación y esa tarde, Attie lucía tentadora como el fruto prohibido. Su traje malva de tarde le sentaba de maravilla, le realzaba el sonrojo de sus mejillas y el tono oscuro de sus labios. La felicidad ante el buen día de su padre le hacía resplandecer, era la criatura más hipnótica, bella y peligrosa que habitaba la tierra, y él quería rendirse a su hechizo.

La calesa dio un rodeo hasta entrar por el camino del Regent's Park, donde sabían que muchos lores y ladies estarían paseando, aprovechando el bello día. Las miradas no tardaron en ir hacia ellos, junto con un coro de murmullos. El rumor sobre Luca Sforza había corrido como pólvora, al igual que se había renovado el de la delicada salud de lord Neville. Verlos juntos desmentía ambos, aunque no terminaba de despejar las sospechas.

—Veo que no han sido fáciles estos meses sin mí —comentó Claus, al notar esos ojos rapaces en él. Attie se encogió de hombros.

—Nunca es fácil en Londres.

—Justo le explicaba a Luke... Luca... —se corrigió, Hecate lo miró con espanto.

—¿Lo sabías?

—Querida, allí radica la crueldad de mi enfermedad. Cuando mi cerebro funciona, decide hacerlo con una lucidez insoportable, de modo de que sea consciente no solo de todo el dolor que provoco, sino también de todo lo que olvidaré mañana. Claro que me he dado cuenta.

Attie buscó la mirada de Luke, no veía en él espanto ni miedo, solo un tumulto de emociones tras sus ojos marrones. ¿Qué había hablado con su padre?, comprendió que su progenitor sabía más de lo que decía, había vislumbrado los sentimientos compartidos.

—¿Qué le has explicado a Luke... al señor Callaghan? —preguntó con voz temblorosa. Claus sonrió ante la incomodidad de su hija y el error de llamarlo por su nombre de pila.

—Pues la historia familiar, los lores se han perdido en el momento en que les dieron mayor atención a las intrigas palaciegas que a la realidad que bullía tras los muros. Hoy estamos aquí por eso.

—Veo que lo has aburrido con tus clases. Dígame, señor Callaghan, también le ha contado la totalidad de los mitos griegos.

—No, creo que se ha rendido a la ignorancia del alumno.

—Patrañas, no lo he hecho solo porque ¿de qué podíamos hablar entonces ahora? ¿Quiere que le cuente cómo los romanos adaptaron los mitos griegos? Puede que usted no sea Luca Sforza, pero aspecto de romano tiene.

El sonrojo de la pareja fue absoluto, Claus rio de la incomodidad de ellos. Al fin de cuentas, tenía que sacar provecho de esa tarde, no sabía cuándo volvería a poder cumplir su rol de suegro molesto.

—Si entramos en los asuntos personales de Zeus, *papa*, la mitología no es un tema apropiado para una dama.

—Todos los temas son apropiados para las damas, los únicos que dicen lo contrario son los que quieren comportarse como Zeus sin cargar con la condena social. —Dieron un rodeo más, saludaron a un par de conocidos y retomaron la conversación—. Lo que me recuerda... ¿saben quién era el hombre más valiente de Grecia?

—Padre, no... —rogó Attie, conteniendo la risa.

—¿Qué? —preguntó Luke.

—Has despertado al monstruo —se lamentó falsamente la muchacha. Luke miró al lord confundido, entonces, este respondió:

—¡El peluquero de Medusa! —y se echó a reír a carcajadas. Attie no pudo contenerse, lo imitó en risas, no tanto por el chiste en cuestión, sino por el hecho de que le causara tanta gracia. Las risas fueron contagiosas, alcanzaron a Luke, quien sonreía sin saber bien por qué, si por la broma o por verla a ella reír como una niña—. Aguarda, aguarda... ¿Por qué la caja de Pandora asistía al gimnasio?

—¡*Papa*...! —Attie conocía el remate.

—¿Por qué? —dijo el pie Luke.

—Porque soñaba con ser una caja fuerte. Ahora tú, Attie...

La muchacha reía encantada, al parecer contar chistes malos era parte de la dinámica de padre e hija, una dinámica que compartían con Luke como prueba de amor y aceptación.

—¿Cuál es la planta que más miedo da en el mundo? —preguntó a los presentes, sin esperar a que intentaran adivinar, soltó—. ¡El bambBÚÚÚ! —y se dobló de la risa. Luke no pudo contener la carcajada, era más divertida ella riendo que los chistes en sí.

—Ve, señor Callaghan, este es el secreto de nuestra dicha. Ya se lo dijo un jardinero a otro... —Attie se le adelantó y compartieron el remate juntos—: ¡Seamos felices mientras *podamos*!

Luke se agarró la cabeza, no podía creer a esos dos que reían como pequeños. Hecate tenía la mirada brillante de lágrimas de risa, y sus mejillas sonrojadas no por el pudor, sino por el buen humor. Claus disfrutaba a su vez, con nostalgia y dicha de lo que habían sido sus días antes de la enfermedad: puro amor y diversión.

—Ahora tú... —lo instaron. Luke pensó, no estaba seguro de saberse muchos chistes, menos que menos, apropiados para compartir con una lady.

—Mmm... —pensó—. Un hombre le dice al otro, «mi hermano cabalga desde los tres años», «pues debe estar lejísimo».

Attie se rio, Claus compuso una expresión seria. Luke empezó a sudar, ¿acaso había arruinado la velada? Hasta que su hija le dio un empujón en el hombro.

—No seas cruel... El chiste ha sido lo suficientemente malo para estar en nuestro repertorio.

—Es que yo lo conozco —dijo Claus, y sonrió—, el remate sería «pues cómo tendrá el trasero».

—¡Papa! —Los tres se echaron a reír. Attie continuó—: Me recuerda a la historia del león, que era muy déspota y declara una ley: cada animal debe contar un chiste y hacer reír a todos, si uno no ríe, el narrador será devorado por mí. Empieza el conejo, y cuenta un chiste. Se ríen todos, menos la tortuga. Entonces el león, zaz, se come al conejo. Le toca el turno al pelícano, cuenta un chiste, se ríen todos menos la tortuga. El león, zaz, se come al pelícano. Llega el turno del mono, se acerca sudando, cuenta su chiste y la tortuga se echa a reír: Ja-ja-ja, qué gracioso el chiste del conejo.

—¿Te ríes de mi lentitud? —la reprendió el padre, no sin seguir con las risas. No prestaban atención a las miradas curiosas ni se preocupaban por el mundo de problemas que aguardaba por ellos. Le tocó a Luke el turno de otro chiste, y luego a Claus, y así hasta que les dolieron las panzas y las mejillas de tanto reír. Dieron el último rodeo y regresaron a casa, en el camino de ingreso fue el turno de Attie, que apenas podía hablar por las carcajadas:

—¿Cómo hace un pez cuando lo lanzas del tejado? —preguntó, Luke bajó de la calesa y la ayudó a descender, ella completó—. ¡Aaaaah! Tún. —Y tropezó de la risa, cayendo en sus brazos. Él la sostuvo, la miró embobado. Jamás hubiera imaginado que la seria y distante lady Hecate podía ser tan divertida. Cada faceta que descubría de ella lo enamoraba más y más. Quiso besarla, quiso reír cada día a su lado y mantenerla a salvo de los problemas del mundo. Pero los problemas estaban allí, y cuando los tres se volvieron hacia la puerta, la expresión de lady Lorraine les advirtió que no solo los muy malditos aguardaban por ellos, sino que estaban más cerca de lo que esperaban.

—¿Qué ha sucedido? —Claus palideció al verla. Se sentía impotente porque su enfermedad le impedía cuidarla, pero al menos, ese día, él estaba para ellas.

—La apuesta de lord Mountbatten ha surtido efecto, todo Londres está tras nuestra Attie. —Las miradas se dirigieron a ella, la muchacha se encogió de hombros y le restó importancia.

—No me hallarán, mientras se enfoquen en mí, nada sucederá.

Las mismas miradas se tornaron ceñudas, incluida la de Luke, que no pudo mantener su boca cerrada.

—¿Pretendes ser el chivo expiatorio?

—¿Prefieres ser tú? —rebatió, olvidando que tenían testigos.

—De hecho, sí, lo prefiero.

—¡Nadie será chivo expiatorio! —intervino Lorraine—. Esto ha ido demasiado lejos. Nadie esperaba que lord Godwin fuera tan astuto.

Claus soltó el aire, rendido. Una vez más su debilidad había puesto en riesgo a la familia. Se dirigió a su sillón predilecto y se dejó caer sin gracia.

—Claro que Godwin es astuto, de lo contrario no sería la alternativa de lady Olivia.

—Papa, no te hagas problema por estas cosas. Realmente está bajo control.

—Has subestimado a Godwin, hija, del mismo modo que él te ha subestimado a ti. Por desgracia, él tiene ventaja sobre ti, porque es hombre en un mundo de hombres. Godwin perdió dinero, pero lady Olivia sabe que es hábil, que con el empujón correcto irá por el sendero apropiado, y ella es la que marcará ese sendero.

—Eso no importa. —Lorraine se acercó a su marido, se paró a su lado, conformando el cuadro que siempre veían Eros y Hecate cuando perdían una batalla. Un equipo que sería inquebrantable—. He enviado un telegrama a Austria mientras estaban fuera, informando a Eros. Lo que haremos será resistir hasta su regreso.

—Bien, eso haremos —coincidió Attie. Polly estaba demasiado seria, no le quitaba los ojos de encima. Su pronta rendición la había delatado, Lorraine frunció el ceño, dispuesta a darle una buena reprimenda.

—Señor Callaghan, respecto a usted, le voy a pedir que se quede bajo nuestro techo unos días más. Si esto llega a escalar y lo relacionan con nosotras, quiero que no queden dudas de que éramos conscientes de quién era usted y que jamás nos estafó. Sé que no aceptó mi paga, pero la recibirá de todos modos... —Alzó la mano para detener la réplica—, no es un acto de bondad ni de negocios, sino una prueba que usted tendrá para blandir a las autoridades. Podrá decir que le hemos pagado para que participe en la farsa y se librerá de nosotros. —El gesto de Luke era de completa terquedad, jamás los traicionaría. Jamás le haría eso a Hecate. Ella le rogó, moviendo los labios, que acepte. Al menos por ella, por los remordimientos que la matarían.

—Correré la voz mañana mismo de que Luca Sforza ha tenido que marcharse de improviso —comentó Polly—, además de que acusaré tener una enfermedad contagiosa para mantener a los curiosos lejos de aquí y a las invitaciones sociales a raya.

—Hablaremos luego —fue su única respuesta de Luke, la cual fue dicha con la vista puesta en Attie.

—Y tú... —prosiguió Lorraine...

—Llevo semanas sin ser Medea, madre. —Mala elección de palabras.

—Quien me ha advertido de la gravedad del asunto es madame Leroy, al parecer han entrado a su tienda en busca de pruebas. Imagina el susto que me llevé. —Dirigió su mano al pecho—. Pensé, ¡han encontrado el traje! El traje que mi hija se pone y quita allí.

Attie palideció, Luke clavó en ella sus ojos castaños, rebosantes de enojo.

—¿Dónde está el traje?

—Pues no en la tienda de Madame Leroy, ¿verdad, hija? —Attie buscó la complicidad de Polly, de su padre, incluso de Luke, pero todos la observaban furiosos—. ¡Deshazte de ese maldito traje, Hecate Atenea Neville, o te juro que...! —dejó la amenaza en el aire, porque en realidad no tenía palabras. ¿Con qué podía castigarla?, ¿qué sería peor que ser descubierta?, su reputación, sus posibilidades de hacer un buen matrimonio, la vida social se iría al garete...

—Lo haré, lo prometo. Solo lo reservaba en caso de emergencia.

—¿Existe una emergencia, hija, que merezca que pongas en riesgo tu vida? —increpó Claus, con firmeza. Attie cerró los puños a los lados de su cuerpo, bajó la mirada y se esforzó en contener la respuesta: *Sí, existe, y lo tengo a mi lado.*

—Me desharé de él, ¿sí? Lo haré ahora mismo —prometió con sumisión. Sintió en ella el peso del juicio, el espanto de que no le creían y juzgaban sus acciones. Levantó el mentón, le tembló apenas el

labio y se le nubló la vista ante la sensación. Sería una experiencia a la que se tendría que acostumbrar en caso de que el escándalo saliese a la luz, a ese peso aplastante del juicio ajeno. Les mantuvo la mirada con desafío y repitió—. He dicho que lo haré. —Se dio media vuelta y se marchó, furiosa, rendida...y un poco asustada.

Capítulo 16



No se quedaba por las consecuencias legales, se quedaba por Attie. Había cenado a solas con tía Polly, tras el exabrupto de esa tarde, Claus había tenido una recaída. En esa ocasión no se perdió en el tiempo, sino que le fallaban las palabras. Olvidaba cómo se decía lo más básico y la frustración lo malhumoraba. Lorraine se había reclinado a su lado. Hecate, por su parte, se excusó con el pretexto de no tener hambre. Su madre, como si se tratara de una niña, le amenazó advirtiéndole que mañana mismo, la señora Foster revisaría su alcoba para asegurarse de que no hubiera rastros de Medea.

El ambiente era tenso, pero una tensión extraña. Familiar. Había quedado inmerso en la dinámica de los Neville, en unos padres amorosos que castigaban por amor y no por severidad a su hija, que velaban por el bienestar y que incluso en la enfermedad se mantenían unidos.

Luke lo entendía muy bien, porque quería zamarrear y besar a Attie en partes iguales. ¡Cómo se le ocurría mantener el traje bajo ese techo!, y encima hacerlo por él, para protegerlo a él. ¿Acaso estaba loca?, ¿no veía que la única forma de cuidarlo era cuidándose? Sin ella, él perdería el rumbo. Era una verdad tan honda en su pecho que podía jurar que existía desde siempre, que su encuentro fortuito con Medea solo encendió una llama que siempre debió brillar allí.

—Está taciturno, señor Callaghan.

—Lo siento.

—No lo haga, este momento iba a llegar —le confirmó tía Polly—. Pero estamos cerca de la meta, lo conseguiremos, ya lo verá. —Luke asintió con la cabeza—. Aunque dudo que eso sea lo que le preocupa.

—Es complicado... —Suspiró, ante la mirada atenta de la mujer, confesó—: Admiro y detesto la osadía de lady Hecate.

—Cariño —Le palmeó la mano—, no es osadía, es desesperación.

—Pero ya teníamos un plan mejor, menos riesgoso...

—Otra desesperación, señor, y usted la conoce... —Sí, lo había oído de sus labios. No sabía en qué problemas involucrarse para mantenerlo a su lado—. Lo dejaré a solas con sus pensamientos, este día ha sido bastante emocionante para mis nervios.

Luke se puso de pie y la saludó con un gesto reverencial, tras lo cual, también se marchó. En su caso, en dirección a la biblioteca. No podría dormir, estaba acostumbrado a jornadas más extenuantes en lo físico y menos en lo mental. Su cabeza estaba agotada de pensar y su cuerpo, listo para la guerra. Mala combinación.

La biblioteca de los Neville era una habitación de cuentos de hadas, se notaba el amor que toda la familia le profesaba a los libros. Era inmensa, con estantes en las paredes desde el techo hasta el suelo.

Al ser de noche, no se apreciaba la madera blanca, ni los detalles dorados en las molduras, ni las pinturas de nubes y constelaciones en el techo. Aun así, la luna conseguía proyectar otro encanto. Se colaba plateada por los altos ventanales y conseguía que se viese el escenario azulado, de ensueño. Luke debió romper parte del hechizo al prender una lámpara de aceite. Al ser el espacio mayoritariamente blanco, la luz cogió más fuerza e iluminó con claridad el camino.

No sabía qué buscaba, además de distracción hasta que pudiera hablar con Attie. Ordenar sus ideas, como se ordenan las bibliotecas, por un criterio lógico y nada emocional. Lo que sí sabía era que lord Claus Neville le había generado una grata impresión y, en especial, una curiosa influencia. Caminó por entre los estantes y divisó los pequeños rótulos que indicaban la sección en la que se hallaba: botánica, biología, ciencias de la naturaleza... Prosiguió en su exploración. El padre de Attie le había despertado un interés en algo que jamás creyó que le gustaría, la historia. Había aprendido a leer y escribir con un párroco, el cual había intentado inculcarle a Stephan y a él más que solo lo básico; pero ambos muchachos tenían un único propósito en la vida, salir adelante, y para ello eran más útiles las matemáticas que la historia. O eso había creído hasta entonces. Claus había dicho algo que se le quedó grabado a fuego, la historia la hacían hombres como él, por más que se estudiaran los nombres de los reyes y emperadores. Se sorprendía de nunca haberlo pensado, los reyes declaraban las guerras, pero las peleaban los soldados. Detrás de los miembros del parlamento que dictaban leyes se hallaba hasta el pobre diablo que le ajustaba el corbatín. Olvidar eso era peligroso para ambas partes, los hombres como Claus podían perder el poder y los hombres como Luke, descuidar el que poseían.

Dos lecciones le había dejado el lord en su momento de lucidez, que Luke Callaghan era dueño de su propia historia y que podía hacerla grande si sabía leer la actualidad. Para ello, necesitaba estudiar el pasado. Por fin llegó a la sección que lo llamaba incluso antes de saber qué buscaba. Tal vez existiera un libro propio de la historia de los Neville, uno que le contara sobre aquel primer hombre medieval que una vez fue a la guerra sin nada y volvió con un caballo. Pero cuando estuvo frente a frente a los tomos, otro capturó su atención:

—Historia de Roma I, II, III y IV —leyó. Sintió un extraño picor en la mano, las ansias de acariciar esos lomos y hacerse con toda la información que allí se hallaba. Tuvo la extraña sensación de reconectar no con el saber, sino con su propio pasado. Attie lo había dicho entre alcohol, cuando con atino *adivinó* que provenía de Bath... ¿Y si en verdad provenía de un legionario romano asentado en esas tierras?, ¿era eso posible? Cogió el libro uno sin demoras, y se fue hacia el sillón de respaldo alto con la lámpara de aceite a su lado.

Lo primero que halló fue un mapa, buscó con el dedo hasta hallar Britania. El corazón se le aceleró por la emoción. La letra era pequeña, pero clara. Comenzó con la introducción del autor:

«¿Qué clase de hombres fueron los romanos? Se suele decir que los hombres se conocen mejor por sus hechos; por tanto, para contestar a esta pregunta habrá que recurrir, en primer lugar, a la historia romana para buscar los hechos y, en segundo lugar, a la literatura para encontrar el espíritu inspirador detrás de ellos. A los romanos les hubiera complacido que se les juzgara por su historia; para ellos historia significaba hechos; en latín se dice *res gestae*: cosas hechas...»

—*Res gestae* —pronunció con la falsa imitación de italiano y le causó gracia. A medida que leía, más conectaba con la historia. Se sentía identificado, más romano que inglés. ¿Acaso había hallado sus raíces? Los pobres, había creído él gracias a esa educación que los formaba para seguir siéndolo, no tenían raíces. Los ricos tenían árboles genealógicos y paredes con retratos familiares, los pobres, cuanto mucho, poseían alguna receta que les enseñaba la abuela. El regalo que lord Claus le había

hecho era significativo y tenía como fin recordarle que no debía guiarse por el qué dirán o por esos absurdos mandatos de sociedad; era una forma más honda de otorgar su beneplácito, un recuerdo de que todos los hombres y mujeres son en esencia iguales y en actos, distintos. Importaban sus actos, importaba ser merecedor del amor de Attie como Claus lo había sido de su familia. No lo adoraban por ser el patriarca, el lord u ostentar un título, lo adoraban por ser solo Claus. Y esa era la mayor aspiración de cualquier hombre, ser amado por su familia.

Las horas pasaron sin que él las notara, inmerso en ese mundo increíble que se abría ante él. Sentía que cambiaba por completo el prisma con el que observaba la vida; debido a la cantidad de años pasados desde el imperio y las guerras sin treguas, muchos documentos se habían perdido, pero no los hechos. Lo que las personas hacen perdura, lo que dicen... pues eso puede diluirse, quemarse, reescribirse.

La llama flameó a su lado, recordándole que la historia era eterna, pero el aceite de las lámparas no. Llegó a ver la hora en el reloj antes de que la luz se extinguiera. La una de la madrugada.

—Mierda...—No era un hombre al que le gustara trasnochar, lo suyo era levantarse al alba. Solo que... no había terminado ese capítulo. Justo cuando explicaba la república y los vicios que habían llevado a un gran imperio a un posible deterioro. ¿Dónde almacenaban el aceite?, que se lo descontaran de su no aceptada paga, pensó, mientras daba un rodeo en la penumbra.

De pronto una luz iluminó parte de la biblioteca, una vela y tras ella, ni más ni menos que lady Hecate. Luke abrió la boca para anunciarse, las palabras se le atoraron en la garganta. Attie llevaba un simple camión de algodón y un salto de cama de raso con detalles de flores de cerezo. El cabello le caía a lo largo, hasta la cadera y el salto estaba semiabierto. La luz de la vela transparentaba la tela y él...él podía ver sus largas, torneadas, perfectas piernas.

Que Dios lo perdonase por el sinfín de pensamientos pecaminosos que atravesaron su cabeza: Besarla, acariciarla, perderse en su cuerpo...matarla.

—¿Qué demonios haces? —preguntó al verla agacharse, intentar esconder el traje de Medea en un rincón oculto tras los libros. El grito de ella por poco despierta a los criados.

—¡Luke!, ¿quieres matarme de un susto?

—Justamente eso pensaba...sin susto mediante —Se acercó a ella, en su mano resplandecía la maldita malla metálica—. Prometiste deshacerte del traje.

Ella se incorporó, se volvió hacia él y llevó el traje a su pecho. Lo protegía de la destrucción.

—Mentí. —Levantó el mentón, desafiante. En sus ojos también brilló el mismo desafío—. Mentí, no me desharé de ella.

—¡No es una persona!, eras tú disfrazada...

—Exacto. ¡Era yo! —lo dijo en tono de grito, pero sin elevar la voz—. Era yo y es importante.

—Te busca todo Londres, joder, Attie. —Luke se mesó el cabello. Sus rizos volvían a su completo esplendor y la barba asomaba, libre, tras un día sin rasurar. Volvía a ser él, solo él, y tenía que bastar.

—No me importa. —Un vestigio de vulnerabilidad le atravesó el rostro, intentó esconderlo. Falló. Luke la conocía demasiado bien—. Medea es... es lo único que me queda —confesó ante la mirada penetrante del hombre.

—¿De qué cojones hablas? —siseó, estaba furioso con ella. ¿Cómo podía ponerse en riesgo?, ¿cómo podía...¿hacerle eso?? Entendió que allí radicaba su enojo—. ¿Cómo puedes decir que Medea es lo único que te queda?

Ella buscó rehuir de su mirada, él la asió de la muñeca, la acercó a él. Seguía enojado, pero

también angustiado por el dolor que atravesaba las palabras de Attie. Por ese vestigio de lágrimas.

—Medea me permitió sentir que estaba en control cuando la vida se derrumbaba. Cuando los médicos dijeron que no había nada para hacer por mi padre, cuando lady Priscilla vino con la noticia de que su madre quería vengarse a costa de la felicidad de mi hermano, cuando mi tía Polly lloraba por mi tío y languidecía en el encierro social al que empujan a las viudas... Medea me dio...

—¿Un sentido?

—A ti... —murmuró. Attie alzó la vista, lo desafió a observar el dolor en su mirada—. Me piden que me cuide, que resguarde mi vida, y yo les pregunto, ¿para qué? Desplazo a Medea que me dio tanto, ¿para qué? Para tener una larga y próspera vida observando a mi padre languidecer, para ser la tía sana que ve a los demás alcanzar la dicha mientras ella es miserable... ¿Para qué, Luke, debo preservar mi vida? —Apretó el traje en el pecho—, ¿para tener más años de añorarte?, ¿para verte marchar? ¡Al menos Medea puede hacer más que lady Hecate! —elevó la voz—. Al menos ella siente menos impotencia, al menos ella puede coger una rienda y hacer el mundo girar. Lady Hecate solo puede observar cómo todo se derrumba, cómo el hombre que ama se irá y su padre morirá sin recordarla. ¡Joder, Luke! Dame una buena razón para ser Hecate y no Medea.

—Ni Hecate ni Medea. Attie, sé Attie —gruñó él, con el dolor atenazándole la garganta.

—Tú te irás y yo...

—¡Demonios, Attie! —Le quitó el traje de las manos y lo lanzó lejos—. Joder, ¿cómo puedes pensar que me iré o que lo haré sin ti?, ¿cómo puedes estar tan ciega de no darte cuenta de que te amo?

—Pero tienes un sueño —lo empujó a la altura de su pecho, le obligó a alejarse, él se lo impidió, acercándola más—. Yo no quiero ser la razón por la que no cumples tu sueño, yo...

—Tú eres mi sueño, lady Hecate Atenea Neville.

—América...

—América era un plan, no un sueño. —Le alzó el mentón, la obligó a enfrentar la verdad—. Un plan de un hombre sin sueños, que lo único que había hecho hasta entonces era sobrevivir, sin imaginar que la vida era más que eso.

—Será un escándalo —expuso ella, aferrándose a las solapas de su chaleco tweed, rogando con su cuerpo que él hablase en serio—. Te harán la vida un infierno.

—La vida sin ti sería un infierno, lo demás, son solo paraísos con matices. —Bajó la mirada, recorrió el cuerpo de la dama y exhaló como un toro embravecido—. O tal vez sí sea un poco infernal vivir a tu lado —reconoció, antes de recorrer la distancia que separaba sus bocas y ahogarse en un beso desesperado.

Attie respondió, seguía asida a sus solapas, temerosa de que, si lo soltaba, se desvaneciera, o se lo llevara el océano lejos de ella. Abrió los labios, ansiosa de sentir a Luke en su interior, porque su cercanía ya no bastaba. Necesitaba hacerse carne con él, uno, inseparables. Sintió las manos del hombre en sus hombros, en sus brazos, luego descendieron hasta aferrarla de la cintura.

—No vuelvas a hacer eso jamás, Attie —le rogó él, recorrió con sus labios el mentón, hasta llegar a su cuello. Le apartó el largo cabello renegrido, para alcanzar el punto de su pulso. Saboreó con la lengua el latir furioso—. No vuelvas a ponerte en peligro, ni para retenerme, ni por desesperación. No dejes que la tristeza te lleve a lugares oscuros de tu mente...

—Luke...

—El mundo sin ti es el infierno, el único infierno. Prométeme que no volverás a pensar que tu

vida vale menos que la dicha de los demás, o lo que tú crees que es la dicha de los demás. No dejes jamás...—volvió a rogar, bajando las manos hasta su cadera. La instó a abrir las piernas y la alzó, hasta que pudiera rodearlo por la cintura. Atrapó su cuerpo entre el suyo y la pared, para así poder estar de igual a igual. Mirada con mirada—. No dejes jamás que el dolor vuelva a apoderarse de tu mente, he visto lo que el dolor le hace a la gente. Reemplázalo por amor, ámate como yo te amo y ya verás cómo te empiezas a cuidar como el más valioso de los tesoros. Porque eso eres, Attie, eres valiosa. No necesitas a Medea, ni un título...es más, no me necesitas siquiera a mí.

—Sí lo hago —respondió ella, rodeándole el cuello con los brazos y hundiendo su cabeza en el hueco entre este y su hombro—. Sí te necesito.

—No, cariño. ¿Qué sientes por mí? —le preguntó, mientras depositaba besos en su hombro cubierto de raso.

—¿En este preciso momento o en general? —Luke rio, su risa fue ronca, llena de deseo—. Te amo...No necesito un guardaespaldas, ni necesito un actor. No te elijo por necesidad, te elijo porque te amo.

—Yo también te amo. —Ella se aferró más fuerte con las piernas en torno a su cintura, depositó un beso en su mentón que comenzaba a raspar por la barba. Gimió apenas, y él respondió con un gruñido. Podía ser que hubiera probado su punto, que no hay una necesidad utilitaria detrás del amor verdadero, pero lo cierto era que sí se necesitaban.

En ese instante, la necesidad era apremiante. Desesperada. Barría con la razón, un último vestigio iluminó la mente de Luke.

—Juro que puedo parar —murmuró con su boca en la de ella, inhalando su aliento, su calor.

—No quiero que lo hagas.

—Entonces, júrame algo. Pase lo que pase, te casarás conmigo.

—¿Esta es tu propuesta de matrimonio, Luke Callaghan? —rio Attie, la risa se le cortó con un gemido. Su cuerpo se deslizó hacia abajo, y su núcleo rozó la protuberancia del deseo de Luke. Creyó que iba a estallar, que el mundo se derrumbaría a su alrededor y que ellos solo sobrevivirían si se mantenían unidos. Aferrados.

Él pensaba igual, la cargó hasta el sofá, sin cambiar de posición y se reclinó sobre ella. Era incapaz de separarse, el deseo lo consumía. Volvió a besarla en los labios, en el cuello, hasta comenzar a alzar el camisón y descubrir la ausencia de ropa interior.

—Contesta, por Dios, dime que te casarás conmigo. Dime que serás mi esposa...

—Claro que seré tu esposa, Luke. —Ella empezó a desabrochar el chaleco, siguió con la camisa, hasta revelar el pecho amplio y musculoso del hombre. La tarea fue interrumpida por el impacto de un beso desesperado. Luke no podía concebir tanta dicha, era la persona más afortunada del mundo. Intentó refrenar el deseo desbocado, no por caballerosidad, sino para extender el disfrute.

Quería saborear a Attie como un manjar demasiado tiempo ansiado. Se quitó el chaleco y la camisa, y dejó que la muchacha lo explorara a su gusto. Saberse deseado por ella alimentaba una terrenal vanidad que no sabía que tenía. Regresó a su boca, esta vez con un beso más lento, menos desesperado. Lamió los labios femeninos, anchos, dulces... la forma perfecta y sensual de esa boca. Continuó la exploración por su mentón, palpando la suavidad de la piel de Attie con sus labios. Al tiempo que avanzaba por ese extremo, sus manos ascendían por las piernas, hasta las caderas, levantando el camisón. Boca y manos se encontraron a la altura de los pechos, en donde se detuvieron un instante para obsequiarle la escena a sus ojos hambrientos.

La piel de Attie resplandecía por la luz tenue de la luna, su cuerpo casi por completo desnudo se arqueaba bajo el de Luke, en busca de liberación. Él terminó por desnudarla, y necesitó hacer una pausa para desabrochar su pantalón, la presión de la tela lo mataría. Hecate también lo estudió, se deleitó con ese cuerpo que siempre la había cautivado. De su fuerza, del tono dorado de su piel, de lo suave que era su espalda y lo ásperas que eran sus manos. No podían hablar, querían decirse de nuevo que se amaban, que se casarían, que eso que compartían sería por siempre, pero las palabras no salían. Estaban sometidas al deseo físico, el cual era indescriptible.

Luke descendió sobre ella, hasta capturar un pezón en su boca. Pasó la punta de la lengua hasta erguirlo, para rozarlo con los dientes después. El gemido de Attie fue hondo, le hizo estremecer. No tanto como la respuesta de la muchacha, el roce de su pelvis con su erección. Él llevó la mano a la entrepierna de Attie, su intención era asegurarse de que estaba lista para recibirlo, pero en cuanto palpó su humedad, cambió de parecer. Se sostuvo sobre el antebrazo de su mano libre y le ordenó:

—Mírame, Attie. —Sonrió pícaro—. Mírame y si cierras los ojos, me detengo.

—¿Qué?

La respuesta fue una caricia en el punto exacto. Hecate por instinto cerró los ojos, Luke se detuvo de inmediato. Al volver a abrirlos, la mirada ardiente de él se fijó en la desesperada de ella. Movié los dedos una vez más, esta vez Attie mantuvo los párpados abiertos, los ojos clavados en los de él mientras el placer crecía sin control, mientras la respiración se le agitaba y el deseo lo inundaba todo.

—Luke... —Abrió los labios para respirar, sin imaginar que sería su último suspiro antes del estallido—. Luca... mi Luca... —se le escapó antes de sentir que el cuerpo se le rompía en mil pedazos.

—Verte alcanzar el placer será mi nuevo vicio, algunos son adictos al alcohol, otros al tabaco. Yo a ti, me declaro adicto a ti.

No era mentira, aún no tenía suficiente de ella. Jamás sería suficiente. Aprovechando el letargo del orgasmo, regresó al reconocimiento de su cuerpo. Halló la herida que él mismo había cosido, la besó como si pudiera hacerla desaparecer, barrer con cualquier cicatriz. Siguió descendiendo hasta su vientre, hundió la lengua en el poco profundo ombligo y se deleitó al sentir cómo se le erizaba la piel a Hecate.

—¿Luke? —preguntó, confundida. Ella sabía lo básico respecto a lo que sucedía entre hombre y mujer y había oído por las historias de amantes de que podía ser gratificante. Pero aquello... aquello era escandaloso. Estaban destinados al escándalo—. ¿Qué...? ¿No se terminó aún? —La risa de Luke se convirtió en tibio aliento y la alcanzó en su punto más sensible—. ¿Cuándo termina?

—¿Quieres que termine?

Attie se rio de sí misma, de sentir pudor por responder y no por estar desnuda, abierta ante él y absolutamente rendida.

—No —reconoció.

—Bien, porque te quiero oír decir mi nombre de nuevo. —Pasó la lengua por su húmedo sexo y fue él quien por poco llega a la cima. Era deliciosa, era su tan ansiado manjar.

—Luke...

—No. —Sopló y volvió a lamer—. No ese... —Perpetuó la tarea hasta arrancar de ella lo que deseaba.

—Luca. —Attie enredó los dedos entre los rizos de su cabello, pensando que moriría. El placer había sido más intenso esa segunda vez que la primera, ¿acaso eso iría *in crescendo*?, ¿cuál sería el

límite?

Sus preguntas tuvieron respuesta cuando Luke se inclinó sobre ella y al fin, como buen legionario romano, tomó control del territorio conquistado. Se hundió en su interior, sin recibir resistencia. El placer y la humedad la habían preparado y ahorrado cualquier vestigio de dolor. La primera estocada fue lenta de todos modos, cuidada, dispuesta al retroceso de ser necesario.

No lo fue. Attie ansiaba aquello tanto como él, al fin ser uno, inseparables. Se aferró con las piernas a su cintura y con los brazos a su cuello, para que nunca se alejara de ella. Nunca la dejara. A medida que el placer de él crecía, el de ella lo acompañaba. La maravilla del desahogo de Luke la alcanzó como un rayo, y sin creer que su cuerpo pudiera ser capaz de más, la obsequió con un último estallido.

—Luke... —Lo llamó cuando él se derrumbó sobre ella.

—Mmm, prefiero el otro nombre —dijo él, abandonando con parsimonia su interior.

—¿Por qué?

—Porque el día que entre vodka y puntada me bautizaste con ese nombre me hiciste un hombre nuevo, lady Hecate Atenea Neville. Mi Attie. Me hiciste tu hombre.

—Y yo, tu mujer.

—Ahora solo necesitamos ese maldito papel que desatará el escándalo. Hasta entonces, esto no volverá a suceder —prometió poco convencido. Su temor era evidente, el de haber sembrado su semilla, el de elevar ese ya inabarcable escándalo al nivel de intolerable. La observó y gruñó de frustración adelantada.

—No te preocupes, a esta hora Deméter duerme —respondió ella, aludiendo a la diosa griega de la fertilidad. La famosa madre de Perséfone, guardiana de las primaveras y de los vientres femeninos.

—¿Cómo lo sabes?

Attie no podía responder, solo lo sabía. Era una extraña sensación, una ¿premonición? Se encogió de hombros y comenzó a vestirse. Él hizo otro tanto. Attie encontró el libro de historia romana y miró a Luke, le sonrió.

—Ven, leamos un poco más. Aquí guardamos el aceite... —Rellenó la lámpara y se sentó en el regazo de Luke, se quedó dormida en su hombro mientras él llegaba a la conquista de Siracusa.

Capítulo 17



La sombra de su padre. Un lord consentido. Un joven incapaz de estar a la altura de su legado. Refinado, con buenos modales, un erudito, pero con poco carácter. Definitivamente, sin carácter suficiente para afrontar las responsabilidades de la familia.

Lord Eros tampoco escapaba de los rumores. Siendo sinceros, nadie lo hacía. Si movías el pie en el sentido opuesto al deseo de la mayoría serías criticado y desmerecido. En especial cuando la edad no jugaba a tu favor, en ese momento, al igual que un brote que recién asomaba por sobre la tierra, las hipótesis solo podían ser dos, o era una hierba buena o era una mala. Con el pasar del tiempo se sabría la verdad detrás de esa suposición. Oh, mira, resultó ser una rosa o un lirio. Oh, mira, es un arbusto de fresa. ¡No, resultó ser un árbol de manzanas! En el peor de los casos, se convertiría en una caótica enredadera o en hiedra venenosa.

Ni hiedra venenosa. Ni manzano. Menos que menos, un rosal. Lord Eros regresaba al hogar demostrándole a todos quién era de verdad... ¡Un jodido roble! Podía sobrevivir el más crudo de los inviernos, soportar tempestades, sequías veraniegas y, aun así, se mantenía firme y en pie. Aquel que pensó que lo habían lanzado a los lobos en su expedición hacia tierras extranjeras con el fin de mantener las relaciones familiares y vínculos con la corona británica en buenos términos se equivocó. El futuro heredero del condado demostró ser un Neville de pura cepa, no solo volvió sin un rasguño, sino que regresó siendo el nuevo líder de la manada.

—¿Estás seguro de que es la decisión correcta, hijo? —Lorraine quería ser el último eco de la voz de conciencia de Eros. No juzgaría ni se interpondría en su camino, solo actuaba como su madre, utilizando la reiteración como un método introspectivo de análisis.

El único ausente en la repentina reunión familiar era Claus que estaba inmerso en uno de sus días de desvarío mental. Le daba indicaciones al jardinero al tiempo que lo reprendía por su pésimo desempeño. *¡Me sorprende de su parte, señor Lars, parece que es la primera vez que poda un arbusto!* El pobre señor Park asentía, no tenía sentido recordarle al lord de la casa que Lars no trabajaba más en la casa y que podaba los arbustos de la forma que él mismo le había indicado tiempo atrás.

Por fuera de Claus, en el salón principal, Eros Neville convocó a todos los miembros de la familia, los actuales y futuros. Lorraine, Polly, Hecate, Priscilla y el más inesperado de todos... Luke Callaghan. El simple hecho de encontrarse frente a frente con el hombre que se convertiría en el ¿esposo? de su hermana hizo que su boca se abriera sin ningún reparo al responder.

—Pues sí, madre, al demonio todo. —Una larga exhalación acompañó sus palabras—. En este momento, estamos sentados sobre una gran montaña de pólvora, si alguien lanza una cerilla, volaremos por los cielos. Y yo no voy a arder en manos de otro, si lo haré, lo haré por mis propias

acciones, ¿de acuerdo?

—¿Acaso podemos estar en desacuerdo? —Attie fue la única que se atrevió a hablar.

—¿Tú?, ¿de todos los presentes? —Miró de soslayo a Callaghan, como buen caballero se mantuvo en silencio, hablaría cuando su opinión fuese demandada. Tras el intercambio visual con el hombre que sería su «cuñado», regresó la atención a su hermana. Alzó las cejas—, ¿tú estás en desacuerdo? —Tras su regreso, luego de las conversaciones iniciales con su familia, Eros se encomendó a la tarea de conocer al hombre que se había alzado como el escudero de las mujeres más importantes de su vida. Luke no olvidaría jamás las palabras del joven lord, *en esta familia lo que nos sobra es dinero, así que cuando hablamos de nuevos vínculos familiares consideramos más los valores personales que la riqueza. Por lo que tengo entendido, estos son su mayor patrimonio, señor Callaghan, y con eso me basta.* Era verdad, aceptaría su unión sin un atisbo de duda si Hecate así lo deseaba. Luego evaluarían la forma de lidiar con el repudio social. Un repudio que movería la aguja de su brújula, apuntalando otro escándalo cuando apareciera.

—No, no es que esté en desacuerdo, es que hemos contenido el estallido tanto como pudimos y siento que...

—¿Qué? —Eros no era dado a los rodeos. El tiempo pendía sobre sus cabezas como una jodida guillotina.

—No... no lo sé —titubeó sin siquiera saber ella la respuesta. Estaba ansiosa y temerosa en partes iguales, lo único que la mantenía en pie y no la hacía tambalear ante el futuro postergado era la certeza de que no estaba ni estaría sola, Luke permanecía y permanecería a su lado. Y ella al de él—, siento que nos precipitamos.

—Y lo que sientes es correcto. No quisiera hacer las cosas de esta manera. —Sus ojos hicieron contacto con los de Lady Priscilla, ella le sonrió, estaba feliz de tenerlo de regreso—. Dios es testigo de que deseaba darle a mi futura esposa la boda que merece... —Sus ojos brillaron, la compensaría con creces el resto de su vida—, pero repito, si todo tiene que estallar que lo haga bajo nuestros términos. ¡Estoy hasta la coronilla de Lord Mountbatten! De los imbéciles que le siguen el juego y van a la caza de tu alter ego... —Golpeó la mesa con el puño, en su mente encestaba el puñetazo en el rostro de Godwin—. Y, por, sobre todo, estoy hasta la coronilla de ocultar la realidad de padre —exhaló con melancolía. El peso en los hombros de su madre, tía y hermana era mucho, no había nada más doloroso que fingir una realidad que no se tiene y que se quiere con desesperación. Su padre nunca volvería a ser el mismo, continuar con la farsa de que sí solo las consumiría. Aceptar la enfermedad de Claus de las puertas de la casa hacia fuera sería liberador. De ahí en adelante solo restaba continuar con la nueva vida que les tocaba vivir junto a él y su enfermedad. ¿Cuánto tiempo le quedaba a su padre para alcanzar el olvido absoluto?—. Han hecho demasiado y es tiempo de poner fin a los planes de supervivencia que han mantenido hasta ahora. El único plan posible y sin riesgos es que la verdad corra por las calles de esta ciudad y, una vez más, así como la custodia del secreto quedó en sus manos, les entrego a ustedes la llave para liberarlo. Madre, ¿crees que puedas con ello?

Lorraine y Polly coincidieron en miradas y pensamientos. Por supuesto que no eran unas principiantes, se habían acostumbrado a vivir como soldados en batalla, siempre atentas y preparadas para el ataque. Así como Polly bordaba los cojines y Lorraine pintaba sus cuadros, con similar destreza elaboraron un entramado de salvataje como plan de contingencia. Solo se requería de una o dos visitas a sus conocidas, dos o tres encuentros de té, y todo Londres conocería la triste y repentina historia de Lord Claus Neville. El doctor Dupont, haría su parte dentro del grupo selecto en el que se desenvolvía

y, Eros haría la suya en la cámara de Lores.

—Puedo... podemos —respondió Lorraine con Polly asintiendo a la par—, siempre y cuando Attie se mantenga a la margen. —Hecate abrió los ojos desmesuradamente. Sus labios se despegaron dispuestos a lanzar una inagotable catarata de quejas—. La salud de tu padre y la búsqueda incesante de la identidad de Medea son dos caminos por completo opuestos. —Sí, ambos nacieron en el mismo punto, pero con el pasar del tiempo y las circunstancias, se bifurcaron—. Coincidimos en que íbamos a mantenerte lejos de todo riesgo, ¿no es así? —Lorraine buscó la correspondencia de Luke ante lo dicho.

—La mantendré lejos... —Luke frunció el ceño cuando Attie intentó manifestarse en contra. Ella apretó los labios—, muy lejos de todo riesgo, milady. —Si tenía que aprisionarla en sus brazos hasta el fin de los tiempos lo haría. Un deje de picardía destelló en sus ojos, un destello que halló un brillo similar en la mirada de lady Hecate. Si para contenerla la obligaban a vivir tras la espalda de ese buen samaritano llamado Luke Callaghan... ¡Oh, se sacrificaría una vez más! Attie apretó los labios para ocultar la placentera sonrisa que deseaba confesarle al mundo que conocía esa espalda desde todas las perspectivas posibles. Que la había besado, acariciado...

—Confío en sus... —Eros carraspeó. Podía interpretar muy bien las reacciones entre esos dos. ¡Joder! Si hasta los envidió— sus habilidades para resguardar a mi hermana.

—Oh, sí, dalo por hecho, tiene muy buenas habilidades —bromeó Polly con la intención de calmar los ánimos tensos. Hecate se sonrojó. Luke también. Lady Lorraine codeó a su cuñada.

—De ser así, me valdré doblemente de esa confianza y de sus habilidades, ¿será posible? —Eros estaba seguro de que tendría contactos que le serían de ayuda en lo inmediato.

—Por supuesto, milord, ¿qué necesita?

—Primero, que deje los honoríficos a un lado, segundo, que me ayude a planificar mi viaje a Escocia. —Miró de soslayo a Priscilla y fue ella la que concluyó la oración.

—Partiremos mañana al amanecer de ser posible.

—¿Qué?! —exclamaron las mujeres Neville a coro. Sin duda, los tiempos de Eros corrían a una velocidad diferente. Había dicho que sería él el encargado de provocar el estallido, ¡y vaya que le gustaba jugar con fuego!

Conocía el comportamiento de su hija al dedillo. En especial, conocía el arte de aparentar que había desarrollado. Lo aprendió de ella, sin duda. Ojalá hubiese aprendido también a cerrar su corazón cuando un Neville andaba cerca. Pero no, como si estuviese grabado en su piel, tenían la tendencia a tropezar con la misma piedra. Una que atesoraban como si fuese una piedra preciosa.

—¿A qué hora dices que se marchó? —indagó en la información recopilada por la señora Pons.

—Peter la vio marcharse al alba, se preparó ella misma la montura y cabalgó como alma que carga al diablo dentro.

Lady Olivia gruñó, estrujó con fuerza la correspondencia que Priscilla había recibido de lord Eros durante su estadía en Austria. En las cartas él le planteaba la posibilidad de huir a tierras escocesas para unirse en matrimonio. Ni bien pusiera un pie en Inglaterra se encargaría de ultimar todos los detalles. Ni lord Mountbatten, ni ningún italiano, él sería su esposo, tal y cómo se había pactado. Tal y cómo ellos lo deseaban. Contraerán matrimonio, punto final. Nadie más se interpondría.

—Es igual de fiel y tenaz que su padre —reconoció para sí Olivia. Fiel y tenaz a sus sentimientos.

Esperemos que tú no seas igual de crédula que yo, pensó. Ella no les creía ni una sola palabra a los hombres Neville. Eran traicioneros por naturaleza—. Quizá, de camino a Escocia, encuentre otro amor.

—Llevaba consigo una maleta de mano, milady.

Olivia caminó hasta el fuego casi extinto de la chimenea, quedaban tan solo un par de leños ardiendo. Arrojó las cartas, las vio quemarse muy lentamente. Respiró profundo y exhaló con la misma intensidad. ¡Maldita niña! Si le rompían el corazón, ella... ella... Agggg... ¡Al diablo su corazón! Piensa en lo importante, Olivia, se recordó. ¡Las tierras del condado! No, no volvería a cederles el control sobre las mismas. ¡Le pertenecían! Eran el pago recibido por la traición. Y si se las quitaban, el dolor enquistado dentro suyo brotaría a la superficie.

—Elba, dile a Peter que prepare el coche.

—Lo tiene preparado desde el momento que vio partir a su hija, señora.

Como siempre, sus empleados eran funcionales a sus propósitos e intereses. Nota mental: aumentarle la paga mensual a Peter.

La tranquilidad en el hogar Neville le indicaba que había llegado tarde. Los rostros de Lorraine y Polly disimulaban la satisfacción del triunfo. Nunca habían considerado a Olivia como el enemigo, sí un obstáculo, quizás una pieza más dentro del tablero, una que podía ser desplazada del juego con la estrategia adecuada.

La partida repentina de Eros y Priscilla para contraer nupcias en Escocia no fue una estrategia adecuada, todos coincidían en ello. Fue un manotazo de ahogado, dos enamorados tratando de sobrevivir a la embravecida marea del océano Cambridge. ¿Serían criticados? Por supuesto, por las matronas y las amistades de la familia de Priscilla. ¿Serían elogiados? Por supuesto, por los jóvenes que todavía creían en el amor y esperaban un matrimonio forjado por ese sentimiento. Crítica o elogio, daba igual, con el pasar de las semanas no sería recordado. Sería una anécdota que, cada tanto, se contaría en las veladas nocturnas. Cuando Eros asumiera las responsabilidades del condado, solo se hablaría de su desempeño y capacidad. El cotilleo pasaría al mejor postor, al escándalo del momento. Nadie mantenía el protagonismo principal por mucho tiempo en Londres.

Pero Olivia no se quedaría con el sabor amargo de la derrota. Escupiría su veneno, para eso estaba ahí, para intoxicar la gloria de los Neville.

—Pueden sonreír si así lo desean, no es necesario que disimulen más, se les arrugará el rostro.

—Hay arrugas que valen la pena, en especial aquellas que contarán la historia familiar en la vejez. —Lorraine tomó asiento en su sillón personal. Polly hizo lo mismo a su lado—. Tome asiento, lady Olivia, siempre ha sido y será bienvenida en nuestra casa.

Lady Cambridge rio con sarcasmo. Se mantuvo de pie. Alzó el mentón. No les creía ni ápice.

—No me sorprende tu actitud, Olivia, es la habitual desde hace más de dos décadas —Las palabras de Polly tenían más peso cuando se trataba de lady Olivia, al fin y cuentas, se conocían desde temprana edad. También habían sido amigas, muy buenas amigas, si hasta habían debutado juntas en sociedad—. Lo que siempre me ha sorprendido fue tu falsa creencia con respecto a la nuestra... Eres y siempre serás bienvenida —dijo con una certeza tan auténtica que la piel de lady Cambridge se erizó.

Olivia aplaudió lentamente. Se esforzaba en seguir en su papel, el de enemiga acérrima.

—¡Espléndida actuación, Polly! Tan creíble que casi se me eriza la piel —se burló—. Es más, te

pido encarecidamente que me compartas algún consejo artístico, viendo y considerando que, desde hoy, tendré que fingir ante todos que nuestras familias están a gusto y celebran esta nueva unión.

—¿Cómo puedes albergar un resentimiento tan grande, Olivia? —Lorraine no pudo contenerse, abandonó su trono de condesa y fue hasta ella decidida a enfrentarla. Era tiempo de saldar deudas—. Un resentimiento capaz de devorar de un bocado la felicidad de tu hija.

—¿Qué sabes tú de la felicidad de mi hija? —Olivia avanzó, las faldas de ambas se rozaron. Parecían dos yeguas embravecidas dispuestas a una justa.

—¡Por lo visto, más que tú! —Lorraine dio un paso. Las puntas de los botines se chocaron. Polly reaccionó al instante, abandonó la comodidad del sofá, se alzó la falda y, con un par de rápidas zancadas, estuvo junto a ellas. Se interpuso entre ambas—. ¿Acaso has visto el brillo de sus ojos cada vez que mira a mi hijo? —La condesa dio otro paso más, aprisionando a Polly entre ambos cuerpos.

—¡Suficiente! —exclamó Polly extendiendo los brazos—. ¡Que aquí no hay gallos, solo damas de sociedad!

—¿Dama? —carcajeó con sorna Olivia—. Creo que la condesa se ha olvidado de la existencia de los modales —dijo, al fin de cuentas la primera en avanzar y empujar fue Lorraine, no ella. Olivia no se quedó atrás, dio un paso y con su cuerpo empujó a Polly. La espalda de esta impactó contra Lorraine.

—¡Pues hoy prefiero ser gallo y no condesa! —Lorraine la desafió con el mentón.

—¡Pues que bajo has caído! Prefiero ser pavo real y no un condenado gallo. —Olivia esparcía su veneno como podía.

—¡Olivia, por favor! —clamó Polly que era arrastrada por el movimiento de los cuerpos.

—¡Mejor para mí, así puedo arrancarte tus jodidas plumas! —Al diablo todo, pensó Lorraine, era su tiempo de hacer algo más que escupir veneno. Estiró sus brazos por sobre los hombros de Polly y cogió de los cabellos a lady Olivia.

—¡Cómo...cómo te atreves! —gritó lady Cambridge al tiempo que intentaba imitarla. Cogió unos cabellos y tiró con furia. Para su decepción, no eran los cabellos de la condesa, sino los de Polly.

—¡Por los mil demonios! —gimió esta de dolor—. ¡Suéltame maldita desquiciada!

—¡Primero que me suelte Lorraine!

—¡En tus sueños te soltaré, maldita rencorosa!

—¡Cállate, roba esposos!

—¡Roba prometidos, querrás decir!, ¡nunca fue tu esposo!

¿Dónde empezaba un cuerpo, dónde terminaba otro?, eso era algo que nadie podría llegar a identificar. Eran una maraña humana de mujeres, manos y cabellos. La señora Foster se apersonó en el salón luego de oír los gritos.

—¡Miladies! ¡Por favor, miladies, deténganse! —La mujer utilizó el tono más alto de su voz, aun así, lo dicho pasó desapercibido para las mujeres que estaban trasladando la actividad de «justa» a otra: «boxeo».

Acepta de una vez que nunca te amó...

Acepta tú que lo sedujiste...

Acepten ustedes lo que sea, pero déjenme a mí fuera de esto...

—¡Miladies! —la señora Foster estaba a punto de echarse a llorar de la desesperación. No se metería en medio de las mujeres, apreciaba su vida.

De la nada, ese trío compuesto por un pavo real, un gallo y una viuda devenida en árbitro de pelea, se separaron a fuerza de agua. Sí, de una cubeta de agua que fue lanzada contra ellas.

—¿Usted? —gruñó entre dientes Olivia cuando vio al responsable del improvisado baño recibido.

—Sí, yo milady... —Luke hizo una reverencia—. Luke Callaghan a su servicio... *mio piacere* —bromeó con su falso acento italiano—. Que conste en actas —dijo en dirección a lady Lorraine y lady Polly que sacudían el agua de sus cabellos—, no soy dado a estos métodos, solo cumplí con la orden del lord de la casa. —Se encogió de hombros.

La risa de Claus hizo eco dentro del salón. Estaba en el jardín, en compañía de Attie, riendo a carcajadas.

—¡Olivia, Polly...vengan! —las convocó a que le hicieran compañía—. ¡Oh, y traigan a su amiga con ustedes también! —dijo haciendo referencia a Lorraine—. Vengan, es una mañana preciosa, se secarán con el sol.

—Quizás no te haya elegido esposa... —Le susurró Lorraine a Olivia—, pero has sido tan importante para él que te atesora en su memoria. Deja a un lado el rencor, y si en verdad lo amaste, aprovecha esta oportunidad de su recuerdo... puede que no vuelva a repetirse.

Sí, las cuentas pendientes siempre se saldan, pero no desde el rencor, sino desde la aceptación. Lo que está destinado a suceder siempre sucederá, de nada sirve nadar contra la marea, de hacerlo solo conseguiremos agotarnos y, con el tiempo, rendirnos. Flotar, esa es la clave de la vida. Flotar a la deriva, porque no existe tal cosa como la «deriva», donde sea que arribamos, ese final, es el único final que nos pertenece, el adecuado.

El amor verdadero no necesita de correspondencia. Se ama sin esperar nada a cambio. Se ama en la cercanía, en la distancia. Se ama en la vida y en la muerte. Y, sobre todo, se ama desde la libertad...no desde la posesión.

—Ven, Olivia, mira... cumplí con mi promesa —le dijo Claus cogiéndola de la mano—, cierra los ojos y camina conmigo.

—¿Cumpliste con tu promesa?, ¿con cuál de todas? —Ella se entregó al momento. Cerró los ojos y se dejó guiar por él. Era como viajar en el tiempo, a ese pasado que le aprisionaba el pecho y le quitaba el aire. De pronto, el aire inundó su pecho. Volvía a respirar sin dificultad después de décadas.

—Tienes razón, a ti te encantan las promesas... no creo que pueda cumplirlas a todas —rio Neville. Su risa, su perfume, el calor de su cercanía, todo ello hizo que el rencor que Olivia portaba como escudo cayera—. Pero bueno, daré lo mejor de mí —Se detuvieron—, abre los ojos.

Olivia pestañeó, la luz del sol daba de lleno sobre ellos. Se llevó las manos a la frente para hacer visera con ellas.

—¿Qué... qué es esto? —Estaban frente a los rosales. El jardín de los Neville se caracterizaba por tener una extensa colección de rosas. Rojas, rosadas, blancas, amarillas, naranjas, incluso exóticas de tonos violáceos. Ante ella había un nuevo color.

—Recuerdas lo que me dijiste —Ella negó con la cabeza—, pues yo sí... —Le sonrió. Ante la mirada de Olivia, las arrugas del rostro de Claus desaparecieron, su rostro brillaba como si tuviera quince años. Era su Claus.

Has sido tan importante para él que te atesora en su memoria...

—¿Recuerdas lo que te dije? —Una lágrima escapó del ojo de Olivia. Ni ella lo recordaba. ¡Vaya imbécil resultó! Por culpa del rencor había enterrado en su memoria los momentos más importantes. Por el resentimiento, se olvidó de lo bueno para sobrevivir solo con lo malo.

—Dijiste que nunca habías visto una rosa verde y yo te dije... te dije que la traería para ti, ¿lo recuerdas ahora?

Olivia extendió su mano al rosal, parecía menos espinoso que los rosales habituales. Todo era diferente en esa flor, sus pétalos, sus hojas. Parecía rústica, resistente... perenne. Como su amor por él.

—Lo recuerdo ahora, lo recuerdo todo, mi querido Claus —le acarició el rostro. Él le devolvió la caricia. Luego continuó con su exposición:

—Se llama rosa viridiflora, es una especie antigua de rosa china. Temía que no se prendiera a la tierra o que no brotara. ¡Mírala ahora! —Claus estaba satisfecho con su trabajo—. Yo mismo la he trasplantado, regado y podado respetando a rajatabla sus severas instrucciones. ¿Es de tu agrado? —Lucía como un niño a la espera de la aprobación y felicitación de sus padres. Olivia asintió, no podía brindarle una afirmación verbal, si lo hacía, esas dos letras abandonarían su boca junto a un caudal de lágrimas —. Espera... —dijo hurgando en su bolsillo hasta dar con una pequeña tijera de podar. Cortó una rosa, la colocó en su cabello revuelto. La evaluó con detalle. Cerró un ojo, lo abrió. Cerró el otro, y volvió a abrirlo. Olivia rio y sus lágrimas encontraron la oportunidad para salir.

—¿Qué haces? —Palmeó su hombro. Claus enjugó sus lágrimas con la manga de su camisa.

—¿Qué haces tú? —la reprendió—, ¿lloras por una rosa?

—No lloro, es el sol que irrita mis ojos...

—Oh, sí, el sol —se burló él. Cortó otra rosa y también la colocó en su cabello, pero al otro lado—. Ahora sí, luces perfecta.

—¡Lo dudo!

—No lo hagas, no lo dudes, eres perfecta... —Cogió su brazo y lo enredó al suyo, la instó a caminar de regreso al invernadero, allí se encontraba el resto de la familia—. Tú eres perfecta, yo no, así que si algún día no puedo cumplir con todas las promesas que te he hecho, perdóname, mi querida Olivia... al fin de cuentas, son un simple mortal.

Olivia se detuvo, cogió el rostro de Claus entre sus manos. Él pronto olvidaría todo. Era tiempo de que ella lo hiciera también.

—Simple mortal o dios, no importa, mi querido Claus, te perdonaré... y esa es mi promesa para ti.

Una promesa que enterró para siempre el resentimiento. Sí, lo que está destinado a suceder, sucederá. La unión entre familias estaba escrita en el libro del destino solo que ella lo había interpretado de manera errónea.

No serían Claus y Olivia los encargados de cumplir con ese designio. No, la historia de amor que merecía ser contada tenía otros protagonistas: Eros y Priscilla.

Capítulo 18



Cabría sospechar que la capacidad predictiva era un don en la familia Neville. El apremio de lord Eros cobraba completo fundamento ante la tormenta que se desató la tarde misma del día en que se marchó con lady Priscilla.

—¿Por dónde creen que irán?, ¿habrán llegado a Escocia? —Lady Lorraine caminaba de punta a punta del salón principal. Atila la seguía, la había reconocido como la más necesitada de protección.

—Deben estar cruzando la frontera —conjeturó lady Polly. Lorraine estrujó en sus manos un pañuelo, hasta poner los nudillos en blanco.

—Tenemos que hacer lo mismo contigo, cariño. —Fue junto a su hija, Attie estaba más relajada de lo esperado. Leía la nota de madame Leroy con tranquila resignación—. Enviarte lejos una temporada, hasta el estallido del próximo escándalo. Lo olvidarán, sé que olvidarán este suceso cuando tengan un nuevo tema de conversación.

—Claro que se irá lejos —intervino Claus, desorientado sobre la gravedad del asunto—. Si se casará con Sforza y se irá a América. —Lorraine miró a su marido.

—Mal día, esta presión no es buena para su salud. Señora Foster... —llamó al ama de llaves.

—Desvaría a medias, madre. —Se puso de pie, era hora de afrontar el verdadero escándalo—. Luke y yo nos casaremos —dijo, midiendo la reacción de las mujeres. Sabía que ambas la querían y que no eran esnobs, pero cabía la posibilidad de que la condenaran por ello, incluso eran capaces de desatar una desagradable discusión. Una cosa era que Eros huyera con una lady a casarse de urgencia, y otra era la unión con un guardaespaldas. Las razones detrás de la premura y el secretismo no podían ser más dispares, y solo una de ellas tenía el perdón social. Su decisión, por el contrario, estaba condenada. Tomada y condenada. Se acercó a Luke, él se puso de pie, de manera instintiva dio un paso adelante, dispuesto a poner su cuerpo entre Attie y el mundo.

—Pues claro que se casarán —respondió Lorraine, como si le hubieran dicho que el sol sale por el Este y se pone por el Oeste—, pero debemos pensar en cómo conseguir que los acepten socialmente y esto —Le quitó la nota de las manos a su hija— no ayuda en lo más mínimo.

Attie se quedó en la parte de...

—¿Pues claro que se casarán...? —repitió Hecate—. ¿Desde cuándo lo sabes? —miró a Luke, confundida. Él no había abierto la boca, compartía la misma expresión de desconcierto.

Tía Polly se echó a reír.

—Desde que te salvó en casa de lady Warwick —respondió. Fue el turno de Lorraine de lucir sorprendida.

—¿Desde ese momento lo sabes? Yo soy su madre y no me di cuenta hasta que le pedimos que se

hiciera pasar por Luca Sforza.

—Ay, es que tú la mirabas a ella, Lorraine. Yo lo miraba a él. Attie disimula mejor.

—Como sea —intervino la aludida—, será un escándalo y escándalo por escándalo... —Se encogió de hombro—. ¿Quién hubiera dicho que lord Godwin sería listo?

—Yo lo dije —comentó Claus.

—Oh, señora Foster, la hice venir y la dejé allí, de florero. Cariño —dijo en dirección a su esposo—, ¿quieres descansar?

—Me siento bien, no desvarío tanto.

—En eso estoy de acuerdo —agregó Attie—. *Papa* sabía que Godwin era más listo de lo que pensé. Tiendo a subestimar a los hedonistas y cometí un error. Se ha salido con la suya.

—No, no lo ha hecho —la consoló Luke, la acompañó de regreso al sofá, le cogió la mano y la consoló—. Tu hermano está en Escocia, Godwin está arruinado y tú tienes un maravilloso escándalo a la medida de tus decisiones.

—¿Me estás consolando o reprendiendo? —Alzó las cejas, Luke le sonrió.

—Ambas.

—Yo sabía que lo descubrirías —le dijo tía Polly a Luke.

—¿Descubrir qué? —preguntaron Lorraine y Attie al unísono.

—La verdadera razón por la que Attie no se deshacía del traje. Buscabas, sin saberlo, un escándalo, cariño —le dijo su tía. Se sentó al otro lado en el sofá, le cogió la mano libre, dejándola atrapada entre Luke y ella—. Un escándalo que te librara de las normas sociales, que te empujara a ser paria y no tuvieras que ocuparte más de tu reputación. Pero, sobre todo, un escándalo cuyo fin fuera el bien de toda la familia, y no el tuyo. No tu *egoísta* felicidad. Porque eso temías, que alguien pensara que el escándalo a costa de tu felicidad fuera un precio demasiado alto.

—Yo...

—¿Pensabas eso, lady Hecate Atenea Neville? —demandó Lorraine en voz de madre.

—Tal vez... —reconoció a medias—. En mi defensa —agregó elevando el mentón, en ese modo desafiante tan característico—, no había estado nunca enamorada. —Se volvió hacia Luke—. Me parecía que los enamorados exageraban, que ponían su amor por encima de demasiadas cosas y no medían las consecuencias.

—¿Piensas distinto ahora? —le preguntó Luke, con la inseguridad del enamorado.

—No. Lo que pienso es que evaluamos las consecuencias muy racionalmente, cada detalle, pero la conclusión es inevitable: lo único que resta por hacer es apostar al amor, lo demás es el infierno. El infierno con matices —completó, aludiendo a las palabras de Luke la noche compartida.

—Me alegro, hija, de que hayas abierto los ojos. Ahora esperaré a que tengas hijos para que entiendas que ese amor es extensivo. Y tú... ahhh, y que tú hubieras estado dispuesta a sacrificarte por otros, a posponer tu dicha... Aggg... ¿Has oído, Claus?, ¿has oído lo tonta que es tu inteligente hija?

—Hay cosas que se aprenden por la... la... —Olvidó lo que iba a decir, compuso una sonrisa de disculpa y se marchó al jardín, con la esperanza de volver a recuperar la lucidez. Su partida sumió a los presentes en el estado de tranquila resignación que antes había pertenecido solo a Attie. Lorraine se dejó caer en el sillón que su esposo había desocupado.

—¿Sabes, hija? Lo único que me molesta es que lord Godwin lo haya descubierto, tú eres más lista. Tendrías que haber ganado.

—A mi favor diré que no fue él, estoy segura de que fue lord Philip Sharp. —Se reclinó contra el

respaldo, imitando en posición desgarbada a su madre—. Medea lo podría haber evitado...

—No me desafíes, querida —dijo Polly—, aún puedo darte un coscorrón. —Attie rio.

—Solo decía... —se defendió—. Y es que lord Phillip es amante de Evelyn, una de las costureras de madame Leroy. Evelyn sabe que nunca será más que amante de Phillip, pero igual sueña con su cuento de hadas. Habrá pensado que, si le hacía ganar la apuesta, él vería lo valiosa que era. Medea hubiese podido *pronosticar* el fin inminente de su relación y la importancia de que busque consuelo en el oficial Stone.

—¿El oficial Stone? —Luke lo conocía—. Viudo, con una niña pequeña... Buen hombre.

—Y pronto a heredar a su tío, Sir Sommer. En fin... No soy la única que se las busca con sus decisiones, ¿verdad?

—Lo que nos recuerda el inicio de esta conversación, Attie, necesitamos que se marchen lejos del escándalo hasta que la sociedad les perdone. No es que importe demasiado estar en paz con un par de esnobes, pero es fundamental para que puedan llevar una vida próspera en los negocios.

—Respecto a lo de marchar... —Una nueva voz se sumó a la sala. La señora Foster apareció agitada tras la muchacha.

—Lady Juliet Clapton —anunció con un suspiro—. Y lady Ophelia Gleeson y...

—La señora Fitzroy —se anunció sola—. ¡Luke Callaghan!, a mí me has hecho un berrinche por ir al puerto y a ella... —Señaló con falso desprecio a su amiga— le salvas la vida dos veces. ¡Ja! Ya veo la clase de amigos que tengo. —Puso las manos en torno a su cintura y ladeó la cabeza.

—Primero —se defendió la aludida—, me salvó una vez. La segunda yo me valí solita con un jarrón.

—Eso —sumó Luke—. Y, además, no lo hice para nada gustoso.

—Como sea —Juliet dio un paso al frente—, como alguien dijo «escándalo», aquí estoy yo. La especialista —Hizo una exagerada reverencia— a sus servicios.

—Temo preguntar —dijo Ophelia, que se cogía la cintura porque estaba en el octavo mes de embarazo.

—En una semana es el equinoccio de primavera y conozco el lugar perfecto en Escocia para que puedan casarse. Mi prima Adriana lo hizo allí y tiene un matrimonio feliz, dichoso y próspero.

—Qué forma sutil de decir que ningún obispo nos casará —respondió Attie, irónica, pero llena de humor.

—¡Milord! —se escuchó la exclamación de la señora Foster—. No puede pasar...

—¿Dónde está? —preguntó el recién llegado.

Las tres amigas se volvieron hacia el inesperado hombre. Lord Godwin Mountbatten caminaba a grandes zancadas. Como aún no había vuelto Eros con su esposa, ni habían diseñado un plan de cómo informar la salud de Claus y el relevo de su hijo en el puesto, contaban con poco personal. Eso no importó, porque las señoritas de Shakespeare eran un ejército suficiente. Attie se incorporó, avanzó hasta ponerse a la par de sus amigas.

—¿A quién busca exactamente? —Sonrió—. ¿A mi hermano?, ¿a lady Priscilla?, ¿o a mí? Godwin la miró con desprecio.

—Empezaré por su hermano —gruñó Godwin—, usted no es más que una muchacha, es él quien tendrá que responder por sus actos, milady. Es él quien tendrá que dar una explicación de por qué las mujeres de su casa se comportan escandalosamente.

—No habrá querido insinuar que necesitamos permiso para ser escandalosas, ¿verdad, milord?

—dijo Cordelia—, porque eso sería un silogismo falaz.

—¿De qué demonios habla? —Al ver que se trataba de la mujer de Fitzroy sintió más ira. Eran su esposo y ella los responsables de su quiebra, y lady Hecate de que esta fuera pública. Odiaba a esas muchachas.

—Oh, no, ha desatado a la fiera —se lamentó falsamente Ophelia.

—Y luego dicen que soy yo la que pecho de exceso de raciocinio —murmuró Attie.

—Sigues siendo la peor —respondió Cordelia y regresó su atención al sorprendido Godwin—. Como decía, analicemos su planteo. Si lord Eros es el responsable del obrar escandaloso de su hermana, eso significa que lo aprueba e incita, y si lo aprueba e incita, siendo el hombre de la casa, entonces es el obrar esperado de las damas y por lo tanto, no puede ser escandaloso porque escandaloso sería contradecir el mandato masculino. Ahora, si por el contrario, es escandaloso, quiere decir que no es aprobado por el lord de la casa y, por consiguiente, lord Godwin, lord Eros es inocente de sus acusaciones.

—El señor Gibson estaría orgulloso de ti —dijo Juliet, en alusión al profesor de lógica.

—Gracias, gracias...

—Me dan dolor de cabeza.

—¿Le ofrezco un té? —dijo lady Lorraine y le sonrió. Godwin entendió que lo estaban tomando de idiota, más aún, que pese a haber ganado la batalla contra Medea, había perdido la guerra. Pero aún no sabía cómo.

—No, lo que quiero es poder decirle a lord Eros que lady Priscilla se casará conmigo ahora que el escándalo ha manchado a los Neville.

—Eso será difícil... —Una nueva integrante se sumó a la sala, la señora Foster estaba sin aliento de tanto correr de la puerta a la sala.

—Lady Olivia —presentó. La mujer apenas había regresado a su casa tras el enfrentamiento de esa mañana que regresaba con las noticias de un nuevo escándalo.

—Milady... —Lord Godwin se volvió hacia ella—. Seguro no estará de acuerdo con unir su familia a una de mancillada reputación.

—Oh, pero mal me temo que la mía es igual de escandalosa. ¡No se imaginan lo que sucedió! Malditos ustedes —dramatizó—, maldito cada uno de los Neville —Se abanicó con exageración—. Mi hija ha huido para casarse con lord Eros Neville. ¿Qué será de ella?, ¿qué le esperará en esta vida?, ¿ser condesa?, ¿pertenecer a una familia adinerada y bien relacionada? ¡Oh, pobre, pobre! ¡Qué desgracia! —Polly se puso de pie y corrió junto a su vieja amiga para fundirse en un emotivo abrazo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Polly, aunque los rencores habían sido apartados, no pensó que la amistad se recompusiera tan rápidamente. Pero Juliet tenía razón, los escándalos son buenos para reacomodar cada cosa en su sitio.

—Mostrar mi apoyo, ahora somos familia. Sé que tú has sido una gran amiga para mi hija, lady Hecate; le has dado la osadía que yo, sin proponérmelo, le he quitado y, gracias a eso, luchó por su felicidad. Pero, por lo visto, no es a la única que has ayudado.

La señora Foster se cogía las costillas, estaba sudada y despeinada.

—Lady Diana... —anunció.

—Conque tú eras Medea, lady Hecate —la miró de pies a cabeza—. Pues gracias, me he librado de mi abusador sobrino gracias a usted y mi sobrina política vive una vida en paz. No he conseguido convencer a lady Warwick de que me acompañara, aunque ahora sé por qué se apresuró su hija a

casarse...—Y le guiñó el ojo.

Más y más personas se fueron sumando a medida que el rumor se desperdigaba por Londres. Cada mujer que había sido ayudada por Medea se apersonaba en casa Neville y mostraba su apoyo a la muchacha. Podía ser que su fin hubiera sido proteger el secreto familiar, pero en el camino, había socorrido a quienes fue capaz.

—¡Esto es una locura! —exclamó Godwin—. ¿Acaso han perdido la cabeza? ¡Es una farsante! Les mintió, se disfrazó y mintió.

—¿Como mientes tú cuando te vistes de caballero, pero por las noches visitas burdeles?, ¿o como mientes cuando dices que tu situación financiera no es tan desesperada? —dijo lady Diana, hizo sonar su bastón en el suelo—. Tal parece que el problema aquí no es la mentira, sino que una mujer le haya ganado en astucia, milord.

—¡No es una mujer, es una bruja! —Extendió la mano hacia Attie, dispuesto a aferrarla y exponerla ante los presentes. Antes de que pudiera siquiera alcanzarla, lo que pareció ser una pinza de hierro lo asió de la muñeca.

—Puede enfadarse, milord, puede maldecir si quiere. Pero hay dos cosas que no puede hacer... —dijo Luke Callaghan—, insultar a mi futura esposa y tocarle un pelo. Si lo intenta, seré yo quien solucione de manera *definitiva* todos sus problemas temporales. ¿Fui claro?

—Usted...—balbuceó Godwin—. Luca Sforza...

La media sonrisa de Luke lo hizo temblar. Aún lo tenía aferrado de la muñeca y ya no sentía la mano por la falta de circulación sanguínea.

—Creo que me confunde con alguien más. ¿No es así? —Apretó con más fuerza.

—Claro —dijo lady Olivia—, si Luca Sforza no habla inglés.

El resto de las mujeres se echaron a reír. Godwin se soltó, o, mejor dicho, Luke lo dejó ir. De nada servía lanzar otra amenaza, estaba en terreno enemigo. Sabía que tras los muros de la casa Neville otra era la historia, Londres no le perdonaría tan fácilmente a Attie su osadía.

—Sirvamos el té —propuso Lorraine—, algo me dice que las visitas no han terminado.

La tarde fue un ir y venir de personas. Muchas amistades presentaron su apoyo; muchas enemistades, su repudio. Luke optó por sentarse en el jardín, con Atila a los pies y lord Claus a su lado, con la finalidad de controlar cualquier exabrupto. Entendía el enfado de la gente, Attie había llevado aquello muy lejos, pero jamás permitiría que la dañaran. Le hacía feliz, a su vez, saber que todo había terminado.

—Su padre me considera un revolucionario —comentó Claus, a su lado. Creía que la boda que se estaba planificando puertas adentro era la suya, que Juliet era en realidad amiga de Lorraine y que evaluaban la posibilidad de huir a Escocia de encontrar resistencia al cambio de planes. Al parecer, eso había sucedido veintiocho años atrás, cuando Neville anunció que no se casaría con Olivia, sino con Lorraine—. Pero entrará en razones, el dinero puede ser muy persuasivo.

—Algunas cosas nunca cambian —coincidió Luke. Todos esos años y los lores seguían siendo demasiado esnob para ser felices.

—Tienen miedo, Dudley —Luke no lo corrigió—, tienen miedo de aceptar que llevan siglos haciendo mal las cosas. El amor es más viejo que Matusalén, y, aun así, lo siguen considerando revolucionario. Hay que ser tercos... Por suerte tú amas a mi hermana, veo cómo la miras. La harás

feliz, pese a ser tan mayor para ella.

—Pero no luzco tan mayor —bromeó. Dudley había sido quince años más grande que Polly, él, en cambio, le llevaba solo seis años a Attie.

—Es verdad —Claus lo observó—, ese peinado te rejuvenece.

—Ya decía yo. Un momento... —se disculpó, se puso de pie y fue a la entrada de la casa, donde un caballero ebrio hacía un espectáculo indecente, insultando a Hecate y amenazando con ultrajarla. Lo saludó con una burlona reverencia y lo durmió de un golpe. Lo arrastró hacia el coche de alquiler que lo había llevado hacia allí y regresó junto a Claus—. ¿En qué estábamos?

—Oh, allí está lady Olivia. Una gran mujer, mi vida hubiese sido más fácil si mi corazón hubiera seguido los mandatos, pero sin duda, más infeliz. Lamento tanto hierirla...

—Estoy seguro de que le perdonará.

—Le costará. ¿Sabes?, es que la casarán con Cambridge y ella necesita... Bueno, somos caballeros, no tome a mal lo que digo.

—Nunca.

—Pues es una mujer de fuertes pasiones, un hombre como Cambridge no puede satisfacerla y no me refiero a... —Tuvo la decencia de sonrojarse. Luke se echó a reír.

—No tendría que ser tan escandaloso que los hombres admitamos la verdad. Ellas también tienen necesidades, deseos.

—Los tienen, claro. El problema con las damas, Dudley, es que a ellas no les basta un hombre apuesto, ni siquiera uno caballeroso. A ellas les seduce esto... —Se tocó la sien—, y esto... —Se tocó el corazón—. Si un hombre es guapo, pero tonto... les aburrirá. Si es guapo, pero cruel... lo detestarán. Si es inteligente y noble de corazón, puede estar calvo y con un poco de barriga, que tendrá a su esposa encantada. ¡Ya te digo yo!

—Le creo, le creo...

—A Cambridge le sobra barriga y le falta seso, y yo soy el culpable de su suerte. Lady Olivia me las hará pagar, veremos cómo, veremos cuándo, pero me las hará pagar... —suspiró.

—No se angustie, milord. Vengo del futuro —Le palmeó la mano—, lady Olivia lo intentará, pero a última hora cambiará de parecer.

Tras decir ello, divisó la figura de Attie correr tras lady Olivia, la detuvo antes de que atravesara la verja de hierro. No pudo escuchar lo que allí sucedía.

—Milady... —Attie la alcanzó antes de que se marchara—, necesito decirle algo.

—¿Sí?

—Primero, gracias. Gracias por perdonar a mi padre, gracias por su entereza y gracias por estar aquí, mostrando su apoyo.

—¿Sabe?, de mis acciones lamento muchas cosas, haber puesto en riesgo la felicidad de mi hija es una de ellas; haberme perdido la amistad de los Neville es otra. Siempre fueron entretenidos, el epicentro de cotilleos. La vida sin ustedes es muy aburrida.

—A sus servicios —bromeó Attie e hizo una reverencia.

—¿Y segundo? Has dicho primero, eso implica un segundo.

—Y segundo, mi tía Polly siempre evitó que Medea se cruzara con usted. Temía que no la

pudiéramos engañar debido a que es demasiado lista...

—¿Lisonjeando, milady? —Lady Olivia arqueó las cejas.

—Soltando verdades, nada más. Siempre lamenté que Medea no pudiera compartir un encuentro con usted, porque tenía una predicción con su nombre.

—Vaya... —La mujer la observó con suspicacia—. ¿Y cuál es esa predicción?

—Debe invitar a lord Henry, el amigo de mi hermano, a sus tertulias intelectuales. —Attie sonrió, Olivia frunció el ceño, la observó y terminó por ladear la cabeza.

—Espero que la explicación sea que lord Henry ha descubierto una novedosa pasión por la metafísica... Me niego a otra interpretación, y, aun así, no invitaré a un niñato de veintisiete años, libertino, a mis reuniones. —Lució airada.

—No se deje engañar por las apariencias, el Hado funciona de maneras misteriosas.

—El Hado... —Soltó una carcajada—, muchacha manipuladora.

—Muchos jóvenes se dejan llevar por la corriente del hedonismo y del nihilismo cuando creen ser presos de amores imposibles, milady. Cuando creen que lo que ansían está más allá de su alcance.

Lady Olivia se sonrojó, entendía muy bien lo que le decía y, de hecho, tomaba conciencia de la verdad de esa declaración. Había notado la ¿adoración? con la que lord Henry la miraba. Más aún, la lujuria contenida con la que la devoraba desde lejos. Sacó el abanico, lo blandió dispuesta a terminar con esa tontería. ¡Le llevaba casi veinte años!

—Lady Hecate, regrese a Medea a su jaula y deje de recomendar romances imposibles.

Attie sonrió.

—Heme aquí como prueba, milady. No existen amores imposibles, solo existen amores escandalosos. —Se dio la vuelta, se alejó a paso decidido y, a sabiendas de que lady Olivia la observaba, se quitó la peineta de mariposa, dejando caer su renegrido cabello por la espalda—. Y créame, un buen escándalo es deliciosamente liberador.

Dejó de poner su atención en lady Olivia, para entregársela a un nuevo destinatario. Una mirada estaba puesta en ella, una que la hacía arder. La de Luke Callaghan.

Capítulo 19



La posada de Joe, ¡cuántos recuerdos! El posadero estaba advertido de que esa primavera contarían con una pareja especial: lady Hecate Atenea Neville y el señor Luke Callaghan. Sería un gran evento, porque a diferencia de las parejas habituales, esta venía acompañada de una gran comitiva.

Lady Lorraine y su esposo, Eros y Priscilla, las señoritas de Shakespeare con sus maridos, Stephan con su numerosa familia a cuestas y por supuesto, Atila luciendo un elegante corbatín.

Londres había estallado por los aires. Los lores y grandes señores de la ciudad decidieron que no valía la pena enemistarse con *los Neville*, así que optaron por culpar a su díscola hija de la desgracia. Cada vez más corría el rumor de que Attie lo había hecho a solas, con la ayuda de dos plebeyos descarados: madame Leroy y Luke Callaghan, y solo con el afán de diversión. Porque ¿cómo ellos, ¡ellos!, se aprovecharían de la enfermedad del bueno de lord Claus? ¡Jamás!, ¿dónde se habrá visto que esperaran como carroñas a un compañero caído para comerle los ojos? Tal vez en la corte, o en la cámara de lores, o en los negocios, pero... Sí, capaz la muchacha tenía un motivo, pero reconocerlo era reconocer demasiados defectos sociales. De modo que era más sencillo condenarla a ser la paria social, el chivo expiatorio de los males.

¿Se olvidarían de la afrenta? ¡Claro! En unos cinco años, tal vez siete, volverían poco a poco a hablarle, a invitarla a un té, a minimizar lo sucedido y a mentir descaradamente: «nunca pensé que fuera para tanto», «yo quería mantener nuestra amistad, pero mi padre, mi tío, mi cuñado...»

De momento, por el bien emocional de Attie lo mejor era alejarse del epicentro social, y Luke tenía cómo brindarle esa salida. Sus tierras en Pensilvania a las que se le sumaban las lindantes, a modo de obsequio de boda de lord Eros. Pero antes de marchar, debían casarse y también hacerlo lejos de Londres.

La propuesta de lady Juliet fue bien recibida, hallaban el cambio romántico y exótico, acorde a la pareja. Sin contar con que se sumaba algo más, allí, en ese bosque en el medio de Escocia, las diferencias sociales no importaban. Hecate y Luke no serían la única pareja ni serían especiales de ningún modo. Varios enamorados participaban de esa boda masiva. Las damas lucían vestidos en tonos blancos o crema de telas sencillas —el de Attie era de lino— y los caballeros también vestían tonos claros. Luke lucía un pantalón color caqui, una camisa blanca y un chaleco de lino, del mismo tono que el vestido de la novia. Las alianzas eran creación de Kirk, el hijo del posadero, un orfebre habilidoso que trabajaba tanto metales preciosos como hierro.

—Quiero esta —eligió Attie, con la mirada brillante por la emoción—. ¡Me encanta!, quiero esta, Luke.

—Tú y tus gustos —se resignó Luke, entregando la paga a Kirk.

—Me gustas tú, ¿recuerdas?

—Por eso lo digo —bromeó a su costa. El anillo era de hierro y no llevaba pedrería.

—Pues la elección es la correcta, señor. Este anillo puede parecer poco apropiado para una boda normal, pero aquí tiene absoluto sentido. La serpiente que se devora su propia cola no implica su autodestrucción, sino lo cíclico del destino.

—¡Por supuesto que eligió ese! —dijo Fiona, la esposa de Kirk—. ¡Lena, ven! —llamó a otra mujer.

Joe y algunos de los invitados ayudaban a la disposición de las mesas, en el centro habían armado una glorieta con flores y una fogata que ardería hasta el alba. Las demás parejas ya habían elegido sus anillos o habían llevado uno familiar. Una de las novias ponía flores en el cabello de la otra, Attie lucía una corona de margaritas silvestres.

—¿Qué suce..? ¡Oh! —se sorprendió Lena. Era una de las anfitrionas del evento. Mitad gitana, mitad celta, caminaba entre los dos míticos mundos—. ¡Vaya, vaya!

—¿Qué hicimos ahora? —preguntó Luke, resignado a siempre meterse en problemas. Lena rio.

—Encontrarse, mis queridos. Encontrarse... —Les cogió las manos y se las enlazó con una cinta roja. Puso la palma encima del lazo y cerró los ojos. Attie y Luke se miraron confundidos, aunque sin resistirse. El buen humor prevalecía y la experiencia les encantaba. Lena abrió los ojos de golpe, los fijó en Attie con furia—. ¡Tú!

—¿Cómo es que consigo hacer enojar a todo el mundo? —se lamentó—. ¡Esta vez no hice nada!, tú has sido testigo, Luke. No he hecho nada. —Intentó sacar la mano, Lena los detuvo con fuerza. Luke iba a romper el lazo de ser necesario.

—Claro que ha hecho algo, milady. Ha jugado con su poder... con el poder del Hado.

—Era un disfraz... —respondió, ¿hasta Escocia había llegado el rumor?

—Eso creía usted; nunca fue un disfraz, milady. Tiene el poder de entender los hilos del destino. Su nombre no es casual, Hecate, la bruja de Macbeth en la obra de Shakespeare, la que anuncia la profecía del rey...

—Dígaselo a los que en Londres me llaman farsante...

Lena los soltó, rio mientras lo hacía.

—Por eso se han encontrado hoy, milady, en este tiempo. Doscientos años atrás la hubieran atado a una pira y hecho arder por bruja. El destino es un círculo cerrado, debe cumplirse, como en este anillo.

—¿Qué destino es ese? —preguntó Luke, escéptico.

—El que se cortó en la toma de los romanos en Siracusa... —Las palabras de la bruja los dejó pasmados. Se miraron, ¡eso sí que nadie lo sabía!, las confesiones de Attie bajo el efecto del vodka jamás abandonaron el apartamento de alquiler de Luke. No podía saber que ella lo llamaba Luca y le recordaba a un legionario romano.

—¿Có-cómo es eso? —Attie estaba fascinada.

—Él estuvo en la guerra, siendo un legionario romano, y tú eras la esposa de un gran político griego. Quiso salvarte, fracasó, y te quitaste la vida antes de sufrir en tu cuerpo lo que les hacían a las damas. Él, desesperado, se lanzó al mar.

—Nunca hacemos las cosas fáciles, ¿verdad? —bromeó Luke, con el afán de esconder la emoción que aquella historia le provocaba. Se sentía real en su pecho, casi podía recordarla, como si de verdad la hubiese vivido.

—Ya en ese entonces, usted era una bruja, milady... Los griegos creían en el destino cíclico, así

que conjuró a los dioses para que los volvieran a reunir. Y aquí están, más de mil años después.

Los condujo al altar con el resto de las parejas. Lord Claus y lady Lorraine se sumaron como parejas, luego de que el hombre le propusiera matrimonio por quinta vez ese día a su esposa y ella, por supuesto, dijera mil veces que sí.

Se casarían tantas veces como Claus quisiera y revivirían esos hermosos años de amor, atrapados en la atemporalidad de un equinoccio de primavera.

Ante los ojos emocionados de la familia y los amigos, tuvo lugar la ceremonia. Las parejas bebieron licor de bellota, danzaron y compartieron anécdotas hasta que el sol volvió a asomar en el día de balance perfecto entre noche y día. Fue una celebración para el amor y la libertad.

Cuando el sol entibió las frías tierras de Escocia, convirtiendo el rocío nocturno en una mágica bruma, Lena detuvo a la ansiosa pareja que se marchaba a los aposentos. Se acercó a Attie y le obsequió un colgante con un antiquísimo ámbar en el centro.

—Los árboles son testigos vivos del destino, escucha a tu corazón, tú siempre has sido Medea. Has sido las tres, lady Hecate, Attie y Medea. Reúnelas en ti, aquí, y serás poderosa.

—Ya lo soy —dijo ella, aceptando el obsequio. Lo pasó por su cuello y sintió la fuerza de esa magia alcanzar algo profundo en su interior—, porque alguien me enseñó esa lección. Él... —Le cogió la mano a Luke, se volvió a mirarlo con adoración—, él que salvó a Medea, ayudó a Hecate y amó a Attie. Él es quien cogió esos tres fragmentos que parecían dispersos y los reunió, para que volvieran a ser esencia. Él, Luke Callaghan... Luca, mi legionario romano... Él es el que hace magia, el verdadero brujo que todo lo puede. Porque quizá yo sea capaz de descifrar los hilos del Hado, pero tú, Luca... tú manejas los hilos del corazón.

Luke la besó, le faltaban las palabras para responder. La cogió en brazos y la llevó con él. No quería romper el hechizo con la verdad: no manejaba los hilos del corazón, estaba completamente liado con ellos. Atado y amarrado a lady Hecate Atenea Neville, por siempre, para siempre, en esta vida y en la próxima. En todas las vidas posibles.

La última historia estaba sellada, cuatro señoritas escaparon del destino impuesto por sus nombres, sin imaginar que irían directo a brazos de otro, el que ellas mismas se forjaban en busca de felicidad. No hay azar que pueda obstaculizar la entereza de un alma decidida, ser dichosos es el destino ineludible de quienes cogen las riendas de sus propias vidas.

Epílogo



Un año después..

El gallo cacareaba cada vez más temprano. ¿Qué demonios le sucedía a ese animal? Luke rodó en la cama, gruñendo ante la idea de abandonar su calor. Attie lo abrazó y se acurrucó más contra él, casi hasta quedar encimada.

—Aún no...—murmuró—, un ratito más.

—¿No eras tú la que decía que adorabas esta vida, que la existencia perezosa de una lady te aburría? —bromeó. Eran ciertas esas palabras, Hecate lo aseguraba. Luke, en cambio, tenía sus reticencias. Estaba preocupado, no podía negarlo. Llevaban un año en Pensilvania, lejos de los cotilleos londinenses y de sus rígidas normas sociales. Allí eran importantes, no por los títulos, sino por el arduo trabajo.

—Y lo sostengo —respondió, jugueteó con su uña corta en el pecho de Luke, trazando senderos entre sus músculos. Era increíble, pensó, que estuviera aún más fornido. Le gustaba el valle entre sus pectorales y cómo se hundía en su vientre al estar acostado. Los abdominales se dibujaban incluso estando relajado, los del medio, los de los lados...los del bajo vientre...—. Tienes que dominar tu ansia de conquista, Luca —le dijo.

—Si sigues haciendo eso, en lo único que puedo pensar es en mi ansia de conquista. —La hizo girar hasta dejarla bajo su cuerpo. No dormían desnudos; nada tenía que ver con el pudor, el frío de Pensilvania los obligaba a hacerlo. Joder, y ellos creían que Londres podía ser helado. Las tierras americanas eran hostiles con los débiles. Por fortuna, se tenían el uno al otro para brindarse calor.

—Hemos sobrevivido nuestro primer invierno, Luke. ¡Nuestro primer invierno en Pensilvania! Somos fuer... —Se le cortó la respiración, la mano de Luke se había colado por debajo de su camisón. Gimió, olvidó lo que iba a decir.

—Es cierto —respondió él, estimulándola—. De hecho, mi hechicera, es nuestro aniversario de boda.

La pasión le hizo olvidar el resto de las preocupaciones. Attie se quitó el camisón mientras él apartaba su ropa interior. Como no le podía negar nada, pese a la desesperación, le permitió a ella llevar el control. Se dejó arrastrar contra el colchón y montar por la ágil amazona que resultó ser su esposa. En su vaivén, notó el colgante con el ámbar, desde hacía unos meses lo lucía siempre. Ya no combinaba las joyas con sus atuendos, solo se valía de esa pieza. La misma pendía entre sus senos hasta llegar casi a la altura de su vientre. Cuando se inclinó sobre él, rogando que se encargue de los envistes, que le ayude a llegar a la cima, la piedra le tocó el abdomen. Attie alcanzó el placer y él la acompañó menos de un minuto después. La abrazó sobre su pecho, aún en su interior, y le acarició la

espalda hasta que recuperaran el aliento.

Su cercanía le trajo los pensamientos que había dejado en pausa. Desde su llegada a tierras americanas habían trabajado sin parar. El rancho se alzaba solitario en las onduladas colinas de Pensilvania, un testimonio de su presencia, de su labor al dominar la naturaleza. Era de estilo victoriano, elegante, aunque mucho menos grande y lujosa que la de los Neville en Inglaterra. Los bosques espesos, apenas domados por el hombre, se extendían como un manto verde hasta donde alcanzaba la vista; Attie juraba que esos árboles susurraban secretos ancestrales con cada brisa que agitaba las ramas de los robles y los pinos, que allí era más ella que en cualquier otro lugar del mundo. El cielo era tan limpio, a diferencia del londinense, que a veces daba la impresión de ser aplastante. En verano el calor era agobiante y en invierno el frío se alzaba letal. «¡Hemos sobrevivido al invierno!» era una exclamación de gloria, de victoria, su primera conquista romana. Pero no le era suficiente.

Contaban con un único pozo de agua junto a la casa, el cual habían perforado ni bien llegaron y empezaba a secarse. Necesitaban más, de lo contrario, no podrían tener más animales ni más plantaciones. En ese tiempo habían alzado la casa, perforado el pozo, adquirieron sus primeras cabezas de ganado y a estas le sumaron animales de granja que les dieran leche, huevos y lana. Sin embargo, la vida seguía siendo humilde en comparación a la de un lord inglés, a la que Hecate hubiera tenido junto a otro hombre. Attie trabajaba a la par de las criadas, ella insistía en que así lo habían hecho las ladies medievales, le recordaba las palabras de Claus. Los lores parecían cuando olvidaban cómo se hacían las cosas y se dedicaban a delegar y llevar vidas ociosas. Pues nadie diría que Attie fuera ociosa. Realizaba las tareas del rancho siempre con una sonrisa en los labios y un afán de aprender encomiable.

Entonces, ¿de dónde nacía la insatisfacción de Luke?, ¿qué era lo que callaba?

Attie lo sabía. Luke temía que la aridez de Pensilvania, esa falta de agua, de verdor, la hubiera alcanzado. Llevaban un año casados, un año en que la salud los acompañó y en la que habían yacido casi todas las noches. Se amaban con locura, sus cuerpos nunca se saciaban, y sin embargo, su semilla no germinaba. Él jamás pondría en palabras su miedo, porque no quería contagiárselo, o porque temía las consecuencias. ¿Y si había condenado a Attie a una vida de esterilidad? Él estaba seguro de ser el problema, no podía ser ella. Él era quien tenía una falla, ¿verdad?

—Luke... —Attie le acarició el rostro—. Luca, no se te ocurra evadirme la mirada.

—Lo siento —Sonrió—, pensaba en que, si ya comenzó la primavera, la tierra estará lo suficientemente blanda para retomar las perforaciones. Necesitamos un pozo nuevo... —Se deslizó fuera de la cama. No tardó en sentir los senos de su esposa presionando contra su espalda, su larga cabellera negra le cayó por el pecho y le hizo suspirar.

—Tienes razón, Luke. Comenzó la primavera y Deméter está de buen humor, ¿recuerdas? —Aludía a su primer encuentro amoroso, había usado la misma referencia—. Hoy es el día que Perséfone deja el inframundo.

Él le dio un último beso, ajeno a la alegoría, y se terminó de vestir. A Deméter había que ayudarla, se dijo, pensando que aludía a la fertilidad de la tierra. Solo cuando hizo medio camino hasta la puerta de ingreso cayó en cuenta de las palabras de Attie. Volvió corriendo. Attie reía a carcajadas, aún desnuda en la cama. Recordó al fin las palabras de la muchacha la primera vez que hicieron el amor, la seguridad de que no había engendrado.

—¿Attie?

Ella hizo rodar la piedra en sus dedos.

—Solo lo sé... —respondió, tocándose el vientre—, recuerda este día, el día en que nuestra niña

fue engendrada. Así que sonrío, Luca, sonrío por tu nueva conquista.

Entendía que se trataba de una predicción, aún no se le había retirado la regla ni tenía pruebas. Sin embargo, pasó una semana, dos, tres, y la sangre no regresó. Por eso, cuando ella se presentó frente a los trabajadores, con la piedra en las manos, no dudó ni un instante en su palabra.

Sucedió cinco semanas después del equinoccio de primavera. Attie estaba segura de que en su vientre crecía una niña y estaba aún más radiante que hasta entonces. Salió a pasear por la arboleda, cuando una ventisca formó un círculo en torno a ella. Salió de la arboleda a paso decidido, cogiendo el ámbar en sus dedos. Divisó a Luke a lo lejos, buscaban perforar para hallar otro pozo de agua, lo secundaba Samuel, el capataz, y algunos trabajadores temporales. Al acercarse, las miradas algo incómodas se dirigieron a la señora Callaghan. La consideraban demasiado refinada para esas tierras. Les sorprendió por eso que con firmeza ella dijera:

—Deben perforar allí —y señaló un valle entre colinas.

—Milady... —Aún empleaban el título honorífico que le correspondía por padre—, no es que quiera discutir, pero...

Luke lo detuvo.

—¿Dónde, Attie?, ¿puedes ser más específica?

Ella se lanzó a caminar a paso firme, sin tener la certeza de cuál era el camino o si notaría una nueva señal. Tropezó con una piedra y Luke la retuvo en brazos. Se miraron, la intensidad de sus ojos al conectar fue tal que ninguno de los dos tuvo duda:

—¡Aquí! —señalaron al unísono. Samuel dudó, a los otros no les importó. Les pagaban por cavar, no por hallar. De modo que se pusieron manos a la obra.

Los días pasaron, se volvieron semanas mientras las palas se hundían en el terreno cada vez más blando gracias a la tibieza primaveral. Hasta que al fin algo cambió. El sol del mediodía bañaba el rancho, los trabajadores, sudorosos y fatigados, se afanaban alrededor del pozo en construcción. La tierra seca y polvorienta se levantaba en nubes cada vez que el pico golpeaba el suelo, mezclándose con el aire cargado de frustración.

Luke y el capataz se encontraban entre ellos, con picos, palas y poleas para sacar la tierra. Con cada golpe de la pala y cada empuje de la barra de perforación, la mente de Luke se debatía entre la esperanza y la preocupación. Tendría una niña, debía darles lo mejor, debía conquistar el mundo por Attie y ella.

Hecate apareció acompañada de Atila, traía limonada para los trabajadores, pero no aguardó arriba. Bajó por la escalerilla hasta el fondo del pozo, el cual llevaba ya unos cinco metros de profundidad, sin contar, claro estaba, los muchos metros más con la vara de perforación. El perro, sin culpa por su pereza, se echó arriba con su mirada tuerta puesta en los trabajadores.

—¿Qué haces aquí? —la reprendió Luke.

—Traer limonada y trabajar. No le hará nada, está ansiosa como yo. —Se tocó el vientre para tranquilizarlo, tras lo cual, cogió una pala y se puso a cavar.

—Attie, joder. —Luke le quitó la pala, ella se volvió hacia él con desafío.

—No empieces con tu sobreprotección, Luke Callaghan.

—¿De verdad me harás discutir?

Los trabajadores fingían ignorar la disputa de pareja sin quitar la oreja de ellos y las manos de

las palas.

—No te hago discutir —rebatí ella—, tú discutes porque quieres. Yo lo que quiero es ayudar. ¿Me permites?

—¡No! —Alejó la pala de ella.

—¡Señor! —La pareja se volvió hacia Samuel. Lo miraron sin entender, hasta que sus ojos recorrieron al hombre desde su sombrero de ala ancha hasta sus botas de caña alta, las cuales estaban...¿húmedas?

De repente, el sonido familiar de la tierra cediendo dio paso a un ruido diferente, un susurro viscoso que hizo que todos se detuvieran en seco. John, el joven encargado de la vara de perforación, retrocedió unos pasos, mirando perplejo el agujero que habían estado cavando. Un líquido oscuro y espeso comenzó a filtrarse a través de la tierra, reemplazando el polvo con un brillo aceitoso bajo el sol.

—Petróleo —murmuraron atónitos.

—Tu nueva conquista, Luca, mi legionario —corrigió Attie y él la hizo girar en sus brazos entre risas de felicidad compartida.

El destino es el crupier que baraja las cartas, a veces marcadas, a veces al azar, pero, al final del día, nosotros somos los que jugamos y tenemos el poder de ganar.

Ya lo descubrió Attie: lo único que resta por hacer es apostar al amor.

FIN.

Serie señoritas de Shakespeare



¿Quieres conocer la historia detrás de las Tiendas Evans mencionada en la novela? puedes leer «La falsa institutriz» por separado o la serie Familia Evans.



Síguenos en las redes sociales

CUENTA OFICIAL DE SCARLETT O'CONNOR



[/scarlettoconnors](https://www.instagram.com/scarlettoconnors)

CUENTAS DE LUNE NOIR



[/lune.noir.libros](https://www.instagram.com/lune.noir.libros)



[/LuneNoirEditorial](https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial)



[/LuneNoir7](https://twitter.com/LuneNoir7)



Icons made by: [flaticon](https://www.flaticon.es/autores/freepik)

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.

<https://lunenoioreditorial.wixsite.com/lunenoir>

Otras obras de Scarlett O'Connor

TÚ, MI DEUDA PENDIENTE



SERIE SEÑORITAS AMERICANAS



SERIE SEÑORITAS BRITÁNICAS



SERIE FAMILIA EVANS



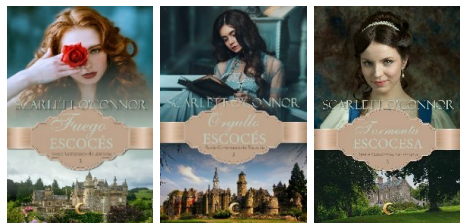
SERIE FLOREROS Y CANALLAS



SERIE CABALLEROS DESDEÑADOS



SERIE CORAZONES DE ESCOCIA

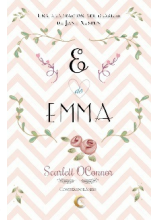


CONTEMPORÁNEO

SERIE SHELL ISLAND



CONTEMPORÁNEO



Otras obras de La editorial Lune Noir

